



NOVELAS
TERCER
REY

CARDENAL CISNEROS

De la cárcel al
gobierno de España

PEDRO MIGUEL LAMET

NOVELA HISTÓRICA

D.J.57

Pedro Miguel Lamet

El tercer rey

Cardenal Cisneros

Un genio político en la España de los Reyes Católicos

la esfera  de los libros

*Tenía un ánimo que se remontaba
a tan grandes pensamientos,
que eran más de rey que de fraile.*

JERÓNIMO DE ZURITA

*El humo de la pólvora en la guerra
me huele tan bien
como el incienso en la iglesia.*

CARDENAL CISNEROS

*Él nos ha dado gracias para sostener estos vuestros reinos y entregarlos
sanos y enteros, y en tanta paz y sosiego, sin serle carga de un alfiler ni haber
hecho injusticia a nadie, ni habernos aprovechado para nuestros deudos más
que aquello que su alteza nos ha querido hacer merced.*

CARDENAL CISNEROS AL REY CARLOS I

1. Una galga en manta de jerga

No hay niebla más densa que la de la incertidumbre, ni frío más mortal que el de la ingratitud. Ambos envolvían mi alma aquel noviembre de 1517 cuando nos trasladábamos desde Aranda, donde se había declarado la peste, hacia la amurallada villa de Roa. El nutrido séquito que nos acompañaba, imbuido del no disimulado interés de encontrarse entre los primeros en dar la bienvenida al nuevo rey, taladraba el húmedo y lechoso amanecer más como cortejo fúnebre que como triunfal expedición de una corte poseída por ambiciones e intrigas, con su regente a la cabeza, y acompañado de sus grandes, el Consejo de Castilla, el infante don Fernando y cuantos contaban o anhelaban conservar y obtener poder y posesiones del recién llegado.

Espoleé preocupado mi caballo para acercarme a la litera. Descabalgué y di orden a los portadores de que se detuvieran. Detrás de los cortinajes amarilleaba el rostro de Francisco, mientras sus ateridas manos se aferraban con sus largos y huesudos dedos a una bola de plata encendida, que contenía brasas al rojo para recuperar algo de calor. Su aguileña nariz y enjuto rostro parecían más afilados que nunca y su frágil y arrugada figura se perdía como la de un pájaro aterido entre los austeros paramentos episcopales. Por excepción y orden facultativa cubría sus franciscanos pies descalzos con unas botas engualdrapadas. Al verlo no pude evitar recordar aquello que el mordaz bufón Francesillo de Zúñiga decía de él, que parecía «una galga envuelta en una manta de jerga».

—Entramos en Roa, fray Francisco, ¿recordáis? Donde estudiasteis junto a vuestro tío Alvar las primeras letras. No os desaniméis, señor, pronto os encontrareis con don Carlos.

El cardenal se limitó a dibujar en los labios una sonrisa casi agónica y a toser convulsivamente. Al oírlo, el médico se aproximó con un brebaje caliente.

—No sé si va a aguantar el viaje —me dijo el físico en voz baja—. Ayer se le debilitó mucho la vista, casi no veía. Yo creo que le mantiene vivo la ilusión de encontrarse con el rey. Como si don Carlos no le estuviera dando largas. ¿Es que no se da cuenta?

¡Don Carlos! ¿Quería el heredero en realidad entrevistarse con él o jugaba al escondite? Sin duda por influencia de sus consejeros flamencos estaba dilatando el encuentro, informado día a día de la enfermedad irreversible del cardenal.

El hijo de Juana de Castilla y Felipe el Hermoso, nieto de Maximiliano I de Habsburgo, una vez fallecido su otro abuelo, el rey Fernando, se había

proclamado, en la catedral de Santa Gúdula y en lengua francesa, rey de Castilla y Aragón, en paridad con la triste doña Juana, prácticamente presa en Tordesillas, cuando fue decidido que viniera enseguida a España.

La flota se componía de cuarenta naves, cincuenta gentileshombres, cien criados entre camareros y coperos, doce ayudas de cámara, dieciséis pajes nobles y treinta caballerizos, además de todo un ejército. Habían zarpado del puerto de Felsinga el 9 de septiembre. Antes Carlos provocó las lágrimas de sus súbditos con una alocución a los Estados Generales de los Países Bajos. Les había explicado que venía a España por necesidad, para tomar posesión de su nuevo reino y dejar en él a quien pudiera gobernarlo. Al decir esto dirigió una mirada a sus cancilleres Sauvage, Chièvres y Adriano de Utrecht, y añadió que en cuanto pudiera retornaría a donde tenía su corazón, Flandes. Aseguraban sus pajes que tanto lo querían en su país que las mujeres alfombraban de flores la tierra por donde pisaba.

Cuando Carlos llegó al puerto para zarpar, pudo ver que su nao, la principal, llevaba pintada en sus velas una imagen de Cristo crucificado con la Virgen María y el apóstol Juan al pie de la cruz. Tanta devoción, el frecuente rezo de los capellanes que marcaban las horas y días de la navegación y otras imágenes que ornamentaban las velas no impedían que viajaran con ellos, como solían hacer los flamencos, mujeres de vida airada.

Hay que reconocer que no fue fácil el primer viaje del flamante rey a España. La noche del segundo día se incendió el forraje del barco que llevaba a la caballeriza real y en la maniobra de salvar a los caballos descuidaron el pañol de las municiones, con lo que las llamas alcanzaron la santabárbara y hombres y bestias saltaron por los aires. Cien caballos, cincuenta hombres y doce mujeres, todas ellas meretrices —«menos mal» señalarían, ay, las crónicas—, perdieron la vida. Aquel suceso le pareció a Carlos un mal augurio, por lo que quería volverse. Gracias a que el virtuoso deán de Lovaina, el canciller Adriano, le disuadió de tal idea.

Pronto, al divisar aguas más claras y de un azul cristalino, supieron que se aproximaban a España. Dicen que una nave vizcaína, que viajaba de Sevilla a Flandes con un cargamento de vino y frutas, advirtió de quién se trataba y les hizo llegar un canasto con una muestra de su exquisito cargamento. El caso es que los marinos flamencos se equivocaron y al duodécimo día tocaron puerto de España, pero no en Laredo, como estaba previsto, sino en Villaviciosa, donde, claro, nadie les esperaba. Es más, los asturianos creyeron que eran corsarios. Con todo, en el pueblo de Tazones, al darse cuenta de quién había llegado, organizaron una corrida de toros, la primera que Carlos vio en su vida. Aficionado desde niño a las artes marciales, tanto le gustó el espectáculo que con

el tiempo llegaría a alancear toros él mismo. En fin, como el recibimiento era en Laredo, tuvieron que atravesar Asturias y Cantabria por caminos tortuosos y pobres villas. Acostumbrado a los brocados y tapices flamencos, tuvo que hospedarse en una hacienda de Cabuérniga con las paredes cubiertas de piel de oso y sin una mala banqueta donde descansar su augustas posaderas. Pero todo eso no le quitaría su conocido apetito. Por donde pasaban los recién llegados daban buena cuenta de cuantas viandas y pellejos de vino tenían a mano, tanto que en Aguilar más de ochenta flamencos, incluido el propio don Carlos, cayeron enfermos. El hecho es que la travesía por tan montañosos vericuetos y el contacto con rudas gentes no facilitaron que el refinado monarca tuviera una grata primera impresión de España.

El cardenal se enteró de la llegada del rey el 23 de septiembre, cuando nos encontrábamos aún en el monasterio de La Aguilera. Al principio estábamos convencidos de que el encuentro iba a ser en Valladolid, una ciudad de malos recuerdos para el regente, pero que apreciaba por su importancia. Pensaba en ese momento que incluso podría posponer la visita a doña Juana, su madre, recluida en Tordesillas. Jiménez de Cisneros tenía preparada minuciosamente la entrevista, persuadido de que iba a ser un diálogo fructífero y que Carlos daría sin la menor duda una generosa aprobación a sus iniciativas.

Pero entonces la temida peste comenzó a hacer estragos también en Valladolid, por lo que la comitiva real decidió desviarse a Segovia.

—No importa —me dijo el cardenal, ansioso—, iremos a donde se dirija.

—¡Pero estáis tan débil! ¿No sería más indicado que vuestra paternidad lo esperase en Toledo?

Yo sabía que era su sueño recibirlo con pompa en la ciudad imperial y compensarle de la mala impresión de su desembarco con la cálida acogida del dorado otoño toledano.

—¡Tengo tantas cosas que contarle! —me confió ilusionado.

Quería demostrarle sus desvelos y la entrega y honestidad con que había servido a los intereses de estos reinos con un voto de acción de gracias a Dios.

Me dictó:

Él nos ha dado gracias para sostener estos vuestro reinos, y entregarlos sanos y enteros, y en tanta paz y sosiego al rey nuestro señor, sin serle en carga de un alfiler ni haber hecho injusticia a nadie, ni habernos aprovechado para nuestros deudos más que aquello que su alteza nos ha querido hacer merced.

Yo he sido testigo desde muy joven de su incorruptibilidad y de la verdad de

estas palabras y con cuanta austeridad y honradez había ocupado sus cargos como confesor de la reina, arzobispo, cardenal, inquisidor y también gobernador y regente. Y añadió:

Y la mayor merced que nos podría hacer era informarse de cuán limpia y fielmente le hemos servido, posponiendo la amistad de todas las criaturas para hacer lo que debíamos, y también que se informase de las maldades y mentiras que allá le habrán escrito de nosotros.

Quería contarle de primera mano los sucesos que seguramente habrían llegado por carta a Carlos sobre la rebelión de los Girón y las fauces insaciables de los nobles de Castilla; acerca de los avances en la defensa de artillería, la situación real de la demencia de doña Juana y las pretensiones del infante don Fernando, que sembraban la corte de sobresaltos, junto a la delicada situación de las plazas españolas en el norte de África y especialmente en Orán o Nueva España. A ello se añadía el polvorín que se estaba incendiando en las comunidades de Castilla, recelosas de la llegada de los flamencos, y mil temas secundarios que ocupaban su atención día a día.

Nos había llegado además el 2 de octubre de aquel 1517 desde La Barquera una instrucción suscrita por el propio don Carlos y previamente discutida con don Diego López de Ayala. Era un memorial que presentaba prioridades, entre ellas cómo obtener fondos para poner en marcha la cruzada contra el turco, concedida por el papa; las conversaciones que urgía entablar con el rey de Túnez, del que se decía quería bautizarse; la necesidad de coronar las relaciones diplomáticas con Lorenzo de Médici para aligerar estos fines y asegurar el favor de León X en Roma.

Es cierto que habíamos alertado al joven rey sobre las intrigas diplomáticas en un informe que este había agradecido oficialmente «como quien mucho lo conoce y sabe», esperando que Cisneros afrontara estos problemas por sí mismo antes de arrostrar tal berenjenal. Un asunto espinoso, pues los del consejo se apresuraron enseguida a picar espuelas los primeros días de octubre, abandonado Aranda camino de La Barquera para adelantarse al encuentro. El cardenal, indignado, tuvo que mandar a Cristóbal Barroso, para que regresasen de inmediato a su sede provisional de Aranda.

Habíamos preparado con detalle el encuentro en Valladolid con frecuentes cartas al marqués de Villena. El plan era que Carlos se encontrara el 7 de octubre en la ciudad castellana, desde donde se desplazaría a Tordesillas a ver a su madre doña Juana y su hermana Catalina, para luego dirigirse a Madrid, pues allí le esperaba la viuda y segunda esposa de Fernando el Católico, doña Germana de

Foix.

Pero el rey cambió sus planes. Solo cumplió lo de visitar a su madre en la lúgubre fortaleza de Tordesillas el martes, 4 de noviembre. Más tarde tuve noticia de cómo discurrió aquel helador encuentro entre madre e hijo.

Era un atardecer oscuro, como son las tardes invernales en Castilla y más en aquel castillo sombrío, donde escaseaban las ventanas y no abundaban las troneras. Primero se adelantó Chièvres para preparar a doña Juana, que se puso muy nerviosa nada más oír aquel nombre que le evocaba Flandes y otros tiempos mejores, también porque sospechó enseguida que sus hijos Leonor y Carlos no debían andar lejos.

Esperaban la Loca y su hija Catalina impacientes en el salón del trono, cuando finalmente penetraron en el castillo Carlos y Leonor, el ayudante de cámara Laurent Vital, el consejero Chièvres, dos caballeros flamencos más y dos damas de corte. Laurent Vital, cronista del rey que iba escribiendo las peripecias de su primer viaje a España, ordenó que se encendieran hachones, tal era la oscuridad a su paso, y él mismo tomó uno para alumbrar al rey. Carlos lo apartó de un manotazo:

—¡No necesito luz!

Con tres reverencias, una a la entrada, otra en medio de la habitación y la tercera a los pies de la reina antes del besamanos, como prescribía el protocolo, se acercaron Carlos y Leonor. Doña Juana parecía como ajena y con los ojos entornados en el intento de reconocer aquellos hijos que ella había dejado con cinco y siete años en Flandes. Leonor, que estaba a punto de cumplir los veinte, contrastaba en medio de la austeridad del ambiente con su vestido violeta cuajado de brocados y generoso escote. Carlos, que contaba diecisiete, parecía mayor para su edad, no en vano desde los diez había tenido en su cuarto, durmiendo a su vera, al sagaz Chièvres que le inculcaba al oído sueños de grandeza y responsabilidades de emperador. Iba de punta en blanco, con su armiño, vestido como un auténtico rey. Aunque al mismo tiempo tenía algo de flaco y desgarrado, con aquel desajuste tan suyo entre los maxilares, prognatismo típico de los Habsburgo, que hacía su hablar ceceante y no siempre inteligible, obligándole a mantener la boca entreabierta.

La reina al principio solo esbozó una sonrisa, pero luego no permitió el besamanos y estrechó las manos a sus hijos flamencos. ¿Era posible que hubieran pasado ya doce años? ¡Cuánto dolor, silencio y monotonía en aquel tiempo vano y enterrado! La reina madre no estaba bien, tenía un ligero temblor de manos. Carlos se dirigió a ella en francés, ya que no sabía ni una palabra de castellano:

—Madre y señora, nosotros, vuestros hijos, nos alegramos de encontraros

bien de salud y os expresamos nuestro más profundo rendimiento.

Ella murmuraba una y otra vez entre dientes:

—¡Mis hijos! ¡Mis hijos! ¡Cuántos años han pasado! ¡Cómo habéis crecido!

A Leonor, que era la que más la recordaba, se le saltaron las lágrimas mientras su madre le acariciaba los cabellos. Ella miraba sorprendida a su hermana Catalina por su vestido —una saya de paño ordinario, una manteleta de cuero y un adorno de tela blanca en la cabeza—, que parecían más de aldeana que de princesa, al lado de la riqueza y vistosidad de los suyos.

De pronto doña Juana cortó en seco aquel esperado encuentro y enderezándose, más en reina, se tragó las lágrimas:

—Ciertamente, hijos míos, habréis pasado muchas penas y trabajos viniendo de tan lejos y deberéis hallaros fatigados; y pues que ya es tarde, lo mejor ahora será que os retiréis a descansar hasta mañana.

Y, con la misma ceremonia que en los Países Bajos se despedían cuando los enviaba de niños a la cama, Carlos y Leonor se retiraron con muestras de respeto y nuevas reverencias, según prescribía la complicada etiqueta borgoñona. Antes, la reina obsequió a sus hijos flamencos con unos sencillos regalos.

Cuando doña Juana se quedó sola con su doncella Gertrudis, esta le ponderó las cualidades de Carlos, su prudencia y buenas disposiciones. La reina, todavía ausente por la impresión, asintió con la cabeza. Pronto supo Chièvres el resultado de la entrevista y optó por aprovechar el buen momento de la reina para hablarle del tema de los poderes. El político se apresuró a pedir audiencia, y tras complicados rodeos y con sus mejores artes diplomáticas le habló de la conveniencia de descargar sobre los hombros de Carlos las responsabilidades de gobierno, que en cualquier caso su hijo desempeñaría siempre con la anuencia de la reina.

—Así debe ser —respondió Juana con voz compungida—. ¿Qué mayor satisfacción para una madre que su hijo la suceda en la administración de sus bienes? Y, si esa madre, por la gracia de Dios, es reina, y sus bienes son todo un reino, razón de más para que le ilustre sobre el mejor modo de gobernarlo. Sea como vos decís.

Chièvres, frotándose las manos, se deshizo en alabanzas por el buen juicio que mostraba la soberana y salió en busca de un escribano. En la puerta le esperaba Flaviano de Bergenroth:

—¡Vano intento, señor! ¡Nunca conseguiréis una firma de doña Juana! No sé si sabéis que entre los desvaríos de su majestad está el no firmar papeles por nada del mundo, desde que su malogrado esposo así se lo ordenara.

—Bien, pues encontraremos otro modo de dar valor oficial a su asentimiento.

Fue entonces en busca del gentilhombre Estrada, dos nobles del Consejo de

Castilla y al fraile dominico que a la sazón confesaba a la reina. Ante ellos consiguió arrancar de ella las mismas palabras de su conversación anterior en las que manifestó su alegría porque su hijo Carlos gobernase los reinos de Castilla a la muerte de su padre don Fernando.

La artimaña dio resultado, y aunque algunos de los presentes miraban corridos de vergüenza a otro lado, todos convinieron luego que, como el rey Fernando había muerto, aquello era *statim* una automática resignación de poderes en favor de don Carlos. Al momento se redactó un documento que sirvió para que este gobernara todos los reinos de España en nombre de su madre, la reina doña Juana.

Ese mismo día, el 4 de noviembre, el cardenal regente empeoró. Le sobrevino un ardiente dolor de almorranas que le duraría cuatro jornadas. Al día siguiente un correo nos participó de la voluntad de don Carlos de no encontrarse con fray Francisco en Valladolid, sino en Mojados, cerca de la villa de Olmedo. Nos apresuramos a prepararlo. Despachamos siete cédulas reales respecto a las posadas donde descansaría el rey, doña Leonor, Chièvres y otras personalidades de su comitiva. También para el infante don Fernando y su servidumbre, aparte del propio regente, el cardenal Adriano, obispo de Tortosa, y el presidente del Consejo Real.

En Roa, hospedados en el palacio de los condes de Siruela, yo no me atrevía a informar al cardenal de lo que estaba aconteciendo. De Toledo nos llegaban noticias de desaliento al no poder celebrar la deseada entronización, como era costumbre inmemorial de la ciudad. Los nobles y servidores de Cisneros no ocultaban su nerviosismo y murmullos paseando de uno a otro lado por los pasillos, a dos pasos de su alcoba. ¿A qué venían esos elogios de algunas cartas que el regente había recibido de don Carlos? Y allí, postrado, con una palidez de muerte, se consumía el cardenal de España como un cirio, rodeado de ambiciones y malquerencias, él, que nunca había dejado de ser por dentro un pobre fraile, siempre inmune a las tentaciones del poder y de la corrupción, ambiciones y oropeles de la corte.

—¿No será esa trucha en mal estado que le ha envenenado? —murmuraban algunos—. ¿O la desazón que le provoca al cardenal la angustia de no poder verse con el rey?

Lo ocurrido desde el principio de la vida activa de Jiménez de Cisneros en sus tiempos de confesor de la reina y provincial lo había yo vivido paso a paso, desde que era un imberbe mozuelo con ganas de aventuras. Junto a Benitillo, nuestro sufrido asno, recorrimos juntos fray Francisco y yo los polvorientos caminos desde Castilla a Andalucía. Nunca olvidaré aquella jornada en que él se emocionó muy desde dentro mientras, con los ojos entornados, contemplaba las

no lejanas costas de Berbería...

2. Profecías de una bruja

Silueta de un negro animal agazapado sobre el horizonte, el peñón de Gibraltar esculpido sobre el azul nos contemplaba en lontananza. Culminábamos con aquel panorama nuestros recios viajes fraileros, con poco más que un zurrón al hombro y en hábito de estameña por los ardientes caminos de Andalucía, empeñados en prolijas visitas de conventos y tareas de reforma. Para mis diecisiete años era un deslumbramiento columbrar el mar, dos mares mejor dicho, que se abrazan en aquel estrecho surcado por velas de galeones entre graznar de gaviotas y voces de marineros al arrastrar sus copos de pesca.

Respiré hondo su brisa, saboreada por vez primera entre vivas sensaciones de plenitud y mezcla de olor a yodo y salitre. El entonces provincial de los franciscanos, fray Francisco Jiménez de Cisneros, me ordenó:

—¡Detente, muchacho!

Tiré de las riendas de Benitillo sobre el que descansaba la escuálida y nariguda estampa de mi superior. Extasiado contemplaba el mar y más a lo lejos el brumoso perfil de la costa africana. Tras un rato de silencio murmuró:

—Allí dieron la vida nuestros mártires. —Y me confesó—: ¡Cuánto me gustaría misionar esas tierras de moros y dar también mi vida por el Señor!

Fray Francisco, que era de pocas palabras, me abriría su alma poco después, cuando consumíamos frente a la gran roca bañada por el mar verdiazul una frugal refección de pan y queso.

—Ayer, muchacho, estuve conversando con una beata con fama de santidad sobre mi ardiente deseo de evangelizar en Berbería. ¿Y sabes lo que me dijo?

Abrí los ojos como ruedas desde mi imberbe ingenuidad de frailuco recién profesado. Sabía que fray Francisco gustaba de frecuentar contemplativas visionarias y consultarles sobre su futuro, cuando aún no eran perseguidas por la Inquisición e incluso quemadas. Esta era una tal María López, que llamaban la Cuerva, porque siempre iba vestida de negro.

—Esa mujer me ha dicho: «Dios os tiene guardado y elegido para otras mayores cosas y para recibir otros mayores martirios por su amor».

Ambos nos quedamos en silencio con la mirada hilvanada al horizonte. Pero aquella frase se me quedaría clavada en el alma de por vida, sobre todo al comprobar por mí mismo cómo se fue cumpliendo día a día, año a año, el curioso vaticinio de aquella visionaria al pie de la letra.

Pues yo, Francisco Ruiz, hijo de Juan Ruiz de Cuenca, que fui niño de coro o

clerizón en la catedral de Toledo y luego alumno del colegio de Santa Catalina —una institución de niños escogidos y dotados de buena voz—, ignoraba entonces que acompañaría a Francisco Jiménez de Cisneros hasta sus últimos días. Él había dado conmigo en 1493 en el convento complutense de Santa María de Jesús, nada más profesados mis votos y allí me eligió para compañero de viaje quizás por mi juvenil agilidad y destreza en la escritura. Luego, pasado el tiempo, pude saber las recomendaciones que hizo de mí el padre guardián de Alcalá: «Francisco Ruiz es un mancebo de diecisiete o dieciocho años edad, uno de los seises de Toledo, muy bonito, de muy linda voz y cantor, y de muy ágil pluma. Tiene buena péndola, pues, para despachar los asuntos de la orden».

El entonces provincial Cisneros mandó llamarme, me clavó sus penetrantes ojos y desde ese momento con él he estado toda la vida y con él permanezco por la gracia de Dios en estos momentos, cuando está a punto de llamarle el Señor a su gloria.

Muchos me preguntan por mi señor, superior y amigo, pues no hallan explicación para armonizar tantos y contrastados aspectos de su singular y escuálida figura: frugalidad ascética en medio de los brocados y ricos cortinajes de la corte; intensa vida de oración al lado de su gusto por la artillería y la pólvora; su puesto de inquisidor del reino y su amor a la cultura y las lenguas hasta crear una universidad; su silencio y su elocuencia, su reserva y apertura, y sobre todo las dotes de gobierno como regente de estos reinos dos veces en su vida y saber anteponer el bien público por encima de los intereses particulares. Todo ello me mueve ahora a poner por escrito y dar cuenta de su azarosa vida, así como de los divergentes y misteriosos caminos por los que Dios Nuestro Señor le ha conducido en ella. Pues su complicada trayectoria no ha sido solo la de un devoto fraile de San Francisco, ni siquiera la de un intelectual o teólogo llamado a empuñar las riendas de Castilla. Nada en su vida avanzó en línea recta, y hora es ya de que el lector conozca cómo empezó todo. Aunque he de advertir que no ha sido para mí tarea fácil por tratarse de hombre conciso, poco hablador y muy reservado para sus cosas.

He de comenzar asentando que soy el primero en reconocer que una espesa nube cubre aún los tiempos de su infancia y juventud, pues es difícil sonsacarle datos de aquellos primeros pasos, quizás porque tienen algo de oscuros, de vida opaca y oculta e incluso de episodios tortuosos y poco edificantes en algún momento. Pero he de adentrarme en ellos por ser la tierra fecunda en donde hunde este frondoso árbol sus raíces.

Muchas veces me he preguntado hasta qué punto hay en sus ancestros sangre noble, como él a veces ha pretendido demostrar, por haber llegado a ser una de las figuras más destacadas de esta era; o si su alcurnia procede más bien de una

voluntad forjada en las vicisitudes y sinsabores de la vida. De mi investigación y las confesiones de sus deudos pude llegar a algunas conclusiones.

Comencemos por declarar que su verdadero nombre no es Francisco, sino Gonzalo. Indagué luego en su sobrenombre «de Cisneros» y encontré una modesta villa palentina de Tierra de Campos compuesta por un rebaño de casas bajas de adobe, algunas iglesias y escasas viviendas señoriales. Se duda si el nombre de Cisneros viene de «cisne», en relación con las aves acuáticas de La Nava, o del latino *cinis*, *cineris*, que significa ceniza. Lo cierto es que los antepasados de Francisco disfrutaban de un distrito o alfoz con tierras de labranza y «pan llevar», como se dice en Castilla, situada en Villafilar, un lugar relacionado con una cofradía de Santiago, donde encontré una ermita con un sepulcro que ostenta escudo o blasón de quince piezas, ocho de oro y siete gules, que es el que el cardenal gusta blandir en sus pendones.

Comprobé que allí reposa su antepasado Gonzalo el Bueno. Encontré además otros dos Jiménez notables: don Juan, bisabuelo de Gonzalo, padre de don Toribio, abuelo del cardenal. Dotado de mal carácter, este don Gonzalo, voluntarioso y prepotente, parece que, encima de arruinar a la familia, murió combatiendo en las milicias reales durante la batalla de Olmedo.

Pero ¿qué fue de don Toribio, su abuelo, que es el que nos interesa? Se afincó en su solar de Villafilar, Tierra de Campos, y tuvo tres hijos: García, Álvaro y Alfonso. El primero le salió tirando a ambicioso; heredó las tierras del lugar y fue padre de un varón, futuro benedictino y apreciado abad de Montserrat, y de cuatro hijas que logró enlazar con maridos adinerados. El segundo hijo, Álvaro, también optó por la carrera eclesiástica y fue cura en Roa. Pero el que nos concierne más es Alfonso, padre del futuro cardenal, que, venido a menos y sin un maravedí en sus alforjas, se vio obligado a emigrar a Torrelaguna, ciudad del arciprestazgo de Uceda, en pleno reino de Toledo, no muy lejos de la villa de Madrid. Allí se casó con Marina de la Torre, mujer bastante acomodada, ya que su familia poseía un albergue o posada y tierras, lo que le permitió a Alfonso salir de pobre y escalar algunos puestos de responsabilidad en los negocios, como cobrador de diezmos y, veinte años más tarde, convertirse en regidor de Torrelaguna. Para entonces administraban tres viñas y la casa de hospedaje heredados por parte de madre. No hay que olvidar que de la aparente pobreza de las tierras castellanas, donde dicen que «no hay más que cantos y santos», han salido los industriosos pañeros de Segovia, los hábiles manufactureros de Cuenca y Toledo, los mercaderes y banqueros de Medina del Campo, que se harían famosos en los mentideros de Flandes, Génova y la remota Alemania.

Pero no nos llamemos a engaño; Gonzalo, que nace en 1436, es el segundo hijo de una modesta familia castellana, aunque relativamente acomodada, y es

bautizado con el mismo nombre de su tatarabuelo, Gonzalo el Bueno. Juan, su hermano mayor, hereda el albergue, pequeño negocio familiar, aunque mejorará cuando se case con la madrileña Leonor de Luján, hija de un Zapata, cuando su hermano ya se había convertido en figura del reino como arzobispo de Toledo. La oveja negra fue su tercer hermano, Bernardino, el que más quebraderos de cabeza ha dado al cardenal a lo largo de su vida. Agrio, impetuoso y violento de carácter, se hizo franciscano pero de la rama laxa, la claustral. Toda su obsesión sería medrar, aprovechándose del ascenso de su hermano, pero no estaba en sus cabales y llegará a increíbles desmanes que el lector presenciara a su tiempo si sigue el hilo y acontecimientos de este relato.

También responderé a la pregunta de cómo benefició el cardenal a sus familiares y si incurrió de alguna manera en el hoy común vicio del nepotismo. Pero ¿quién en estos tiempos está libre de ambiciones? Que se lo pregunten a muchos de los que servimos a la sazón al arzobispo, y, para qué negarlo, a mí mismo, pues no puedo ocultar mis secretas aspiraciones a sucederle en la sede de Toledo. Pero sigamos ahondando en la infancia del pequeño Gonzalo, al menos en los detalles que he conseguido arrancarle.

Correteaba el rapaz por los pasillos de la amplia alberguería o posada de sus padres, un caserón de dos plantas con amplio corral rodeado de casillas adyacentes y caballerizas para los viajeros. Por las calles de Torrelaguna el niño veía pasear a moros y judíos, pues convivían en la villa una importante aljama y una pequeña comunidad moruna.

De las heladas invernales al florecer de la primavera, Gonzalo aprendió a leer el lenguaje de las estaciones de una población agrícola y ganadera como aquella, a contemplar el verdear de aceitunas en las cestas y escuchar los cantos de la vendimia o el redoble de los cencerros de los rebaños de ovejas y cabras a su regreso por veredas y cañadas en la hora del crepúsculo. Escuchó, cómo no, las consabidas pugnas entre agricultores y ganaderos por preservar pastizales y para evitar que estos últimos devastaran sus cultivos. Entre aquellas discusiones por el abuso de vendimiadores y jornaleros, podemos concluir que la mesa cotidiana de Gonzalo, como en general la de los habitantes de Torrelaguna, estaba bien provista de pan, vino, carne, aceite y toda clase de frutas, con abundancias de higos, manzanas, peras, duraznos y cerezas. Sin que faltara en sus calles, desde luego y durante sus festividades, el abundante olor a incienso y el repetido paso de cofradías y procesiones, nacidos de la recia fe castellana cultivada en las numerosas iglesias y ermitas del lugar.

¿Qué faltaba en Torrelaguna? Cultura. Ni por asomo veían a un médico o boticario y escaseaban los artesanos y mercaderes. Menos aún un estudio de gramática, como el que disfrutaba la cercana villa de Madrid, donde pudiera

estudiar el niño.

Una noche, sus padres Alfonso y Marina, mientras sus hijos dormían, prolongaron la sobremesa:

—¿Qué opinas de Gonzalo? Vivo y curioso es el rapaz. Haríamos bien en darle estudios.

—Mandémosle a Roa con su tío.

Alvar, clérigo en Roa, venía con frecuencia a Torrelaguna. Y en su mula se lo llevó un buen día al pueblo donde compartió el vivaracho Gonzalo algunos meses en su parroquia estudiando los rudimentos de las primeras letras. Luego es posible que fuera a Cuéllar o Alcalá a completar sus enseñanzas en el Estudio Viejo, anejo al convento de los franciscanos, fundado por Sancho IV.

Lo que más me choca de sus años mozos es su afición a la guitarra. Conociéndolo, no me lo imagino tañéndola a sol y sombra con sus amigos. Una noche les sorprendió la madrugada en plena jarana. Los vecinos de Torrelaguna, que pretendían descansar para el día siguiente acudir con el alba a trabajar el campo, vociferaban desde la ventana:

—¡Eh, condenados mozuelos! ¿Queréis dejarnos dormir?

Como los jóvenes juerguistas hacían caso omiso, insistieron los vecinos:

—¿No os calláis? Pues sabréis lo que es bueno.

Efectivamente, al día siguiente los denunciaron al gobernador de Uceda, que los pilló otra noche cantando y tocando a altas horas. Gonzalo dio con sus huesos en la cárcel por primera vez.

Eran los tiempos en que, perdido entre los estudiantes pobres por las oscuras callejas de la gran ciudad universitaria de Salamanca, Gonzalo, a sus quince años, recibía el primer baño de cultura, siempre unido, como suele suceder, a la carrera por la ambición y la competencia. Atónitos, sus ojos mozos se tropezaron una tarde con las contiendas feudales y luchas violentas entre las parroquias de Santo Tomé y San Benito.

—¡Vamos al Corrillo de la Hierba! Allí no hay peligro. Es campo neutral donde cualquiera puede encontrar asilo —le advertían sus compañeros.

También era famosa doña María de Monroy, una verdadera leona castellana que un día señalaron por la calle, jineta a caballo.

—¿No la conocéis? Ahí va doña María la Brava. Tiene más arrestos que cualquier hombre. Figuraos, un grupo de nobles pendencieros le mataron a su hijo y ella los vengó por su mano. Yo lo he visto pasear la ciudad con las cabezas de sus enemigos ensartadas en las lanzas de su gente. ¡No imaginas cómo aplaudía el pueblo al verla pasar!

Las populosas callejas de la abigarrada ciudad universitaria, donde se cruzaban clérigos, profesores, estudiantes y mendigos de todo pelaje,

desembocaban en campos de trigo y amplios horizontes. Gonzalo Jiménez estrenaba sensaciones inéditas en las tabernas y posadas, como la de Pero el Cojo, la de Raspagatos o el Rosario, donde se murmuraba del condestable don Álvaro de Luna y sus envidiosos rivales, entre sopistas que mendigaban un caldo caliente y un pedazo de pan. ¡Qué distinta aquella colmena de la apacible Torrelaguna!

Desde que fundara en 1215 Alfonso XI de León los estudios generales, la entonces tranquila villa besada por el Tormes, que pacíficamente busca por la llanura al Duero, no imaginaba que iba a convertirse en una auténtica ciudad universitaria. En los años en que el mozo Gonzalo la frecuentó, desde 1450 a 1460 era una típica ciudad de esa época, con una vieja catedral umbrosa, con la torre del Gallo y la Virgen de la Vega, al otro lado del río. Por aquellas fechas un tal Nicolás Florentino estaba acabando de instalar en el ábside de la catedral un gran retablo con más de cincuenta escenas de la vida de María y Jesucristo, que deshizo en elogios a los salmantinos.

El mundo real amanecía así ante sus ojos entre libros, clases y una multitud que merodeaba en torno a los estudios: los que se aprovechaban de los estudiantes ricos, que pagaban a jóvenes pobres para que los sirvieran; el submundo que pululaba junto a la universidad medieval de tratantes, advenedizos, carreteros, pícaros, dueños de fondas y lupanares. Pero cuando se sentó por primera vez en el duro banco de un aula, supo que allí solo había una manera de distinguirse, por sus estudios y saberes. Comprobó que él mismo se había convertido en uno de los que podían elegir al rector, como en Bolonia, a diferencia de París, con un particular: que el voto del alumno de quinto año valía más que el de un *bajaunus* de primero. A ese rector había de jurar Francisco obediencia y lealtad, como estaba prescrito; y que todos tenían la oportunidad de interrogar al profesor durante media hora en una ráfaga de preguntas, verdaderas curas de humildad para los orgullosos maestros.

Lo peor venía en brazos del helador invierno, el tiempo de estudiar tiritando junto a esas ventanas sin vidrio —el cristal era un lujo de los poderosos—, o de turnarse la capa para ir a clase los días de la nieve y calentar las manos en una esquina junto a las brasas de cualquier castañera. Aunque sabemos que a Gonzalo, con escasos recursos, pero aire distinguido, le gustaba vestir bien, como me contó uno de sus compañeros: «Estando en Salamanca no había borceguí más estirado que el suyo».

A la luz de un candil aprendió la escritura cursiva itálica, la gramática y lengua latina hasta abordar la materia para la que había venido desde Torrelaguna: el derecho civil, que comenzó con los estudios canónicos de los *Decretales* para pasar a los textos más laicos del *Código de Justiniano*. Y eso

que a Gonzalo, si no llega a ser por las insistencias de su padre, consumado partista, le tiraba más el canónico que el civil, según me confesaría. Pero solo tenía que dejarse llevar del minucioso plan de estudios escolásticos reglamentado al detalle desde el amanecer con la *lectio ordinaria* o las *disputationes* semanales y de vez en cuando públicas.

¿Cómo era por entonces el joven Gonzalo Jiménez? Pese a su amor a la guitarra y a vestir bien, me lo figuro deambular taciturno y ensimismado en un único empeño, culminar sus estudios con una meta prioritaria: ganarse la vida. O le sorprende desde la calle asomado a una buhardilla y al vocinglero caminar de los estudiantes hacia un oscuro figón, para asistir a la fiesta de alancear toros o entablar pependencias con otras banderías.

Regresaba de clase un atardecer de junio de 1453, cuando divisó un corrillo de estudiantes que escuchaban muy atentos, dándose codazos en torno a un romero cubierto de polvo que acababa de llegar de Valladolid.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿No sabéis? ¡El maestre ha muerto! ¡Lo han ejecutado públicamente en la plaza de Valladolid!

Las morbosas orejas no querían perderse detalle de cuanto salía de los labios del peregrino de Santiago, que, con una mano en su cayado y otra dibujando ampulosos giros en el aire, describía los hechos.

—¿Cómo puedo contaros lo que presenciaron mis ojos? El hombre más poderoso de estos reinos, gran maestre de Santiago, el condestable don Álvaro de Luna en el cadalso. ¡Qué deshonra! ¡Qué penoso espectáculo ver de esta guisa a señor tan encumbrado!

—¿Qué decís, buen hombre? Le han dado su merecido. ¿Acaso no ha usurpado el poder real durante años? ¡Es él quien ha gobernado hasta hace poco Castilla, no el rey! —levantó la voz uno de los oyentes.

—Te equivocas, él desafió a los nobles y ayudó a los pobres —terció una mujer del pueblo.

—¡Callaos de una vez! Dejad que nos cuente lo acaecido —gritó un bachiller.

Todos redoblaron su atención.

—Desde la vispera se oían en la ciudad los martillazos de los carpinteros que construían el cadalso en la plaza Mayor. Y al amanecer era difícil abrirse camino en medio de la curiosa multitud. Me froté los ojos. He caminado mucho, pero en mi vida había visto cosa semejante. Aguadores y buhoneros aprovechaban el acontecimiento para vender sus mercancías. En los rostros y sonrisas de la muchedumbre se adivinaba el regocijo y la chanza ante la caída del poderoso. —Gonzalo se empinaba para mejor ver y oír al testigo—. A eso de las nueve las

trompetas anunciaron el cortejo, precedido del pregonero que vestía un jubón multicolor. Le seguía el condestable, caballero sobre una mula, acompañado de un fraile confesor y escoltado por dos lanceros con armadura. Lo más sorprendente es que don Álvaro, bajo su capa santiaguista en la que lucía los escudos de su alcurnia y calzado con sus botas de tacón alto decoradas con diamantes sobre las hebillas, iba erguido e incluso sonriente. —Nadie osaba interrumpir el relato del peregrino—. Vi entonces cómo el condestable subía las escaleras del patíbulo cubierto de tela negra y cómo entregaba su sombrero, su manto y un anillo al pajecillo que le seguía, al que llamó por su nombre: «Moralillos, este es mi último regalo». Un gran crucifijo presidía el catafalco. Luego, tras intercambiar unas palabras con el sacerdote, se dirigió al verdugo que ocultaba su rostro con una capucha: «Atad mis manos, cumplid con vuestra misión». A continuación, se arrodilló un momento ante el Cristo. Un espeso silencio contuvo mil respiraciones en la plaza. Se alzó erguido. Las joyas, un medallón y una cruz, refulgían sobre su pecho al sol. Puso su cuello sobre el tajo y relampagueó con un chasquido al sol el hacha, que hizo rodar la cabeza del hombre que había regido los designios de Castilla. De improviso, un grito sordo estremeció la plaza.

El relato, como no era para menos, levantó una oleada de comentarios entre la gente. Gonzalo acabó discutiendo con otros estudiantes delante de un barro de vino en el mesón de Pero el Cojo.

—¿Cómo ha podido caer tan bajo el condestable? —preguntó.

—Don Álvaro de Luna era un falso y un intrigante —respondió Lucas, su compañero—. Dicen que cuando la reina dio a luz a la infanta doña Isabel corrieron rumores en la corte de que el condestable intentó envenenarla mediante un criado. Por lo visto, doña Isabel de Portugal se la tenía jurada, sobre todo después del asesinato de Alonso Pérez Rivero.

—Pero no se explica. Él y el rey habían sido íntimos —arguyó Gonzalo—. Dicen que Álvaro desde niño, siendo aún paje, se ganó a Juan II, era su confidente, su amigo, su valido. Es verdad que su vida fue una continua lucha con los nobles, sembrada de expulsiones y regresos a la corte. Pero, aunque ambicioso, ¿no era mejor que muchos de sus competidores, los primos del rey, los infantes de Aragón?

—¿Amistad? —puntualizó el bachiller—. Hay quien asegura que entre el rey y don Álvaro había algo más que una mera relación de amigos. El caso es que pudo más la reina que impedía al monarca incluso visitar al preso. Y dicen que Juan II llegó a firmar llorando la sentencia de muerte tras un juicio que no ha sido más que una pantomima.

Como tantos otros, Gonzalo tuvo que velar en la capilla de Santa Bárbara, en

la catedral, donde se obtienen los grados, un día entero y su noche, preparando el examen frente al túmulo del famoso obispo Lucero. Allí se presentaron los profesores para someterle a las preguntas o «vejámenes». Si no respondía bien y le era denegado el título, el alumno sabía que debía escabullirse, corrido y enojado, por una puerta trasera para evitar burlas y escarnios. Pero Gonzalo obtuvo la borla y el birrete.

Así, con estas y otras noticias, y entre *quaestiones disputatae* y repeticiones semanales de repaso, Gonzalo, previo pago de las tasas al rector, notario y bedel, alcanzó el grado de bachiller en un acto académico público, donde, sentado en la cátedra, pronunció su *oratio* ante la concurrencia. El acto concluyó, como de costumbre, con un banquete que no debía costar más de cinco florines de Aragón. Los más pudientes regalaban un toro para ser lidiado en una plaza improvisada y pintar en algún muro con su sangre aún caliente la uve de Víctor. Pero los recursos de nuestro estudiante no llegaban a tanto.

Recién cumplidos los veinte años, conocido como Gonzalo de Torrelaguna, era ya un pasante o profesor auxiliar de Derecho en Salamanca, que además de sus estudios de leyes, desempolvaba tratados de teología, sin duda más apasionantes para él, en bibliotecas y librerías, y conversaba con el joven jerónimo Hernando de Talavera, maestro de escritura, que, como él, sería en el futuro confesor de la reina, y otros teólogos y profesores como Pedro Martínez de Osma o el Tostado. A este último, cuyo verdadero nombre era Alfonso de Madrigal, le llamaban «Universal Océano de las Ciencias», pues sabía de casi todo lo que se puede saber. Por ejemplo, era capaz de recitar de memoria la Santa Biblia y la *Suma teológica* de Santo Tomás. Llegó a intervenir en el Concilio de Basilea, y acusado de herejía, tuvo que defenderse ante el pontífice en persona, siendo finalmente nombrado obispo de Ávila. Dicen que, a pesar de que no pasó de cincuenta y cinco años, tantas obras escribió —al parecer al menos tres pliegos de papel cada día— que se ha quedado el dicho de «escribe más que el Tostado». También con seguridad Gonzalo oyó hablar del gran Ramón Llull que, como veremos, tanto influiría en su pensamiento futuro.

Aunque siempre me he preguntado qué rondaría por la cabeza del bachiller Gonzalo cuando se ordenó sacerdote, seguramente por consejo de su tío Alvar, en medio de aquel cruce de saberes, ambiciones y mezquindades que pululaban en Salamanca. Por lo que aconteció después colijo que por entonces poco más que alcanzar prebendas, escalar en la Iglesia y salir de pobre.

3. En la Roma de los Borgia

Dormido en la ladera, el apretado aprisco de casas y espadañas le pareció distinto cuando el flamante bachiller Jiménez regresaba al amanecer a su tierra, con un peso de mayor sabiduría sobre los hombros y un inquietante futuro en la cabeza. Quedaban atrás seis años de experiencias estudiantiles entre gruesos tratados de leyes, ahora con el sordo contraste del silencio, el apagarse del vocerío, correveidiles y disputas de la ciudad universitaria. Salamanca se quedaría con todo fija para siempre en la memoria como el descubrimiento de la vida real. Después de la larga caminata, volvía a Torrelaguna persuadido de que tenía, sin mayor dilación, que pisar sobre seguro tierra firme.

—Tu padre está cansado. Han sido años de cabalgar por esos pueblos de Dios, recaudando impuestos que hoy casi nadie paga. Ha envejecido demasiado pronto, hijo mío. Enseguida lo verás. Pero, cuéntame, ¿cómo te encuentras tú? ¿Qué piensas hacer?

Ante un pedazo de pan y una jarra de leche, advirtió en su madre nuevas arrugas que subrayaban esa lasitud en la mirada que oculta un misterioso deje de tristeza. Su padre y hermanos habían pasado la noche fuera en las viñas, y ella desgranó como una letanía lo que había sido su vida aquellos años. En el perfil de doña Marina se veía Gonzalo como en un espejo. Flaca como él mismo, alta y huesuda, se le había acentuado sobre su rugosa faz cetrina, la afilada nariz de gancho y sus labios delgados se movían con dulzura en la mañana del recuento.

—Y de tus hermanos ¿qué decir, hijo mío? Han cambiado desde que te fuiste. Además, muchos amigos nos han dejado ya, se han muerto, Gonzalo, o se han marchado. ¡Torrelaguna no es lo que era!

Sobre el viejo arcón seguía colgado el cuadro de la Virgen junto a la pequeña alacena de madera vieja con platos y jarrones de loza talaverana. Del hogar, la gran chimenea donde casi se podía estar de pie, pendía humeante el puchero de barro y sobre las brasas se calentaban unos torreznos. La umbrosa estancia conservaba los mismos olores de siempre y el quiero y no puedo de la sencilla hospedería rural. La madre fijó sus ojos en la vacilante luz del candil. Todo parecía igual y distinto.

—Me preocupan Juan y Bernardino. Pero en especial Bernardino. No asienta la cabeza este hijo mío. Tus hermanos te necesitan más que nunca, todos te necesitamos. Ni lo que dan los campos, ni lo que gana tu padre nos alcanza para cubrir gastos. Ahora que has terminado tus estudios tendrás que ayudarnos,

Gonzalo. Son tiempos recios. Tu padre no puede con todo, cada día menos. Y encima, no llegan buenas noticias de la corte. Supongo que de todo eso sabes tú mucho más, ¿no es así? Aquí todo llega tarde y con cuentagotas. Después de la ejecución de don Álvaro dicen que el panorama es muy confuso. Eso sí, lo sabemos porque tu padre se queja de que no puede cobrar a agricultores y comerciantes. Y para rematar, cada día acuden menos viajeros a nuestra posada.

Gonzalo desgranó algunas novedades de los mentideros salmantinos. Que al nuevo rey don Enrique, el hijo de Juan II y María de Aragón, le llamaban el Manirroto y que se había echado en manos de los nobles, que se disputaban entre sí sus bienes en un continuo batallar entre castillos. Que la moneda, el «enrique», valía tan poco que muchos habían llegado a acuñar su propio dinero, y que ya no se pisaba campo ni hacienda ni camino seguro por el continuo asalto de bandoleros que arrasaban a los viajeros bajando desde las aldeas. Aseguraban para mayor desgracia que el rey prefería el trato con sus enemigos que con sus propios súbditos.

—Dicen que la mejor manera de granjearse la amistad del rey —abundó Gonzalo— es hacerse pasar por moro o judío. Que hasta lleva una guardia de sarracenos para su protección. Y he oído en la plaza Mayor de Salamanca a juglares que lo ridiculizan y hasta alguno que lo quema en efigie. ¡Habrás visto!

En esto llegó don Alonso, su padre, cansado, polvoriento, tambaleante, encorvado y taciturno. A Gonzalo le pareció un anciano desde la última vez que se vieron. Intercambiaron abrazos y se prolongó la conversación con esa dejadez sin tiempo con que se comparte la palabra y la pitanza en la tibieza protegida del hogar. Gonzalo dio cuenta de los últimos sucesos de su vida: su graduación y su época de pasantía. Pero el tema de la situación del reino se imponía una y otra vez, era demasiado grave como para que no volvieran sobre los problemas de la corte.

—¡Hasta el arzobispo Carrillo ha censurado al rey desde el púlpito! —precisó don Alonso.

—Sí, lo sé, padre. Se ha comentado mucho ese enfrentamiento con don Enrique. Yo recuerdo haber visto de niño a Carrillo muy ufano sobre su caballo blanco por las calles de Alcalá. Fue sonado sobre todo cuando anunció que él mismo acaudillaría una cruzada contra el moro de Granada. Los defensores de la Alhambra se rieron de él en sus propias barbas rehusando presentarle batalla. En realidad, todo se redujo a un vistoso desfile, mientras el rey se solazaba con el baile de las danzarinas moras y el frescor de las fuentes junto a los arrayanes.

Todo el mundo sabía que, tras la ejecución de don Álvaro de Luna, Carrillo había introducido como válido en la corte a su sobrino Juan Pacheco, alcanzando gran poder. Pero tanta codicia le costó cara cuando Enrique sustituyó al favorito

Pacheco por Beltrán de la Cueva y el poder de los Mendoza, los peores enemigos de Carrillo.

Sin embargo, lo que corría como corrosivo veneno por calles y plazas en la maliciosa lengua de la gente era la limitación sexual del monarca:

—¿Creéis que merece el sobrenombre del Impotente? —preguntó doña Marina, con un punto de curiosidad morbosa.

Don Alonso sonrió y llevó a sus labios un sorbo de vino.

—¿Por qué crees, amada esposa, que fue anulado su matrimonio con doña Blanca de Aragón? No me extraña que la reina doña Juana, como se dice, tenga un amante.

Así transcurrían las tertulias en el hogar de la familia torrelagunense orquestadas con sorbos de vino y continuos ataques, cuchillo en mano, a crujientes hogazas de pan con longaniza. Pero la mente de Gonzalo no estaba ociosa. Tenía como prioridad alcanzar algún beneficio eclesiástico cuanto antes. Recorrió las parroquias de su pueblo, arguyendo los derechos de patronato y presentación que poseía su familia. Y en aquellos años pensó en dar su primer paso en la escalada eclesiástica como corregidor de Uceda, jurisdicción a la que pertenecía su villa natal, que era la tercera población del arzobispado de Toledo en rentas después de Alcalá y Zorita. Ello proporcionó un alivio a la familia Cisneros-La Torre.

Mientras, en la corte, el nuevo favorito, el arrogante don Beltrán de la Cueva, deslumbraba al rey con la puntería de su ballesta, la habilidad victoriosa de su lanza en las justas y su facilidad de batirse en duelo por cualquier fruslería. Aquellos espectáculos caballerescos arrebatában al cínico, soñador e indolente Enrique IV. Se comentó mucho cómo hizo escudero suyo a un salteador de caminos cuya hazaña era haber asesinado a un viajero, al que arrancó la piel para que no pudiera ser identificado. O cuando añadió a su escudo la fruta del granado después de la ridícula cruzada de la capital andaluza, que, por supuesto, seguía en poder del moro.

Pero lo más sangrante era el papel de marido complaciente que hacía el rey disfrutando de los devaneos de su esposa la reina Juana con don Beltrán, hasta presenciar los desafíos de este, enfundado en reluciente armadura, y retar en los caminos, lanza en ristre, a los caballeros que pusieran en duda la belleza de su dama. Durante toda una jornada hasta el anochecer estuvo alanceando uno a uno a sus contendientes, duelos de los que salía siempre victorioso. Tanto complació a Enrique aquella defensa de la reina que mandó edificar para perpetua memoria en aquel lugar, cercano a Madrid, un monasterio bajo el título de San Jerónimo del Paso.^[1]

La ambición de Gonzalo no se contentaba por entonces con los pequeños

beneficios eclesiásticos que pudiera obtener en el entorno de su villa natal, pues a su familia no le alcanzaban para mantenerse con cierta dignidad. Decididamente, después de haber abierto los ojos en Salamanca, Torrelaguna se le quedaba pequeño para sus ansias de más amplios horizontes. De modo que un día, aconsejado por sus padres, decidió viajar a Roma.

Doña Marina sollozaba desde la ventana al verle partir en un amanecer nuboso. Gonzalo había metido en la faltriquera todos sus ahorros, unas cartas de recomendación para Roma, donde reinaba un Borja, el papa español, y las escasas viandas que su madre le había preparado para el viaje. Otra vez Torrelaguna quedaba atrás como una silueta dibujada a pluma en la llanura. En esta ocasión, con la incertidumbre de lo ignoto, pues sabía que iba a cabalgar por largos y peligrosos caminos sembrados de bandidos y escollos hasta la Ciudad Eterna. El pecho de Castilla crepitaba al trote de su caballo, le transportaba con su monotonía ocre, salpicada de pequeñas sorpresas verdes, púrpuras o amarillas, junto a roquedales y altozanos que desembocaban en prolongados horizontes bajo el ardiente sol del verano.

Aquella noche se hospedó en una alquería, entre campesinos y arrieros.

—Andad alerta, señor, que el otro día un mercader no solo fue desvalijado, sino que unos bandidos acabaron con su vida.

A veces el miedo le arrebatava el sueño. Pero Gonzalo había nacido con una recia voluntad castellana que le empujaba siempre hacia adelante. Pronto el paisaje fue cambiando ante sus ojos y de llano fue transformándose en ondulante y montañoso. Las villas y ciudades copiaban el mismo color de las rocas de las que emergía en una floración de tejados rojizos y campanarios mudéjares. Se hallaba en el reino de Aragón, asombrado de sus desemejanzas con Castilla y el peculiar acento de sus lugareños.

Pocos días después un atardecer, al adentrarse en los Pirineos, al compás cansino de su cabalgadura, barajaba pensamientos para sí mismo: «¿Por qué he estudiado leyes, si en realidad las odio, cuando lo que me gusta es la teología y en particular profundizar en la Sagrada Escritura?». De pronto la paz del camino fue inundada por una nube de jinetes. Con aspecto de vagabundos, piel rojiza, cabello y barba negros, se cubrían con capas y sombreros de vivos colores hechos jirones.

—¿Adónde se dirige vuestra merced? —preguntó el que parecía el jefe.

—Soy romero, peregrino a Roma, caballero.

—Le esperan muchas leguas de camino, señor mío. Pero a fe que monta un buen caballo.

Gonzalo, temeroso, guardó silencio. En medio de la polvareda que habían levantado las cabalgaduras, los ojos de aquellos hombres brillaban en la

oscuridad como tizones encendidos.

—¡Sí, sí, un buen corcel, ya lo creo! ¿Queréis catarlo, compañeros?

Gonzalo se echó a temblar.

—Por favor, déjenme vuestras mercedes pasar, que anochece y aún he de buscar posada —dijo, picando espuelas.

Los bandidos le cercaron. Luego no supo más.

Se despertó boca arriba, entumecido y confuso bajo a un firmamento azul de verano punteado de estrellas. Miró alrededor. No había rastro de los salteadores. Ni menos de su faltriquera, la bolsa del dinero que escondía en su pecho, ni por supuesto de su caballo. Se incorporó dolorido y decidió seguir camino andando a la luz de la luna. Al clarear del día siguiente divisó un monasterio a lo lejos. Se detuvo en un claro del bosque y se refrescó junto a un arroyo. En el convento se sumó a la cola de los pobres con intención de calentar su estómago con la «sopa boba» y reemprendió después de unas horas de descanso el duro camino. «Ahora sí soy de veras un peregrino», pensó. A pie era uno más, pues bajar del caballo, pensó, es también descender en la escala social. Ahora se codeaba con mendigos y viajeros sin blanca, daba con sus huesos en malolientes albergues o ruidosos lenocinios. Aprendió una lección que no estaba en los gruesos libros de Salamanca: la del miedo, la del engaño de los pícaros, la de dormir al raso y la lucha por un pedazo de pan, la práctica de la evangélica sentencia «cada día tiene su afán».

Así se fue adentrando en tierras de Francia, cruzó la universitaria Montpellier, llegó a la amurallada Aigues-Mortes hasta desembocar en las marismas del Ródano. Más flaco que nunca, hambriento y mendicante, las contrariedades le impelían, a pesar de todo, a seguir adelante camino de Génova, cuando se tropezó con unos buhoneros que le apalearon sin encontrarle ni una moneda y se llevaron lo único que le quedaba, el crucifijo que pendía de su cuello.

Agotado, sin fuerzas, alcanzó a ver en medio de un bosque las luces de un caserón que parecía una posada. De pronto le vinieron a oleadas imágenes de su casa. Doña Marina abría la puerta de la hospedería a los mendigos, que siempre encontraban en ella un plato de sopa y un pedazo de pan, unguento para sus heridas y un cobertor para pasar la noche en el pajar.

—¡Dios mío, Dios mío, ayúdame! —musitó angustiado.

Dio unos pasos y se atrevió a llamar a la puerta. Los desorbitados ojos del posadero reflejaban cual habría de ser su catadura: un puñado de huesos vacilantes, el rostro mismo de la muerte cubierta de andrajos.

—¡Márchate de aquí, miserable! Esta no es casa para pordioseros. ¡Fuera!

Estaba a punto de ser expulsado a patadas, cuando se presentaron dos

hombres a caballo.

—¿Hay posada para dos caballeros hambrientos?

—¡Cómo no, señores! Pasen vuestras mercedes —respondió el posadero con una profunda reverencia.

Al instante Gonzalo reconoció una voz inconfundible. El posadero insistió blandiendo un garrote:

—¡Fuera de aquí, piltrafa! ¿No te he dicho que te marches?

—Brunet, ¿no me reconoces?

Uno de los recién llegados, descabalgó y entornó los ojos.

—¡Gonzalo, amigo! ¿Sois vos? ¡Dios del cielo! Pero ¿qué os ha pasado?

El posadero quedó corrido. Al instante, se apresuró a ayudar al recién llegado e incorporar a Gonzalo a punto de caerse. Entre los dos le hicieron pasar.

—¡Pronto, traed un vaso de vino y algo caliente! ¡Venga, vamos, apresuraos! ¿No veis lo débil que está?

Sentados a una mesa, Brunet no salía de su asombro. Balbuciente, después de unos sorbos de vino y caldo, Jiménez de Cisneros le relató sus desventuras.

—Pero ¿cómo sois tan osado? ¡Atravesar esas montañas solo y sin custodia, camino de Roma! Yo también me dirijo hacia allá. ¡Cuánto tiempo sin veros, querido amigo, querido condiscípulo! Ya no os dejaré solo hasta alcanzar la Ciudad Eterna. Me acompaña Rubén, mi criado. Llevamos armas y buen recaudo de ropa y comida. No os abandonaré, amigo mío. Tenemos que recordar viejos tiempos. Pero primero habéis de descansar. ¡Vamos!

A la luz indecisa de las lámparas de aceite, el rostro demacrado y esquelético de Gonzalo contrastaba con la oronda faz y los alegres ojillos del sonrosado catalán.

A partir de ese momento, a Jiménez de Cisneros se le antojó cabalgar a lomos de un sueño. Italia era justo el envés de Castilla. El color frente a la adustez, el imperio de las curvas sobre las líneas rectas, la magia de los mármoles y ojivas en contraste con los recoletos claustros castellanos, la sensualidad arquitectónica y pictórica frente a la sobriedad recoleta del silencio; las viñas de Fiésole y las lomas onduladas en rivalidad con las llanas estepas de su tierra castellana. Dejaron detrás la elegancia de Pisa, su catedral de encaje y torre inclinada, la campiña toscana que inspiró a Boccaccio, la inocencia mística de las tablas de Fra Angelico, los *mille angeli festante* del *Paradiso* descrito por Dante, aquella naturaleza alegre que inspiró el canto del Poverello de Asís, la explosión de arte de Florencia en medio de la tibieza de un aire limpio y suave: Italia.

Finalmente Roma amaneció a sus ojos como una mezcla de arte y caos, carrozas de príncipes y carros de forrajes, niños desharrapados y mármoles

relucientes. Había oído hablar de los vicios de la Iglesia, pero nunca creyó que le impresionaría tanto como verlos en vivo. Acababa de morir Calixto III, el primer papa Borja, o Borgia, como llaman a esta familia valenciana los italianos, no sin dejar de abrir la puerta a sus sobrinos, nombrando notario apostólico a Rodrigo y otorgando el gobierno de Bolonia a Luis Juan, para al año siguiente designarles cardenales. Había contribuido a terminar con el cisma de Peñíscola, y tras ser nombrado obispo de Valencia, la confianza de Alfonso el Magnánimo lo catapultó a Roma, donde fue elegido inesperadamente papa. Calixto había rehabilitado la memoria de Juana de Arco, beatificó a su paisano Vicente Ferrer y promovió la cruzada contra el turco. Se le acusó de apoyar en demasía a los españoles, entre ellos a su sobrino Rodrigo, pues, además de enviarle a Bolonia a estudiar cánones, pronto le dio ocasión para demostrar sus cualidades para el gobierno como comisario de las tropas pontificias en otras regiones italianas y vicescanciller de la Iglesia de Roma cuando apenas tenía veintisiete años.

Gonzalo dio un paso más en su acercamiento a la vida real. Descubrió que Roma no era el idílico centro de la cristiandad que se imaginaba. Las intrigas corrían en forma de zancadillas, si no de pócimas y veneno en medio de banquetes suntuosos y placeres mundanos. La ciudad en aquellos años tenía cierto acento español, hasta el punto de que incluso se alanceaban toros en el Coliseo. Las amistades le facilitaron, dados sus conocimientos en leyes, un título de abogado consistorial en los tribunales eclesiásticos, que se convertirían para él en una ventana abierta al mundo de su época.

—El poder del papa es nominal, os lo aseguro —le explicó un colega del tribunal—. Aquí siguen mandando los Colonna y los Orsini. Ellos son los que reclutan los ejércitos y hasta acuñan las monedas. El cisma y el destierro de Aviñón nos han hecho mucho daño, por no hablar de la muerte negra, la peste que ha diezariado esta sufrida población. Como habréis podido observar, muchas iglesias y monumentos siguen en ruinas. Y ya habéis visto: la ciudad está inundada de españoles, en especial de abogados como vos.

—¿Qué pensáis del nuevo papa?

El picapleitos contestó con evasivas. No se quería arriesgar. Ambos colegas hablaban de Pío II, Eneas Silvio Piccolomini, un auténtico humanista, que había vivido intensamente como intelectual, un diplomático que se había recorrido media Europa, y era conocido como escritor antes de ascender al solio pontificio. A media voz se cuchicheaba sobre la famosa novela erótica que había escrito en su juventud, *Historia de duobus amantibus*, con más de treinta y cinco ediciones y más de cien copias manuscritas. Ya de papa se avergonzó o retractó de esta obra de juventud, llegando a escribir en una carta: «Y no deis más importancia al laico que al pontífice: rechazad a Eneas, acoged a Pío». Pero mientras Gonzalo

estuvo en Roma no se hablaba de otra cosa que de su proyecto de cruzada contra el turco y la fundación de la Universidad de Basilea. También de su defensa del poder papal contra la corriente, que él mismo había defendido antes, a favor de la supremacía del concilio.

No obstante, el abogado castellano vivía sumido en sus libros y pleitos, cuando una mañana, después de muerto Pío II y elegido Pietro Barbo, se presentó Brunet a las puertas de la Cancillería.

—Gonzalo, tengo una sorpresa para vos.

—¿Una sorpresa? ¿Qué clase de sorpresa? No me distraigáis, que tengo que estudiar un legajo urgente esta misma tarde.

—Esta tarde vendréis conmigo a una fiesta.

—¿Otra fiesta, Brunet? En Roma hay una fiesta cada día, desde que Pietro Barbo ha sido elegido papa.

Efectivamente, Pietro Barbo era un entusiasta de la belleza, las celebraciones y toda suerte de festejos, como pretendía. Había fomentado el carnaval, incluso uno acuático sobre el Tíber. Las fiestas de Navidad habían cobrado un sabor pagano con desfiles de faunos y dioses. El reservado y austero Gonzalo comenzaba a añorar el silencio monacal de su tierra castellana.

Sin embargo, Brunet acabó convenciéndole.

—Esta fiesta os conviene, Gonzalo. Confiad en mí, ya veréis.

Tuvieron que atravesar un mar de danzantes y un desaforado griterío por las calles adyacentes al palacio al que se dirigían.

—Se ve que al nuevo papa, exmercader de Venecia, acostumbrado al lujo oriental de la ciudad del duce, Roma le parece demasiado gris. Ha ordenado a los cardenales que desde ahora vistan de púrpura —dijo entre risas Brunet—. ¿Habéis visto algunas de las carreras por las calles? ¡Las hay de ancianos, jóvenes, judíos, caballos, burros y hasta de búfalos!

Finalmente ambos amigos llegaron a las puertas del palacio Borgia, literalmente rodeado de músicos y máscaras. Se identificaron y lograron penetrar hasta el patio interior, no sin atravesar salones donde juglares recitaban poemas al son de la mandolina y se interpretaban comedias para solaz de damas, caballeros y cardenales ataviados con polícromas sedas. Salieron al jardín donde la música llegaba atemperada por el sonido de las fuentes y entre nubes de perfume de las damas de noche.

Sobre una sede de terciopelo carmesí, en un rincón del jardín, recibía el cardenal Rodrigo Borja a sus invitados. Gonzalo le echó unos treinta y cuatro o treinta y cinco años. El valenciano le pareció alto, de fuerte complexión, la tez morena, la nariz aguileña y los labios sensuales. Había algo de distinción y disfrute mediterráneo en sus maneras junto a una mirada de superioridad al

prodigar sus correctos y distantes saludos.

—Fijaos, está hablando con el cardenal de Pavía. Con él disfruta conversando de halcones, caballos y galgos. Dicen que es el mejor cazador del sacro colegio.

Brunet le saludó en catalán, a lo que el cardenal Borja le respondió en valenciano.

—Como sabéis, mi madre era de Játiva. ¿Quién os acompaña? —A la presentación de Gonzalo, el cardenal respondió—: ¿Bachiller por Salamanca en entrambos derechos? De esos necesitamos muchos en Roma. Que disfrutéis de la fiesta —se limitó a exclamar.

Después de saludar a otros huéspedes, con la misma amabilidad y displicencia, se dirigió a una bella dama sentada bajo un velador.

—Es Vannoza dei Cattanei. No es la primera. ¡Ni seguramente la única! —comentó Brunet.

Gonzalo no había asistido nunca a banquete semejante a aquel: ante sus ojos desfilaron codornices de Lombardía, jamón al vino de Chipre, hígado de pollo con canela, jengibre y nuez moscada, y un gran pavo real conducido por una cohorte de jóvenes camareras entre tules. Música, danzas, recitales y bufones amenizaban la cena.

En la sobremesa entre tragos de Málaga, Montemoro y viejo moscatel de Chipre, salió un enano contrahecho vestido de vivos colores.

—Es Gabrieleto, el bufón preferido del cardenal. Ya veréis cómo imita a los Orsini y los Colonna. ¡Es para morir de risa!

Gonzalo se fijó en Brunet en medio de aquella explosión de color y sensualidad. Su carácter mediterráneo, su rostro redondo y saludable armonizaban con todo aquel manantial de intemperancia que unguía de decadencia la noche romana. El enjuto Jiménez de Cisneros miraba el panorama como ausente, enfrascado quizás en el último pleito que tenía entre manos o con el pensamiento huido hacia el humilde hogar de Torrelaguna, objeto de sus preocupaciones económicas. Al salir, ambos amigos creyeron identificar soterrados quejidos, unos lamentos lejanos en la noche.

—¿Qué es eso? —preguntó Gonzalo.

—Nada, no os preocupéis. Proceden de aquí abajo, de los sótanos, donde están las cárceles del cardenal.

Fuera, la luna empalidecía retorciendo sus reflejos por estrechas y tortuosas calles, sucias de orines y basura, mientras junto a los ostentosos palacios y las labradas puertas de las iglesias, los mendigos alargaban sus manos vacías, sentados sobre piedras de viejas ruinas abandonadas.

Nunca he conseguido saber a ciencia cierta cuántos años pasó Gonzalo en Roma, ¿cinco, seis? Como ya he advertido, los acontecimientos de su juventud, que por lo visto no le agradaban demasiado, los llevaba muy en secreto, incluso para sus íntimos como yo.

Solo puedo añadir que su estancia en la Ciudad Eterna se interrumpió con una carta de su madre en la que le comunicaba la muerte de don Alonso, su padre, y la urgencia de su inmediato retorno a Torrelaguna, dada la penuria económica en la que se encontraban ella y sus hermanos.

Preparó pues su regreso no sin antes gestionar un *modus vivendi* para el futuro próximo que le esperaba en su patria. No fue difícil obtener del sumo pontífice una carta de *Expectativae*, documento que le daba derecho al primer beneficio que vacara en su diócesis de Toledo, manuscrito polémico, porque enfrentaba a Roma con las costumbres y derechos diocesanos. Este viejo privilegio había sido revocado por el tercer Concilio Lateranense, aunque volvió a estar vigente durante el cisma de siglo XIV, porque los papas rivales de Roma y Aviñón se servían entonces de la venta de beneficios vacantes para llenar sus esquilados cofres. Luego, tras el Concilio de Constanza, aunque contrario a estos procedimientos, el papa Martín V volvió a conceder cartas parecidas a prelados de Italia y España aunque de exigua cantidad.

Con uno de esos documentos en el morral y algunos libros y memoriales, Gonzalo dejó atrás las espadañas y pinos de Roma y se dispuso a emprender su largo camino de regreso. Llevaba asimismo otro bagaje invisible: la valiosa experiencia de unos años de práctica canónica, y sobre todo un baño de política romana, de intrigas de poder, arribismo eclesiástico, miserias y cultura, trufados, como siempre, de ideales y desengaños, grandeza, vulgaridad y melancolía, como las cúpulas que siluetaban aquel amanecer el perfil de la Ciudad Eterna que abandonaba definitivamente a sus espaldas. Aunque no había llegado a cumplirse en él el viejo adagio: «*Roma veduta, fede perduta*».

[1] Monasterio original sobre el que se edificaría el actual San Jerónimo el Real de Madrid.

4. Hierve Castilla

El redoble de campanas dispersó a bandadas palomas y gorriones sobre el azul nítido en el que se recortaba la torre de la catedral de Toledo aquella mañana de sol. La luz tamizada y multicolor de sus vidrieras refulgía en la dorada mitra y la ornamentada capa pluvial con los que el arzobispo Alonso Carrillo, auxiliado de tres obispos, iba a administrar el sacramento del bautismo a una niña enigmática, nacida el 28 de febrero del año del Señor de 1462.

La víspera de esta celebración, el reino de Castilla había sembrado de hogueras y danzas festivas el regocijante acontecimiento. Por fin, después de siete años sin descendencia, el rey era oficialmente padre de una hija. Don Enrique no ocultaba su alegría, por lo que, para festejarlo, se correrían quince toros en abril y unas justas en mayo, tan encarnizadas que en ellas murió un caballero. El monarca parecía feliz, aunque el pueblo no estaba dispuesto a reconocer a la hija como tal, pues las murmuraciones apuntaban a don Beltrán como verdadero padre de la criatura. De aquí el calificativo que acompañaría siempre a la pequeña Juana, la Beltraneja o «la muchacha», como la llamaría más adelante la Reina Católica.

El asunto de la impotencia de Enrique era sin embargo bastante confuso, pues algunas prostitutas testimoniaban que el rey no carecía de libido fuera del matrimonio, aunque sí al parecer era incapaz de consumir la penetración. O al mismo tiempo, por su apariencia y modales, ¿no se explicaba todo porque era en realidad de tendencia homosexual? El hecho es que siempre flotó la duda de quién era el verdadero padre de la recién bautizada. Las sospechas aumentaron cuando, al domingo siguiente de la celebración, Enrique otorgó a su mayordomo, Beltrán de la Cueva, el título de conde de Ledesma.

Durante aquel bautismo, al que asistía la flor y nata de la corte, otra niña, esta rubia y de ojos azules, sostenía en sus brazos a la recién nacida ante la pila bautismal: la infanta doña Isabel, que contaba aquel día once años. Cuando Isabel besó la manita a la nueva heredera de Castilla en señal de acatamiento, ninguno de los nobles allí presentes podía imaginar el futuro de la joven madrina.

Había nacido Isabel en una villa insignificante de tierra adentro llamada Madrigal, donde entre humildes casas de adobe y teja, enseñoreadas por la espadaña de una iglesia, se distinguía un edificio de piedra y ladrillo mitad palacio mitad convento. Dentro se refugiaba la segunda esposa de Juan II de

Castilla, la pelirroja portuguesa Isabel de Avis. Aquel Jueves Santo de 1451 los correos galoparon para anunciar la noticia: acababa de nacer una niña que, después de que lo hiciera más adelante Alfonso, otro infante varón, se colocaría en tercer lugar de la línea sucesoria, detrás de Enrique y sus eventuales sucesores.

Corría la fama de que su madre, la portuguesa Isabel, no andaba muy bien de la cabeza. Que quizás había agravado su demencia el hecho del parto y posiblemente el dolor con que se culpaba a sí misma de la ejecución injusta de don Álvaro de Luna. La infancia de la que sería llamada Isabel la Católica, que nunca conoció a su padre, pues murió cuando ella contaba tres años, discurrió, durante los primeros diez años de su vida, en el silencio conventual de aquel caserón y luego del castillo de Arévalo, junto a una madre destemplada y el recuerdo perenne de su locura, como si fuera un sino inevitable que llegaría a reproducirse en su propia hija. En el castillo, Isabel compartía juegos y lectura de hermosos libros miniados con otra niña morena, Isabel de Bobadilla, que siempre sería su fiel confidente y gran amiga. Allí, entre rezos y visitas de frailes, enraizó la fe que la acompañaría siempre. También le servía de consuelo la venida de su abuela portuguesa, Isabel de Barcelos, y de don Gonzalo Chacón, su tutor, que curiosamente había sido antes camarero de don Álvaro de Luna.

El rey Enrique IV no despilfarraba precisamente recursos para mantener a la reina viuda y sus hermanastros Isabel y el pequeño Alfonso, incumpliendo los mandatos testamentarios de su padre. Fue a visitarlos a Arévalo, eso sí, alguna vez. Y se los llevó después al avispero de la corte en 1454, acentuando la demencia de la madre en Arévalo, quizás porque tuviera miedo de que los nobles secuestraran al pequeño Alfonso para nombrarlo rey a su muerte, al carecer de descendencia. La educación de los niños Isabel y Alfonso fue encomendada a la reina Juana, que ya estaba preñada de la Beltraneja, y que no era precisamente un ejemplo de virtudes para los recién llegados.

Después del nacimiento de Juana, durante su bautizo el 9 de mayo de 1462, Isabel, a sus once años, sentada en el presbiterio de San Pedro el Viejo de Madrid, teniendo enfrente por primera vez a los treinta y dos procuradores en Cortes, ve avanzar al arzobispo Carrillo, de nuevo convertido en protagonista, con la niña de cuarenta días en brazos. Todos, puestos de pie, reconocían que a ella le correspondía la sucesión. Tocaba pues a Isabel, como hemos dicho, el tercer puesto en la línea sucesoria. Pero los allí convocados ignoraban que unas horas antes el marqués de Villena había levantado acta de la nulidad del acto, puesto que juraba como sucesora a quien no le pertenecía por derecho.

Isabel, a partir de entonces, se convirtió en un rehén. Fue obligada a acompañar a los reyes en sus desplazamientos por Madrid, Aranda, Guadalajara,

ciudad asiento esta de los Mendoza, para asistir a la boda de Beltrán con la nieta del marqués de Santillana y donde conoció al nuevo líder de la familia, el obispo Pedro González de Mendoza, que empezaba a medrar en la corte y tendrá gran importancia en la vida de nuestro Jiménez de Cisneros. Todo ello enfureció sobremanera al arzobispo Carrillo.

Durante los años siguientes, Isabel residió principalmente en el lujoso alcázar de Segovia, verdadera capital del reino junto a Madrid y Toledo. En Segovia se exhibía la majestad de Castilla representada por treinta y cuatro estatuas sedentes, labradas en madera y policromadas, de todos los reyes de Castilla y León. Isabel se encontró estos años entre damas expertas en seducción, cuyas liviandades en el vestir y artes amatorias resultaban escandalosas, como cabalgar sin mangas y con camisas tan cortas que al viento mostraban sus muslos desnudos. Allí se refugió Isabel en la lectura de libros que arribaban de Flandes por el «camino de la lana», como la *Imitación de Cristo*, de Tomás de Kempis o las obras de Ludolfo de Sajonia, llamado el Cartujano.

Entretanto, la vida de Enrique discurría en medio de tan frecuentes alborotos y enfrentamientos con el reino de Aragón que se vio obligado a acudir a la mediación del rey de Francia. Por su parte, los nobles, descontentos del rey de Castilla y reunidos en Burgos, presentaron tres memoriales de agravios exigiendo que el infante Alfonso fuera proclamado públicamente señor del trono y declarando un abuso ilegal acatar a la Beltraneja, decidieron no volver al servicio del rey hasta que él enmendase tales agravios. El documento, con copia enviada a Roma, no podía ser más duro. Se acusaba a Enrique de anticristianismo, de rodearse de gente infiel y blasfema, de una guardia mora, de compañía de personajes que habían raptado a mujeres y violado vírgenes, e incluso de abusar de hombres y niños *contra natura*.

Las murallas de Ávila contemplaban al sol hiriente del verano de 1465 la entrada en procesión de los nuevos rebeldes. Abría el cortejo el rubio y juvenil infante don Alfonso, vestido de armadura. A un lado, montando un negro caballo de guerra, avanzaba el arzobispo Carrillo con cota de malla y manto carmesí, y al otro, el marqués de Villena, armado de la cabeza a los pies.

—¡Viva el rey! ¡Castilla por el rey don Alfonso! —gritaba el pueblo de Ávila, sin ocultar cierta inquietud ante hechos que ponían en peligro la estabilidad del reino.

En un alto tablado erigido en medio de la llanura habían sentado en un trono un muñeco vestido de luto, con corona en la cabeza, cetro y espada en las manos, que representaba a Enrique IV. Ondeaba en lo más alto del tablado, custodiado por caballeros y hombres de armas, el pendón real de Castilla. Abajo la muchedumbre contemplaba en vilo el espectáculo. No faltaban representantes de

las órdenes de Calatrava y Alcántara con sus atributos, así como de la Universidad de Salamanca y un polícromo tapiz de hábitos clericales de religiosos y órdenes de caballería.

Cuando Carrillo ascendió al tablado se despojó de la armadura y se revistió de ornamentos litúrgicos rojiblancos bordados en oro. Clarines y tambores anunciaron la celebración de la misa. Luego, el arzobispo de Toledo, tras bendecir a la muchedumbre, se dirigió hacia Enrique IV en efigie, y bruscamente, de un manotazo, le despojó de la corona. A continuación, el marqués de Villena y el duque de Plasencia le arrebataron el cetro y la espada. Una explosión de vítores y aplausos inundó la llanura al par que López de Zúñiga derribaba de una patada el trono, exclamando literalmente:

—¡A tierra, puto!

Cuando el muñeco rodaba en el polvo de la ladera, el infante don Alfonso a sus once años, conducido al estrado y sentado en el trono, fue solemnemente coronado y recibió el besamanos y el acatamiento de la nobleza. Pero no todo el pueblo vio con buenos ojos aquella pantomima. Había entre los asistentes quienes consideraron el acto una intolerable vileza y un insulto a las instituciones. Entre los ausentes indignados se hallaban los Mendoza que seguían guardando fidelidad al legítimo rey.

Castilla, en aquella fecha, se partía en dos. Predicadores de ambos signos proclamaron sus respectivas soflamas desde los púlpitos, y los dos bandos comenzaron a alistar respectivas fuerzas para una guerra que parecía inevitable. Burgos, Toledo y Sevilla se declararon contra el rey Enrique. Este, al conocer la noticia, se arrodilló llorando en palacio para suplicar perdón y ayuda. Parecía arrepentido de sus devaneos y estupideces.

Por esta época, un innominado clérigo y picapleitos llamado Gonzalo Jiménez regresaba a galope de Roma hacia Torrelaguna con el corazón angustiado. ¿Cómo encontraría a su madre y sus hermanos? Apenas podía apreciar los cambios del paisaje. El viento de Castilla, que peinaba blandamente el trigo y saludaba su frente, no conseguía aliviarle de una obsesión: cómo auxiliar a su familia en aquel nuevo trance.

La estampa que forjaba en su imaginación apareció de forma real ante sus ojos cuando descabalgó delante de la posada-hogar: una familia enlutada y una madre esquelética le abrazó llorando. Al lado, sus dos hermanos serios, que le dieron cuenta de los últimos días de su padre.

Doña Marina era un manantial de lágrimas. Estrechando las manos de su hijo recién llegado, repetía:

—¡Cuánto te hemos echado de menos, hijo mío! Ya al final de la vida de tu padre nos asediaban las deudas. ¡Figúrate ahora! Tus hermanos no son capaces

de llevar esta casa adelante.

—No os preocupéis, madre, mirad. —Gonzalo sacó del morral y esgrimió un documento enrollado con un lazo rojo y lacrado pontificio—. Esta bula nos ha de salvar.

—¿Qué es eso, hijo mío?

—Un documento del Santo Padre que me autoriza a lucrar el primer beneficio que queda vacante en esta diócesis.

Pero la vacante no se producía y los días y las noches se prolongaban para Gonzalo en la inoperancia de una población como Torrelaguna, donde el tiempo se había parado en contraste con la vitalidad recién vivida en Roma. Ante las necesidades de su familia, optó por impartir algunas clases y matar su tiempo con lecturas y tertulias con los curas del lugar. Un tema recurrente en las conversaciones era el arzobispo Carrillo.

—¿Carrillo? Yo lo he visto de cerca y monta en cólera a cada rato —comentó don Pascual, un sonrosado y grueso beneficiado de la villa, amante del buen vino y el yantar—. No hay caballero en toda Castilla, os lo aseguro, que pueda plantarle cara. A ese le gusta más la malla que la casulla.

—Pues de mis tiempos de Alcalá lo recuerdo bajándose del caballo y ayudar a los pobres. Gustaba de detenerse en la puerta del convento de los franciscanos y saludar al prior fray Diego, el santo —recordó Gonzalo.

—¿Ese Carrillo? Bien debería haber imitado al virtuoso fraile. Creo que lo único que hace es prometer construirle un convento en su honor. Pero lo que le gusta es la buena vida, os lo aseguro. Dicen que su mesa está mejor servida que la del rey. También cuentan que para conseguir algo le basta con adular su vanidad. ¿Sabéis cómo le llaman después de ocurrido lo de Ávila? «El hacedor de reyes» —dijo el presbítero entre risas—. Os aseguro que si consigue su propósito y el infante Alonso llega a reinar, el arzobispo Carrillo se convertirá en el verdadero señor de Castilla y León.

—Si le dejan —interrumpió el bachiller Gutiérrez, que había conocido a Gonzalo en Salamanca—. Dicen que ahora despunta mucho el joven obispo de Calahorra, don Pedro González de Mendoza, quinto hijo de Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, y de Catalina Suárez de Figueroa. Aseguran que es hombre muy culto, que ha estudiado en Toledo y Salamanca, y que su padre al morir le legó las villas alcarreñas de El Pozo y Pioz, donde construye un recoleto castillo. Mendoza es fiel a Enrique y enemigo feroz de Carrillo y Pacheco, el marqués de Villena.

—Está claro que es el mayor apoyo que tiene el rey —comentó don Pascual—. Pero dudo que Mendoza le aprecie de verdad. ¿Sabéis lo que salió de su boca? «Cada reino es como un cuerpo, del cual el rey es la cabeza. Si la cabeza

está enferma, es mejor aguantar la cabeza que cortarla». Os aseguro que si hasta ahora no ha corrido la sangre, es porque el marqués de Villena es un débil y vacila continuamente.

Gonzalo sirvió otro trago a los presentes. El sol ruborizaba el horizonte por el ventanuco de la casa cural.

—Pero Villena, ¿no es aliado de Carrillo?

—Las cosas han cambiado mucho en Castilla en el tiempo que lleváis fuera, Jiménez. El marqués tiene sus tácticas. Ahora la mayor preocupación es que los hombres de Carrillo saquean en el sur los estados del rey.

Pasaron los días a ritmo de toque de ángelus, siembra y cosecha, la caza de una liebre, el nacimiento de un ternero, el compás lento de la vida rural. Mientras, Gonzalo, siempre interesado por las cosas que ocurrían en la corte, asediaba a preguntas a los recién llegados de Toledo, Madrid y Segovia.

Un dominico que venía de predicar por pueblos cercanos le informó de que don Enrique, el rey, asustado, se había inventado una especie de «concordia» para salir del paso: consistía en reconocer al infante Alfonso como sucesor, a base de casarlo con la niña Juana, mientras que a la infanta Isabel se le asignaría «casa propia» en Segovia, independiente de la reina y servida por cinco damas.

—Pero nadie se cree en palacio esa concordia, don Gonzalo. Todos quieren jugar con la ficha de la infanta doña Isabel en el tablero de los reinos europeos. Lo último es que Villena quería casarla con un hermano suyo, Pedro Girón, viejo licenciado, que no cumple sus obligaciones de *freire* como maestre de Calatrava y que incluso dicen que ha atentado en Arévalo contra el honor de la mismísima doña Juana, la madre de Isabel, ¿podéis creerlo? —contó el dominico. Y prosiguió—: Dios del cielo, ¡ese vejestorio mal nacido! Si muriera el infante don Alfonso, eso supondría que Pedro Girón se podría convertir nada menos que en rey de Castilla. Creo que Isabel está asustada. La trasladaron de Segovia a Ocaña para recibir al pretendiente en el castillo. La reina Juana, aterrorizada también, intentó, con ayuda de los Mendoza, reavivar un proyecto anterior de casar a Isabel con Alfonso V de Portugal. Todo parecía inútil, Pedro Girón, con tres mil jinetes, salió de Almagro dispuesto a apoderarse de Isabel por las buenas o por las malas.

—¡Pobre niña! ¿Qué hacía la infanta? —preguntó Gonzalo.

—Llorar, rezar y ayunar durante tres días. Dicen que su amiga Beatriz estaba dispuesta a clavarle un puñal a don Pedro al menor descuido. Pero Dios ha ayudado a nuestra princesa, don Gonzalo. En el camino, presa de una enfermedad del pecho, Pedro Girón falleció de repente. Lo tremendo es que la guerra entre los dos bandos, los de don Enrique y don Alfonso, continúa sin cuartel. Plebeyos y campesinos se ven obligados a empuñar las armas mientras

se devasta el campo, se pierden las cosechas, los mercados acusan la carestía, están desiertos y vacíos.

Más tarde Gonzalo supo que la muerte de Pedro Girón cayó como un rayo en la corte, porque desbarataba los planes del rey y el marqués de Villena. A Enrique no le quedaba otra solución que abdicar o plantar batalla. A última hora, Villena le abandonó para ponerse al lado del arzobispo de Toledo. En Olmedo se enfrentaron encarnizadamente ambos bandos. Don Alonso de Carrillo, ataviado con un manto rojo ornado de la cruz blanca sobre caballo negro, desafiaba al rey y a don Beltrán. El jovenzuelo Alfonso, «el rey de Ávila» como solían llamarle, vestido de armadura, cabalgaba al lado del bélico arzobispo, quien no le quitaba ojo para dejarle combatir, pendiente de que no se hiriera. El prelado era una fiera en el combate y, a pesar de haber sido herido en un brazo, fue el último en abandonarlo, cuando las sombras de la noche oscurecían el campo de batalla sin que ningún contendiente obtuviera la victoria.

No habían pasado muchos meses cuando un juglar trajo al pueblo la triste noticia que cambió el curso de los acontecimientos:

—Escuchad la triste nueva: ¡han encontrado muerto a don Alfonso!

Efectivamente, cerca de Ávila, en Cardeñosa, habían hallado sin vida en su lecho al infante, cuatro meses y medio antes de cumplir quince años.

—¿Cómo murió? —preguntaba en corro la gente al juglar en medio de la plaza de Torrelaguna.

—Unos dicen que envenenado con una trucha empanada que cenó. Otros que fue la peste, que asola Castilla este verano, la que ha acabado con él.

¿No estaría detrás Villena para complacer al rey Enrique y eliminar así al competidor? El hecho es que aquel 15 de julio de 1546 desapareció del mapa y de la historia —se hubiera llamado Alfonso XII— aquel pequeño «rey de Ávila».

La gran pregunta que flotaba en el aire era si el hecho haría a Isabel reina. Eso pretendían al menos Carrillo y Villena. Pero la mocita empezaba a pensar por sí misma. Se limitó a declararse heredera y acatar a Enrique IV, porque su deseo era devolver la unión a Castilla y recuperar la paz. Así se lo dijo a Carrillo en el convento de Santa Ana donde guardaba luto por su hermano. Por otra parte, el rey estaba cansado de guerras. Su madre, la reina doña Juana, había caído en desgracia por tener un hijo con su guardián.

Pero había que despejar un obstáculo en la sucesión. Con ese fin y para alcanzar un acuerdo se reunieron cerca de Ávila, en Toros de Guisando, los confederados e Isabel. Junto a los tótems ibéricos de piedra que desafiaban los siglos, fue reconocida Isabel como princesa de Asturias, y se declaró ilegítima a Juana la Beltraneja. Para convencer al testarudo Carrillo, Isabel además echó

mano del legado pontificio Antonio de Véneris, que había venido a Castilla con deseos de pacificarla y para que se acatara el poder de Enrique IV. También el rey se comprometía a no obligar a Isabel a casarse contra su voluntad, con tal de que ella no lo hiciera sin su soberano consentimiento.

Con diecisiete años, Isabel, joven, guapa e inteligente, se había convertido en princesa de Asturias. Aunque residía en Ocaña, en parte prisionera de Pacheco, que manejaba al rey, creó su primer sequito rodeándose de Gutierre de Cárdenas, próximo a Carrillo y su primo Chacón, mientras el propio arzobispo Carrillo seguía todo desde la cercana villa de Yepes donde se había retirado.

No era raro pues que llovieran los pretendientes: Aragón, Portugal, Francia, Inglaterra solicitaron la mano de la que se ve como futura reina de Castilla. Pero Villena no andaba ocioso. Susurró a la oreja de Enrique que la solución era casarla con Alfonso V de Portugal; visitó a los Mendoza que custodiaban a la Beltraneja, que sería esposada a su vez con João, el heredero luso, y así quitaba de en medio a Isabel. Esta se negó en redondo, cuando ya había salido de Lisboa una embajada para negociar el matrimonio, que tuvo que detenerse durante veinte días. Amenazaron a la joven princesa con encerrarla en el alcázar de Madrid. Pero Isabel insistía que esos no eran los términos del acuerdo de Guisando, que ella era la que tenía que decidir.

Y finalmente Isabel decidió. No sola. Sin duda mediaron conversaciones entre Carrillo y el rey de Aragón, y los consejos de sus íntimos Cárdenas y Chacón. La nueva llegó a Gonzalo a través de un peregrino que cantaba por las calles de Torrelaguna.

*Flores de Aragón
dentro de Castilla son.*

Era una copla que ya entonaban los chiquillos por calles y plazas. El pueblo estaba entusiasmado ante la joven pareja, compuesta de un enjuto y musculoso Fernando de Aragón de ojos brillantes, y una Isabel de Castilla, rubia y serena, un tanto fría desde sus ojos azules con reflejos verdes, en medio de una corte que hervía, pues continuaban las gestiones con Portugal y Francia, y la acusación de que Isabel no había cumplido el pacto de Guisando de contar con el beneplácito del rey, al tiempo que en los caminos de Castilla reinaban los asaltos, el pillaje y el asesinato. Fue clave el apoyo obtenido en Guadalajara de la poderosa familia de los Mendoza, hasta entonces custodios de la Beltraneja, sobre todo del obispo don Pedro, que aspiraba a la sede de Toledo y el cardenalato.

Aquel cambio de tornas enfureció al ambicioso y guerrero Carrillo, que veía

truncados así sus deseos de seguir manipulando en la corte ante la llegada de un competidor que podía arrebatarle protagonismo. De nada sirvió que Isabel intentara ablandarle. En especial, cuando apareció en Castilla el poderoso cardenal español Rodrigo Borja, como enviado del papa Sixto IV. Carrillo le hospedó en Alcalá e intentó influirle imbuyéndole de su personal versión de los últimos acontecimientos. Pero el cardenal legado, experto en intrigas romanas, intuyó enseguida que hacía falta ganarse a Villena y decidió reunir a ambos partidos en Guadalajara, feudo de los Mendoza.

La iniciativa fue un mazazo para Carrillo, que montó en cólera y no atendía a razones. Lo cierto es que el legado del papa, futuro Alejandro VI, debió de llevarse muy mala imagen de Alonso Carrillo, porque el año siguiente Sixto IV concedió el capelo cardenalicio a Pedro de Mendoza, su peor enemigo y competidor, en vez de dárselo a él, como arzobispo de Toledo. Eso supuso un giro decisivo de Carrillo que se refugió en su palacio de Alcalá para intrigar contra Isabel.

Corría el año de 1473, una fecha decisiva en la vida de Gonzalo Jiménez de Cisneros, que seguía trampeando con la economía de su familia en Torrelaguna, y veía estos fieros toros desde la barrera, sin barruntar que en el futuro condicionarían decisivamente su vida.

5. Sabiduría entre rejas

Las sombras se descoyuntaban bajo los soportales de la vieja Alcalá jugando en las esquinas con la luna, cuando dos siluetas se deslizaban sigilosamente por las calles más recónditas de la judería. Nadie podía sospechar que bajo aquellos mantos caminaban dos personajes célebres de la ciudad. Uno, el más alto y fuerte, iba apesadumbrado y lamentándose. El otro, bajo y rechoncho, respondía en voz baja:

—No se altere, vuestra gracia, que hallaremos remedio a todas sus dolencias.

Llegados a un corral de los arrabales, fuera de las murallas, un jorobado que les esperaba abrió una cancela y les acompañó entre la maleza, lámpara en mano, hasta una zona situada al fondo del terreno donde levantó la trampilla que por una escalinata conducía hasta un sótano. Sus figuras se proyectaban engrandecidas en las paredes del largo corredor de ladrillo cubierto de telarañas, al fondo del cual chirrió una puerta de hierro.

—Pasad, os estaba esperando —dijo con una reverencia un hombrecillo tuerto, de tez rojiza, que sonreía a la luz de un candil.

La estancia, húmeda, escasamente iluminada e impregnada de fuertes olores, entre azufre, betún y hierbabuena, hubiera merecido el cuadro de un pintor amante de la alquimia. Colgaban de las paredes grandes cortinas negras, cuadros con signos del zodiaco, animales disecados, mapas y otros símbolos cabalísticos. Matraces y redomas de vidrio humeantes compartían mesa con gruesos y viejos volúmenes, algunos abiertos y llenos de polvo.

—Tomad asiento, don Alonso, ¿qué os trae por aquí?

El arzobispo Carrillo se despojó de la capa negra con capucha y, como un ascua de luz, emergieron en la estancia sus relucientes vestiduras prelaticias. Su alta alcurnia eclesiástica casaba mal con sus rudas facciones de campesino.

—Su reverencia viene, como otras veces, a pedirnos ayuda, doctor Alarcón —intervino el acompañante, conocido en la ciudad con el nombre de Beato, por sus dotes adivinatorias y de astrólogo.

Alarcón, el alquimista, atizó un pequeño brasero para calentar su cueva.

—Decidme, excelencia, ¿qué os aqueja hoy?

Carrillo se sentó en una butaca de cuero, apoyó derrotado la cabeza sobre su brazo derecho y guardó silencio un instante.

—¿Es que sois estúpido, Alarcón? ¿No sabéis lo que sucede en Castilla? ¿Ignoráis cómo he caído en desgracia de la corte, de Roma, de mis mejores

amigos? ¿O es que no salís a la calle y no os enteráis de lo que está pasando? Lo que me pregunto es por qué me habéis hecho venir cuando en mi castillo tenéis un laboratorio mejor, montado con todo detalle según vuestros deseos.

Alarcón, obsequioso, y entre forzadas reverencias, sacó una copa de cristal y escanció vino dulce al arzobispo toledano de una botella cubierta de polvo. Este lo rechazó displicente con un gesto de la mano.

—No os preocupéis, ilustrísima. En esta cueva me siento más libre, pienso mejor. Yo os he preparado un bebedizo que resucita a los muertos. Mirad lo tengo casi listo —dijo Alarcón, señalando a un líquido que ardía en un alambique—. Es una mezcla muy eficaz de antimonio y cáscara sagrada atemperada con infusión de manzanilla, hinojo y hojas de malva. Os tranquilizará y os devolverá vuestra jovialidad de siempre. ¡Ya veréis! ¿Os he defraudado alguna vez? ¿Acaso no habéis visto con vuestros propios ojos lo que consiguen mis artes y cómo he llegado a transmutar los viles metales en oro puro?

El doctor Alarcón conocía hacía años la afición del arzobispo guerrero a la alquimia. De vez en cuando le administraba polvos de raíz de heléboro y bellorita para estornudar y fortalecer su cerebro. O un brebaje hecho de regaliz, agua de cebada y almendra dulce, para calmar sus retortijones después de sus frecuentes y abundantes banquetes.

—¿Y qué opináis, Beato?

—¿No he descrito vuestra vida leyendo las estrellas?

Beato se había sentado en una banqueta y ojeaba un enorme libro de astrología encuadernado en pergamino.

—Últimamente solo me anunciáis desgracias —dijo el arzobispo.

—No es cierto. Vuestra vida la tengo muy estudiada, como digo, está escrita en las estrellas. Júpiter y Mercurio auguran... —terció Beato.

—Dejaos de estupideces —cortó el primado de Castilla y León—. La última vez me anunciasteis una victoria en Olmedo. ¡Ja! ¿También estaba escrita en las estrellas? ¡Y ya veis!

—¿Acaso perdisteis la batalla, excelencia? Los planetas no se equivocaron, ni el vuelo del halcón, ni las vísceras de la tórtola. No, no fuisteis vencido, que yo sepa.

—Ni vencí tampoco. Pero lo que me da más rabia es que he perdido la más importante batalla, la carrera de Roma por el cardenalato, a pesar de haberme volcado con el legado *a latere*. ¡Ese inepto Pedro de Mendoza! Para mayor desgracia, su poderosa familia cuenta con el favor de Isabel. Estoy hundido. ¡Venga, dadme ese bebedizo de una vez!

El arzobispo se lo bebió de un trago con cara de asco.

Fuera, el canto de un lejano gallo despertaba la ciudad sobre la muralla árabe

de la antigua Complutum como levantando una blanquecina sábana.

No muy lejos de allí, en Torrelaguna, Gonzalo Jiménez de Cisneros sacaba de un arcón su bula y exclamaba sonriente:

—¡Ha llegado el momento, madre! Se va producir la esperada vacante. Pero no va ser fácil. Aunque ya he tomado mis medidas, que en Roma hice amigos y todo saldrá bien, os lo aseguro.

Cisneros, impaciente por conseguir recursos, había sabido que el arcipreste de Uceda, Pedro García de Guaza, acababa de incurrir en irregularidades canónicas por proteger a un ladrón, llamado Pedro Encina, que, acusado de robo, iba a ser sentenciado como tal por la justicia civil. Resulta que en el momento de ser detenido, para eximirse, acogiéndose al fuero eclesiástico, corrió a cobijarse en sagrado, ya que antes de casarse había sido tonsurado y pertenecía por tanto al clero en su forma más elemental. Amparándose en esta condición, pretendía ser juzgado por la justicia eclesiástica, mucho más indulgente que la civil.

No era un caso único en estos tiempos, donde muchos carniceros, mercaderes, notarios y otros personajes abusaban de este fuero para liberarse de la cárcel o al menos suavizar sus condenas. Es lo que había hecho Pedro Encina: escapar de los alguaciles y refugiarse en una iglesia. El arcipreste de Uceda, indignado con el procedimiento del ladrón, lo acusó a la justicia civil, la cual no anduvo con contemplaciones, y sin mayor miramiento mandó ejecutar la sentencia de muerte contra el reo.

Cisneros, experto en leyes, vio la ocasión como una excelente oportunidad para ocupar el puesto. Acusó al arcipreste de Uceda ante la curia papal de haber violado el fuero eclesiástico al entregar a la justicia civil a un miembro del clero. La petición llegó a Roma y, con ayuda de sus amigos curiales, obtuvo su objetivo. El arcipreste de Uceda fue depuesto y acto seguido Gonzalo fue nombrado titular del beneficio, al esgrimir la bula, firmada en Roma el 22 de marzo de 1471 por Paulo II, que guardaba en su arqueta para la primera ocasión.

El arzobispo Carrillo, algo repuesto de sus dolencias, aunque sin salir de su depresión por los recientes hechos históricos, recibió días después en su despacho a su secretario que le tendió varios documentos a la firma.

—¿Qué es esto? ¿Quién es ese curilla de Torrelaguna? ¡Habrased visto! ¿Pretende ese insignificante clérigo subírseme a las barbas? El arciprestazgo de Uceda está ya asignado a un gran cura amigo mío. Rápido, haced venir a ese insignificante sujeto a mi presencia —gritó el primado, rojo de ira, propinando un puñetazo sobre la mesa.

Gonzalo, ya arcipreste de Uceda, en la sierra Norte, lindante entre

Guadalajara y Madrid, acababa de celebrar misa en la recoleta iglesia de Santa María, cuando el sacristán, asustado, irrumpió en la sacristía.

—¡Dos caballeros armados preguntan por vos, don Gonzalo!

Efectivamente, allí estaban, dispuestos a llevársele por las buenas o por las malas, dos esbirros del arzobispo. Le condujeron a galope hasta el palacio episcopal en Alcalá.

La enorme corpulencia del primado se recortaba en contraluz sobre los rojos cortinajes. Sin embargo, cuando pudo distinguir mejor los rasgos del arzobispo, en nada le recordaban la imponente figura que de niño había visto a caballo cruzar como un príncipe las calles de Alcalá. Cargado de años, abotargado —llevaba treinta como arzobispo de Toledo—, profundas arrugas surcaban su rostro y su envergadura empezaba a curvarse de hombros, aunque conservaba brillantez y fiereza en la mirada.

Carrillo no le invitó a sentarse.

—¿Quién sois vos? —preguntó, simulando indiferencia.

—Mi nombre es Gonzalo Jiménez de Cisneros, excelencia.

—¿De qué me suena vuestro apellido?

—No sé, quizás de una guerra. Mi abuelo combatió en la batalla de Olmedo, pero no en la última, claro, en la que voz habéis intervenido, sino en la entablada en 1445.

—Decidme, ¿dónde habéis cursado vuestros estudios?

Cisneros, tieso como una adarga, con su habitual expresión seca y tajante, dio cuenta a su superior de sus titulaciones y experiencias en Salamanca y Roma, que el arzobispo escuchó con fastidio.

—¿Roma? ¿Creéis, don nadie, que por haber estado en Roma podéis desafiarme? ¿Sabéis con quién estáis hablando? ¿Ignoráis que soy el tercer rey de España? ¿Qué aquí en este palacio se ha hospedado hace poco el legado del papa, cardenal Borja, y qué puedo aplastaros como un vil insecto?

Gonzalo, que durante el viaje había oído a chamusquina, echó mano a su morral para sacar la bula.

—Si os referís a las *Expectativae*, aquí traigo el documento de su santidad Paulo II. Permitidme que os diga que creo tener derechos adquiridos...

—¿Derechos? ¿Qué derechos ni qué piel del diablo, pobre hombre? Aquí mando yo, y vos, un vil cura de misa y olla, ¿osa levantarme la voz? ¿Os atrevéis a puentearme, a pasar por encima del primado de España? ¡Yo soy el único que firma *Expectativae* y beneficios en esta diócesis!

Carrillo se alzó de su sede y dio un grito para llamar a sus secretarios. Estos aparecieron corriendo, asustados ante el rostro empalidecido y los labios apretados del arzobispo:

—Vos sois testigos de que este cleriquillo de aldea ha desafiado mi autoridad, esgrimiendo un documento que ha arrancado con malas artes de unos curiales de chicha y nabo en Roma.

—¡Yo solo pretendo hacer valer mis derechos esgrimiendo un texto firmado y sellado por el papa! ¿No es el papa, cabeza de la Iglesia, más poderoso que vos? ¡Aunque tenga que morir, no renunciaré a mis derechos! —respondió Cisneros con orgullo.

Acababa de firmar su sentencia. Gonzalo cayó enseguida en la cuenta de que se había pasado de la raya. Le vinieron a la memoria los modales italianos, las reverencias diplomáticas de guante blanco, las medias verdades, los argumentos de florete con los que se defendían los monseñores en Roma, frente a la rudeza y obviedad categórica que ardía en su sangre castellana.

Carrillo, rojo y desencajado, gritó:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, miserable! Lleváoslo a los calabozos inmediatamente. ¡No quiero verlo en mi presencia un minuto más! Mañana decidiremos qué hacer con él.

Aquella noche Gonzalo pensó sobre todo en su madre. ¿Qué iba a ser de ella? Y se arrepintió de no haberse mordido la lengua y haber esperado a que se tranquilizaran las aguas turbulentas de Castilla, en las que el arzobispo se debatía como un naufrago. En lo íntimo de su conciencia quizás nacía también la duda de si había sido lo más honesto haber denunciado a Roma al arcipreste de Uceda para ocupar él el puesto.

Al amanecer chirrió el cerrojo y se presentaron los alguaciles para conducirlo maniatado, sin mediar palabra, no sabía adónde. Pronto reconoció por el paisaje alcarreño que lo trasladaban precisamente a Uceda, aunque tal como lo llevaban intuyó que desde luego no a recuperar su puesto. Le encerraron en el castillo anejo a la villa sin más contemplaciones.

Comenzaba la época más oscura y de largo calvario para Cisneros. ¿O quién sabe si un tiempo de maduración en la redoma de la soledad, las privaciones y el silencio? Nunca conseguí que me hablara mucho de aquellos largos años de cárcel. Solo me contó que un día otro sacerdote compañero de prisión en Uceda le dijo al escuchar sus quejas:

—La vida da muchas vueltas, don Gonzalo. ¿No sabéis que en esta misma cárcel estuvo preso Juan de Cerezuela, hermano del gran condestable Álvaro de Luna? Y, sin embargo, logró luego llegar a arzobispo de Toledo. ¡Quién sabe, amigo, lo que el Señor os tiene reservado!

Perdía sus ojos en la desolada extensión que entre las rejas se extendía por la Campiña Alta: lejanos encinares y espesos robledales bañados por el Jarama y el Lozoya donde su corazón cabalgaba preocupado por su madre.

Lo cierto que después de dos años preso en Uceda lo trasladaron a otra prisión mucho peor. Gonzalo pensó que a Carrillo no le parecieron bastante los gruesos muros de Uceda. Empinada sobre una colina, a medio camino entre Madrid y Guadalajara, apareció ante él la villa de Santorcaz, donde el castillo de Torremocha forma parte de un conjunto fortificado, que además del baluarte cuenta con siete torres defensivas de la muralla y, adosada, una iglesia, la de San Torcuato, que se remonta al siglo XIII. El paisaje era más recio, más inhóspito si cabe, batido por los vientos y asomado a secas, desoladas llanuras apenas aliviadas por alguna arboleda. Le acababan de enviar a la cárcel de clérigos de la diócesis de Toledo. Quizás por ello la copla popular tachaba a Santorcaz entonces entre las peores villas de la región:

*Santorcaz y Los Santos,
Carpa y Anchuelo,
de estos cuatro lugares
ninguno es bueno.*

A la frialdad del castillo, el catre infecto y la comida infame se añadió la siniestra compañía del más bajo clero de la diócesis de Toledo. Un cura acusado de magia negra, otro de simonía, el de más allá de incesto, amancebamiento o adulterio. Quizás con los únicos que podía mantener alguna conversación eran los encarcelados por herejía o simplemente por ser díscolos y de libre pensamiento. Los días y las noches tienen otra dimensión temporal en las mazmorras y las escasas troneras eran mirillas donde cruzaban lentamente las estaciones como cabalgaduras sin rumbo ni destino. Y, como en todas las cárceles, se filtraban rumores y noticias llegados de fuera que se agigantaban como monstruos en la oscuridad. Para aquellos clérigos degradados todas las curiosidades tenían un nombre: Carrillo.

—Dicen que el arzobispo está cayendo en desgracia. Que el joven obispo de Sigüenza, don Pedro González de Mendoza, sube como la espuma. Le van a dar las sedes de Sevilla y Toledo.

—Desde luego, no se puede negar que tiene poder y dinero. Capitanea una poderosa familia y le ha arrebatado a Carrillo el capelo cardenalicio. ¿Qué más quiere?

Un buen día vino a visitar a Gonzalo su amigo de juventud, el bachiller de Torrelaguna, con un recado:

—No perdáis la esperanza, amigo mío. Vuestra madre está en tratos con la condesa de Buendía, que, como sabéis, está casada con un sobrino de don

Alonso Carrillo. ¡Dicen que tiene mucha ascendencia sobre el viejo arzobispo!

Gonzalo abrió ansioso los ojos.

—¿Tienes noticias recientes de Carrillo?

—Sí. Sigue enfurecido porque la reina Isabel se deja aconsejar por Mendoza, su rival. Tan pronto como ha sido coronada en Segovia, el arzobispo está negociando con el rey Alfonso V de Portugal y la Beltraneja. Se cumple el adagio de Eurípides: «*Quem Deus vult perdere prius dementat!*». «A quien Dios quiere que se pierda, antes lo vuelve loco».

En efecto, Isabel no podía creerse que su protector se hubiera de pronto pasado al enemigo. E hizo lo que pudo para evitarlo.

—Cuentan que la reina en persona ha ido a Alcalá a visitarlo. Pero, por lo visto, Carrillo nada más saberlo exclamó: «Si ella entra por una puerta de Alcalá, yo me marcharé por la otra. ¡La saqué de la rueda para darle un cetro; ahora le quitaré el cetro para volverla a la rueda!». Y así pretende hacerlo. ¿Conocéis el desenlace de la batalla de Toro?

—Aquí, querido amigo, solo llegan las noticias en migajas.

—Carrillo se unió al ejército portugués cuando invadió Castilla y en Toro cabalgó en primera línea para desafiar a don Fernando en persona. Curiosamente el cardenal Mendoza luchaba en el bando de Castilla. ¡Dos cardenales caballeros frente a frente! Dicen que la batalla ha sido tan encarnizada que al final don Fernando tuvo que ordenar a sus soldados que dejaran de rematar a los heridos. Gente de Torrelaguna que participó en la ofensiva asegura que vio la silueta del arzobispo Carrillo con su veste ensangrentada batallando hasta el final para luego perderse no se sabe dónde y que desde entonces nadie lo ha vuelto a ver. Hay rumores de que vive encerrado con sus alquimistas y astrólogos en su castillo de Alcalá.

Todos estos sucesos cambiaron la vida de Gonzalo. Los buenos oficios de la condesa de Buendía dieron resultado, y Jiménez de Cisneros volvió a ver el cielo azul y respirar aire puro un día feliz de 1476 después de seis años de prisión.

Es de suponer que el hombre que dejó las mazmorras de Santorcaz tenía poco que ver con el que fue prendido en Uceda. Más flaco por fuera y más maduro por dentro, ha tenido tiempo para reflexionar, leer, meditar, quizás llorar y sobre todo orar. Aunque nadie podría negar que aún no había llegado para él su gran cambio interior, seguía empeñado en defender sus derechos y la idea obsesiva de obtener poder y riqueza dentro de la Iglesia.

Por lo pronto, sale con una idea clara: no caer de nuevo en las garras de Carrillo. Tiene decidido abandonar la diócesis de Toledo, permutar su beneficio

de Uceda por la capellanía mayor de la catedral de Sigüenza y se acercará así, no sabemos por qué arte y amistades, al prelado de mayor influjo del momento en el reino de España: don Pedro de Mendoza.

La brisa fresca en la frente, sobre el caballo que le habían proporcionado sus hermanos, era una limpia sensación de que finalmente se estaban abriendo ante él sendas hacia prometedores horizontes. Aunque ya el silencio y la soledad habían excavado en su alma secretos túneles hacia una libertad mayor.

6. De Gonzalo a Francisco

Desde los altos de sierra Ministra la catedral era un bajel de piedra encendida navegando sobre el burgo medieval de Sigüenza. Al fondo y enfrente, los musulmanes habían acertado a edificar un desafiante alcázar, a la sazón residencia del poderoso don Pedro González de Mendoza, el obispo y señor de aquellas tierras que acababa de solicitar los servicios de Gonzalo. Cruzó la ciudad en medio del rumor fabril de martillos y buriles empleados en reconstruir iglesias y palacios para remozar la antigua Segontia. Su prelado se había empeñado en hermosearla e incluso ceder al capricho de crearse una fastuosa quinta de recreo al otro lado del río Vadillo, la llamada Huerta del Obispo, una finca con una mansión de ricos artesonados enclavada en medio de un espesa arboleda y orquestada de fuentes y estanques alimentados por las aguas de El Pinar.

Después de subir la empinada cuesta, los portones de la fortaleza le dieron paso al patio de armas. «¿Qué pensará ahora el iracundo Alonso Carrillo, cuando se entere de que me he cambiado de diócesis y señor?», se preguntaba, con la esperanza de ver finalmente aumentados sus ingresos, mientras era conducido a la antesala del gran Mendoza.

Alto, delgado y fuerte, a sus cincuenta y pico años, ocultaba su amplia calva con un bonete rojo, el quinto hijo del famoso militar y poeta Íñigo López de Mendoza, más conocido como Marqués de Santillana, «el último de los trovadores». Don Pedro acababa de cambiar de bando, pasándose, como hemos visto, de protector de la Beltraneja, a protegido y adalid de la reina Isabel, convirtiéndose así en uno de los hombres más influyentes del reino de Castilla.

Guadalajara sabía mucho de su alcurnia. Allí, Gonzalo Yáñez, montero mayor de Alfonso Yáñez, había fundado en el siglo IV su casa, que por título ducal acabaría llenándose del Infantado. El arte y la poesía rodearon la infancia de Pedro, pues vio a su padre traducir a Dante y deleitarse con sus propias *serranillas*, donde cantaba sus lances de amor con las vaqueras que seducía por montes y cañadas:

*Después que nací,
no ví tal serrana
como esta mañana.*

*Allá en la vegüela
a Mata'l Espino,
en ese camino
que va a Loçoyuela,
de guissa la ví
que me fizo gana
la fruta tenprana.*

Algo de aquella pasión había heredado de su padre, pues el prelado tuvo tres hijos, los que doña Isabel denominaría «los bellos pecados del cardenal Mendoza». A los veintisiete años ya era obispo y hábil diplomático que se expresaba con elegancia en italiano y se deslizaba por los pasillos del palacio de Enrique IV con gentil desenvoltura y eficacia.

Gonzalo, rayano en la cincuentena, intuyó enseguida encontrarse frente a un hombre de Estado, un típico eclesiástico intelectual y guerrero, que a sus conocimientos de genealogista unía una profunda formación universitaria, además de aires principescos y de mecenas de la cultura y las artes. Pues no cabe duda de que en nuestros tiempos, como todo el mundo sabe, los obispos tienen más señores y soldados que pastores de su grey. De su caballerosidad daba muestra el hecho de haberse apeado recientemente de su orgullo y acercado personalmente a Alcalá, a pedir a Carrillo que depusiese su actitud hostil y apoyase a Isabel y Fernando. Le vieron cubierto de sangre y rodeado de cadáveres en la batalla de Toro, un momento decisivo para su trayectoria política. Antes había tenido la generosidad de acuñar en monedas, para pagar a los soldados del rey, la plata heredada de su padre, el Marqués de Santillana. Si Carrillo de Acuña era aún una figura de su época, Mendoza, señor de Sigüenza desde 1477, alumbraba los albores de un tiempo nuevo, a medio camino entre la espada y la imprenta.

A las reverencias del bachiller Cisneros, el obispo no se anduvo con rodeos:

—¡Sed bienvenido, don Gonzalo! Espero mucho de vos. Esta diócesis necesita de hombres cultos y con experiencia. Yo os haré cambiar de vida. Haréis bien en permutar vuestro cargo en Uceda por el de capellán mayor y provisor de esta catedral de Sigüenza y apoyar así mis ideas y proyectos.

El bachiller comprendió que había llegado su primera gran oportunidad y se entregó en cuerpo y alma a la tarea. Revisó los libros de balances, pasó escrupulosa minuta de los conventos y beneficios, vigiló las obras de reconstrucción, un proyecto de estudios superiores, y de todo ello daba cumplida cuenta a don Pedro González de Mendoza. Pero sobre todo se lució en sus dotes de jurista para arbitrar litigios en Sigüenza y en contiendas con los nobles

colindantes. Fue famoso el pleito entre el cabildo y García Ayllón, vecino de la villa de Molina. Entre sus actividades no faltaron labores en favor de los pobres, que serían atribuidas para siempre al bachiller Gonzalo Jiménez, como consta en los pergaminos del archivo de la diócesis. Se ocupaba de la traída de las aguas, el repeso de la harina, la supresión de tributos y tasas, que beneficiaron las transacciones comerciales. También encontraba tiempo para revolver en la biblioteca obras sobre la Sagrada Escritura, su verdadera pasión, y discutir las con los entendidos del lugar, donde no faltaba una nutrida comunidad tanto de moros como de judíos.

Interesado por estos, un día se dirigió por la puerta del Hierro camino de la nueva judería, pues se había trasladado por orden de Juan II de la Travesaña Baja a la zona de extramuros cerca de la sinagoga.

—¿Dónde está el rabí Jacob Gabriel Núñez? —preguntó.

—Ahí, en esa plazuela, ¿no lo veis? Es ese, el de la barba de chivo.

El viejo rabino, responsable en la ciudad de los repartimientos reales asignados a la comunidad judía, tenía un venerable aspecto con su *kipá* roja ribeteada en blanco y conversaba cordialmente al sol matinal con otros dos judíos. Tras darse a conocer el provisor, Jacob le presentó a sus compañeros: Isaque Abreval y Judá Abensimón, recaudadores en Sigüenza de las rentas episcopales.

La conversación giró en torno a hebreos conocidos.

—En Torrelaguna mi familia tenía amistad con Rabí Mose, Yuça Moreno y los hermanos Pedro y Pablo de Sosa —comentó Gonzalo.

—Conoceríais también a maestre Enrique, ¿no?

—Claro, claro, el rabí Abraham Calema, el que casó con la conversa Inés Díaz. ¿Cómo no? Vivíamos muy cerca, eran vecinos de nuestra casa y comerciantes destacados en mi villa de Torrelaguna.

Aquel encuentro fue el principio de una fecunda amistad. A partir de entonces, el capellán mayor visitaba regularmente a los judíos de Sigüenza, discutía con ellos sobre particulares del Antiguo Testamento y dicen que incluso aprendió rudimentos de hebreo. También fue sensible al drama de estos, más en concreto cuando su señor, el cardenal Mendoza, emprendió en su nueva diócesis de Sevilla una campaña de cristianización de los de su raza.

—¿Habéis leído el *Cathechismus pro juedorum conversione*? —le preguntaron.

—Sí, claro, impreso en los tórculos de Sevilla. Se ve que el cardenal es aficionado a servirse del nuevo arte de la tipografía para sus fines.

Gonzalo debió de sentir el primer desgarró entre la defensa de su fe y su amor a la cultura.

El hecho es que la vida de nuestro bachiller había dado un giro de ciento ochenta grados. La prosperidad parecía llamar definitivamente a sus puertas y él se las había abierto de par en par. Sus arcas crecían por momentos y solo su salario ascendía a la no despreciable suma de dos mil ducados. A ello había que añadir beneficios en Torrelaguna y Toledo. Gozaba de buena casa, servidumbre propia y pingües recursos con los que podía finalmente sustentar a su familia. Las gentes lo comentaban en corrillos por las calles de Sigüenza:

—El capellán Jiménez es íntimo del conde de Cifuentes, don Juan de Silva. Me han dicho que lo ha hecho administrador temporal de su señoría durante la campaña granadina. Y lo será más tiempo, parece, porque Silva ha caído cautivo del caudillo moro Reduan Venegas el pasado mes de marzo, durante la desastrosa batalla de Ajarquía. Don Gonzalo sube como la espuma, amigos.

—¡Encima Mendoza acaba de nombrarlo su vicario general y superintendente de la diócesis! Sin duda, es su hombre de confianza.

—Ya lo creo —comentó otro saguntino—. Por no hablar de su gran amistad con el arcediano de Almazán, don Juan López de Medina. Le está ayudando en la fundación del Colegio y Universidad de San Antonio de Portacoeli. Y supervisa las obras de la nueva plaza Mayor, un gran proyecto.

Sus actividades crecían de tal manera que apenas tenía tiempo para sí mismo. Hasta que una noche, agotado de la jornada, se quedó extático contemplando desde el ventanal de su vivienda las almenas del alcázar argentadas en ese momento por una cadavérica luna y, como quien pasa las páginas de un libro miniado, fue reviviendo las imágenes de su vida pasada: estudios que nunca le satisficieron del todo en Salamanca, el duro peregrinar a Roma, el desencanto de los lujos y corrupción de la curia, la muerte de su padre, los terribles años de la cárcel. «¿Acaso no era esta la misma luna que contemplaba entre los barrotes de Uceda y Santorcaz, un astro que mira igual a justos y pecadores, ricos y pobres, nobles y plebeyos? ¿Qué he hecho de mi vida? ¿Qué debo hacer con ella?».

Le agujereaba el alma una profunda insatisfacción. Incluso añoraba algo la oscuridad y el desamparo de las torres carcelarias. Sí, las que le habían regalado silencio, contemplación, saboreo de un vacío más lleno que cualquier honor de este mundo. Se había lanzado, tras abrirse sus cerrojos, como un jabalí en celo en pos de su presa, la prosperidad. Había llegado, la había alcanzado. Comenzaba a ser respetado y tenía un futuro sonriente por delante. «Pero ¿ahora qué? ¿Adónde me dirijo? La actividad no acaba de llenar mi vida. He conseguido lo que pretendía, pero echo de menos lo que saboreé entonces en instantes luminosos dentro de la oscuridad de la cárcel, un silencio que albergaba paz».

Pocos días después, un correo, que descabalgó de un corcel, llamó a su

puerta. Desató la cinta y abrió el mensaje. Sus hermanos le comunicaban que su madre había muerto. Era la puntilla para sus reflexiones impregnadas de añoranza y melancolía.

En fin, un amanecer de otoño de 1484, se decidió y dio el paso más trascendental de su vida. No había dormido en toda la noche dando vueltas a su nuevo propósito. Hacía un frío seco y caminaba lentamente por el enlosado que ascendía hacia el castillo-palacio meditando paso a paso. Se cruzó sin mirarlos con campesinos y bestias de labor que se encaminaban hacia la campiña. Atravesó el patio de armas del alcázar, donde se alineaban lanceros del obispo, adiestrándose para la próxima expedición contra el moro. Pidió audiencia. Aún le pesaban los pies mientras subía las solemnes escalinatas de mármol, acompañado de un secretario.

—¿El vicario general don Gonzalo Jiménez! —anunció el minutante.

Después de escucharle, el cardenal Mendoza no salía de su asombro:

—¿Qué me decís, don Gonzalo, queréis haceros ermitaño? No lo entiendo. Sois ya un puntal decisivo de mi diócesis. Os espera un futuro envidiable. ¿Habéis pensado bien ese arriesgado paso que pretendéis dar? Más ahora, que, después de la muerte de Carrillo, doña Isabel me ha designado para la silla de Toledo. —Alzó la mano trazando en el aire un fulgor dorado desde su anillo episcopal.

El perfil de ave enflaquecida de Cisneros contrastaba en contraluz con la figura imponente del mitrado don Pedro González de Mendoza, enfundado en una capa púrpura con piel de armiño, de la que sobresalía su rica cruz de oro sobre el pecho. Mientras hablaban, el cardenal se acercó al ventanal a contemplar sus tropas formadas en el patio que observó con orgullo. Desde el nombramiento, alternaba su estancia entre Sigüenza y Toledo, pues no quiso abandonar nunca la sede saguntina.

—Lo he meditado largamente, ilustrísima. Quiero dejarlo todo. Incluso mi nombre. A partir de ahora me llamaré fray Francisco, si vuestra gracia me da licencia.

Su voz firme se quebró en la estancia presidida por el escudo cardenalicio en que se podía leer la divisa: «*Ave María, gratia plena*», que casaba poco con las ricas alfombras, jarrones de porcelana, arneses de armas y lujosos cortinajes que la ornamentaban.

Cuando corrió la noticia, no se hablaba de otro tema en las plazas y claustros de Sigüenza.

—¿No lo sabéis? Don Gonzalo se hace franciscano. Además, no ha elegido a esos conventuales, contagiados de mundanidad, los que han arrinconado al Poverello de Asís, sino la rama de los observantes, que llevan a gala el rigor, la

pobreza y la entrega a la espiritualidad.

Él era y seguiría siendo así, radical, sin medias tintas. Firmó papeles, hizo donaciones, dejó situada a su familia, traspasando los beneficios al cabeza loca de su hermano Bernardino y emprendió viaje, zurrón al hombro, por La Alcarria bañada por un otoño que de verde iba tornándose de oro. No a muchas leguas de Guadalajara sobrepasó Tendilla y se adentró en el umbrío valle del Infierno, por el camino que conduce a otro lugarejo, el de Peñalver. De pronto, encaramado en un monte arbolado asomó el convento de La Salceda. Cuentan los viejos del lugar que allí, durante una tormenta, sobre las ramas de un sauce se apareció la Virgen a dos caballeros de la Orden de San Juan, y que a la imagen muy pequeña, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Salceda, se le erigió una ermita, que creció hasta convertirse en convento, donde tendría su asiento el inicio de la reforma franciscana.

Todavía conservaban sus humildes muros el aroma de fray Pedro de Villacreces, que desde la aislada altura que contempla el valle oscuro e invadido de encinas, sauces y grandes asperezas, recuperó el espíritu de Francisco de Asís; en principio, con un grupo de ermitas dispersas por el monte, que cada fraile construía con piedras, ramas y adobes, reuniéndose solo para actividades comunitarias como la colación, las horas canónicas o la misa. Para ello, Villacreces tuvo que pedir permiso a los caballeros de San Juan, dueños del territorio, y contar con el visto bueno del arzobispo toledano, los superiores de su orden y el mismo papa. El hecho fue que el buen espíritu de La Salceda era ya conocido en toda Castilla.

—¡Esto es lo que yo buscaba! —se dijo a sí mismo Jiménez de Cisneros, al observar el hondo silencio y la boscosa soledad del lugar.

El mundo se había parado. Sus legajos, inquietudes, proyectos, pleitos y múltiples actividades yacían huérfanos en su mesa de Sigüenza a espera de otras manos. Parecían parte de un sueño lejano. Ahora toda su posesión era un cuchitril, cuatro paredes mal empalmadas con adobe. De noche solo se oía el agudo grillar de los grillos y la voz del viento invitándole desde el follaje a la oración y la penitencia durante el año de noviciado, tras el cual, con el nombre de Francisco, profesó como un humilde franciscano más. Cilicio, hierbas cocidas, recia tabla para dormir, largas horas de oración, serían costumbres que no le iban a abandonar en toda la vida. Entregado en cuerpo y alma a aquella vida ascética, no fue raro lo que ocurrió después: que acabara siendo elegido padre guardián, superior de aquella comunidad o eremitorio.

Allí no llegaba el bullicio y las intrigas de la corte. Solo de vez en cuando pasaba algún caminante o peregrino que, mientras devoraba un plato de sopa caliente entre los gélidos muros del rudimentario convento, les actualizaba algo

de lo que se cocía entre los poderosos del reino.

Un día llegó un fraile mendicante que venía de Segovia y había visto de cerca a la reina Isabel.

—Dicen que es muy piadosa y católica, pero que en sus juicios se inclina más al rigor que a la misericordia. Cuentan que gusta de impartir ella misma la justicia. Así lo ha hecho, por ejemplo, en el alcázar de Sevilla, donde cada viernes se sentaba en un trono cubierto de paños de oro. Y que es muy fiel a la palabra dada.

—¿Presenciasteis la rebelión de Segovia?

—Ya lo creo. Aunque de eso ya ha pasado tiempo, dos años después de su coronación. La gente estaba harta del gobernador Cabrera, el marqués de Moya, y el pueblo sublevado logró, bajo el influjo del obispo Juan Arias de Ávila, acceder a las defensas externas del alcázar y apoderarse de la hija pequeña de la reina Isabel, después de matar al alcaide. ¡Imaginaos cuando se enteró de la noticia! A galope, agotada y cubierta de polvo, y tras cabalgar sesenta millas desde Tordesillas, la reina se presentó en las puertas de Segovia donde la esperaba una diputación de la ciudad. La acompañaban sus leales, Mendoza el cardenal de España, el conde de Benavente y su íntima amiga de la infancia, doña Beatriz de Bobadilla. «¡No entréis, señora, por vuestra propia seguridad!», le dijeron sus fieles de Segovia. «Decid a los segovianos que yo soy la reina de Castilla y que esta ciudad es mía, porque la he heredado del rey mi padre; y que no acostumbro a pactar con súbditos rebeldes».

El fraile contó cómo doña Isabel galopó en medio de la alborotada muchedumbre hasta el alcázar, mientras los amotinados, agitando palos, espadas y aperos de labranza, la siguieron hasta la empinada fortaleza. Cuando la soberana entró al patio de armas se volvió a las gentes que vociferaban: «¡Abajo, Cabrera, el gobernador tirano! ¡Muerte y justicia!».

El cardenal Mendoza aconsejó a la reina que mandara cerrar las puertas, para evitar que entrara más pueblo al patio de armas.

—¡Abrid bien esas puertas para que entre todo el mundo! —ordenó la reina. Rodeada por la multitud y sin descabalgar añadió Isabel sin inmutarse—: Decid ahora qué queréis, mis servidores y vasallos, que lo que a vosotros conviene, me complace que se haga, si es bien común de toda la ciudad.

La postura firme de la soberana calmó a los súbditos. Uno de sus representantes soltó la retahíla de las quejas:

—¡Queremos que Cabrera cese como gobernador de Segovia!

—Lo que vosotros queréis eso quiero yo —respondió Isabel—. Por tanto, subid a esas torres, escalad esos muros y llevaos al mayordomo y otros que tienen ocupado mi alcázar, y confiadlo a un criado que me guarde lealtad.

Las palabras de la reina sobrecogieron a la multitud que cambió su «Fuera» por un ardiente «Viva la reina». De modo que el pueblo segoviano se volvió en contra del obispo Arias y los amotinados.

—Así de valiente es nuestra reina, señores —concluyó el fraile viajero—. Luego, investigando el caso y viendo que Cabrera, que, como sabéis, casose con su amiga Beatriz, era inocente, lo restituyó en su cargo. Doña Isabel se había tragado las lágrimas, con su hijita presa en las almenas, y triunfó en el litigio.

Otras nuevas llegaron también al claustro de La Salceda, como que doña Juana la Beltraneja, causa inocente de tanto derramamiento de sangre y sobre la que unos y otros dispusieron sin consultarle nada —los portugueses acabaron llamándola «la excelente señora»—, la habían ingresado en el convento de Santa Clara en Coímbra. A su profesión asistió el confesor de la reina, fray Hernando del Talavera, del que enseguida hablaremos porque su historia va a estar muy ligada a la de Cisneros. Aunque esa era noticia pasada, como la ocurrida el mismo año de 1479, en que se concertó el tratado con Portugal o la herencia por parte de don Fernando de la Corona de Aragón, que consolidó la unión de este reino con el de Castilla.

Otros muchos conflictos tuvieron que afrontar Isabel y Fernando en los primeros años de su reinado por el caótico gobierno de su predecesor Enrique IV, sobre todo debido a los desmanes de los nobles, señores y alcaides que campaban por sus respetos, se levantaban en armas y producían tumultos y alborotos. Los reyes no solo cortaron en seco y por la fuerza todo brote de insumisión, sino que fueron reduciendo privilegios y prerrogativas que disfrutaban los grandes señores con menoscabo del poder real, aparte de abortar las conspiraciones y amenazas de Francia y Portugal.

Por entonces todas estas tormentas apenas alcanzaban la ermita de La Salceda donde Francisco se sumergía en sus lecturas sacras y un silencio contemplativo, que comenzaba a proporcionarle la paz secreta que anhelaba y el despojo consciente de todo lo creado. Por poco tiempo, pues su protector Mendoza no lo había olvidado, es más su decisión de retirarse había avivado más, si cabe, su admiración por Cisneros. Gonzalo se había convertido en Francisco, bien ajeno a lo que se le venía encima. Los pájaros, el ir y venir con el cántaro a la fuente y el flujo y reflujo de los salmos, amén del regusto interior de la Palabra meditada, eran, de momento, su única compañía.

7. Sobre moros y judíos

Desde la vega, al sol de la mañana, las torrecillas de mármol y alerce, biseladas de brillante metal, resplandecían como estrellas a través del oscuro verdor de los naranjos. No era raro que los escritores árabes la compararan a «un vaso esmaltado, adornado con centelleantes jacintos y esmeraldas». Solo había que aproximarse algo más para comprobar que, gracias a sus aljibes y a los veneros de agua que irrigaban la ciudad, los moros tenían razón al llamarlos «sangre de la tierra». Era un jardín, presidido por su Alhambra, sus Alijares, «labrados a maravilla», su perfume de azahar y la música escondida de sus fuentes y umbrosos patios. Granada se diría una novia que se resistía a las pretensiones del caballero cristiano. Un viejo romance, el de Abenamar, seguía escuchándose desde la puerta de Bibarrambla a las torres de la alcazaba:

*Granada, si tú quisieses,
contigo me casaría:
darte he yo en arras y dote
a Córdoba y a Sevilla,
y a Jerez de la Frontera
que cabe sí la tenía.*

A los que Granada respondía, rechazando al rey cristiano:

*Casada soy, el rey don Juan,
casada, que no viuda;
el moro, que a mí me tiene,
bien defenderme querría.*

Pero se equivocó Abenamar, porque Isabel y Fernando estaban empeñados en la conquista de aquella tierra de su predilección, que cerraría el dominio sarraceno de ocho siglos. Después de hacer frente a la fracasada toma de Loja, en la que las tropas dirigidas por el Rey Católico fueron rechazadas por los musulmanes, la égida comenzó a ser favorable a los cristianos con la prisión de Boabdil el Chico en la batalla de Lucena, mientras que fueron conquistadas Álor y Setenil, y finalmente Loja cayó también en manos castellanas. A partir

de este momento, las sucesivas conquistas de Málaga, Baza y Almería dejaron el antiguo reino de Granada reducido a la urbe del Darro y a su área más cercana. En 1490 arrancó la dura campaña decisiva. Y en ella tendrían los monarcas que pedir ayuda una vez más a la Iglesia. El 26 de abril de 1491, don Fernando, al mando de las tropas, ordenó acampar en Huéscar, a dos leguas de Granada, que era considerada «la ciudad mejor fortificada del mundo». Al campamento acudió doña Isabel, que no se avergonzaba de vestir coraza y ceñir espada, junto a sus hijas y una brillante corte. Dentro de Granada había veinte mil caballeros aguerridos, y en el campo cristiano se hallaban los más ilustres señores de Castilla y Andalucía. Unos y otros rivalizaron en hazañas que cantan los romances y recuerdan los cronistas.

Un día, doña Isabel se levantó con la curiosidad de ver desde más cerca la ciudad maravillosa. Estaba la reina contemplando en el mirador de una casa de la aldea de Juvia las murallas de Granada y la lejana hermosura de la Alhambra, cuando observó tropas sarracenas que atacaban al marqués de Cádiz. Pero este arremetió impetuosamente contra ellas y las persiguió hasta las mismas puertas de la ciudad, haciendo gran mortandad y capturando prisioneros.

Tan católica era la reina que la forma de conmemorar esta gesta fue fundar allí mismo un convento de frailes franciscanos. Pocos meses después se incendió el campamento del Gozco. El fuego, que se inició en la tienda de la soberana, se propagó rápidamente. En tres meses los reyes hicieron construir en aquel mismo sitio una ciudad militar.

—Le pondremos de nombre «Isabel», como vos, señora —solicitaron sus soldados.

—No así. Se ha de llamar Santa Fe —decidió la reina, como afirmación de esperanza y gratitud a Dios.

Boabdil no podía soportar el asedio por mucho tiempo. La población de Granada había crecido desmesuradamente y faltaban víveres. Con el mayor secreto, para no irritar a los que esperaban ayuda de África o Asia, el rey moro inició las negociaciones hasta que amparados por la noche los parlamentarios alcanzaron un acuerdo. De modo que las condiciones de capitulación fueron ratificadas por Boabdil y los Reyes Católicos el 25 de noviembre de 1491 y son fundamentales para entender esta historia.

Se permitía a los moros granadinos seguir en sus casas, conservar sus mezquitas y practicar libremente su religión. Se les prometía asimismo que serían juzgados según sus leyes y sus propios cadíes o jueces, aunque bajo la autoridad del gobernador castellano, sin que se les impidiera el uso de su lengua y vestimenta, ni la práctica de sus usos y costumbres. Podían marcharse o quedarse, y estaban exentos de pagar tributos durante los tres primeros años. A

Boabdil se le aconsejó reinar sobre un pequeño territorio de las Alpujarras y por él prestaría homenaje a los reyes de Castilla.

Por muy secretas que fueran las negociaciones, la noticia se filtró y estallaron revueltas en Granada. Se sugirió por tanto al moro acortar el plazo de rendición al 2 de enero de 1492. En la fiesta de Epifanía hicieron los reyes su entrada solemne en la ciudad.

Día imborrable en los anales de Castilla. Fernando e Isabel interrumpieron el luto que llevaban por el infante don Alfonso de Portugal. Al sol andaluz lucían con abigarrado colorido los esplendidos y vistosos trajes de la corte, prelados y caballeros, que se disponían a entrar en el tanto tiempo custodiado secreto del moro. Los soldados habían limpiado sus jubones y sacado brillo a sus armaduras. Arnese y gualdrapas resaltaban en la bien alineada caballería, con lanzas y picas hincadas en el suelo. Isabel y Fernando lucían sus mejores galas reales. Ella, un severo vestido, con tieso corsé, que caía hasta el suelo, dejando ver tan solo las puntas cuadradas de los zapatos; se cubría con un manto cruzado que se recogía bajo el brazo derecho, cayendo por los costados con grandes pliegues. Su característica cofia blanca, ajustada al perfil del rostro hasta debajo de la barbilla, caía en pliegues horizontales sobre el pecho. Debajo ceñía fino coselete, como medida de precaución desde que escapó al atentado ocurrido en Málaga. A su lado destacaba la prematura calvicie de Fernando, que falto de cabello en la parte superior de la cabeza, llevaba el resto del pelo cortado a flequillo por la frente y largo hasta los hombros; vestía ropa larga, morada, muy ancha, con flores del mismo color en relieve y encima un tabardo sin mangas, de terciopelo negro. Así iba a dar comienzo un día histórico.

Importante hecho a constatar es que se adelantara el amigo de Cisneros, el cardenal Mendoza en persona, arzobispo de Toledo, con crecido destacamento de soldados de su casa, que llevaban más de diez años de lucha incesante con los moros. Designado por los reyes para que ocupara la Alhambra, Henríquez de la Jorquera cuenta en sus *Anales* que «llevaba el cardenal su guion delante y dando vista al Alhambra el rey Mohamed que estaba prevenido, conforme a lo capitulado de la entrega, salió del Alhambra con su mujer y su madre y cincuenta caballeros que le acompañaban. Hízose el encontradizo con el cardenal y saludándose partieron los unos y los otros por su camino». Mendoza se dirigió a la Alhambra para enarbolar el estandarte, no sin esperar, según lo pactado, que el moro se encontrara con los reyes.

Boabdil quiso bajar del caballo para entregar las llaves de la ciudad al Rey Católico. Pero este, como lo haría después Isabel, no se lo permitió; es más, lo abrazó en prueba de su afecto y consideración.

«Despedidos —narran las crónicas—, la reina caminó para donde el rey

estaba, y el rey moro caminó para las Alpujarras y pasando por Alhendin, en un cerrillo que hace allí que se descubre Granada y en pasándole no se ve más, dio un gran suspiro con lágrimas en los ojos, a lo cual la reina su madre le dijo: “Llorad, hijo, como mujer, pues no habéis defendido a Granada como hombre hasta morir en su defensa; «y este cerro ha conservado este nombre desde entonces, llamándose el Suspiro del Moro, como todos lo dicen».

Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, enarboló finalmente el estandarte real al grito de «¡Granada, Granada, Granada!», al tiempo que disparó la artillería, que estaba apostada de espaldas a la Alhambra. Los reyes, al divisar el estandarte y ver las banderas de Castilla y Santiago ondear sobre las rojizas torres, hincaron sus rodillas, «dando gracias a Dios y la Virgen y el apóstol Santiago por tan señalada victoria, derramando lágrimas de contento, dando por bien empleado el trabajo de diez años». La cristiandad entera se alegró. En Roma se celebraron solemnidades religiosas y regocijos públicos. La corte de Nápoles conmemoró la hazaña con una farsa. En Londres se cantó un tedeum. Algunos Estados, como Venecia, designaron embajadas extraordinarias para felicitar a los reyes españoles. Era la compensación que recibía el mundo cristiano de la pérdida de Constantinopla ocurrida treinta y nueve años antes.

Pero Isabel, la Católica, sabía que Granada no era cristiana por el hecho de haber sido tomada por las armas. Y aquí entra de nuevo fray Hernando de Talavera, predecesor y, en cierta manera, antagonista de Cisneros. Y en fray Hernando se fijó para primer arzobispo de Granada.

La reina, tan piadosa, era además, como ya he narrado, todo un carácter. ¿Cómo compaginaba su fe y sus decisiones de soberana, su conciencia de cristiana y su autonomía como gobernante? Aquella joven de mediana estatura, bien proporcionada, rubia, de piel blanca y ojos verdiazules, alta, un poco corpulenta, aunque aparentaba menor edad que la que tenía, contaba durante la conquista de Granada cuarenta y un años. Había conocido a varios confesores, como el pintoresco fray Mortero o Alonso de Burgos, rechoncho, irascible e impetuoso, que célebre por sus sermones en los que cantaba las verdades, se lio a golpes con un alquimista, por lo que la reina tuvo que desterrarle durante una temporada, aunque acabó premiándole con sucesivos obispados. Le sucedió en el confesonario real otro polémico dominico, el inquisidor vallisoletano fray Tomás de Torquemada, que llegó a tener influjo en la corte hasta atreverse a arrojar, según afirman algunos, treinta monedas de plata ante los reyes por temor de que condescendiesen, por necesidad de dinero, con los judíos. Aunque Isabel debió acabar un tanto harta de tanta reciedumbre y buscó otro confesor.

Entonces acudió al santo jerónimo fray Hernando de Talavera. Hijo de una familia conversa, una hebrea de Oropesa y el caballero cristiano García Álvarez

de Toledo y Ayala, estudió en Salamanca y allí lo conoció Cisneros como profesor de filosofía moral. Ingresó en la Orden de San Jerónimo en el monasterio de San Leonardo de Alba de Tormes. Cuatro años después, fue nombrado prior del monasterio de Nuestra Señora del Prado en Valladolid, donde permaneció dieciséis años.

Contemplemos la estampa de la primera vez que confesó a la reina: se abre la puerta y aparece fray Hernando, con su cuidada barba blanca y su hábito pardo. Ambas imponentes figuras se cruzan la mirada. Acostumbraba Isabel y el confesor a hincarse ambos de rodillas, arrimados a un sitial o banquillo. Pero fray Hernando, va y se sienta en la banqueta para oírla en confesión.

—Entrambos hemos de estar de rodillas —le dijo de inmediato la reina.

—No, señora —respondió el nuevo confesor—, sino que yo he de estar sentado y vuestra alteza de rodillas, porque este es el tribunal de Dios y hago aquí sus veces.

Isabel obedeció y comentaría después:

—Este es el confesor que yo buscaba.

Hernando cayó bien a los reyes y subió en poco tiempo como la espuma. Miembro del Consejo Real, fue nombrado visitador general de su orden, cosa que no agradó mucho a Isabel que debía ser bastante absorbente y no veía bien que se ausentase con frecuencia de la corte. Llegó a trazar a su augusta penitente un plan de vida, para que la reina encontrara tiempo para las cosas espirituales. Esto explica que el jerónimo interviniera de forma decisiva también en los hechos más importantes de la vida nacional, como la guerra de sucesión y con Portugal, el Concilio Nacional de Sevilla, las Cortes de Toledo, la conquista de Granada, la expedición de Colón a América.

Parece que fray Hernando era además un lince en cuestiones económicas, pues sacó el patrimonio real de la bancarrota en que lo había hundido la desidia y el despilfarro de Enrique IV. Especial repercusión en su vida tendría su participación en la difícilísima operación decretada por las Cortes de Toledo en 1480, conocida con el nombre de Declaratorias.

Talavera ejerció asimismo de sagaz consultor económico en otro tema: la búsqueda de fondos. Todo ello no impedía que él y la reina se intercambiaran cartas sobre temas espirituales, como el agobio ante el atentado frustrado en Barcelona contra su esposo Fernando, o las «libertades» que Isabel se tomó al bailar con los franceses en unos festejos de Perpiñán. Ella le respondió con todo respeto. Que no se excedió ni en el vestido ni en las formas, pues niega que siguiera la costumbre francesa de ser llevada de las riendas de los hombres, como también la habitual costumbre entre los galos, que caballeros y damas se sentaran juntos a la mesa.

Isabel le encargó supervisar que los votos de Juana la Beltraneja fueran hechos correctamente, para que no pudiesen ser revocados ni reavivar la guerra civil que había llevado a Isabel al trono. También actuó como árbitro en la reducción de las rentas de la nobleza y para recabar dineros para la guerra de Granada. Contrario a los abusos de la Inquisición, llegó a predicar en Sevilla contra esta, siendo nombrado administrador apostólico de la diócesis de Salamanca y obispo de Ávila. Aunque lo que él realmente soñaba era serlo de Granada y se resistía a los anteriores nombramientos.

—Pues, ¿cómo, fray Hernando, que no habéis de querer obedecerme un día de cuantos yo os obedezco a vos?

—Señora, no tengo de ser obispo hasta que lo sea de Granada.

El exconfesor de la reina, que, como hemos visto, no dejaba por eso de cartearse con ella y aconsejarla, emprendió una labor pastoral encomiable y típicamente evangélica. Con perspicaz intuición se adelantó a conocer el ambiente de la ciudad conquistada, aprendió el árabe y predicó a los moros granadinos y a los que habitaban los pueblos cercanos en su propia lengua y con el ejemplo. Ya en sus viajes por España en seguimiento de la corte, el jerónimo tomaba contacto con los moros diseminados por el reino, logrando con sus exhortaciones convertir a más de un centenar, a quienes instaló en una casa y los adiestró en verdades religiosas para servirse de ellos en el momento de la conquista. El clero de Granada fue reclutado en toda España y la gran preocupación del arzobispo se cifró en crear una escuela de árabe, donde los sacerdotes aprendieran, como su propio arzobispo, dicha lengua para contactar con los musulmanes. Como el primer reclutamiento de curas pareció insuficiente, Talavera se amparó en la autoridad de los reyes para que le enviaran más sacerdotes. Inmerso, pues, entre los musulmanes, estos llegaron a llamarle el «alfaquí cristiano». Talavera, muy exigente consigo mismo, venía a encarnar así un «ideal de obispo» poco frecuente.

En Granada, donde todo estaba por estrenar, comenzó dando a su casa cierto aire de monasterio más que de curia prelatia. Talavera era un detallista consumado. En una instrucción, por ejemplo, señaló las obligaciones del provisor, el arcipreste, el sacerdote, los capellanes, el limosnero, el sacristán, el mayordomo, el maestresala, el camarero, el enfermero, el copero, el trinchante, el cerero, el botillero, el caballero, el portero y el cocinero.

Por supuesto, también se preocupó de la moral de sus sacerdotes y hasta de cómo se debe encender el fuego y los gastos de la cocina. Pero, pese a su austeridad, no faltó quien le criticase por sus adelantadas novedades. Aunque en la catedral, junto a la que tenía instalada su vivienda, adoptó íntegramente el rito romano, en el canto dio precedencia al toledano y en las funciones al ceremonial

de los monasterios jerónimos. Compuso lecciones en romance, bien traducidas, bien de propia inspiración, para que los fieles gustasen de la oración oficial de la Iglesia. Los más tradicionalistas se escandalizaron «y murmuraban de ello hasta decir que era cosa supersticiosa». Pero Talavera «tenía estos ladridos por picadura de mosca y por saetas echadas de manos de niños y no curaba de sus dichos y murmuraciones, como aquel que estaba tan fundado y absorbido en Dios».

Otras facetas de esta libertad de espíritu fueron que convocaba una asamblea sacerdotal mensual, para estudiar los problemas de la diócesis, y se preocupaba personalmente de la formación de los seminaristas. Tanta era su fama de virtud que un informe enviado al papa Julio II lo compara a santos como Leandro, Isidoro y Alfonso.

Creía también en el influjo de las obras impresas. El que de estudiante se distinguió por buen escribano y estableciera la primera imprenta en Valladolid, en 1480, aprovecharía este nuevo invento para difundir más tarde sus obras, como por ejemplo su *Breve doctrina y enseñanza que ha de saber y de poner en obra todo cristiano y cristiana. En la cual deben ser enseñados los mozuelos primero que en otra cosa*, que es un interesante catecismo. Daría igualmente a la imprenta una serie de opúsculos para diversas circunstancias de la vida cristiana.

Lo más curioso fue que fray Hernando no se corrompió lo más mínimo en contacto con la corte. El citado informe enviado a Roma cuenta que, generosísimo con los pobres, su presupuesto durante un año no pasaba de diez ducados. Construyó un asilo para niños pobres, abrió casas de refugio para las moras convertidas y las meretrices, de las que se preocupó nada más llegar a Granada. Con las irreductibles se limitaba a cerrarles las casas desde el Domingo de Ramos hasta pasada la semana de Pascua, obligándolas a asistir esos días a las funciones religiosas. Desarrolló de una forma curiosa el trabajo en la ciudad. A los innumerables ciegos ociosos les empleó en las herrerías y caldererías; a los moriscos, que acudían a visitarlo, para que se ocuparan en los patios y corredores, mientras esperaban les repartía esparto, y a las mujeres mandó que entregasen con igual fin rucas y lino. Talavera iba siempre a pie por las calles de Granada y acostumbraba a entrar sin previo anuncio en las casas de los pobres. «La puerta del médico —decía fray Hernando de la suya— no debe estar nunca cerrada y la del obispo debe estar siempre abierta». Hasta se preocupó del urbanismo de Granada, atendiendo al trazado de las calles, a la construcción de viviendas y al engrandecimiento de la ciudad. Esto se comprende bien si se tiene en cuenta que los reyes pusieron al frente del gobierno de la ciudad al conde de Tendilla, que era uña y carne con Talavera.

Pero, en medio de esta bonanza la primera prueba se cierne sobre el

arzobispo. Como hemos visto, las conversiones iban muy lentas. Era la consecuencia del espíritu de tolerancia y respeto de Talavera y del cumplimiento de los acuerdos de la rendición de Granada, que también había firmado en noveno lugar el arzobispo. La convivencia de dos razas y religiones creaba tensiones, que fray Hernando iba compaginando con tiento y prudencia. El grupo más denso de conversos radicaba en el Albaicín. Y al parecer no eran fingidos. Aparte de aprender la lengua árabe a su edad, encargó a fray Pedro de Alcalá, que era un morisco convertido, la publicación de un vocabulario y una gramática. De sus correrías con los moros se cuenta el encuentro con un místico sufí que vivía en una cueva en las cercanías de la ciudad. Fue a visitarle en mula, departió con él todo un día y se abrazaron acabando como buenos amigos. En un memorial presentado a los reyes figura su decisión de llamar a sentarse en el consejo de la ciudad a un buen número de musulmanes, incluyendo cadíes, alfaquíes y predicadores. Declara que los caminos, montes y campos son para todos y que puedan los moros segar la hierba como antes.

Defendía los intereses moriscos ante la Corona, no forzaba las voluntades y los organizaba en cofradías, señalando a los conversos una «suma de lo que queríamos que guardásedes». Este memorial talaverano fue impreso y repartido por las familias de conversos moriscos. A estos, no a los musulmanes, les exigía una serie de prácticas cristianas. Es indudable que para los moriscos no era fácil. Tenían además que convivir con los no convertidos. Tampoco lo era para fray Hernando, que tenía clavada en él la mirada de sus enemigos, que le acusaban de lentitud en las conversiones, y de los inquisidores que no olvidaban que el arzobispo era hijo de una judía y por tanto tenía sobre sus hombros el sambenito de «cristiano nuevo». La propia Isabel estaba informada de cuanto ocurría en la recién conquistada Granada. Todo el mundo sabía que en realidad la ciudad seguía siendo musulmana bajo la administración de cristianos encastillados entre los muros rojos de la Alhambra.

Año clave para nuestra historia, y por tanto para el futuro de mi señor, fue aquel de 1492. Tras la caída de Granada en el mes de enero, nuestros reyes tomaron otra grave decisión en marzo que tenían hacía tiempo pendiente: publicar el edicto de expulsión de los judíos, dándoles como fecha límite el 31 de julio para tomar una decisión: o bautizarse o abandonar los reinos de Castilla y Aragón.

La medida hundía sus raíces muchos años atrás, pues los judíos habían convivido en la Península desde tiempos inmemoriales, aunque comparados con los cristianos y musulmanes siempre fueron pocos en número. Sus comunidades vivían existencias separadas, entre otras razones porque las leyes les obligaban a residir en barrios específicos, llamados aljamas. Había antecedentes violentos

entre los años 1370 y 1389, sobre todo en Andalucía, que durante un caluroso verano se alzó contra las personas más adineradas, muchas de ellas judíos, aniquilando centenares en Sevilla. Historias parecidas de habían vivido en otras ciudades como Valencia y Barcelona. Les acusaban se enjuagues económicos, aunque en las arcas reales influyeron solo unos pocos como Abraham Senneor, David Albufalia o el rabino Mail Melamed.

Muchos comerciantes, artesanos, tenderos, joyeros, zapateros trasladaron sus aljamas fuera de las ciudades o en pueblos pequeños. Aunque el cerco se iba cerrando en torno a esta comunidad, Isabel y Fernando estaban en un principio en contra de encerrarlos o segregarlos, cuando ya el número de judíos había descendido mucho en Castilla. Don Fernando había tenido como médico personal a un judío, David Abenasaya, y junto a doña Isabel siguieron ambos sirviéndose de médicos y tesoreros judíos. La reina llegó a decir:

—Todos los judíos de mis reinos son míos y están bajo mi amparo, y a mí pertenece de los defender y amparar y mantener justicia.

Pero los reyes comenzaron a sentir la presión de gente del pueblo y la nobleza que no los toleraba, haciéndoles llevar distintivos, cerrar sus aljamas o poniéndoles límite en el número de los que podían vivir en ellas. La aparición de los conversos y de la Inquisición acabó agravando la tensión en las calles y la vida cotidiana de la gente. Muchos dignatarios, prebostes y adinerados judíos se convertían al cristianismo, abriéndose un abismo entre los que se convertían y los que seguían fieles a su religión. Comenzaron las primeras expulsiones en Sevilla, Córdoba y Cádiz; más tarde en Zaragoza, Albarracín y Teruel. Y se temía que colaboraran con los musulmanes de Granada.

Aunque Fernando e Isabel intervinieron para proteger a los judíos, los reyes acabaron siendo convencidos por el inquisidor Torquemada de la necesidad de segregarlos. Cuando las expulsiones locales fracasaron en su intento de evitar las posibles herejías y falsedades de los conversos, después de diez años, la Corona optó por la vía más drástica: la expulsión total. Las arcas reales perdían dinero, aunque no tanto, porque los más adinerados se habían convertido, pero la razón más importante era la religiosa, «el gran daño que a los cristianos se ha seguido y sigue», como decía el decreto de expulsión, porque «el remedio verdadero de todos estos daños está en apartar del todo la comunicación de los dichos judíos con los cristianos y echarlos a todos de nuestros reinos». En vano acudieron las comisiones de destacados judíos a entrevistarse con los reyes para suplicarles que revocaran su decisión incluso con ofertas de grandes sumas de dinero. Al parecer, la última decisión había sido de don Fernando, porque Isabel les explicó a los comisionados:

—El Señor ha puesto esto en el corazón del rey.

Puede decirse que la propuesta definitiva venía de la Inquisición. Quizás los reyes pensaron que las conversiones se iban a suceder en masa. Fue sonada, entre ellas, ese mismo año, la del octogenario Abraham Senneor, juez supremo de las aljamas judías de Castilla y tesorero principal de la Corona. Su bautismo se celebró en Guadalupe con el rey y la reina como testigos. Él y su familia adoptaron el apellido de Pérez Coronel. Una semana después fue nombrado regidor de su ciudad natal, Segovia, y miembro del Consejo Real.

Se hablaba mucho entonces de las atrocidades que cometían los miembros de esta religión, como un supuesto ritual asesino contra un niño cristiano en la localidad segoviana de Sepúlveda y otro en La Guardia, donde contaban que la criatura fue crucificada y se le arrancó el corazón para, con un conjuro mágico, destruir a todos los cristianos. Estas y otras historias alimentaban el odio contra los hijos de Abraham.

En barcos abarrotados de los que se negaban a bautizarse muchos naufragaron, cayeron cautivos de corsarios, se dispersaron en las costas mediterráneas y no pocos, desesperados, decidieron volver a España, arrojando todas las consecuencias. Malvendieron sus bienes, casi los regalaron, pues no podían llevar en la expulsión dinero metálico.

Para siempre llevar sangre judía sería un estigma en los reinos de España. Bien lo sabía el bueno de fray Hernando de Talavera, mientras pastoreaba su grey de Granada, a lo que se unían sus escasas simpatías hacia el tribunal de la Inquisición. En el empeño por la unidad de Isabel y Fernando, basada también en sus firmes convicciones, contaba terminar con la convivencia de siglos, siempre difícil pero real, de cristianos con musulmanes y judíos.

Lo cierto es que, para comprender cabalmente lo que se avecina en esta historia, en el secreto de los patios granadinos se seguía orando a Alá y en las aljamas de Castilla se encendía el *menorá* de siete brazos y se observaba el *sabbat* porque las creencias de siglos no se erradican las armas ni reales decretos.

8. El confesor real

En la paz umbrosa de La Salceda, después de rezar maitines, fray Francisco se hallaba inmerso en la cotidiana tarea de barrer su ermita solo acompañado del canto del gallo y los madrugadores jilgueros, cuando el trote lejano de un caballo le sacó de su ensimismamiento. Otro fraile llamó a su puerta.

—Un caballero pregunta por vos.

Sudoroso y cubierto de polvo, el correo le comunicó:

—Don Pedro de Mendoza os requiere a su presencia, fray Francisco.

El fraile no respondió palabra. Entró en su celda, hizo un hatillo con lo imprescindible y ensilló una mula. Mientras se encaminaba hacia Valladolid, se preguntaba qué querría el cardenal. «Probablemente tendrá que consultarme sobre algún asunto jurídico», elucubró.

El cardenal de España le recibió con una sonrisa. Tras los saludos de rigor y las preguntas consabidas sobre su salud y su vida eremítica, Mendoza titubeó. Conocía bien a Cisneros, su carácter y radical testarudez, y no acertaba a encontrar las palabras adecuadas.

—Bueno, fray Francisco, os veo más flaco y ojoso. Os preguntaréis para qué os he llamado. Pues bien, hasta ahora, querido amigo, habréis visto cómo no he acudido a vos ni osado turbar vuestra quieta vida retirada que sinceramente admiro. Aunque supongo que estaréis al cabo de los últimos acontecimientos.

—En cierta medida, ilustrísima paternidad. Hasta nuestro retiro ha llegado la feliz nueva de la conquista de Granada, en la que con tanto éxito habéis intervenido vos mismo con vuestro ejército. Lo celebramos jubilosos en La Salceda con el canto de un tedeum en cuanto supimos que vuestra gracia había enarbolado la cruz de plata en la torre más alta del castillo moro.

Don Pedro González de Mendoza se atusó con distinción el delgado bigote, hizo una pausa y respiró hondo calibrando cada una de sus palabras:

—Así es. Después de diez años de lucha, que aún no ha concluido del todo, pues quedan aún algunos enclaves por arrebatar al moro en Andalucía, ha llegado la hora de reconstruir Castilla, unir reinos e ir dejando la espada para empuñar el arado. Un cometido, querido fray Francisco, para el que necesitamos hombres recios y fieles a Roma, que ayuden con sus consejos e inspiraciones a nuestra amada reina.

Las venas de Cisneros azulearon en su frente. Comenzaba a ver claro.

—Consejeros eximios tiene ya a su lado su alteza. ¿No os parece? ¿Acaso no

ha contado y cuenta con hombres como fray Tomás de Torquemada y fray Hernando de Talavera?

Don Pedro miró a otro lado sin ocultar una leve turbación. Carraspeó.

—Bueno, no os veo del todo bien informado, padre guardián, lo cual es lógico por vuestro escondido retiro. La situación en palacio ha cambiado mucho estos últimos años. Fray Tomás ha dejado de frecuentar la corte desde marzo, cuando, como inquisidor, participó el edicto de expulsión de los judíos; y he de añadir que para alivio y descanso de los reyes. Su carácter vehemente empezaba a exasperar a los monarcas. Lo de fray Hernando ha sido bien distinto. Nadie como él ha sabido ser bálsamo y consuelo para doña Isabel. Pero no sé si os ha llegado la nueva de que, por el mucho aprecio que le tiene, le ha encomendado la diócesis que más le importa a la reina y a él mismo en estos momentos, la de Granada, con la difícil misión de evangelizarla después de la conquista. Se ha quedado por tanto la reina sin confesor y raro es el día que no me pide le busque un guía adecuado a su conciencia.

Fray Francisco enrojeció levemente a la par que dibujaba una leve tensión en los labios.

—Duro cometido, don Pedro. Vuestra gracia sabe mejor que yo que no es fácil tal empeño, ya que no se trata solo de dirigir los avatares de una conciencia tan encumbrada como la de su alteza e impartirle el sacramento de la confesión, sino de convertirse también de alguna manera en consejero de la *res publica* y andar sumergido continuamente en asuntos seculares, que, como bien sabéis, crean tanto odios como envidias y privilegios. Un hombre, en definitiva, que, por su cargo, ha de estar con un pie en la religión y otro en los negocios de este mundo.

Mendoza sonrió. Ya había preparado el camino. Ahora solo tenía que cruzar algunas estancias y ponerlo cara a cara con la reina. Le tomó del brazo, le condujo por un pasillo iluminado por ventanas ojivales y, en el umbral de la cámara real, le espetó:

—Su alteza desea veros, querido amigo —le dijo, señalando la puerta.

Cisneros no titubeó. La reina en persona quería conversar con él. ¿Cómo podría rehusar a tanto honor?

Doña Isabel, sentada en el trono que descansaba sobre un estrado y bajo un dosel de rojo damasco, le recibió en compañía de algunas personalidades de su corte. La mirada penetrante de Jiménez de Cisneros recorrió los rostros uno por uno: la inseparable y culta doña Beatriz de Bobadilla, las infantas Juana y Catalina, y a un lado de la reina, Pedro Mártir de Anglería, el humanista italiano y cronista cuya fama crecía entonces en la corte, pues además había intervenido también en la reciente toma de Granada.

La irrupción de la figura polvorienta de fray Francisco entre los tapices del regio salón y las ricas y polícromas sedas que adornaban a las damas penetró como una bocanada de desierto en medio de un jardín. Se hizo un espeso silencio mientras las miradas recorrían desde los pies desnudos al austero hábito pardo de lana de oveja churra, surcado de rotos y remiendos, que culminaba en la faz de un hombre alto y flaco como un suspiro. Doña Isabel se sorprendió sobre todo ante aquella honda mirada hundida en cuencas oscuras, su palidez agrietada, la prolongada y potente nariz de ave.

—¡Tiene trazas de un hombre santo, señora! —susurró Pedro Mártir al oído de la reina—. La viva estampa de un Pablo, un Hilarión, cualquier venerable anacoreta. Creo que lo ha abandonado todo para no verse enredado en los perniciosos halagos y delicias del mundo.

Francisco no se inmutó. Sin dar muestras de azoramiento, ni bajó la mirada, ni perdió la compostura, mantuvo la cabeza bien alta. En un instante se agolpó en su mente el imaginario mental que desde años tenía de aquella singular mujer. La niña de fe inconmovible, la joven que luchó por el trono, la de los episodios de Madrigal, Arévalo, Toro, Segovia, Toledo, Granada. Ahora no la conocía por grabados y pinturas, sino en vivo y en presente. No pudo por menos de impresionarse ante su mirada azul y esa mezcla de dulce niñez y firme carácter que desprendían sus rasgos, imbuidos al mismo tiempo de firme responsabilidad junto a, quizás, una escondida fragilidad en la que apuntaban tristeza y fatiga.

—Dejadnos solos —ordenó la reina.

Ella, de una ojeada, con su fina intuición había calado también aquella extraña personalidad del fraile, su mezcla de asceta y perspicaz hombre de mundo. No obstante, rompió protocolos e intentó mayor cercanía.

—Permitidme, fray Francisco, que os haga algunas preguntas —le dijo, invitándole a tomar asiento.

Él prefirió permanecer de pie.

Le interrogó amablemente sobre las peripecias de su vida, su nacimiento y estudios, los particulares de su viaje a Roma, su oscura prisión y su último periodo de monacal retiro. Cisneros respondió como solía, con lacónica brevedad, sin adornos, yendo al grano de los acontecimientos.

—Os comprendo, padre mío, y admiro cuanto me habéis relatado. También vuestra decisión de retiraros del ruido del mundo y buscar en el silencio la paz de vuestra alma. Confieso que en eso os envidio. Pero ahora más que nunca Castilla y Aragón necesitan de hombres que encarnen lo que representáis, que no busquen enriquecerse y medrar, sino arrimar el hombro a la tarea de reconstruir estos reinos. ¿Qué diríais, fray Francisco, si os llamara a nuestro lado como mi confesor y consejero?

El fraile inclinó la cabeza y meditó en silencio la respuesta. Luego alzó la mirada, la fijó en la de la reina y dijo con rotundidad:

—Agradezco a vuestra alteza el gran honor que me ofrecéis. Pero acabáis de oír el relato de mi vida. Miradme, ¿qué veis en mí, señora? Solo soy un pobre fraile cuyos pies nunca hollaron alfombras y que desconoce por completo el complicado mundo de la corte. Antes bien, he decidido precisamente huir de cuanto todo eso representa. Por otra parte, ya he cumplido sesenta años. ¿Creéis que un hombre a mi edad puede dar un vuelco a sus costumbres? Durante mucho tiempo pregunté a Dios qué deseaba de mí. Creo que he encontrado la respuesta. Estoy hecho a este hábito, alteza, a mi celda y pobreza, al silencio que me reporta paz y consuelo. No quisiera abandonar esta clase de vida por nada del mundo.

Ambos decidieron reflexionar sobre la decisión y se despidieron. La reina, con su buen ojo, estaba convencida de no equivocarse. Hombres de su entorno más cercano, como Pedro de Anglería y el secretario real Fernando Álvarez de Toledo, habían quedado impresionados con la figura del asceta. Veían en él un nuevo «padre de la Iglesia». Solo había que esperar a que Cisneros tuviera tiempo de digerir la oferta real.

Francisco volvió pues a La Salceda y en la penumbra de su celda, con la cabeza entre las manos, se debatía entre el bien que podría hacer desde tan alto puesto y la necesidad de no renunciar a la opción decisiva que había transformado su vida. Había de encontrar una vía intermedia entre ambos cometidos. Del mismo modo, le inquietaba la situación de su familia. Tras la muerte de sus padres, su hermano Bernardino, que se había hecho clérigo y titular de los bienes patrimoniales de Torrelaguna, daba continuas señales de inestabilidad emocional y pensaba abrazar también la vida franciscana con propósitos eremíticos que a la larga sería incapaz de cumplir. Y su otro hermano, Juan, tan bueno como vacilante, ¿sería capaz de administrar él solo la herencia de Torrelaguna?

Al cabo de unos diez días Isabel volvió a llamarle. Cisneros la encontró triste. Sus cortesanos, entre ellos Anglería, habían advertido en ella algunos cambios recientes. El intento de atentado contra su esposo Fernando se había impuesto como una señal de temporalidad y finitud. Anglería opinaba que se había vuelto más hermética. Le parecía como si Dios se hubiera alejado, e insistía en la oración y sus prácticas espirituales. Otro de sus sabios consejeros, Marineo Sículo, comentaba que asistía a la celebración de la misa diariamente y que rezaba las horas como una monja. Meditaba mucho sobre la vida y la crucifixión de Cristo. Tanto, que insistía a su amigo el arzobispo de Granada, Hernando de Talavera, que metiera prisa a un fraile de San Juan de los Reyes

para que tradujera la *Vita Christi* del cartujo Ludolfo de Sajonia, un libro que corría por toda Europa y que la reina consideraba de mucho consuelo. ¿Se sentía la reina envejecer? ¿Veía a su marido cada vez más alejado y enfrascado en sus asuntos de Aragón? ¿Necesitaba recobrar la paz en medio de un mundo complejo que ya no podía controlar?

En su segunda entrevista, fray Francisco llevaba por escrito el fruto de su reflexión, un resumen con sus condiciones para aceptar el cargo.

—Accedo, señora, a confesaros si no me obligáis a entregarme a la existencia muelle de la corte. No quiero abandonar mi vida de franciscano, deseo andar a pie solo con mi compañero, no tener ración de palacio, sino la de mi convento y, si no la hubiere, mendigarla por mí mismo y compartirla con los pobres. De modo que no quiero vivir en la corte, alteza, sino en el convento más cercano y acudir solo cuando me necesitéis.

Entre sus otras condiciones añadía su deseo de administrar los sacramentos a los fieles que lo solicitasen durante sus viajes, sin tener que recabar autorización de los preladados.

La reina aceptó y el 2 de junio de 1492 Cisneros fue nombrado confesor real. A partir de entonces, cumplió el difícil desafío de mantener en lo posible su alma de anacoreta en medio del libertinaje, las pasiones y las intrigas por el poder en una corte itinerante por la que además pasaban los asuntos más complejos de gobierno, la diplomacia, las decisiones de Estado y la actuación enmarañada del ambicioso don Fernando, que, lejos de declararle su alma, iba aumentando su intrigante protagonismo en las grandes empresas de sus reinos y no se distinguía precisamente por la fidelidad a su esposa.

Por su parte, fray Francisco, según me contaron testigos de aquellos días, «se ausentaba de la corte muchas veces y no venía a ella sino cuando la reina necesitaba de su persona y le enviaba a llamar para cosas tocantes a su conciencia». Una conciencia la de Isabel que no vivía aislada en una burbuja espiritual, sino empeñada en mil asuntos seculares que entraban en conflicto muchas veces con la moral y la intimidad de su alma. Doña Isabel, me aseguraban otros, «le tenía en tanta veneración y obediencia que tomaba sus consejos y los cumplía en todo lo que ella podía, como de verdadero padre».

Pero, como las responsabilidades nunca vienen solas, durante la primavera del año siguiente volvieron a llamar a su puerta.

—Fray Francisco, ¿no sabéis la noticia? ¡Acabáis de ser elegido provincial de Castilla!

A la buena fama de fraile observante, se había añadido la de su nombramiento de confesor de la reina, de modo que, a pesar de que no tenía experiencia de gobierno en su orden, más allá de presidir la humilde comunidad

de La Salceda y otras incursiones en conventos como el de El Castañar, vio en el nuevo cargo la oportunidad de llevar a la provincia de Castilla sus ardientes anhelos de reforma.

De un lado, la reina exigía más de él, le pedía ser emisario de las decisiones reales; como por ejemplo servirse de sus conocimientos legales para intervenir en el pleito que la soberana sostenía con el abad de Medina sobre el difunto Álvaro de Bracamonte, un proceso trufado de complicaciones jurídicas y morales. Del otro, cursar visitas bastante incómodas por conventos de Castilla, Andalucía y Murcia.

Fue en ese momento, cuando, como he narrado, dio conmigo en el recoleto convento de Santa María de Jesús en Alcalá, apenas profesado, aún jovenzuelo e inexperto, por directa recomendación de mis superiores, que alabaron quizás en demasía mis cualidades en el coro y la escritura, lo que me ha permitido acompañar a este gran hombre hasta hoy todos los días de su vida.

¡Cómo olvidar aquellas primeras correrías por las llanuras pardas de Castilla y los soleados olivares andaluces hasta desembocar en la sorpresa del mar gaditano y el peñón de Gibraltar a lomos del asno Benitillo! Ya di cuenta de los anhelos que embargaron a mi querido padre y mentor cuando contempló el peñón de Gibraltar y la profecía de María la Cuerva, aquella curiosa visionaria, que se atrevió a asegurarle que Dios le tenía guardado para otras cosas mayores y grandes martirios por su amor.

Me daba pena verle fatigado por senderos de polvo, de pueblo en pueblo, ciudad en ciudad: desde Baeza a Córdoba, de Sevilla a Jerez. Le veía caminar con los pies deshechos y a veces sangrantes. Pero mi superior era inflexible, hasta el punto de que en varias ocasiones me decía:

—Fray Ruiz, montad vos en la mula, que vuestros pies no son tan recios como los míos, ya hechos al camino, pues he recorrido muchas más leguas que vos.

—Señor —le respondí desde mi imberbe ingenuidad—, más bien soy yo el que debería ir a pie y vos montando, aunque reconozco que la carne es débil.

—Rechazad esos escrúpulos, que aún me siento fuerte para esto y mucho más —insistía Cisneros.

En mi juventud aquellas caminatas eran más aventura que mortificación. Sin embargo, él, siempre tan serio, se tomaba su cometido como parte de su entrega ascética a la causa. De hecho, doy fe de que el sexagenario fray Francisco Jiménez de Cisneros nunca montaba en mula excepto cuando se sintió enfermo. Cuando entrábamos en villas y aldeas, nuestra primera providencia era mendigar para alimentarnos, cuyo fruto a veces no pasaba de algún mendrugo o trozo de queso. Al principio, mi superior no consentía que esta tarea de pedir de puerta en

puerta la hiciera otro que él mismo, para ganar en humildad, mientras yo sostenía las bridas de Benitillo. Pero el aspecto famélico, casi cadavérico de aquel fraile como venido de otro mundo, asustaba a las buenas aldeanas del lugar. Ante el fracaso de sus esfuerzos, un día me atreví a sugerirle:

—Permitidme, padre, que lo intente yo, pues, si no, me temo que moriremos de hambre.

Dicho esto, le cedí las bridas del asno y empecé a corretear canturreando entre las enjalbegadas casas calle arriba del pueblo. Me detuve en una vivienda que tenía buen aspecto, y frente a un balcón cuajado de geranios y con mi bien timbrada voz, entoné las mejores canciones que me habían hecho famoso en mis tiempos de niño de coro. Se abrieron las ventanas y unos rostros sonrientes de muchachas, a qué negarlo también atraídas por mi juvenil aspecto, exclamaron:

—Esperad, que ahora bajamos, buen fraile.

Aquel día nos desayunamos pan blanco, leche y longaniza e incluso conseguí, gracias a mis artes de trovador, víveres para todo lo que nos quedaba del viaje hasta el próximo convento. Aunque mi superior se resistía:

—Villacreces y otros maestros espirituales insisten en que lo que nos quede, después de alimentarnos, hemos de repartirlo entre los pobres.

Y yo mordisqueaba la sobras para aprovechar el sustento.

Por aquella época, fray Francisco se retiraba a orar o se enfrascaba en algún libro y yo me dedicaba con gozo a la intendencia. También me gustaba alegrar el viaje cantando algún motete o soltando algún chascarrillo hasta hacer sonreír al adusto Cisneros.

—Francisco Ruiz —me decía—, sois un soplo de aire fresco en el camino.

Y a fe que lo agradecía sinceramente, pues el sol andaluz quemaba de plano sobre nuestras cabezas y hacía más empinados los senderos y el reseco barbecho entre los olivos y encinas. Otras veces, por los campos de Castilla, el viento helado y la escarcha sobrecogían las cañadas o nos derrumbaba ateridos en medio de desoladoras estepas y nos obligaba a arrebuarnos para protegernos en el extraño trío que componíamos fray Francisco, el burro y yo. A veces nos sorprendía la noche en descampado y nos enrollábamos después de rezar completas en nuestras mantas bajo el beso escarchado de las estrellas.

Entonces saboreábamos el canto azul oscuro del cósmico silencio, tan diferente de los disgustos que daban al provincial las visitas a los conventos. Pues nos tropezábamos con escenas sorprendentes. Como aquella comunidad de conventuales, que al principio, en plena soledad manchega, se negó a abrirnos las puertas.

—¡No es hora de importunar la paz de un convento! —gritó una voz detrás del portalón.

—Mirad que no es un cualquiera el que pide posada —respondí desde el otro lado—, sino el vicario provincial de Castilla en persona. ¡Abrid ahora mismo!

Tras mucho insistir y aporrear la puerta, conseguimos entrar y comprender la causa de la negativa. Los frailes banquetearon cordero y otros manjares regados con buen vino, que se hacían servir por jóvenes criados. Habían oído que el nuevo provincial andaba de visita, pero o no les había dado tiempo de guardar las apariencias o simplemente se negaban a cambiar sus costumbres. A veces las barraganas huían semidesnudas por los corrales de atrás.

—¡Tenemos autorización de nuestros superiores!

Para mí fue la primera bofetada de una realidad demasiado frecuente en aquellos tiempos. «La natura —como diría más tarde la desdentada Celestina— apetece lo deleitable». Luego comprendí que el mal que aquejaba a nuestra Iglesia venía de atrás, de la residencia de los papas en Aviñón durante setenta años, del Cisma de Occidente, con dos pontífices simultáneos al principio y con tres al final, entre los cuales nuestro obcecado Benedicto XIII, que se atrincheró en el castillo de Peñíscola. La Iglesia acumulaba tierras, ejércitos, riquezas y poder. Además, la peste, que había asolado nuestras tierras, había dejado a su paso muchas bajas y escasez en los conventos. Cisneros me había hablado de reformadores insignes como Villacreces, que fundó La Salceda, Santoyo, Pedro Regalado, Vicente Ferrer, pero cuyos esfuerzos no habían logrado una reforma duradera.

Si en cuestiones de pobreza la relajación estaba a la vista, pronto comprobamos que flaqueaba también en los votos de castidad y obediencia. Tampoco los de arriba se distinguían por su ejemplo. El cardenal Rodrigo Borja, ascendido ya al solio pontificio con el nombre de Alejandro VI, no era un dechado de virtudes. De sus hijos, César, Juan y Lucrecia hablaron pronto las crónicas que venían de Roma. Ni Carrillo ni Mendoza habían ocultado sus respectivas proles. Una debilidad que nadie nunca pudo encontrar en la trayectoria de Francisco Jiménez de Cisneros.

Recuerdo que cuando una dama requería sus servicios, solía responder:

—Con gusto, señora, la escucharé mañana en el confesonario.

Cuando atravesábamos los altos muros de los conventos, a veces provocábamos hilaridad por el triste aspecto de nuestros hábitos y el descuido de barba y cabello. Pero cuando fray Francisco tomaba la palabra, se helaba en sus rostros la risa como cortada en seco por el cuchillo de su seca voz y fulminante mirada.

—¿Quién es este desgraciado para imponernos su doctrina? —murmuraban—. Nos avalan reyes, prelados, superiores generales. Somos claustrales y podemos tener en común nuestras riquezas, herencias y rentas, que hemos

heredado de piadosos señores que han obtenido de nosotros el perdón de los pecados. ¡Fuera! ¡Idos a tomar vientos con vuestros andrajos!

A veces nos echaban los perros y nos perseguían criados palo en ristre fuera del convento.

—Nos falta autoridad para rematar esta obra, Francisco Ruiz —me repetía Cisneros cuando, después de correr huyendo de los garrotes, nos sentábamos bajo una encina a reflexionar.

Y parece que la Providencia accedió a su ruego, pues en la primera villa que nos encontramos, recibió un correo de la reina, instándole a que se presentara cuanto antes ante ella.

Doña Isabel le tendió un documento con el sello pontificio.

—Buenas noticias, querido padre. Su santidad Alejandro VI ha accedido a nuestra petición dándoos autoridad para emprender la reforma de los conventos de todas las órdenes en nuestro reino.

¡Comisario del papa! Ahora nadie se atrevería a cerrarnos las puertas. Íbamos, ahí es nada, con autoridad real y pontificia. Aunque no iba a ser, ni mucho menos, un camino de rosas.

Las puertas, desde luego, se abrían a golpe de bula papal. Luego, Cisneros llamaba a capítulo a monjes y frailes, e investido de autoridad exponía el objeto de visita, reclamaba títulos y privilegios y los quemaba allí mismo o los confiscaba para repartirlos en conventos pobres, hospicios y hospitales. No pocos clérigos regulares se encabritaban ante tales medidas de aquel visitador flaco, implacable y andrajoso.

Pero Cisneros no se andaba con medias tintas. Si era necesario, cerraba monasterios, confiscaba, expulsaba, excomulgaba. Nunca olvidaré el alboroto callejero que causaron más tarde los claustrales de Toledo, toda una manifestación pública con la cruz al frente. Cantaban por las umbrosas calles de la ciudad el salmo que recordaba la salida del pueblo hebreo camino de la tierra prometida:

—*In exitu Israel de Aegypto!*

El canto fue también la estratagema de los frailes de Salamanca. Cantaron sin parar durante cuatro horas seguidas en el coro, cuando se presentaron los legados del comisario real y pontificio. Luego exclamaron:

—Lo sentimos. Como estábamos cantando, no oímos lo que nos queráis comunicar.

—¡Fuera! —gritaron los legados—. ¡Fuera del monasterio!

Al ser expulsados a la fuerza, los frailes organizaron una algarada callejera, a la que se unieron estudiantes y algunas mozas con ganas de alboroto. En fin, en Calatayud fue necesario el uso de la excomuni3n y el cierre del convento. A los

de Talavera les costó, como tantos otros, la expulsión.

—¡Bien, nos iremos de misioneros a África! —decidieron algunos frailes y monjas, viaje que aprovecharon para romper definitivamente con las reglas de la vida religiosa y campar a sus anchas.

Otros llamaron incluso a las puertas de Roma, una curia que no se distinguía precisamente por sus costumbres virtuosas. El abad del monasterio de Sancti Spiritu de Segovia, Lorenzo Vaca, fue aún más osado. Se hizo fuerte entre sus muros y se erigió como protector de cuantos claustrales quisieran refugiarse en él. Cisneros no dudó un momento. Le envió sus emisarios para arrestarle. Pero el superior se olió la cárcel y huyó a Roma para entrevistarse con el poderoso cardenal Ascanio Sforza.

Efectivamente ya Roma estaba al cabo de la calle de lo que sucedía en Castilla. El superior general de la orden franciscana, padre Gil Delfini, en persona montó en cólera:

—¿Quién se cree que es ese Cisneros? Ya tenía indignado a mi predecesor, Francisco Nanni. ¡Hay que parar esa reforma que está causando tal desbandada! Si hace falta, iré yo mismo a Castilla a remediar tales entuertos.

Y así lo hizo el italiano, que, indignado y con malos modos, intentó desprestigiar a Cisneros. Apenas llegó a la corte, solicitó una audiencia a la reina. Dos firmes caracteres frente a frente.

—Alteza —dijo el italiano—, vuestro Cisneros está diezmando mi orden, cerrando conventos, lanzando a los frailes a la desbandada. ¡Hay que poner coto a esos desmanes!

—¡Os recuerdo que estáis hablando con la reina de Castilla! —endureció Isabel el rostro.

—Una reina que no es sino un poco de polvo y ceniza, como yo —respondió sarcástico Delfini.

A la salida del salón real se encontró el superior general con don Gonzalo de Cetina, un cortesano aragonés, que, informado de la violenta entrevista, le dijo:

—Si lo que habéis dicho a la noble reina de Castilla en sus propios estados se lo dijerais en Aragón, juro a Dios que os ahorcara con esa cuerda que lleváis ceñida.

Delfini regresó a Roma, derrotado y malhumorado, ante la férrea voluntad de la reina y su confesor. Porque Isabel se había tomado la reforma como suya y ella misma ocupaba algún tiempo en visitar personalmente conventos de monjas.

Sin embargo, el cúmulo de presiones en Roma logró convencer al papa Borja. Alejandro VI consideró oportuno suspender la reforma, comunicándoselo a doña Isabel en 1496. Pero tanto la reina como fray Francisco eran tozudos cuando estaban convencidos de algo, y tantas veces insistieron que el papa

volvió a permitirla. De lo que no dudo es de que aquella reforma le trajo muchos disgustos. Como me comentaría un viejo franciscano, como resultado de esta lucha entre la austeridad y la mortificación por un lado y por otro la relajación y la desordenada afición a los goces mundanos, apareció la calumnia que se cebó cruelmente en el reformador.

Con el paso de los años no ceso de hacerme preguntas: ¿eran motivos píos los únicos que motivaban a doña Isabel? Es difícil encontrar una respuesta. ¿Puede separarse en nuestros tiempos la religión de los intereses del reino? Con los Reyes Católicos, todavía en lucha con el moro y en conflicto con el poder de los judíos, la cruz y la espada iban unidas. La reciedumbre de Cisneros encontró en la reina un potente brazo ejecutor y la piedad de doña Isabel, sin duda sincera, coincidía con su anhelo de unidad de sus reinos.

Quizás nos excedimos con los claustrales, donde, como suele suceder, también había trigo junto a la cizaña, y nuestros métodos de quemar, cerrar, expulsar e incluso acudir al brazo secular para alcanzar nuestros propósitos no eran precisamente muy evangélicos. Pero, habida cuenta de lo que vendría después —la herejía—, nuestra reforma se adelantó a la que requerían en otros reinos de Europa limpiando la relajación de conventos, no solo franciscanos, sino de otras órdenes religiosas y también del clero secular que Cisneros iba a emprender desde su nueva alta responsabilidad. Lo que nadie debe poner en duda es que la reforma comenzaba por él, pues yo mismo he vendado con mis manos sus pies sangrantes; le he visto remendar su hábito y subsistir días enteros con un mendrugo; orar a la luz de luna en la plana soledad de los campos de Castilla y repartir nuestro sustento con los mendigos de las aldeas.

Es cierto que tal radicalidad me resultaba un tanto inflexible y hasta inhumana. Pero ¿no lo era también la dureza de algunos prelados que ni pisaban sus diócesis y vivían en el lujo y desenfreno de príncipes sin entrañas? En estas y otras meditaciones me desvelaba a veces bajo el cielo raso cuando la reina volvió a llamar de improviso a mi padre y señor. Apenas llevaba un año de vicario provincial de los franciscanos.

9. Un «don nadie» para Toledo

A la caída de la tarde la sorprendente fachada del palacio del Infantado se bañaba de prodigioso oro viejo, cuando las piedras de Guadalajara o «río de piedras», como denominaron la ciudad los árabes, descoyuntan las primeras sombras en sus tortuosas calles que aún destilaban sabor moruno. Sobre las casas principales de don Pedro, primer Mendoza, el segundo, Íñigo López, había mandado construir un nuevo edificio palaciego «por acrecentar la gloria de sus progenitores y la suya». Y a fe que lo consiguió, pues en 1483, ya deslumbraba su espléndida fachada, una obra trazada y dirigida por Juan Guas, que sería muy conocido por construcciones tan soberbias como el castillo del Real de Manzanares o el monasterio toledano de San Juan de los Reyes.

Pero tanta magnificencia, en la que puede apreciarse el embrujo de artistas moros conversos en sus artesonados, azulejos, pinturas y rejas, aparecía enlutada por negros crespones en su fachada el 11 de enero de 1495. Un mes antes Isabel y Fernando habían acudido a visitar al cardenal Mendoza en su lecho de enfermo, desplazándose con este fin desde Arévalo, por la fiesta de San Juan, durante el mes de junio.

Isabel encontró a Mendoza hecho un despojo y a las puertas de la muerte. Se hallaba mal desde su último viaje a Barcelona, donde se había ocupado de despachar asuntos con los catalanes, mientras Fernando se recuperaba con los cuidados de su esposa de la herida ocasionada en el atentado. A la vuelta a Castilla, el cardenal se quejaba de un fuerte dolor, una «apostema», decían los físicos, en los riñones. Los reyes no podían dejar de ir a visitarle, pues don Pedro había sido uno de sus puntales, un destacado defensor del poder real. Siempre les había aconsejado certeramente y les había apoyado incluso en el campo de la batalla con su gente y sus armas. Antes incluso, Isabel y Fernando le habían enviado sus médicos personales, que apenas pudieron actuar, y al protonotario Juan de León, que les tenía informado del estado del egregio enfermo.

En su ancha cama adoselada, acostado con birrete púrpura, al cardenal, que últimamente se confesaba a diario, le temblaba la voz ante los reyes, que le escuchaban sentados en siales coronados.

—Os nombro mis albaceas, altezas. Lo he dejado por escrito y os doy poderes para que enmendéis mi testamento si fuera necesario. También os encomiendo mi alma, mis memorias, mis hijos, mis criados —dijo con voz trémula.

—¿Qué aconseja vuestra gracia? —preguntó Isabel.

El «tercer rey de España» intentó incorporarse, pero no pudo. Le acercaron a los labios un sorbo de agua. Carraspeó.

—Lograda la paz con Francia, no concedáis el arzobispado de Toledo a un noble, y casad a vuestro hijo Juan con Juana, la Beltraneja, la hija de la reina Juana, para conseguir alianza con Portugal y unidad de la península, os suplico.

Al escuchar esto último comentó Isabel a Fernando en voz baja:

—Ya parece que empieza a desvariar el señor cardenal.

—Para Toledo, ¿no ha susurrado el nombre de fray Francisco Jiménez de Cisneros? —comentó Fernando.

La reina conversó acto seguido con el tesorero Alonso de Morales, para que fueran cumplidas las últimas voluntades de don Pedro de Mendoza, entre ellas algunas herencias destinadas a los pobres y los hospitales que había fundado. El domingo 11 de enero entregó su alma a Dios el purpurado a la edad de sesenta y siete años. Un viajero alemán, Jerónimo Münzer, que asistió a los funerales celebrados en Toledo, quedó impresionado por la inmensa riqueza que el cardenal había acumulado, más de doscientos mil ducados en monedas, joyas, casas y fincas. Sobre su palacio en Guadalajara decía que era uno de los más bellos de España y que en él se había empleado el oro con gran profusión.

En el viaje de regreso, los reyes discutieron a caballo sobre la sucesión de Mendoza. Era un asunto delicado.

—Presentaremos un candidato al papa —dijo Isabel.

—Nuestro derecho de representación afecta solo a los obispados de Canarias y Granada, Isabel —objetó Fernando.

—Pero ¿qué venimos haciendo en la práctica? Desde 1480 todos los obispos han sido designados con nuestro consentimiento. Al fin y al cabo, tienen responsabilidades temporales, además de las espirituales, no lo olvidemos.

Este feudalismo episcopal afectó en estos tiempos sobre todo a la mitra de Toledo, la del primado de España, por ser con creces la más extensa y rica. Desde Madrid a Cazorla, pastoreaba el primado unas cien mil personas, sobre las que tenía jurisdicción administrativa, judicial y hasta militar. En su territorio había una catedral, la de Toledo; dos colegiatas, las de Alcalá y la de Talavera; más de doscientos beneficios eclesiásticos; veinte arciprestazgos; cuatro vicarías; trescientas iglesias o curatos; numerosas capellanías y mucho más, sin contar fortalezas con sus respectivos contingentes de tropas. El arzobispo asimismo nombraba los regidores, alcaldes, fiscales, gobernadores militares de muchas ciudades y aldeas. Los reyes, por tanto, sabían muy bien que todo ese poder acumulado en un hombre podía constituir un peligro para la Corona. ¿Acaso no habían sufrido tal amenaza recientemente en los desmanes del violento Carrillo?

—De los consejos que don Pedro nos ha dado en el lecho de muerte solo hemos de cumplir uno, el no darle el arzobispado a un noble, ¿no os parece? — observó la reina.

Isabel también tenía miras temporales. Si se decidían a nombrar arzobispo toledano a un hombre virtuoso y que no perteneciera a la nobleza, quizás pudieran controlar también sus riquezas. Había llegado incluso a la idea de hacer particiones de tan extensa diócesis, decisión que luego desechó porque debilitaba la dignidad del primado.

Fernando frunció el ceño.

—Pues yo había pensado en Alfonso de Aragón.

Doña Isabel miró a otro lado mientras cabalgaba. Alfonso, joven arzobispo de Zaragoza, de veinticinco años de edad, era hijo natural de don Fernando y había sido nombrado para la sede arzobispal a la absurda edad de seis años a pesar de la oposición del papa Sixto IV. Isabel conocía perfectamente la vida licenciosa de Alfonso. Prefería no contradecir de momento a su marido y guardar silencio. También se habló de Diego Hurtado de Mendoza, sobrino del recién fallecido cardenal y a la sazón arzobispo de Sevilla; o de fray Juan de la Puebla, que asumiendo este nombre había renunciado a la nobleza, y también del doctor Pedro de Oropesa, senador real y experto jurisconsulto.

Isabel sonrió. Sabía que, conforme a la concordia firmada para la gobernación en Segovia, le estaba a ella reservado el derecho de presentar a la Santa Sede el nombre de los prelados de Castilla. Y en el fondo ya lo tenía decidido. ¿Imaginaba Fernando que no lo había pensado nada más conocer la gravedad de Mendoza? Sin duda, de acuerdo con la amistad que unía al extinto cardenal con Cisneros, no era de extrañar que ambos hubieran hablado del asunto. Dada la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos y la distancia con Roma, seguramente un mensajero habría llevado ya la propuesta al papa Borja antes de fallecer el purpurado. Si no, no se podía explicar que en febrero ya se hallaba en Castilla la bula de Alejandro VI.

Corría la Cuaresma de 1495. Fray Francisco se dirigía al convento donde en Madrid residíamos habitualmente. Yo le había preparado su frugal sopa de hierbas y tenía enjaezado en la puerta a Benitillo que nos iba a conducir a Ocaña, donde mi superior y señor pensaba pasar en retiro espiritual los días de Semana Santa y Pascua entre los muros del convento de Nuestra Señora de Buena Esperanza. De pronto se presentó por sorpresa un gentilhomme de la reina con una nota para Cisneros, ordenándole presentarse de inmediato en palacio.

Isabel estaba extraña, no podía contener una de sus reveladoras sonrisas. Le preguntó brevemente por su salud y actividades. Luego, sin más preámbulos, le dijo:

—Ha venido el correo de Roma y hay cartas para vos —le entregó la bula papal.

Francisco leyó el encabezamiento: «*Venerabili fratri nostri Francisco Ximenez, electo toletano*». («A nuestro venerable hermano Francisco Jiménez, arzobispo electo de Toledo»).

Cisneros empalideció.

—¡Señora, esto debe ser un error!

Y sin más comenterios, depositó la bula a los pies de la reina, dio media vuelta y se largó.

En las puertas de palacio un noble le oyó exclamar:

—¡Solo a una mujer puede habersele ocurrido semejante locura!

Serio, blanco como el mármol, me dio orden de encaminarnos con la acémila rumbo a Ocaña. Hacia allá nos dirigíamos en compañía de un tercer fraile que nos encontramos en el camino, cuando, después de unas tres leguas andadas, nos sorprendieron dos caballeros. La reina se había apresurado a enviar a unos gentilhombres en nuestra búsqueda.

—Señor, la reina está muy afligida —dijo don Gutiérrez de Cárdenas, comendador de León—. Os ruega encarecidamente que aceptéis, por el bien de la Iglesia y nuestros reinos, la voluntad de nuestra soberana y la orden del papa.

—Este oficio requiere una virtud y un talento que no poseo —arguyó Francisco—. Mi decidida vocación además es seguir en humildad y pobreza las huellas de San Francisco.

Entonces en un acto caballeresco el comendador hincó una rodilla y besando su mano contestó:

—Beso vuestra mano, reverendo padre, ya que si consentís en ser arzobispo, os rindo homenaje, y si por el contrario rehusáis, igualmente os otorgo el que os debo como a un hombre santo.

Fray Francisco se resistió durante seis meses. En este tiempo recibió tres cartas de altos prelados desde Roma aconsejándole que aceptara el nombramiento. Uno de ellos le exhortaba a cumplir el voto de obediencia, al que estaba obligado como religioso y recibirlo con la actitud de Nuestra Señora, la Madre de Dios, que exclamara: «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra».

El hecho fue que las presiones de Roma aumentaron, y en Burgos, donde había sido llamado para confesar a la soberana, esta le entregó otro documento papal conminándole a aceptar. Rodrigo Borja, el papa Alejandro VI, el que excomulgó y quemó en plaza pública al ardiente Savonarola, fustigador de cardenales y del propio papa, cedió a los deseos de la reina española firmando el documento en febrero de 1495, justo un mes antes de que se acordara emprender

la Liga Santa. A mi señor no le quedó más remedio que aceptar, pero yo sabía que era tan terco que nunca cedería a renunciar a su austeridad.

Cisneros aprovechaba los viajes para cortar las crestas a los claustrales y continuar con su reforma. A partir de entonces estuvimos uncidos a la corte de aquí para allá. Nos desplazamos a Zaragoza, donde los reyes convocaron Cortes con un despliegue de nobles, caballeros, prelados, letrados, aposentadores, escribanos, criados en un variopinto despliegue de cabalgaduras, literas y carros. Un momento que Cisneros aprovechó para que se llevara a cabo la más austera consagración episcopal que han visto mis ojos, el 11 de octubre de 1495 en la pequeña ciudad de Tarazona, semicírculo urbano en torno a una soberbia roca coronada por una torre, que se recuesta al socaire del magnífico Moncayo.

Casi en el anonimato, allí, pese a que la iglesia franciscana fue enlucida de antorchas, doseles y pendones, y aunque estuvieron presentes los reyes y algún que otro noble, el cuerpo enjuto y quemado por mil soles de Francisco se dejó cargar de los paramentos episcopales: mitra, báculo, casulla y capa bordados en oro. Un mes antes había escrito Cisneros a su diócesis para que el maestrescuela Francisco Álvarez de Toledo, tomara posesión en su nombre de la sede primada, para que «por nos y en nuestro nombre podades presentar al cabildo de dicha nuestra Santa Iglesia las bulas de nuestro muy Santo Padre...».

No olvidaré ese momento histórico en medio de un reino aún inquieto en el sur por las incursiones de la morería, las aventuras de las carabelas de Colón en el Nuevo Mundo, la difícil situación de las cortes aragonesas, una Navarra afrancesada y continuos incordios procedentes de la vecina Portugal.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté.

—Nuestra obligación, hermano, es seguir a la corte.

—¿Y no queréis entrar en Toledo?

—No hay prisa, hijo —contestó.

Así que tardó nada menos que dos años en entrar en su sede. ¿Solo por razones de humildad? Sin duda, o sobre todo porque el ambiente estaba enconado y revuelto. Por los rincones de palacio oíamos comentarios críticos: «¿Cómo ha nombrado la reina a ese don nadie para Toledo?», «¿Un plebeyo, un fraile mendicante para la sede más importante del reino?». La animosidad contra mi señor, en especial entre los nobles, iba creciendo y le acompañaría siempre. Pero fray Francisco se lo tomaba como parte de su penitencia, como otro ayuno más o la recia disciplina de la noche.

Baste un botón de muestra: lo del adelantamiento de Cazorla, que por su carácter militar era el que más pingüe beneficios proporcionaba al titular.

—El cardenal Mendoza —me comentaron en un pasillo— tenía prometido ese cargo a su hermano menor don Pedro Hurtado de Mendoza, pero no le dio

tiempo de proveerlo. Ahora Cisneros, ese cabezota señor tuyo, se niega a nombrarlo. Pero ¿quién se ha creído que es? ¿Es que se ha olvidado lo que hizo por él su amigo el cardenal? Dicen que la reina en persona ha intervenido en el asunto.

Le pregunté por ello a Cisneros, pero no me respondió palabra. Fray Francisco era así. Quizás obedecía la norma canónica de *nolentibus datur*, dar dignidades a los que no las pretenden. Quería dejar claro que las recomendaciones y los privilegios no iban con él. Solo al cabo del tiempo tuvo un encuentro con Hurtado de Mendoza y le saludó.

—¡Buenos días, señor adelantado de Cazorla!

Así lo nombró. Quería dejar claro que se lo daba porque lo merecía y no por presión de nadie.

Por aquella época, como digo, nos tocó seguir los desplazamientos de los reyes. Regresamos a Burgos. Se preparaba entonces el viaje de la infanta doña Juana, la luego infelizmente «loca», a Flandes, donde iba a contraer matrimonio con el archiduque don Felipe y también el matrimonio de la hermosa doña Margarita de Austria con el heredero de nuestros soberanos, el príncipe de Asturias y duque de Gerona, don Juan.

Fue allí en Burgos, donde fray Francisco me dio otra sorpresa: sin decirme nada se marchó al monasterio de San Pedro de Cardeña. Ante el asombro de todos, hizo levantar la tapa del sepulcro del Cid Campeador y, arrodillándose, besó el esqueleto del héroe medieval, diciendo:

—Fijaos cuán grandes son los huesos de este héroe, mayores que los del más alto héroe de nuestros días.

El gesto le iba como anillo al dedo a un hombre en el que irían parejos los anhelos místicos y las hazañas belicosas, dos empresas que le iban a acompañar toda su vida.

A estas alturas se preguntará el lector cómo se las ingenió para hacer compatible Francisco Jiménez de Cisneros su vida austera y la muelle vida de la corte. En realidad, buscó mantenerse en el ascetismo emprendido desde su conversión en Sigüenza, optando por una especie de vía media o especial componenda.

Mi señor se levantaba a las dos de la mañana. Recuerdo que en un viaje, yendo de Alcalá a Sevilla en una litera, dado el pésimo estado de los caminos, tuvo que hacer noche en una venta cerca de Córdoba. En plena noche, a la hora en que solía levantarse fue a despertar al literero, que se llamaba Mendoza y que era tan gracioso como servicial:

—¡Venga, levantaos de ahí, que es tarde!

—¡Cuerpo de Dios! —respondió el portador—. ¿Pensáis que soy yo como

vuestra señoría, que no hace más que dar una sacudida como mastín mojado y ceñirse una cuerda?

El mozo lo decía porque sabía que nuestro señor dormía siempre vestido; y aunque en su cámara había un lecho ricamente aderezado, debajo de él mantenía otro de duras tablas con ruedas, en forma de carretón, donde descansaba por poco tiempo o lo hacía en el duro suelo. A este propósito aseguraba Pedro González de Valera, maestro de sala del cardenal, que «nunca acabaron con él que durmiese en sábanas». Con frecuencia deshacía la cama para fingir que había descansado sobre el lecho, que, por cierto, no permitía que nadie aderezase.

Los criados le llamaban «ganso aparado», porque en verano vestía una almilla de lienzo con medias mangas, que él llamaba «la jubona». Encima se echaba su túnica y en invierno se ponía un jubón confeccionado de paño de hábito de hosca lana churra, y como braguero uno de acero, como el que visten los hombres de armas. No era extraño que sufriera almorranas, que le hicieron sufrir hasta su muerte.

Le gustaba rezar a solas y la misa la decía en privado conmigo y, si se terciaba, con otro fraile de la orden. Hasta los setenta años guardó los ayunos franciscanos con pescado y la colación de Cuaresma. Aunque su mesa era de lo más opípara para sus comensales, él solo comía pan y agua o tal vez algunas hierbas con un poco de aceite. De cena le bastaba almidón, otras veces almendrada u hormiguillo de avellanas y alguna vez arrope y pan tostado.

¿Ningún pasatiempo? Le agradaba, eso sí, salir de vez en cuando al campo. Pero, en general, ocupaba su tiempo en orar, estudiar y negociar. Mientras le hacían la barba solíamos leerle la Biblia y durante la comida acostumbraba escuchar disputas de teólogos y letrados, que procuraba tener siempre cerca de sí. No aceptaba ungüentos, músicos ni juglares, excepto al bufón Francesillo de Zúñiga, uno de los pocos que le hacía reír. Otro de sus amigos me comentaba: «Es señor de grandes rentas, sin ser señor más que del recado de coser, agujas, el hilo y de algunos pedazos de sayal que tiene para remendar su túnica y hábito, que hace siempre a puerta cerrada». Formó asimismo una pequeña comunidad de franciscanos a los que entregó unos particulares estatutos, en cuyo primer renglón les prohibía terminantemente mezclarse en asuntos palaciegos.

Esta manera de comportarse desagradaba a los cortesanos e incluso a los reyes. Le tachaban de excéntrico y algo «chafón». La reina le insinuó alguna recomendación en contra:

—Mirad, señor arzobispo, por cuidar el boato, al menos en lo externo para mantener el prestigio de la Corona.

Pero daba una y otra vez con una pared maestra. Su comportamiento

resultaba una continua bofetada a los cortesanos, sobre todo porque era el primero de los consultores reales. Tanto que el asunto llegó a Roma y el papa Alejandro VI le amonestó para que cuidara el aspecto externo que correspondía a su rango. Entonces, fray Francisco acató el mandato, pero solo en lo exterior, llamando cabe sí a una pequeña corte de nobles. Pero nunca se apeó de sus costumbres franciscanas, lo que contrastaba con la vida muelle de la corte, pues nuestros reyes por muy católicos que fueran y con alguna fama de austeridad respecto a otras monarquías, eran conscientes de que su cargo, conferido por autoridad divina, exigía lujo y pompa palaciegos.

Recuerdo que uno de los primeros conflictos que le tocó arrostrar fue el de la «décima» al clero castellano. Los reyes urgían a Garcilaso, nuestro embajador en Roma, y al cardenal Carvajal que reclamaran de la Santa Sede la imposición de este impuesto. Poco después del nombramiento de Cisneros, Roma lo había concedido y ahora tocaba al flamante arzobispo de Toledo aplicarlo, como es lógico, con el clero en contra, pues los cabildos lo tenían por «grave y perjudicial». Habían pedido que la décima se convirtiera en subsidio solo cuando fuera necesario imponerlo.

La Iglesia había contribuido en la guerra contra los moros con cuarenta mil florines. Los monarcas reconocieron esta ayuda, aceptaron el acuerdo de que en adelante se recaudaran cien mil florines en todo el estado eclesiástico para una nueva campaña contra los moros. Isabel y Fernando comprobaron por primera vez que no solo habían nombrado a un asceta como arzobispo de Toledo, sino a un excelente gestor.

Por aquel tiempo andaba siempre preocupado de no haber pisado aún su sede episcopal. Pero la realidad era que, por lo que me contaban, Toledo seguía muy revuelto con el nombramiento. El cabildo ya en los últimos tiempos de Mendoza estaba levantisco. Tanto que nada más fallecer don Pedro, los reyes dieron orden de que nada se moviera en la sede vacante. Pero los canónigos estaban indignados de que los monarcas les impusieran los principales cargos. Sin embargo, Isabel y Fernando habían preferido actuar con tiento y enviaron en 1495 al licenciado Pedrosa, que fracasó en su intento. Enterados los reyes, lo volvieron a enviar a Toledo sometiendo al cabildo a interrogatorios y con órdenes terminantes. La presión real produjo su efecto y finalmente los canónigos despacharon a Madrid un representante para negociar los cargos de vicarios de Toledo, Alcalá y Talavera.

La problemática de Toledo se hizo más alarmante cuando Pedrosa se presentó ante el trono.

—Majestades, la situación de Toledo es insostenible. Sabemos de conspiraciones y pactos secretos contra vuestras altezas. Nos consta de la

existencia de asambleas ocultas, sigilosas misiones de miembros del cabildo a otras corporaciones del reino. Es más, ¡han enviado a Roma al capellán mayor Alfonso de Albornoz!

—¿Con qué fin? —preguntó indignada Isabel.

—Se rumorea que para conspirar contra la décima otorgada por su santidad a vuestras majestades, contra la Inquisición y contra las facultades de visita y reforma de la diócesis toledana.

—Escribiré de inmediato al corregidor don Pedro de Castilla para que investigue en secreto esos particulares —respondió, muy molesta, doña Isabel.

En efecto, fueron inquiridos varios testigos por los que se supo que hacían enjuagues para traerse en lugar de Cisneros al arzobispo de Sevilla; también que algunos prebendados se apresuraron a esconder sus bienes en monasterios para escamotearlos; que en efecto habían enviado a Roma a Albornoz y que les había molestado sobremanera una carta de Cisneros en la que llamaba la atención a los curas amancebados, y porque, contra sus normas, estaban decididos a apelar a Roma. Por lo visto, en la cárcel arzobispal se oía decir: «¡No queremos tener prelado fraile!».

Las pesquisas de los reyes dieron resultados aún más inquietantes. En Toledo la rebelión ardía hasta tal extremo que los canónigos habían organizado una red de enviados a otros cabildos del reino para sumarlos a la rebelión y que apoyaron y acompañaron en comisión al enviado a Roma. Al parecer la cuestión del subsidio y el nombramiento de Cisneros los sacaba de quicio.

Al cabo del tiempo, supe que Albornoz se embarcó en Valencia rumbo a Roma creyendo tener todos los triunfos consigo. Pero una galera real se le adelantó y consiguió tocar puerto antes en Civitavecchia y alertar al embajador español Garcilaso de la jugada. Este se presentó en el puerto y detuvo a los rebeldes, que con Albornoz a la cabeza dieron con sus huesos en las cárceles de Castilla. Molestaba también al cabildo el rumor de que el nuevo arzobispo pretendía habilitar en la catedral una residencia para que los canónigos vivieran en común y tenerlos bien atados, como en un convento, empresa que nunca llevó a cabo.

Pero los reyes no estaban contentos y querían infligir un escarmiento a todo el cabildo toledano para dejar claro en la Iglesia española que nadie se les iba a subir a las barbas, aunque Cisneros templó los ánimos y prefirió el diálogo, consiguiendo de la reina que más adelante el aventurero Alfonso de Albornoz quedara en libertad e incluso recuperara su cargo de capellán mayor.

Finalmente, nos pusimos en camino hacia Toledo. En la comitiva venían varios frailes y su enredador hermano Bernardino junto a un destacamento de soldados de escolta, escribanos y algunos pajes. Nos engolfamos en llanuras

ocres, atravesamos sierras y pasamos a un tiro de ballesta de Torrelaguna, el pueblo que lo trajo al mundo, hasta que alcanzamos Alcalá. Al clero alcalaíno le expuso sus planes de reforma y su propósito de convocar un sínodo diocesano. Cuando ya estábamos a punto de salir hacia Toledo, llegó carta de la reina. Le pedía que se presentara cuanto antes de nuevo en Burgos, porque el primado había de intervenir en las estipulaciones y ratificación del matrimonio del heredero, el príncipe Juan. Tuvimos que desandar el camino y con inclemencias de vientos, soles y escarchas, obedecer y regresar a Burgos. Nos encontramos la ciudad tomada de altos dignatarios alemanes que acompañaba a la novia Margarita, archiduquesa de Austria, hija de Maximiliano —como su hermano Felipe el Hermoso—, que a sus diecisiete años era una muñeca y con mucho sentido del humor. En su viaje a Laredo una tormenta había estado a pique de hacer naufragar la flota castellana en el golfo de León. Para tranquilizar a los navegantes, la archiduquesa comentó que, en caso de fallecer, ninguna lápida funeraria hubiera sido para ella tan adecuada como la siguiente inscripción:

*Aquí yace Margot, la gentil damisela que,
después de dos maridos, aún es doncella.*

Margarita fue comprometida en 1483 con el delfín de Francia, futuro Carlos VIII. Pero, después de diez años en el país vecino como delfina, nunca se casó con él.

La belleza y simpatía de la archiduquesa hizo furor en la población burgalesa, que la recibió con un estallido de fiestas y algarabía. Cisneros ofició la boda en la catedral el 11 de marzo de aquel movido 1497. Nunca mi señor había actuado en una ceremonia tan espléndida, donde las galas borgoñonas contrastaban con las sobrias vestimentas pardas y negras castellanas, y que culminó en un bullicio de bailes, alanceamiento de toros, romerías y torneos.

Una vez más estábamos a punto de dirigirnos a Toledo, cuando un hecho luctuoso nos retrasó de nuevo. En una de las lizas, el joven Alfonso Cárdenas, hijo de Gutiérrez Cárdenas, querido consejero privado de la reina, picó espuelas con tan mala fortuna que el caballo lo estampó en el duro suelo, feneciendo al instante. Cisneros le administró la extremaunción y prolongó su estancia en Burgos para consolar a la reina.

Llegó finalmente el día de su entronización. Fueron en vano sus esfuerzos de entrar sigilosamente y de noche en Toledo. La ciudad brillaba como un diamante bajo el sol de mayo vestida de sus mejores galas, cuando el arzobispo Cisneros atravesó a lomos de una mula parda el puente de Alcántara, consciente de cruzar

el Tajo sobre piedras romanas reconstruidas por los árabes. En las puertas de la ciudad le esperaba el clero. Francisco lucía una coraza de cuero tan corta que se apreciaba debajo el hábito franciscano. Lo más chocante es que había recortado también sus zapatos guirnardados y sobresolados, para que se le vieran los dedos de fraile mendicante.

Con un despliegue de alfombras, palio, iluminación, música, magnificencia y aclamaciones del entusiasta pueblo de Toledo atravesó sus empinadas calles. Estaban presentes los reyes en persona, grandes y prelados. Desde el primer momento advertí que el flamante arzobispo, quien por cierto no daba muestras de júbilo precisamente, quería distinguirse de los tres prelados que le precedieron: Carrillo de Toledo, Mendoza de Sevilla y Fonseca de Santiago, que se habían hecho notar por sus vidas licenciosas. Los tres habían tenido amantes, hijos e hijas naturales que por nepotismo subieron como la espuma durante sus pontificados. La sede de Santiago estuvo ocupada por tres miembros de la familia que se llamaron sucesivamente Alfonso de Fonseca. Recuerdo que ante estos desmanes y sucesión de padre a hijo, como el rey Fernando no quiso actuar, Cisneros le dijo un día: «Señor, según parece, ha hecho vuestra alteza mayorazgo del arzobispado de Santiago y querría saber si ha excluido de él a las hembras». Antes de celebrar la solemne entronización en Toledo, fray Francisco envió un puñado de personas de confianza que eligieran alcaides y corregidores para aldeas y fortalezas y con el cometido de nombrar nuevos oficiales eclesiásticos.

Encabezaba la procesión la cruz de plata que el cardenal Mendoza enarboló en las torres de la Alhambra, mientras se adentraba en la ciudad. La gente se aglomeraba a su paso o se agolpaba a los balcones para verle pasar. Entre el pueblo advertí algunas barbas de hebreos y aceitunados rostros de moriscos. Miré con atención la actitud crispada de muchos canónigos y la mirada aviesa de no pocos nobles. «Mi señor no lo va a tener fácil», pensé.

Descabalgó en la puerta de la catedral y sus manos secas recibieron el besamanos del clero sobre un lujoso estrado, donde juró los privilegios de la Iglesia toledana. Penetró en procesión en el imponente templo y desde un alto cadalso muy suntuoso, bajo un dosel de brocado, dirigió sus primeras palabras a los fieles. Desde allí salió por la puerta de la Chapinería camino de los aposentos del claustro y saludaba a las autoridades y al regimiento al tiempo que el sordo griterío de la multitud se iba atemperando.

Cuando se hizo silencio, Cisneros era consciente de que se había convertido en uno de los hombres más poderosos de su tiempo. Ahora tenía autoridad para completar la reforma del clero y los monasterios. En los dos años que había precedido a esa entrada tenía cumplida información del avispero de intereses e

intrigas donde entraba, pero no imaginaba aún todas las responsabilidades de gobierno que caerían sobre sus espaldas. Su obsesión era todo un desafío: compaginar el boato externo con la pobreza del Poverello.

Lo cierto es que aquella tarde, cuando se recluyó en su aposento, sin inmutarse por la explosión esplendorosa del recibimiento otorgado en Toledo, se quitó el sombrero, se despojó del manto, se arrodilló y, enfundado en su tosco hábito y ceñido con su humilde cordón franciscano, oró con la cabeza hundida entre las manos. Nadie que lo hubiera visto habría podido barruntar que aquel enjuto y cariacontecido fraile fuera el poderoso primado de Toledo y menos aún el futuro tercer rey de España.

10. Las lágrimas de doña Isabel

Apenas acababa de examinar Francisco sobre la mesa de su despacho los primeros asuntos e informarse de los negocios más urgentes de la diócesis toledana, cuando el 4 de octubre, fiesta de San Francisco, irrumpí sin llamar en su despacho para entregarle un mensaje urgente de los reyes. Cisneros rompió rápidamente los sellos de la carta, la desenrolló y exclamó impresionado:

—¡Dios santo!

—¿Qué sucede, señor? —pregunté.

—¡El príncipe Juan ha muerto!

Apenas habían pasado seis meses de su espléndida boda en Burgos con la dulce Margarita de Austria. A sus diecinueve años, educado en la más fina iniciación caballeresca, incluidos los ejercicios ecuestres ante las mesnadas durante la guerra de Granada, Juan, débil de salud, no resistió la cohabitación matrimonial. Caían sueños e ilusiones como un castillo de naipes. Con su muerte se frustraba de golpe la sucesión de Castilla y Aragón. Ambos, Juan y Margarita, habían sido jurados herederos precisamente en la catedral de Toledo. Cisneros no imaginaba entonces que, para mayor tragedia, Margarita dio a luz una niña prematura que no sobrevivió al parto. Tras estos acontecimientos, la hermana mayor de Juan, Isabel, sería nombrada princesa de Asturias y de Gerona. Parecía que el esplendor y los logros de los católicos reyes se apagarán bajo una negra lluvia de amenazas. Aquellos sucesivos cuchillos de dolor se iban clavando en el alma de la reina, que a partir de estos acontecimientos nunca llegaría a ser la misma, dejando a Fernando el protagonismo en casi todos los asuntos de Estado.

—¡Partimos para Alcalá! —decidió fray Francisco, preocupado, nada más conocer la noticia.

En la ciudad del Henares se habían recluso los reyes arrebatados por la repentina nube de tristeza. Buscaban quizás el arropo y consuelo de Cisneros en sus palacios arzobispales, que se encontraban durante aquel tiempo en plena reconstrucción. Quizás hablaron con él de la designación y jura, como herederos, de la infanta Isabel y su marido, don Manuel I el Afortunado, que se llevaría a cabo en Toledo el año siguiente. Pero sobre todo meditaron sobre la fugacidad de la vida y el siempre inexplicable misterio de la muerte. Solo pasados los años, cuando visité el maravilloso sepulcro que dedicaron al príncipe Juan sus padres en el real monasterio de Santo Tomás de Ávila, debido al buril de Domenico Fancelli, pude barruntar hasta qué punto habían amado los reyes a aquel

malogrado hijo.

A partir de entonces experimenté la energía que podía desplegar un hombre de sesenta años entregado a su ministerio. Aunque íbamos y veníamos de Alcalá a Toledo, percibía cierta predilección del arzobispo por la ciudad complutense. Vi llenarse sus calles de sotanas y hábitos religiosos junto a caballeros seglares, que representaban toda la Iglesia toledana, para celebrar un sínodo diocesano. Con esta ocasión, el arzobispo quiso dotar al clero de una nueva normativa y al mismo tiempo escuchar las peticiones de no pocos súbditos, quejosos de que los curas pretendían cobrarles las primicias por partida doble en la zona de su residencia y en los campos de sus cosechas. Cisneros trató esos asuntos en Alcalá y también en el sínodo que celebró en Talavera durante su fecunda labor de 1497.

Al año siguiente fui testigo del ir y venir de los constructores Juan de Villarroel y Pedro de Gumiel. Pero más que nadie del tesorero Juan Martínez de Cerdeña, que se convirtió en mano derecha de Cisneros para poner en marcha sus instituciones, entre ellas la obra más soñada: convertir el estudio existente en la ciudad complutense en la futura universidad. Con frecuencia llegaban también correos de su pueblo, Torrelaguna. Su hermano fray Bernardino tenía encargada la construcción de la casa noble del heredero de la familia, Juan Jiménez de Cisneros. Solo tardó un año en levantar el edificio que fue considerado uno de los mejores de la villa. Allí nacerían los sobrinos del arzobispo: Francisco Benito, Juana, que llegaría a ser condesa de La Coruña, y María, que falleció en dicha casa al contar poco más de veinte años.

Pero por encima de todo no olvidaba Toledo.

—¿Sabéis cómo van las obras de la catedral? —me preguntaba constantemente.

Francisco desplegaba con interés los planos de los trabajos, que avanzaban a buen ritmo, de los aposentos arzobispales en el claustro catedralicio y la capilla mayor, que él consideraba una carencia imperdonable en la catedral. Mandó eliminar el muro que separaba un altar de la capilla llamada de los Reyes Viejos. Pero tenía un escollo, era necesario remover también los mausoleos de los reyes y del cardenal Mendoza.

—Ya sabéis, los canónigos están en contra —le advertí—. Comentan que cómo vos, que os consideran un plebeyo, os atrevéis a mover el sepulcro del cardenal Mendoza, de sangre noble como ellos, y relegarlo a un rincón.

—Tengo el permiso de sus altezas —respondió Cisneros con gesto decidido.

Pero el cabildo, indignado, se oponía, lo que condenaba a un obligado retraso en las obras.

—Traeremos a los mejores artistas. Quiero rematar la capilla con un gran

retablo, lleno de imágenes, cuya magnificencia y colorido llamen a la devoción.

La obra no se concluiría hasta 1504. También Alcalá era un hervidero de arquitectos, albañiles y artesanos, tanto en la obra de la colegiata de los Santos Justo y Pastor como el colegio de San Ildefonso, futura universidad. El rumor de cinceles y el trasiego constructor llegaron a Talavera, Brihuega, Santorcaz, Uceda e incluso a Madrid, donde se reparaban las habitaciones arzobispales.

Doña Isabel estaba algo inquieta con tantos gastos.

—Estamos apurados por los dispendios de la infanta Catalina y de don Alonso de Herrera en la embajada de Roma. No deberíamos aparecer morosos ante los banqueros del papa. ¿Adónde vamos a llegar? —se quejaban los tesoreros del reino.

En medio de este trasiego, por junio de aquel año tuvimos que interrumpir la supervisión de todos estos negocios y dirigirnos a Zaragoza. Los reyes preparaban Cortes y esperaban, como he adelantado, un nieto en la ciudad del Ebro. Me llamó la atención cómo Cisneros optó esta vez por una entrada triunfal precedido de la cruz arzobispal en la villas de Torremocha, Fuencaliente y Ariza o cuando nos unimos al solemne cortejo de los reyes en su acceso a Zaragoza.

Pero tales festejos y cordial acogida de los aragoneses ocultaban un sinfín de problemas. Con su proverbial terquedad no hacían más que poner trabas. Y es que no estaban dispuestos a prestar juramento a la sucesión en el trono sin analizar a fondo la legitimidad de los herederos. La reina trinaba ante tanto formalismo.

—Majestad —le dijo Antonio de Fonseca—, los aragoneses están cumpliendo su deber y es de loar que os adviertan que deben pensar lo que han de jurar, porque luego suelen cumplir lo que juran.

Así las cosas, llegó un nuevo mazazo para los reyes. Con dos años fallecía el príncipe don Miguel, hijo de la infanta Isabel, que murió en el parto, y de Manuel I el Afortunado. Cisneros tuvo que ocuparse de que en el convento de los frailes menores se celebraran los funerales por la criatura. Una vez más fray Francisco era consciente de que no podía dejar sola a la reina en aquella jornada. Sobre todo cuando a principios de junio ella misma enfermó con los calores del verano, mientras mi señor aprovechaba la estancia en Aragón para urgir la reforma de los conventos de Zaragoza y Calatayud. También actuó en la preparación de una embajada conjunta de las Cortes de España y Portugal al papa Alejandro VI, con el fin de rogarle que pusiera fin a su política de nepotismo y dificultades en la reforma de conventos y provisiones eclesiásticas.

Confieso que por aquel tiempo percibí notables cambios en la manera de entender la diplomacia del arzobispo. Ante todo en sus relaciones con Roma, en las que con el tiempo llegaría a obtener notables avances.

De vuelta a casa hizo agitar los tórculos mandando imprimir en un solo volumen y bellamente editado dos obras: la *Suma de los confesores*, de San Antonio de Florencia, y las *Constituciones Sinodales*.

—Hay que distribuir esos libros para que todos los clérigos con cura de almas en nuestra diócesis tengan uno en sus manos. Nombraremos con este fin visitadores episcopales.

Pero nuestros dolores de cabeza seguían con insistencia abrumadora proviniendo de los intrigantes canónigos de Toledo.

—De nada sirven las visitas y todos nuestros intentos con el cabildo desde 1495. Ha llegado el momento de dar un paso al frente. Es preciso abrir un proceso sobre la moralidad y actitud de los prebendados de Toledo —decidió Cisneros.

—¿Y qué piensa hacer vuestra gracia? —le pregunté.

—Es un tema delicado. Pienso encargárselo a dos hombres de mi mayor confianza: los doctores García de Villapando y Antonio Rodríguez de Cisneros. ¿Qué os parece?

Yo, conociendo el colmillo retorcido de los canónigos, le dije que me temía lo peor. En efecto, estos se negaron en redondo. Argüían que solo el arzobispo podía girarles tal visita, pero no delegar en otros. Al final, Villapando redactó un informe sobre la situación del clero. Los curas de pueblo se distinguían por su incultura, los del cabildo por sus pretensiones de aristocracia, y unos y otros por tener amancebadas y barraganas. Pero lo más sonado fue que incluso los amigos del arzobispo participaban en las corruptelas.

—Vuestro hombre de confianza, el licenciado Para, vuestro vicario general, aprovecha su impunidad para toda clase de desmanes. ¡Sabemos que participa en aventuras nocturnas, alborotos, tunas y, aún más, las algaradas que parten de las mismas huertas y palacios arzobispales! —le informaron.

Francisco con nada se alteraba. Era firme y duro como un pedernal. A mi humilde entender, domeñar al cabildo llegaría a ser uno de sus más sonados fracasos, quizás porque los canónigos se consideraban superiores a aquel fraile advenedizo. Pero él no cejaba en sus reformas.

Lo que más le interesaba era que los curas se ocuparan del cuidado pastoral de sus fieles. Insistía en que los niños por lo menos supieran signarse y santiguarse y recibieran lecciones de catecismo los domingos; y los adultos, la lectura y explicación del Evangelio y del significado del Santísimo Sacramento. Quería que los párrocos llevaran un registro de los bautizados con el nombre de los padrinos, una lista de todas las familias que vivían en las parroquias y anotaran a todos los que cumplían con el precepto pascual. Hasta se preocupó de que se colocaran pilas de agua bendita en la entrada de las iglesias.

Para colmo tenía también que restaurar las fortalezas del obispado y encargarse de las obras de beneficencia como beaterios y monasterios femeninos, entre ellos San Juan de los Reyes, Santa Clara, San Francisco y, en Alcalá, Santa María de Jesús y San Juan de la Penitencia. Además, por esas fechas le ordenó a su limosnero Juan Martínez de Cardeña:

—Habéis de dividir en dos mitades las rentas: una para administración diocesana y otra para socorrer a los pobres.

Pero lo que más me asombraba era cómo hacía compaginar toda esta actividad y negocios con una vida personal eremítica. Cuando dejaba el despacho o se despojaba de los solemnes ornamentos de las funciones litúrgicas y se encerraba en su aposento, era como si penetrara en su antigua cabaña de ramas y adobe en los bosques de Salceda. También se trajo cabe sí otros frailes con gustos eremíticos. Eso irritaba a la corte, cuyos miembros calentaron los oídos del embajador en Roma, López de Carvajal. Este arrancó del papa Alejandro VI un breve pontificio en el que le exhortaba a comportarse conforme al rango y estilo de los preladados, porque la dignidad eclesiástica se podía rebajar tanto por exceso con actitudes de superioridad orgullosa, como por defecto, con un trato demasiado vulgar.

¿Acaso el papa Borja no pecaba de lo primero? Hacía tiempo que las noticias que llegaban de Roma eran inquietantes. Ya desde su elección contaban que habían corrido torrentes de dinero. Desconocemos quién era la madre de sus tres primeros hijos: Jerónima, Isabella y Pedro Luis, el primer duque de Gandía. Pero todo el mundo sabía que la hermosa Vannozza dei Cattanei fue su gran amante, de la que nacieron César, Juan, Lucrecia y Jofre. Y que ella —también era sabido— no fue su única mujer, pues nadie ignoraba que su frecuentado lecho fue también calentado por la famosa Julia Farnesio cuando el papa se cansó de la Cattanei, así como los rumores de que el veneno, la ambición y la concupiscencia discurrían sin freno por los salones de aquella escandalosa corte pontificia.

O cómo César Borja fue exonerado por su padre de la púrpura de cardenal —era titular de Valencia, sin pisar, por supuesto, la ciudad del Turia— para hacer lo que realmente le gustaba, capitanear los ejércitos pontificios y conseguir un matrimonio ventajoso. No se comentaba tanto sin embargo cómo Rodrigo supo mantenerse como pontífice independiente de los intereses de Francia y España. Es verdad que nunca llegó a publicar la necesaria bula con la que, desconsolado tras el asesinato de su hijo Juan, cuyo cadáver se encontró flotando en las aguas del Tíber, pretendía reformar las costumbres en la Iglesia. Cisneros estaba en plena sintonía con esta línea pastoral, como le conmovió la ejecución del dominico Savonarola, el único que se atrevía a gritarle al papa públicamente las

verdades.

Los embajadores españoles Garcilaso y López de Carvajal, ayudados luego por Hernando Herrera y Bernardo Boil, no se arredraron a la hora de presentar al papa los deseos de la corte española, entre ellos una reforma de la propia casa pontificia. Alejandro VI, lejos de enfadarse, escuchó con interés las medidas que estaba tomando Cisneros y enfatizó sus deseos de una conversión en la Iglesia que fue reavivada por la triste experiencia del asesinato de su hijo Juan. Pero, al final, sus mayores preocupaciones eran la infelicidad matrimonial de su hija Lucrecia y las ambiciones de César, para el que pedía privilegios en España, mientras entraba en peligrosos tratos con el rey de Francia, Luis XII.

Los mensajes sobre Valentino, que así llamaban al taimado César Borja, que llegaban de Roma no podían ser menos halagüeños: «Porque el que vela de noche —relataban las cartas—, necesario es que duerma de día» y «A quien no le sobra tiempo para rezar ni oír misa, mal le quedará para negociar».

Recuerdo que los informes de Roma ruborizaban a Cisneros: las noches desenfrenadas, los banquetes interminables, los manjares y bebidas envenenados: «Duraban las fiestas tanto de noche que antes de que el papa se acostase venía el día». Hasta que llegaron noticias de que atribuían a Valentino tres muertes y sobre su participación en los juegos de caña, los toros y torneos.

—Dicen que el rey de Francia está siendo manirroto con César desde que ha dejado el cardenalato. Como conde de Aviñón va a recibir diez mil ducados, a los que el rey le ha añadido una asignación de diez mil de pensión y veinte mil más de conducta. Se le ofrecen tres damas de alto rango a elegir para esposa: la hija del rey Federico de Nápoles, una joven de la familia Montpensier o la hija de monseñor de Tudela.

A Cisneros le dolía la Iglesia con estas noticias que llegaban a sus manos a través de los embajadores y amigos de Roma. El escándalo alcanzó su cumbre cuando las naves francesas arribaron a Civitavecchia para trasladar a César, el excardenal, a Marsella. El condotiero parecía otro. La cabellera al aire, había cambiado sus ropas cardenalcias por brocados de seglar, y lucía las mejores joyas de la corte pontificia. Lloraba el papa al despedir a su hijo mientras la multitud se agolpaba en el puerto y se subía a los árboles o asomaba a las ventanas. La corte pontificia, cardenales palatinos y otros prelados componían el cortejo, custodiado por los soldados, roqueros y escuderos, con libreas de terciopelo hasta la rodilla y conduciendo acémilas cargadas de plata y otras riquezas. Se decía que si el rey de Francia fallaba en su promesa de bodas, le quedarían reservados en Roma los castillos de Sant'Angelo, Ostia o Civitavecchia, aparte de la posibilidad de restituirle su estado eclesiástico.

En la Ciudad Eterna no se hablaba de otra cosa porque los plateros, armeros

y otros artesanos no durmieron durante meses para tener preparado su ajuar, en el que se incluían cuarenta caballos que se trasladarían por tierra o mar. Así pues el 1 de octubre de 1498, César, secularizado y designado duque de Valentinois y par de Francia, zarpaba para llevar al rey Luis la dispensa papal y al ministro D'Amboise el capelo cardenalicio, y además para buscarse una esposa de alto rango. Aún soñaba con la mano de Carlotta, pero como la princesa persistía en rechazarlo, aceptó en cambio la de una sobrina del rey Luis, la hermana del rey de Navarra, Charlotte D'Albret.

Estas y otras noticias no solo escandalizaban en las cortes europeas, sino que alarmaron a los Reyes Católicos al sospechar que los vientos de la corte pontificia se volvían más favorables a Francia. Cisneros me pedía continuamente información sobre el papa, los escándalos de su entorno y César Borja, sobre todo cuando años después se fugó del castillo de Medina Sidonia.

Mientras, la buena fama de Cisneros llegaba puntualmente a Roma y el papa firmaba sin problema los documentos para nombramientos y beneficios y para el llamado *foro de la conciencia*, es decir, la facultad de perdonar los pecados reservados o encaminados a la reforma de religiosos y el clero secular, así como para la fundación y dotación de la Universidad de Alcalá.

Tengo grabados en la memoria aquellos amaneceres alcalaínos rosa pálido cual de mejilla adolescente. Francisco se levantaba mucho antes, hacia las dos de la madrugada, y se recluía para orar en su habitación o una de las capillas laterales de la colegiata, en medio de un templo en la oscuridad donde apenas titilaba la lamparilla del sagrario. De rodillas recitaba pasajes de la Escritura y sostenía entre las manos su crucifijo, que llevaba atado a la manga, donde fijaba sus entornados ojos hasta que entraban los sacerdotes a celebrar las primeras misas, y las naves empezaban a inundarse del oleaje del canto sagrado. Luego el arzobispo ascendía la escalera del altar mayor y celebraba la misa de la aurora, a la que asistíamos dos frailes franciscanos.

Sobre las siete de la mañana abríamos las puertas para las audiencias ya en el cercano palacio arzobispal. En las puertas de palacio dos criados repartían limosnas a los pobres. Recuerdo que, taciturno de carácter, era bastante expedito con los que venían a visitarle. Los recibía de pie con una biblia en la mano. Cuando el demandante se alargaba en demasía con palabras huecas, se ponía sin más a leer la Biblia después de haberle dado una respuesta breve. Cuatro horas dedicaba cada mañana a las audiencias y a las once en punto nos ordenaba que cerráramos las puertas de palacio.

Durante la comida solo se relajaba con las lecturas que le hacíamos o disputas de teólogos y biblistas. Las tardes las dedicaba a estudiar sus proyectos o responder a las consultas de los reyes, y al caer del día se paseaba por las

estrechas calles de Alcalá o en Toledo, junto al verdear de las orillas del Tajo. Antes de acostarse solía el barbero afeitarse, tiempo que, como ya dijimos, aprovechaba para su diversión favorita, escuchar disputas teológicas. Encomendaba su alma a Dios antes de sacar la tabla de debajo de la cama donde dejaba caer el sarmentado manojo de sus huesos. Esa era la vida cotidiana de Francisco Jiménez de Cisneros durante sus primeros años de arzobispado. Hasta que de la agarena Granada le llamaron con urgencia.

Casi sin darse cuenta, el pastor solícito de sus ovejas iba ampliando sus horizontes a graves asuntos de Estado como consejero y hombre de confianza de Isabel y Fernando. Contemplándole cada día actuar, me admiraba de su capacidad y energía, sin llegar a descifrar los enigmas más íntimos de aquel hombre tan lúcido y eficaz como esquivo y desconcertante.

11. El incendio de Granada

Dos imágenes, dos olores, dos recuerdos vivos quedaron grabados en mi mente de los tiempos que estuve en Granada: el perfume de los jazmines en los umbrosos patios y el crepitar de las llamas de aquella monumental hoguera que ordenó prender Cisneros para convertir en humo y ceniza siglos de sabiduría coránica. Dos evocaciones que se entrecruzan con los ojos vidriosos de fray Hernando de Talavera, cuya suavidad y tacto en el trato con los moros y el riguroso cumplimiento de las capitulaciones contrastaban con las prácticas expeditivas que por orden de los reyes pondría en práctica mi señor.

Ya hacía tiempo que Boabdil o Zegeyby, el Infortunado en árabe, había abandonado con lágrimas el paraíso nazarí de la Alhambra y cazaba liebres y pájaros para aliviar su melancolía en sus nuevas posesiones de las Alpujarras, que acabó también dejando para siempre. Por temor de que aquella presencia pudiera ser peligrosa para el fin de la Reconquista, Isabel y Fernando prefirieron alejarlo definitivamente, mediante la adquisición de sus tierras a través de los buenos oficios de un renegado que le entregó la suma de nueve millones de maravedís. De tal manera, el infortunado rey moro embarcó para África en 1493 para establecerse en la costa de su pariente el califa de Fez, donde, después de participar valientemente en algunas batallas, acabaría sus días.

Pero Granada, pese a los esfuerzos de Talavera, las nuevas iglesias y conventos recién construidos, sus catecismos, sus traducciones al árabe, sus amables encuentros con los alfaquíes y su misericordioso respeto de hombre santo, seguía inconfundiblemente mora. Y es que, según las enseñanzas del Corán, en el islam está permitida la *taqiyya*, que significa «prevención», una práctica simuladora destinada a la supervivencia de la fe islámica en contextos hostiles. En pocas palabras, a los moros les es lícito mentir y comportarse como cristianos por fuera, mientras continúan fieles a su religión en el secreto de sus corazones y hogares. Después de la conquista, además de las citadas generosas capitulaciones, les habían concedido el privilegio de seguir usando sus mezquitas, vestir sus ropas y vivir como siempre lo habían hecho. En la práctica, Granada era entonces una ciudad partida en dos grandes barrios, el cristiano, poblado de nuevos templos, escuelas y casas de misericordia, y el musulmán, donde los moros, que llevaban la friolera de ocho siglos en España, seguían practicando sus abluciones, extendían sus esterillas en dirección de La Meca y cocinaban sus exquisitos *ajalús* o dulces de almendra con miel y pan tostado y

rayado.

Tuve entre mis manos admirables gramáticas y diccionarios que el obispo Talavera había mandado imprimir para que los sacerdotes aprendieran la lengua de Mahoma. Pero su método era tan evangélico y respetuoso como lento, sobre todo para una Isabel impaciente que quería acelerar las conversiones en su conocida mezcla de devoción y estrategia destinada a alcanzar la unidad del reino.

Pude admirar con mis propios ojos cómo fray Hernando no era menos austero que mi señor en su vida personal. Manirroto con los pobres, se gastaba sus rentas en obras de misericordia y evangelización. Todo el mundo sabía que su anterior diócesis de Ávila, que abandonó para ocupar la sede de Granada, era más próspera económicamente y que había bajado al sur por puro afán apostólico. Por otro lado, su entendimiento con el conde de Tendilla, el gobernador de Granada, era tal que el cronista Pedro Mártir afirmaba que compartían una sola alma en dos cuerpos distintos. No en vano pude comprobar incluso algo curioso, cómo el caballero Tendilla adquirió algunos modos morunos en su vestido y costumbres, sentándose en la Alhambra sobre cojines de seda, vistiendo algunas de sus ropas y cabalgando a la jineta.

En medio de esta situación, Isabel y Fernando regresaron a Granada bajo el sol veraniego de 1499. Todo refulgía con el resplandor y colorido de una lejana ciudad de Oriente. Nada más entrar en el núcleo urbano, penetrantes voces taladraban el cielo granadino en árabe desde los alminares y mezquitas.

—¿Qué es eso? —preguntó doña Isabel al conde de Tendilla.

—Los almuédanos, señora, que llaman a la oración.

—¿Y las campanas? ¿Por qué no suenan las campanas?

—Suenan, suenan, alteza, pero más lejos...

Desde su blanco corcel veía Isabel bullir las empedradas callejas de hombres tocados con su *keffiyeh* y vestidos con el *suriyah* blanco, propio del verano. Mujeres asomaban sus agarenos ojos tras el misterioso *hijab* y ocultaban sus ondulados cuerpos con la larga chilaba. Desde las caspuertas de Al-Ándalus flotaban ritmos de *zéjel* interpretados en los patios entre olores de albóndigas especiadas o *tafchila* en salsa de garbanzos.

—¿Para esto hemos conquistado Granada? Esta ciudad sigue pareciéndose más a un reino nazarí que a una población cristiana —comentó Fernando, saludando a las multitudes.

Por eso, en octubre, antes de regresar a Sevilla, tenían los reyes la decisión tomada:

—¡Hemos de llamar a Cisneros, que venga a Granada, sin más dilación! Talavera es un santo, sí, pero no avanza, y podemos encontrarnos cualquier día

con alguna lamentable sorpresa.

Desde el primer momento deduje que la campaña granadina del arzobispo de Toledo no iba a ser fácil. Primero, suponía dinero, siempre dinero. Había que pagar a un equipo, costear catecismos, comprar regalos, desplazar gentes. ¿Y cómo conseguirlo?

—¿Otro subsidio? —refunfuñaban los canónigos toledanos, el clero, los superiores de los conventos, cuando llegó a sus manos el bando que reclamaba la necesaria aportación económica «para instruir en nuestra fe católica a los nuevos cristianos que se hubieran convertido en la ciudad de Granada y su tierra».

Cisneros nos aconsejó alegar facultades pontificias y decisiones reales en apoyo a su petición. Nos mandó también convocar a un grupo de su entera confianza.

—El licenciado Para será vicario general. Y además citad al bachiller Baltanás, a Frías, a Pedro Sánchez de Ampuero y García López de León. Tened en cuenta que a todos hay que adjudicarles un salario para realizar su cometido. Más tarde llevaremos al maestrescuela Francisco Álvarez de Toledo. ¡Ah, y tendremos que encargar al doctor Villapando un catecismo adecuado para los moriscos! No lo olvidéis.

Pero aquel verano Cisneros cayó enfermo y tuvimos que llamar al médico toledano doctor García de Pisa. Nos fuimos a Alcalá para su convalecencia y solo en octubre pudimos plantarnos en Granada. Ver a Cisneros en la Alhambra era como ceñir de esparto una túnica de seda. Aunque él no se inmutaba con la sensualidad de los arabescos, la música de las fuentes, el embriagador aroma de sus noches de luna, no puedo negar que para mí, desde niño sensible a la música y la belleza, era penetrar en otro mundo, exótico y cautivador. Y me preguntaba, ¿cómo había cundido en Castilla la especie de que los moros eran unos bárbaros? Sin duda, por el furor de la guerra y la Reconquista.

Nuestra primera reunión con los alfaquíes en aquel palacio, que seguía siendo moro por muchas cruces que lucieran en sus almenas, fue una tarea difícil. Primero, por el encuentro de Cisneros con Talavera. Ambos eran frailes, y, franciscano y jerónimo respectivamente, ambos altos y venerables, aunque Hernando sobre su blanca barba asomaba ojos tiernos y humildes, mientras que del pulcramente afeitado y magro rostro de Francisco emergían dos tizones de fuego. El primero parecía pedir perdón por ser, mientras el segundo mandaba con su sola presencia. Los hábitos de estos austeros obispos eran manchas pardas en el estallido de turbantes y chilabas. No obstante, desde el primer momento advertí que Talavera y Tendilla eran mirados con simpatía por los moros granadinos, pero mi señor, acompañado de su corte de teólogos y colaboradores toledanos, despertaba prevención, desconfianza.

—Esta mañana he podido disfrutar de una de vuestras danzas en Bibarrambla, acompañadas de laúdes y tamboriles —abrió la conversación, sonriendo, Cisneros en clara actitud de *captatio benevolentiae*.

—*Nubas* llamamos a esas danzas, señor arzobispo —respondió un alfaquí, mesándose la barba.

—Veo que están toleradas en Granada, a pesar de su indolente sensualidad —dejó caer mi señor con segundas, dirigiéndose a Hernando de Talavera.

—Según las capitulaciones y concesiones de sus majestades los reyes, les están permitido conservar sus costumbres, su lengua, su música, sus danzas y hasta sus mezquitas —respondió sin pestañear el prelado granadino.

—Bien, bien. En todo caso, apruebo la bondad con que os han tratado el conde de Tendilla y fray Hernando —respondió Cisneros, dirigiéndose a los seguidores de Mahoma—. Pero eso no quita que comience a partir de ahora una nueva etapa en Granada. Veréis más predicadores en las calles, os repartiremos más catecismos para que apreciéis las excelencias de la fe cristiana y contaréis con mi amistad, os lo garantizo. En prueba de ello os he traído algunos obsequios.

Al instante ordenó a nuestros criados que abrieran los fardos que portaban, de los que brotaron sedas y satenes, tocados rojos ribeteados en oro, ricas vasijas, damasquinados y abundante orfebrería toledana. Se deslumbraron los ojos de los concurrentes con aquellos señuelos y se prometieron todos conversar de temas más profundos en una próxima ocasión. Del mismo modo, las promesas de prosperidad ofrecidas a los ciudadanos, si se convertían a la fe católica, comenzaron a correr de boca en boca en los baños, bazares, la *casbah* de Granada y villas más cercanas.

El diálogo y la paciencia de Talavera fueron sustituidos por el hisopo de Cisneros que rociaba su bautismo a docenas de moros reunidos en grupos, congregados por una mezcla de temor y promesas. A cambio, recibían vestidos castellanos. Se apagaron en los alminares de las mezquitas las llamadas a la oración de los muecines al caer el sol, que dejaron de rivalizar con las campanas de la hora del ángelus. Desde entonces, los musulmanes comenzaron a llamar a Cisneros el «alfaquí campanero».

Me atreví a preguntarle a fray Hernando de Talavera:

—Señor obispo, ¿estáis contento con las nuevas conversiones masivas?

—Vos, Ruiz, sois secretario de Cisneros. No se lo digáis, pero en estos años de trato con los moros del Albaicín, los conozco bien y me temo ahora lo peor —respondió el dulce prelado, bajando la mirada—. He recorrido calles y plazas, he charlado en árabe aquí y allá, en los talleres de artesanos y los hogares de mis amigos, incluso con santones sufíes y me preocupa esta aparente calma. Tu señor

debía saber que estas gentes son expertas en el arte de la simulación. Detrás de sus melancólicos cantos intuyo que urden alguna revuelta. Ojalá me equivoque, pero nunca el moro es más peligroso que cuando, sentado a la puerta de su casa, sonrío impasible.

Preocupado por estas palabras, decidí no callarme y fui a decírselo a Cisneros.

—Se equivoca Talavera —respondió—. Por el contrario, creo que cada vez son más amigos nuestros. ¡Vienen entusiasmados con reverencias a solicitar el bautismo! ¿No os dais cuenta de que es un pueblo infantil? Son ovejas sin pastor, hermano Francisco, que están pidiendo un cayado firme.

No hubo manera de convencerle de que estaba equivocado, de que no quería aceptar la realidad. Los alfaquíes ya estaban convocando reuniones secretas. En los sótanos y bodegas consultaban con astrólogos y brujos que anunciaban *jofores*, profecías sobre un futuro en que se liberarían de la esclavitud. Nadie sabía lo que sus limosneros musitaban al oído de la gente sencilla. Pronto advertí que después de una práctica religiosa enraizada en siglos su rápida conversión no podía ser sincera. La situación en el fondo era tan tensa que Talavera mismo intentó convencer a Cisneros. Pero el castellano viejo, el asceta implacable que seguía siendo el arzobispo toledano, se enfrentó directamente con el prelado jerónimo:

—Vos y el conde de Tendilla sois los únicos que os oponéis a mi campaña, arzobispo. ¿Ignoráis que la reina está de mi parte? Son pocos los moros contrarios a ella, solo son un grupo de fanáticos, que serán rápidamente reprimidos, os lo aseguro. Unos meses de ayuno en prisión acabarán con esos brotes de rebeldía, ya veréis. ¿No os urge la pérdida de esas almas rescatadas con la sangre de Jesucristo? Os confieso que la oleada de conversiones es un milagro evidente de la Virgen toledana, Nuestra Señora de la O. ¡Ya se han convertido tres mil moros, Talavera! ¿No os dais cuenta? Acabo de escribir un mensaje a mi diócesis comunicándoles el éxito de nuestra campaña.

No contento con los bautismos en masa, comenzó a repartir castigos a los que se oponían a recibir el bautismo, alegando que él, en su calidad de primado, se encontraba con plenos poderes de los monarcas. Sin embargo, en el Albaicín se iniciaron las primeras revueltas.

Cierta noche, uno de los colaboradores de Talavera, corrió a despertarme.

—Francisco, ¡Zegrí Azator acaba de ser detenido!

—¿Quién es ese? —pregunté.

—Un moro noble. Pertenece a la renombrada familia de los Aben-Hamar. Tan famoso, que muchas baladas cantan sus hazañas. Se destacó por su valentía en las últimas guerras. ¡Todo un personaje!

A los pocos días se presentó en las mazmorras un contundente clérigo llamado Pedro León para convertirle. No con la persuasión de sus palabras y ejemplo, sino con métodos más expeditivos. Apretó los cepos a Zegrí, le sometió a ayunos de pan y agua, le obligó a dormir sobre la dura piedra de la prisión y acabó por azotarle sin piedad.

Días después Zegrí pidió entrevistarse con el «gran alfaquí de los cristianos». Acompañé a Cisneros en su visita a la cárcel. Los siniestros pasillos rezumaban tenebrosa humedad y desde las rejas de las celdas emergían manos y lamentaciones. A pesar de los tormentos, Zegrí Azator se levantó en cuanto lo permitían sus grilletes con una enorme dignidad. Entre las sombras, su barbudo rostro aceitunado, solo iluminado por el ventanuco de la mazmorra, transmitía pasión y carácter.

—He de confesaros algo, señor. La pasada noche en esta prisión se me ha aparecido Alá. Me ordena que me convierta enseguida al cristianismo. Heme aquí pues dispuesto a bautizarme.

Cisneros, entusiasmado, le creyó.

—Lo celebro, Zegrí, ¿con qué nombre queréis bautizaros?

El prisionero no dudó un instante.

—Quiero hacerlo con el nombre de Fernando Gonzalo.

—¿Por qué razón elegís este nombre?

—En honor de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, contra quien combatí personalmente en la vega de Granada.

De esta manera consiguió la libertad y aquel moro de sangre real se hizo famoso por su aparente piedad cristiana hasta el punto que el pueblo creía que Alá mismo le había convencido de su conversión.

—Va a ser muy útil para arrastrar a la fe a muchas familias de alcurnia, ya veréis —aseguraba Cisneros entusiasmado.

Algunos hablaban ya de cuatro mil y más conversiones. Pero no acababa de estar satisfecho porque veía hasta qué punto el islam había echado raíces en aquella tierra.

—Hay que poner el hacha en la cerviz —aseguraba—. Dad la orden de que se requisen todos los Alcoranes y todos los libros teológicos de esta perniciosa religión. Haremos con ellos una gran hoguera cuyas llamas harán escarmentar a los más rebeldes y convencer a toda Granada.

Custodiados por los alguaciles del arzobispo y en contra de la voluntad de Tendilla y Talavera, fueron recabados los libros de las bibliotecas y casas particulares y depositados en la plaza de Bibarrambla. Las más variadas ediciones del libro sagrado de los musulmanes engrosaban la pira más alta que jamás he visto. Encuadernaciones sencillas y ejemplares en piel, repujados en

oro y piedras preciosas, muchos ornamentados con ilustraciones de artistas persas y árabes e impresos en los mejores tórculos de Al-Ándalus, iban cayendo sobre el siniestro montón, sin que se permitiera salvar alguno por su valor artístico o su riqueza. También cayeron poemas tenidos por lascivos, obras de artes amatorias y objetos considerados como sensuales, cual espejos, ungüentos, afeites y corpiños. Guardias apostados vigilaban que nadie se apropiara de algunos de ellos. Solo se indultaron las obras que versaban sobre materias profanas, como libros de medicina, matemáticas o astronomía. Esos, unos trescientos, los reservó Cisneros para su acariciado proyecto de la Universidad de Alcalá.

No olvidaré jamás el momento en que los subordinados del arzobispo acercaron sus teas encendidas a aquel cúmulo de sabiduría. Las llamas ascendieron fantasmagóricamente en medio de la plaza iluminando los rostros de la gente asombrada que acompañaba su crepitar y chisporroteo con un prolongado lamento entre asombro e indignación. En aquella plaza, en la noche que a causa del resplandor parecía día, la misma en la que Boabdil había celebrado sus justas y torneos entre zegríes y abencerrajes ante la altanera mirada de príncipes y sultanas ataviados con la policromía de sus galas, en un curso donde también los toros había sido alanceados entre clarines y tambores, de dos a cinco mil libros, no sabría calcularlos a ciencia cierta, se convirtieron en fuego, ceniza y humo.

¿Qué le había pasado a mi señor, tan amante de la cultura, el humanista de Salamanca y Roma, el que más tarde iba a editar la primera y más sabia Biblia Políglota de su tiempo, el que había dialogado con moros y judíos en su juventud? Creo sin exagerar que fue el momento más obcecado de toda su vida. Un celo absurdo de intolerancia religiosa, surgido de su veta más belicosa y ancestral aparte de su deseo de complacer a los reyes, había cegado sus ojos. Aquella noche se parecía más al inquisidor Torquemada frente a los judíos que al Cisneros humilde que yo había conocido como mendicante por las aldeas.

—La prudencia excesiva ha sido la causa de que tantas falsas religiones arraiguen en el país —comentó para excusarse.

Talavera y Tendilla contemplaban indignados aquel desafuero. Fray Hernando mascullaba entre dientes.

—¿Qué es esto, Dios mío? Los Concilios de Toledo han prohibido siempre las conversiones forzadas. Es una catástrofe. Yo he defendido la fe, Tendilla, vos lo sabéis, pero no de esta guisa. Hay que erradicar el islam, estoy de acuerdo, pero de otra manera.

Aquel espectáculo me vino a la memoria cuando años después leí los versos de Ibn Hazm:

*Dejad de prender fuego a pergaminos y papeles,
y mostrad vuestra ciencia para que se vea quién es el que sabe.
Y es que aunque queméis el papel,
nunca quemaréis lo que contiene,
puesto que en mi interior lo llevo,
viaja siempre conmigo cuando cabalgo,
conmigo duerme cuando descanso,
y en mi tumba será enterrado luego.*

Las ondulantes llamas de aquella aciaga noche no solo incendiaron libros, ardieron las conciencias, quemaron cuanto quedaba de resignación. Fue sobre todo en el Albaicín, recinto amurallado y poblado casi con exclusividad de seguidores de Mahoma, donde se desató la rebelión.

El gran estallido se produjo, como suele suceder, a partir de una anécdota. Un día oí a un oficial de justicia, Velasco Barrionuevo, que le decía a Salcedo, mayordomo de Cisneros:

—Vamos al Albaicín. Hemos de apresar a una muchacha, la hija de un cristiano renegado. El arzobispo quiere que la traigamos a la ciudad para bautizarla.

Barrionuevo y Salcedo entraron por una de las diez puertas del alto barrio amurallado, sembrado de blancas casas custodiadas por muros altos que cobijaban secretos patios, amenizados por aljibes y acequias, donde los moros hacían su vida. Buscaron a Fátima, a la que encontraron conversando en una plazuela.

—¡Fátima, venid conmigo, por orden del señor arzobispo! —ordenó Barrionuevo.

—¡No iré! ¡Nacido he musulmana y musulmana moriré! —gritó la bella joven, sin descubrir su rostro, con inusitada fuerza, a pesar de su juventud.

El altercado provocó que muchos moros se arremolinaran a ver qué sucedía. El oficial de justicia no se anduvo con contemplaciones, a pesar de estar en clara minoría. De forma imprudente y precipitada respondió:

—¡Seguidme ahora mismo! Si no, seréis severamente castigada.

Los moros que contemplaban la escena comenzaron a gritar:

—¡Fuera, fuera de aquí! Dejadla en paz. ¡Márchate, perro infiel!

Y cogiendo piedras, las lanzaron sobre Barrionuevo hasta darle muerte.

Otra mujer mora cogió del brazo a Salcedo.

—¡Vamos! ¡Venid conmigo! —le susurró al oído y lo condujo a su casa—. ¡Venga, meteos bajo mi cama!

Allí estuvo Salcedo hasta que se apagó el alboroto, con lo que logró salvar su

vida.

Pero el polvorín había sido prendido. El Albaicín, con ayuda de gentes de otros barrios, se llenó de empalizadas y se declaró en patente rebelión.

—¡Vamos contra esos cristianos blasfemos! ¡Alá es grande! Acabemos con Cisneros —vociferaban.

Los amotinados se dirigieron, levantados en armas, hacia la alcazaba, donde residíamos entonces. Los cánticos que hacía pocos días alababan simuladamente a Cisneros se trocaron en gargantas desgañitadas que reclamaban su sangre.

—¡Vayamos a la Alhambra, allí, en los cuarteles de Tendilla, estaréis más seguro! —le recomendamos al arzobispo.

—No me moveré de aquí —respondió Francisco—. No pienso abandonar a mi gente.

Lo cierto es que el asedio se prolongó a lo largo de toda aquella noche. Desde una celosía contemplé el cerco en torno a la alcazaba. Solo al amanecer apareció Tendilla con sus fuerzas, que derrocaron rápidamente a los rebeldes. Luego el conde mandó al Albaicín su escudo en señal de paz y amistad, pero los moros apedrearon la enseña y asesinaron al heraldo.

Durante diez días intentó el gobernador de Granada negociar con los amotinados. Se resistía Tendilla a arrasar el Albaicín con su conocida actitud conciliadora y de patente simpatía hacia los moros desde que fuera nombrado gobernador. Pero, cansado de esperar, acabó por exclamar:

—No tengo más remedio que tomar el Albaicín a sangre y fuego —le confesó a fray Hernando de Talavera.

El santo arzobispo no dudó un momento.

—¡Dejadme a mí! Iré yo a apaciguarlos.

—Os pondré una escolta —insinuó Tendilla.

—No, iré yo solo.

No obstante, el conde decidió seguirle de lejos.

Y pudo ver cómo el anciano prelado subía con esfuerzo solo y apoyado en su báculo hasta lo más alto del Albaicín. Pausadamente, con una sonrisa en los labios, cruzó el laberinto ascendente de callejas, jalonadas de blancas casas cubierta de tejados planos. Sabía que desde los patios floridos y, escondidos en las azoteas, atisbaban su paso con ojo avizor. Alcanzó la encumbrada plaza de Bibalbonud. Frente por frente, en la colina opuesta se divisaban sobre el valle, entre arboledas, las paredes rojizas de la Alhambra, símbolo de años de poderío y presencia mora. La plaza era un enjambre de empalizadas tras la que esperaban los rebeldes. Los murmullos se apagaron ante la aparición del arzobispo.

Hernando avanzaba en solitario empuñando un crucifijo. La figura cana del anciano hacía más pastoso y expectante el profundo silencio.

—¡Que nadie se mueva! ¡Es Talavera, el santo alfaquí cristiano! —gritó alguien.

Los amotinados comenzaron a salir de palenques calladamente a saludarle. Él les respondió en árabe entre sonrisas, saludando a algunos por su nombre. A partir de ese momento fue fácil para el conde de Tendilla atravesar sin violencia las murallas del Albaicín y lanzar en señal de amistad su sombrero rojo en medio de la plaza.

—En prueba de mi buena voluntad, os dejo a mi mujer y a mis hijos —gritó el gobernador.

Así lo hizo, concertando acto seguido un tratado de paz.

No sé si Cisneros aprendió o no de esta experiencia. Por entonces estaba preocupado de que los reyes, que se encontraban en Sevilla, conocieran los acontecimientos de primera mano. Con este fin ordenó que un emisario llevara su informe a uña de caballo a la ciudad hispalense, pero no encontramos uno suficientemente veloz. Un noble granadino nos ofreció como correo a un siervo negro andarín, famoso por su rapidez. Pero el enviado se dio a la bebida en el camino y tardó cinco días en llegar a Sevilla. A pesar de todo, la noticia había alcanzado la corte con el consiguiente escándalo y en los pasillos se ponía a caldo a mi señor por sus excesos. Los reyes se lamentaban ante la posibilidad de que Granada, que había costado tanta sangre, pudiera caer de nuevo en manos enemigas. No se explicaban que Cisneros no les hubiera escrito de inmediato. Doña Isabel pidió a su secretario Almazán que mandara enseguida una carta mostrando su enfado y pidiendo información. Al recibirla, el arzobispo me llamó al instante.

—Sin duda, mi carta se ha extraviado. Id vos de inmediato, fray Ruiz, y apaciguad a los monarcas.

Mi señor, como he narrado, conocía desde mis tiempos mozos mi labia y capacidad para ganarme a la gente. Cuando llegué a Sevilla todo el mundo sabía ya en la corte lo de Granada. Yo argumentaba con la mejor de mis sonrisas: «¿Acaso no pedían los reyes celeridad en las conversiones?». Y, en presencia de los reyes, desplegué toda mi simpatía. El éxito de mi misión se tradujo en que, abandonadas las reticencias, los monarcas aprobaron una segunda campaña de catequesis y bautismos en Granada, especialmente cuando el propio arzobispo se entrevistó con ellos para tranquilizarles. De tal manera que Cisneros estaba tan convencido de su triunfo que escribió al cabildo toledano que Hernando de Talavera, el arzobispo de Granada, estaba de su parte, colaboraba con su equipo de catequistas y le animaba en el esfuerzo, pues «cierto que pone confianza, que creemos firmemente que ninguno ha de quedar que no sea cristiano».

Pero, a pesar de su tozudez y capacidad de entusiasmo, veía al arzobispo

cada día más debilitado. Era ya a sus sesenta y tres años un anciano enfermo que luchaba por mantenerse en pie. Los médicos llegaron incluso a temer por su vida.

Mientras, comprobé que el apaciguamiento en el Albaicín era falso. En especial, cuando fueron impuestas condiciones más rigurosas, con la disyuntiva de o bautismo o castigo por alta traición. El cronista Pedro Mártir no se creía esas multitudinarias conversiones. No eran pocos los que huían a Berbería o se refugiaban en las hermosas aldeas de las Alpujarras en donde entrarían a saco las fuerzas del conde de Tendilla y de Gonzalo de Córdoba. La represión culminaría con la toma de Lanjarón en el florido valle de Lecrín. Como suele suceder, cuando se apaga un rescoldo se incendia otro fuego mayor más allá. Los moros se multiplicaban en guerrillas y se refugiaban entre riscos, cuevas y pinares.

Pero mi señor no mejoraba. La reina, preocupada por su salud, dio orden de que lo trasladáramos de la alcazaba a los jardines del Generalife, de clima más sano. Pensaba que el murmullo de las fuentes entre mirtos y laureles levantaría el ánimo de su querido y melancólico confesor y amigo.

Pero la enfermedad no hacía crisis. A finales de mes estábamos convencidos de que se moría sin remedio. En tal tesitura me llamó doña Isabel.

—El arzobispo se nos va. ¿Conocéis a doña Blanca? —me preguntó.

—No, alteza, ¿quién es?

—Es una de mis damas, que otro tiempo se llamaba Zoraida y ahora, convertida a nuestra fe, es esposa de un caballero cristiano. Me ha dicho que conoce en Granada a una mujer capaz de curar al arzobispo mejor que los doctores que le están tratando.

—Os confesaré —respondí— un dato que quizás vuestra alteza desconozca. Aunque no lo parezca, fray Francisco es amigo de mujeres beatas y visionarias a las que en secreto consulta. Quizás se avenga a verla. Y más en tan extrema situación, señora, hay que acudir a todos los remedios posibles.

Cuando la octogenaria mora entró en el Generalife, confieso que dudé de que aquella mujer de rostro de pasa pudiera curarle, aunque detrás de su piel apergaminada amanecieran unos ojos hondos y cautivadores. Me habían asegurado que durante varios años había aprendido las artes curativas de sabios médicos árabes.

Extraña estampa, la de la vieja achacosa y encorvada sobre el lecho del escuálido arzobispo, del que emergía enhiesta entre las sábanas su prolongada nariz. Tomó la curandera entre sus rugosos dedos la larga mano de Jiménez de Cisneros, que exhausto la contemplaba con una mezcla de expectación y duda.

—No me extraña que los doctores no sepan curaros, señor mío. Lo que tenéis es grave, pero ya veréis, mis ungüentos os sanarán. Sobre todo porque Alá me

envía a vos, podéis estar seguro.

Amparada en las sombras, cada noche la anciana mora se deslizaba por los argentados jardines del Generalife, a curar al implacable convertidor de su raza. Luego le unguía entre estremecidas risitas, con ungüentos aromáticos y aceites esenciales extraídos de hierbas en sus redomas y alambiques que guardaba en una escondida cueva del Albaicín. Y el milagro de la mora tuvo efecto. A los pocos días, fray Francisco se sentía mejor y comenzó a comer algo. Su fiebre había desaparecido y con ella su tristeza y melancolía.

—No deja de ser una ironía de la vida, señor arzobispo —le comenté—, que os haya curado una de esas infieles a las que perseguís.

Cisneros no me respondió.

—Vos, Ruiz, id preparándoos, que el día menos pensado os vais a hacer a la mar.

12. De ultramar a la corte

Acodado en cubierta y borracho de azul, no sé cómo ni con qué fuerzas me encontré de pronto embarcado rumbo a las Indias. ¡Había pasado todo tan rápidamente! Las dos carabelas surcaban el mar con buen papo de viento. El capitán de la *Gorda* estiró su catalejo y pudo comprobar que la *Antigua* había encendido ya su farol a popa, a pesar de que todavía podía divisarse bien, enrojecida por el crepúsculo la bandera del capitán general en el mástil mayor. Dispuso que se dieran las salvas de ordenanza del atardecer y volvió tranquilo a su camarote, convencido de que ambas carabelas guardaban las distancias de rigor y no se divisaba ningún peligro en lontananza.

—¡Vigilad esa aguja de marear! —dijo el capitán al contramaestre que le salió al paso—. Me han dicho que tiene trocados sus aceros cuasi una cuarta del punto de la flor de lis, y así no acierta a nordestear ni a noroestear. Serviros mejor del astrolabio. Y no os olvidéis de calafatear las escopleaduras, que empieza a colarse agua por las amuradas. ¿Habéis encendido ya nuestra linterna?

—Sí, capitán, ya está prendido el farol y avisado el guardián de la nao para que encargue a los grumetes escanciar la ración de agua dulce, que empieza a escasear.

Prendido del horizonte, mientras una brisa fuerte ahuecaba mi hábito, el bramido sordo del mar se había convertido ya en habitual música de fondo desde que zarpamos, junto al chirriar de la madera de los corbatones, y los gritos de los marineros, entre los que no faltaban juramentos y blasfemias. ¿Qué hacía yo en aquella nao? Así, fijos los ojos en la raya infinita que empezaba a ruborizarse, recapitulé para entender el cambio radical e inesperado de mi vida.

Una tarde de paseo por la vega granadina, cuando el viento amainaba acariciando el trigo y los olores a campo en primavera se hacían penetrantes como un sahumerio, Cisneros se detuvo y me miró a los ojos.

—Fray Francisco, he decidido mandaros a las Indias.

—Señor —respondí de un sobresalto—, ¿qué dice vuestra gracia?

—He decidido destinaros a La Española a algunos de mis mejores colaboradores. Entre ellos a Juan de Trasierra, Juan de Robles, fray Rodrigo y vos. Todo está dispuesto para que podáis zarpar en junio sin mayor dilación. Iréis con Bobadilla, que va a sustituir al gobernador de aquellas tierras.

Yo no salía de mi asombro. Le debía obediencia en todo, pero ni me apetecía separarme de él, ni me veía en una misión tan lejana. Luego comprendí que

enviar a sus más estrechos colaboradores era el mejor regalo que Cisneros podía hacer a las Indias y, como siempre, me puse de su lado. Nunca lo olvidaré. Era la primavera de 1500.

Para entender tal paso hay que remontarse a otro acontecimiento que puede señalarse como uno de los más grandes de los que los hombres de mi siglo hemos podido ser privilegiados testigos: el descubrimiento del Nuevo Mundo, en el que, por cierto, había intervenido activamente nuestro amigo fray Hernando de Talavera.

Cuando Cristóbal Colón llegó a La Rábida, acompañado de su hijo Diego, en el verano de 1485, pidiendo pan, agua y hospitalidad, encontró buena acogida en los franciscanos Juan Pérez y Antonio de Marchena, que eran muy aficionados a la navegación y a la astrología. Algo debieron de descubrir en aquel marino genovés al filo de los cuarenta años, mirada inteligente y piel curtida por los vientos, que se había casado en la isla portuguesa de Puerto Santo y que tanto había viajado e intentado convencer al rey Juan II del vecino reino para llevar a cabo su «quimérico» proyecto. Viudo y pobre, buscaba ahora apoyo en Castilla para demostrar su tesis preferida: que la tierra es redonda.

¿Alucinaba Colón? ¿Era un hereje como algunos afirmaban? Los dos religiosos oyeron los buenos consejos del piloto Velasco y del médico Garci Fernández. Fray Juan, que también había confesado durante un período a la reina Isabel, envió a Colón a Córdoba con cartas para fray Hernando de Talavera. El jerónimo, entonces en la corte, tras un primer intento no consiguió interesar a nadie. Marchena insistió, esta vez ante el cardenal Mendoza, que recibió a Colón y quedó impactado con los sueños del clarividente marino. Tanto que gestionó una audiencia para que los reyes lo oyeran.

Los monarcas católicos escucharon con interés el proyecto del navegante. Decidieron que una junta de geógrafos, matemáticos y teólogos, presidida por fray Hernando de Talavera, estudiara las pretensiones de Colón. El dictamen fue negativo. Isabel, con todo, no debió de quedar muy conforme y mantuvo a Colón en Castilla, prestándole algunas ayudas económicas.

Mientras, el genovés consiguió congraciarse a algunos nobles y continuó perfeccionando su proyecto. Logró también involucrar al dominico fray Diego de Deza, profesor de Teología de la Universidad de Salamanca y preceptor del príncipe don Juan. De este modo los doctos dominicos del Colegio de San Estaban le recibieron y animaron, hasta el punto de lograr entrevistarse de nuevo con los reyes en Baza. No parecía buen momento, como sabemos, pues Granada era por entonces la gran prioridad de los monarcas, incluso desde el punto de vista económico.

El marino siguió trampeando como pudo. Llevaba cédulas reales para ser

hospedado gratuitamente y vendía estampas y cartas de navegar. En 1491 no podía aguantar más. Cansado de esperar, exigió una respuesta definitiva. Una junta reunida en la Universidad de Salamanca emitió un informe, en el que se decía que su sueño era considerado irrealizable.

Desilusionado, Colón decidió marchar a Francia, para exponer el plan al rey Carlos VIII. Al pasar antes por La Rábida, sus amigos le convencieron de que esperara el resultado de nuevas gestiones cerca de los reyes. Llegó a tiempo el navegante de asistir a la rendición de Boabdil. Después, los reyes aceptaron en principio el proyecto, creando otra comisión para realizarlo. Colón pidió a cambio tales mercedes y compensaciones que los miembros de esta comisión las estimaron inaceptables e incluso ofensivas para la Corona. En un arrebato, el genovés se marchó de Santa Fe sin despedirse siquiera de los reyes.

Enterada doña Isabel, mandó darle alcance y decidió ceder a las peticiones de Colón, nombrándole a él y a sus sucesores almirantes de Castilla y virreyes en tierra firme, con derecho a recibir la décima parte de todos los beneficios económicos que se obtuvieran, entre otras prerrogativas. La reina, movida sin duda de una poderosa intuición, se lanzó a lo que parecía la locura de un visionario.

Talavera, que se ocupaba a la sazón de la gestión económica, confirió una serie de asientos a Colón, de modo que se expidió un libramiento prestado a sus altezas «para la paga de las carabelas, que mandaron ir de Armada a las Indias o para pagar a Cristóbal Colón que va en dicha Armada». Talavera intervino pues eficazmente, sirviendo de intermediario entre los reyes y Colón en el financiamiento de la empresa ultramarina, si bien en un principio había dado su opinión en contra.

Cisneros entra en escena en 1493, cuando Colón, de regreso de su segundo viaje, se entrevista con los reyes en Barcelona. Sin duda le habían llegado noticias de las cuatro islas descubiertas y la explotación de los indios como esclavos para sacar mayor rendimiento a las minas de oro y plata, la agricultura, pesquería de perlas y los trabajos más serviles, que indignarían a fray Bartolomé de las Casas. En mayo, los reyes designaron a Bernardo Boil, que había sido ermitaño en Montserrat, prestándole facultades, como vicario apostólico, aunque pronto se indispondría con Colón en La Española, regresando a la península, lo que aumentó el descrédito del almirante.

Desde entonces, aunque hubo franciscanos desde el principio, los observantes fuimos incorporados a la misión, y Jiménez de Cisneros decidió enviarnos por sorpresa a cuatro de sus mejores amigos, junto a otros dos que regresaban a La Española, para alentar la evangelización de las Indias. Allí estábamos, en lo que, según los marineros, era un viaje con bonanza y para mí

una continua sucesión de mareos y consiguientes vómitos.

—¿Cómo os encontráis? —se aproximó Juan Robles.

—Ya veis, pálido como la cera. Pero me voy acostumbrando, qué remedio nos queda. He intentado conversar con esos indios que llevamos de vuelta pues me los ha encomendado especialmente el arzobispo.

—¿Los que Colón quería vender en Castilla?

—Sí, esos mismos —respondí—. Ya sabéis que la reina Isabel les ha devuelto la libertad. Algunos querían quedarse en Castilla. Otros enfermaron antes de zarpar. El comendador Bobadilla me ha entregado once varones y tres hembras.

—¿Y cómo conseguís entenderos?

—Gracias a La Deule y Tisín, los frailes que vienen de vuelta y conocen bien la lengua. Me han referido las atrocidades que hacen los españoles con ellos.

Arribamos a La Española con buen tiempo y desde el primer momento, pese a que no me encontraba bien de salud, me entregué a las tareas de la misión. Nos acompañaba Alonso del Viso, que no solo era capellán del grupo, sino que traía autoridad del papa. A todos nos afectaron en diferente medida las calenturas en las nuevas tierras. Pronto pudimos escribir a nuestro arzobispo dándole amplia cuenta de los progresos que hacíamos en nuestra misión. Entre dos mil y tres mil indígenas fueron bautizados por nuestro brazo en poco tiempo. Un día La Deule me dijo:

—Mirad lo que acabo de escribir a Cisneros: «Francisco Ruiz, a pesar de su debilidad y que no se repone de su indisposición, ha trabajado mucho, pues con esto poco que tuvo de salud, pues casi él solo bautizó a todos los que arriba se dijo». —Y añadía que por mi enfermedad no tenía más remedio que regresar—: «Yo, que sabía los trabajos de la tierra, siempre tuve la impresión de que no era para acá y le engañaban sus deseos, porque no conformaba su sujeto con ellos. Empero es de agradecer el trabajo en que se ha puesto por el amor de Dios. El Señor sabe cuánto nos pesó a todos, pues no pudo salir con su buen deseo. Sin embargo tenemos confianza que nos ayudará desde allá enderezando y solicitando las cosas que tocaren al bien de acá».

Así fue como mi experiencia en La Española, que los indios llamaban Bohío, Baneque o Bareque, primer asentamiento de Colón en aquellas tierras, duró solo unos meses, los suficientes para que me encandilara con ellas y al mismo tiempo experimentara que las malas lenguas tenían razón. Repuesto de aquel estallido de color, tierras fértiles, plantas y animales varios, pude comprobar que la población taína de la isla estaba siendo diezmada rápidamente, debido a una combinación de enfermedades y malos tratos de nuestra gente. No me extrañó que el almirante en su segundo viaje encontrara destruido su asentamiento, el rudimentario

enclave que improvisó con los restos de la *Santa María*, que se había estrellado en un arrecife, y muertos sus habitantes. La tierra es fértil, pero desde el primer momento de mayor importancia para nuestros aventureros y colonos fue el descubrimiento del oro que al principio podía conseguirse por trueque con los nativos, quienes se adornaban con joyas, o extrayéndolo de los depósitos aluviales de la isla. Eso espoleó a nuestros compatriotas a venir aquí, creyendo falsamente que el yacimiento de oro era inagotable.

El fruto de aquellos días de intenso trabajo se concretó en una planificación que redactó fray Trasierra de forma más orgánica. Comenzaba con el primer paso: liberar a La Española «del poderío del faraón», es decir, de la autoridad de los Colón, sin lo cual era imposible cualquier evangelización. Luego pedía al almirante brazos de misioneros, entre ellos franciscanos observantes, para una tierra tan grande, y un buen prelado que los gobernara. Para ello creían que era necesario dotar a la isla de sede episcopal con su propia autonomía y beneficios.

Insistía el informe sobre todo en el problema matrimonial. Los españoles no aguantaban la carencia de mujeres y se amancebaban con indias. Si eran solteros, la solución para los misioneros era vincularlos mediante la administración del sacramento. Se les permitiría llevar consigo a sus mujeres preñadas y que los hijos fueran libres en vez de esclavos.

El problema moral era principalmente para los que tenían familia en España. Los misioneros no encontraban solución para estos casos y pedían consejo a Cisneros. Otra cuestión grave era la política de colonización. Habíamos asistido a los enfrentamientos entre Colón y Bobadilla para implantar libertades y franquicias de la Corona. Y detrás, el preciado botín, el oro, siempre el oro, que atizaba los codiciosos ojos de los colonos. Para ello los frailes solicitaban un nuevo alcalde para La Española con el fin de liquidar el régimen colombino. Todo ello tuvo sus consecuencias en Cisneros, pues iba a cambiar el papel de mi amigo y mentor. Supuso a fin de cuentas que de confesor de la reina y arzobispo de Toledo, Francisco Jiménez de Cisneros despertara también a otra nueva dimensión que ya había vislumbrado frente a Gibraltar, la de misionero de corazón.

Cristóbal Colón llegaría a ser sustituido en su cargo de gobernador, primero en 1500 por Francisco de Bobadilla, luego en 1502 por Nicolás de Ovando, con nuevas expediciones, y más tarde por Diego Colón, hijo del almirante. ¿Se solucionaría con eso la grave situación de los indios? Aunque De las Casas nos consideraba a los franciscanos «buenas personas», llegaría a escribir: «Ninguna cosa hicieron ni pretendieron, sino vivir en su casa religiosamente». Decía que dábamos buen ejemplo y que catequizamos a algunos caciques, ensañándoles a leer y escribir, pero añadía que la mayoría apenas recibió un baño de

cristianismo. En consecuencia, el rey don Fernando llegó a decir que «los indios de La Española no tienen de cristiano sino el nombre, salvo los muchachos a los que parece que los frailes les hacen bien».

Pero para entonces, respecto a mi vida todo lo decidió el clima que afectó seriamente a mi salud, por lo que pronto estuve de regreso en España junto a mi señor, no sin sufrir una tempestad, que había intuido Colón, y que hizo naufragar un buen número de naves. Grandes tesoros se tragó el mar, aunque yo conseguí salvar algunos regalos, entre ellos una gran pepita de oro de mil ducados de peso que ofrecí al rey don Fernando como la mayor que se había visto en aquellas tierras.

No olvido nuestro rencuentro, el abrazo apretado y la estampa demacrada de mi arzobispo, que frisaba los sesenta y seis años y, tras abandonar Granada, de vuelta a su diócesis, repartía como siempre sus desvelos entre Toledo y Alcalá. Le traje como obsequio un cofre que contenía símbolos de ídolos y demonios propios de las creencias indígenas, y de «dioses vencidos». Llevé conmigo también a algunos indígenas, que Cisneros examinó con asombro. Después de ponerle al día de cuanto he narrado sobre la situación de las Indias, me comentó con gesto de desasosiego:

—Estoy preocupado con doña Isabel. Parece otra. Los últimos acontecimientos le han atravesado el corazón. La reina no acaba de reponerse de la desaparición en cadena, en pocos años, de tantos seres queridos: el príncipe don Juan, la infanta Isabel y el principito don Miguel, unas muertes que han dado al traste con todos sus planes de futuro. Para colmo, la infanta doña Juana se ha convertido inesperadamente en la heredera de las Coronas de Castilla y Aragón. Pero doña Juana, como bien sabéis, está casada con Felipe el Hermoso, hijo primogénito de Maximiliano de Habsburgo y de María de Borgoña. Como podéis imaginar, los reyes ven con disgusto que la sucesión recaiga sobre un rey extranjero. Teme doña Isabel que su sueño de instaurar una monarquía fuerte y unitaria pueda venirse abajo en poco tiempo.

—¿Qué se sabe de doña Juana? Oí rumores...

Cisneros apoyó su cabeza en el respaldo de su butaca y suspiró profundamente. De la calle subían gritos lejanos de niños jugando.

—Sí, lamentablemente hay más que rumores sobre el estado mental de la heredera. En Flandes ha dado varias pruebas de ello después de su boda. Dicen que la infanta no soporta los amoríos de don Felipe con las damas de la corte. Otro problema más. No damos abasto, amigo Ruiz. —Después me puso al corriente de sus quehaceres cotidianos desde que regresó de Granada. A medida

que hablaba, su voz se fue haciendo más animosa—: Tomé el pulso a las obras de nuestro colegio. —Sonrió—. Podréis comprobar enseguida que ya tiene figura. Me he ocupado de la dotación de San Ildefonso en Alcalá y de las obras en los palacios arzobispales de Toledo, a cargo, como sabéis, del maestrescuela Francisco Álvarez de Toledo. Quiero que, si vienen los reyes, como espero, los encuentren como merecen sus altezas. Al celebrarse Cortes en la ciudad, hay que hospedar a sus miembros y mucha gente que les acompaña.

A partir de ese momento volví a mis ocupaciones habituales y ayudé al arzobispo a preparar la acogida de los reyes y los príncipes en Toledo, donde debían ser reconocidos como herederos al trono. Todo ello redundó en la recuperación de mi salud.

El joven matrimonio procedente de Flandes desembarcó en Fuenterrabía el 3 de enero de 1502. Nada más tocar tierra, Felipe se vistió a la española, lució peluca y se maravillaba de que las damas no participaran en su recibimiento, ya que en Flandes estaba habituado a andar siempre de fiesta en fiesta, rodeado de bellas mujeres. Cerca de Illescas cogió el sarampión y allí lo conoció el rey Fernando, conduciéndolo luego junto a su hija Juana, vía Burgos y Madrid, hacia Toledo, donde estaban reunidas las Cortes de Castilla.

Un ascua encendida parecía la ciudad bajo el sol de mayo, sombreada de toldos y engalanada con guirnaldas y gallardetes como una novia para recibirles. Desde el amanecer, el pueblo entusiasta se abría paso en las intrincadas callejuelas para no perderse el paso del variopinto cortejo. La comitiva de los príncipes, vestidos de terciopelo con bordados de oro y guarniciones de pieles, entró por la puerta de la Bisagra, donde los esperaban los regidores de Toledo con sus aterciopeladas dalmáticas de color azul ribeteadas en raso amarillo.

Avanzaron los recién llegados bajo palio hasta la catedral, donde les esperaba Cisneros en la puerta del Perdón revestido de pontifical. Llegaban envueltos de una nube de aplausos e incienso y un voltear de campanas, salvas de artillería y clarines que asaeteaban de alegría el histórico acontecimiento. El arzobispo les acompañó hasta el presbiterio, donde, en volandas de la metálica melodía del órgano, que hizo estremecer las luminarias de la nave catedralicia, entonó el solemne tedeum. Mi curiosa mirada no se apartaba del rostro de la reina. Prematuramente ajada, no podía ocultar un aire de desconsuelo detrás de su forzada sonrisa.

Más de un mes duraron las fiestas. El día 22 tuvo lugar la jura de los herederos del trono, ceremonia que se repitió en Zaragoza ante don Fernando, rey de Aragón. En aquel Toledo exultante que alojaba lo más granado del reino, Cisneros estaba contento. No tanto por el acontecimiento en sí, que comportaba, como he dicho, aspectos inquietantes, sino porque su cabeza bullía con nuevos

proyectos. Estaba pensando en erigir también una universidad en Sevilla, pero principalmente porque aprovechó la hospitalidad a la corte para obtener una dotación para su acariciado sueño, la Academia Complutense.

—He comprado a la Corona un juro de heredad de un millón de maravedís para nuestro estudio —me dijo satisfecho aquel verano.

Pero no le faltaban otras preocupaciones. El cabildo de Toledo seguía siendo un castillo inexpugnable. Además, llegaba hasta su despacho el fragor de dos frentes de guerra, en el Rosellón y en Navarra, que parecían abrir una nueva confrontación con Francia. Fernando intentaba repelerlos en Perpiñán con el fin de romper el cerco de la fortaleza asediada de Salsas. En ese tiempo observé cómo la reina, que no salía de su aflicción, buscaba apoyo en el arzobispo para realizar un nuevo alistamiento de tropas.

—No me preocupa tanto la ausencia de Fernando, como esa guerra entre cristianos en la que muchos perderán la vida. He rogado a mi esposo que evite en lo posible la batalla y rezo por esa intención cada día. Encargad oraciones en todas las iglesias y monasterios, señor arzobispo —le dijo la soberana a Cisneros.

Pero Francisco era eminentemente práctico. Y dio órdenes para que en cada castillo y población de la diócesis toledana comparecieran los hombres, clérigos o seglares, con armas y caballos para alistarse al servicio real. Endosados sus yelmos, picas y armaduras, se pusieron en marcha bajo el mando de grandes capitanes, como el duque de Alba, hasta alcanzar a don Fernando en Salsas. Nunca asistí a un servicio de información tan cumplido como el que a partir de entonces llegaba puntualmente a manos de Cisneros. Eran verdaderas crónicas militares repletas de nimios detalles. Desde entonces no tuve duda de que a mi amigo le complacían las acciones de Marte.

—Ha llegado el último correo. ¿Quiere vuestra gracia que avise a la reina? —le anuncié.

Y allí, en los aposentos del palacio arzobispal, la deprimida Isabel recibía el consuelo de escuchar últimas noticias de la guerra mantenida por su esposo, de manos del bien informado Cisneros. Ella se trasladó luego con el arzobispo a la recoleta Alcalá, donde residió desde enero a junio del año siguiente. Cisneros le cedió su palacio y él se acomodó en una sencilla casa en el camino de Guadalajara, en parte, conociéndole, para hallar sosiego y liberarse de la molesta etiqueta palaciega.

Una centella se encendería en el mes de marzo.

—¡Doña Juana ha dado felizmente a luz! ¡Ha sido un niño!

Cisneros corrió a felicitar a la madre y bautizó en la iglesia de los Santos Justo y Pastor al infante Fernando, en medio de un aguacero que arreció ese día

copiosamente, lo que no impidió que se celebraran grandes festejos alcaláinos. La ciudad no solo disfrutó de justas, toros y bailes, sino que recibió como regalo de la reina la exención de tributos e impuestos.

Cuando el arzobispo vertió el agua sobre la cabecita del recién nacido, con asistencia de seis obispos y la mirada atenta de su abuela, no podía imaginar que aquellas infantiles sienes llegarían en el futuro a soportar la corona imperial de Alemania. Junto con su hermano Carlos, el nacimiento de Fernando parecía abrir entre tanta oscuridad una nueva luz en el horizonte. Cuentan que, en prueba del fasto, la reina decidió dejar para siempre en Alcalá la cuna del recién nacido como recuerdo.

Concluida la ceremonia acompañé al arzobispo a su casa de las afueras. De pronto oímos de lejos un murmullo que se iba convirtiendo en griterío:

—¿Qué es eso? —preguntó Cisneros a sus lacayos.

—Llevan a un criminal a ejecutar, señor.

Enseguida apareció el cortejo que conducía al reo a horcajadas de un burro, solo que al revés, de espalda a las orejas, custodiado por unos arqueros y acompañado de la chusma que profería insultos y se burlaba del infortunado.

Cisneros, que ya estaba en su improvisada casa, se asomó a la ventana y ordenó a la comitiva que se detuviese. Acto seguido se interesó por los crímenes que se le imputaban y, al conocerlos, dijo:

—Como obispo la ley me otorga el privilegio de conceder perdón al que me parezca digno de ello. No veo justo ni apropiado que este gran día de fiesta y alborozo se tiña de luto con una muerte. ¡Soltad al preso!

Los arqueros obedecieron y el gesto constituyó otro motivo de alegría en la ciudad durante la jubilosa jornada del bautismo del infante Fernando.

Sin embargo, aquella pacífica primavera se ensombreció de pronto con negros nubarrones. Unas complicaciones jurídicas irrumpieron en la diócesis, cuando la programática aprobada en Cortes arrebató a los oficiales episcopales la vara de la justicia para devolvérsela a los justicias reales. Este conflicto entre la Iglesia y el gobierno del reino tensó algo las relaciones de Cisneros con la reina. Para mayor desgracia se sumó otro contratiempo sobre unas escrituras en la villa de Talavera y la sucesiva muerte de varios amigos, como Alonso de Cárdenas, uno de los que le promocionó a la sede a Toledo, que falleció de repente en Alcalá. Pocos días después expiraba Juan Chacón, señor de Cartagena y adelantado de Murcia, hijo de su gran amigo de los tiempos de Sigüenza. Por último don Álvaro de Portugal estaba comiendo y se cayó de la silla fulminado por una enfermedad. De este modo, dejaban este mundo tres incondicionales de los reyes, y de Cisneros tres puntales de su carrera episcopal.

Estos sinsabores y el implacable calor que suele fulminar las piedras de la

ciudad complutense en verano, junto a las crecientes tensiones entre doña Isabel y doña Juana, acabaron por enfermar a mi amigo y señor. Las fiebres tercianas que le habían postrado en Granada volvieron a morderle con mayor intensidad, hasta tal extremo que de nuevo llegamos a temer por su vida, aunque afortunadamente una vez más logró recuperarse.

Por aquel entonces, doña Isabel decidió marcharse a Segovia para recibir allí noticias de la batalla que su esposo don Fernando sostenía en el norte. Con este motivo, Cisneros también se encaminó a la ciudad castellana para solucionar unos asuntos espinosos de la reforma del cabildo. En Segovia, Isabel no era ni sombra de lo que había sido. Ojerosa, aterida de frío, con altas fiebres y dolores, veinte médicos encontraron motivos para escribir a don Fernando informándole de su salud. Pero sobre todo a Isabel le preocupaba Juana, que, enflaquecida, dormía mal, comía poco y a veces nada y se negaba a hablar incluso con los más allegados. Ella seguía empeñada en reunirse con su marido. En agosto la reina intentó persuadirle de que Segovia solo era un paso hacia Flandes. Quería retenerla consigo argumentándole que no era buena estación del año para navegar por la condición del mar, los franceses, la importancia de que Felipe estuviera seguro en Gante antes de que marchara, la necesidad de poder educar a su hijo Carlos en España y que esperara la vuelta de don Fernando, su padre. Sin embargo, doña Juana no quería acompañar a su madre y se refugió en Medina del Campo, en el castillo de la Mota, donde recibió una afectuosa carta de Felipe que aumentó su impaciencia.

—¡Hemos de partir inmediatamente! ¿Qué hacéis que no tenéis preparado el equipaje? —increpó un día a sus damas.

Estaba dispuesta a emprender el viaje hacia la costa, sin avisar a su madre, que seguía en Segovia, cuando, alertados, se presentaron en el castillo el obispo de Burgos y el gobernador de la ciudad, Juan de Córdoba.

—Alteza, vuestro viaje es muy precipitado y aún no está dispuesta la flota. Deberíais esperar un poco más —dijo el obispo Fonseca.

Juana prorrumpió en gritos como una posesa, les amenazó con mandarlos decapitar y organizó tal alboroto, que el gobernador decidió cerrar las rejas del castillo, al mismo tiempo que informaba a la reina mediante un correo urgente. Esta escribió a su hija una carta en la que la hacía partícipe de las victorias de su padre contra los franceses y le pedía que esperase su llegada.

Obsesionada con Felipe, en su enloquecida mezcla de amor y celos, una mañana, tan pronto amaneció, burló a sus damas y se escabulló en camisa de dormir hasta el cuerpo de guardia en las puertas del puente levadizo. Al ver las rejas cerradas, prorrumpió, fuera de sí, en gritos amenazadores a soldados y sirvientes. No hubo manera de apartarla de los barrotes del rastrillo en el puente

levadizo a los que se aferró medio desnuda, durante todo el día y la noche siguiente, sin importarle el frío ni el viento de noviembre que azotaba en torno a la fortaleza a la inhóspita planicie.

El obispo de Burgos no sabía cómo salir del embrollo y mandó otro correo a uña de caballo para dar cuenta de la situación a la reina. Esta, que aún no se encontraba bien, muy alarmada decidió enviar a Cisneros y al almirante de Castilla a solucionar el desaguisado.

Cuando estos llegaron, el espectáculo no podía ser más deprimente. Doña Juana, sentada en cuclillas en una pequeña cocina contigua a las puertas del castillo, seguía obcecada.

—Hemos conseguido que al menos se siente aquí para protegerla del frío y para que tome algún alimento —informaron los criados.

Jiménez de Cisneros intentó desplegar todas sus dotes de persuasión. Pero fue en vano. A la mañana siguiente volvió a la puerta para agarrar de nuevo las rejas. Solo la reina, cuando finalmente se decidió a venir en una litera, débil y convaleciente durante dos agotadores días de viaje, logró persuadirla de que se trasladara a su dormitorio, mientras la princesa profería groseros insultos en presencia de la guardia y la escandalizada servidumbre.

Isabel estaba exhausta y dicen que llamaba a su hija «mi suegra», no solo porque se parecía a Juana Enríquez, sino porque también era tan obstinada como ella: «Me habló tan reciamente palabras de tanto desacatamiento y tan fuera de lo que la hija debe decir a su madre, que si yo no viera la disposición en que ella estaba, yo no se las sufriera en ninguna manera».

—En cuanto se abra un pasadizo en las guerras del norte, dejadla ir, alteza. Es la única manera de calmarla —aconsejó fray Francisco a doña Isabel, que, confusa, no sabía qué hacer con aquella hija, en cuya trastornada cabeza estaba obligada a dejar la corona de España.

Todas estas noticias rompían las entrañas a doña Isabel, aunque aún le quedaron fuerzas para, al clausurar las Cortes, conseguir los subsidios necesarios para financiar la renovada guerra en Italia, cuando se anunciaba la victoria sobre los franceses. Se ocupó además de casar a su nieta Isabel con Enrique, el príncipe heredero de Navarra, para contrarrestar los manejos de Luis XII, rey de Francia, y de firmar las capitulaciones matrimoniales de Catalina con Enrique VIII de Inglaterra, después de la muerte de Arturo, príncipe de Gales, su primer esposo. Otra hija que estaba concitando también nuevos sinsabores.

En marzo finalmente Isabel accedió a que su hija Juana partiera a Flandes, aunque esta tuvo aún que aguardar dos meses más en Laredo a que mejoraran las condiciones del tiempo. En Bruselas su actitud no fue muy distinta. Sospechaba de todo el mundo. Me contaron una anécdota tan chocante como bizarra: que una

dama de la corte, de nórdica belleza, por lo visto muy rubia y rojiza, le ocultó en su seno un billete que Juana creía de su marido. Como doña Juana forcejeó para obtenerlo, la flamenca se lo metió de un trago en la boca y se lo comió. Mal remedio, porque la princesa se lanzó sobre ella fuera de sí, cual villana, y la agarró del pelo, le cortó las trenzas y le desfiguró el rostro con heridas. Aseguran que Felipe montó en cólera y abofeteó a su esposa, ordenando a un hombre de su confianza que llevara un diario de sus desvaríos. Desde ese momento, la archiduquesa se negó por completo a rodearse de damas y se hacía atender exclusivamente por esclavas moriscas que trajo de España. Cogió la manía de lavarse varias veces al día la cabeza o de golpear la pared con un bastón profiriendo estentóreos gritos, cuando Felipe, para castigarla, la encerraba en la alcoba. Estas escalofriantes historias no se quedaban entre las paredes de los palacios flamencos, sino que llegaron hasta las chozas rurales de la lejana Castilla, donde corría la especie de que la futura reina de España estaba embrujada. De nada sirvió que Felipe le llevara sus hijos para ablandarla. Ella, con una irresistible fijación sexual, se interesaba solo del varón y el tálamo, no cabalmente por el hombre entero, ni tampoco por el padre de sus hijos.

Todas estas inquietantes nuevas llegaban a Cisneros, que paró poco en Segovia y Medina para regresar en marzo de 1504 a su diócesis. Aquel año todos los ojos estaban pendientes de la alcoba de Isabel la Católica, la gran reina que se apagaba como una pavesa. Desde entonces siempre me he hecho esta pregunta: ¿por qué fray Francisco, su confesor y consejero durante tantos años, no se quedó a su lado para asistirle en sus últimos días? Un misterioso abismo se había abierto sin duda entre ellos antes de que doña Isabel entregara su alma.

13. Su mejor monumento

¿Puede un proyecto cultural transformar la fisonomía de una ciudad? El aire puro y transparente de Alcalá era en mi frente brisa acariciadora, cuando, después de celebrar la misa en la colegiata de los santos Justo y Pastor, un día de agosto de 1503 enfilé la calle Mayor, que bullía de comerciantes judeoconversos ocupados en la tarea de abrir sus platerías y de mudéjares que tendían sus puestos de especias y tejidos bajo los soportales.

Me dirigía hacia el área oriental de la ciudad, donde el arquitecto Pedro Gumiel, vecino de Alcalá, había montado su estudio. Lo encontré enfrascado en extensos planos, que desplegabá sobre su mesa y discutía animadamente con sus ayudantes. Desde que en 1499 el papa Alejandro VI concediera bula para su fundación y el año anterior Cisneros depositara la primera piedra, la idea no era solo construir un edificio académico, sino toda una organización urbana en torno a él.

—Mirad —señaló orgulloso con un estilete—, esta es el área donde estamos trabajando. Pretendemos diseñarla con un trazado de dieciocho manzanas o islas. Aquí hemos comenzado a edificar el colegio mayor de San Ildefonso, que será el corazón de todo el conjunto, rodeado de calles rectas, como veis, buenos desagües e instalaciones que las surtan de abundante agua y permitan una amplia comunicación.

—¿Y los demás colegios? —preguntó un ayudante.

—Aquí, a su derredor. Serán doce. El de San Ildefonso simbolizará a Jesucristo y los otros a los doce apóstoles. Serán colegios-conventos para que las diversas órdenes religiosas puedan dar cobijo a sus pupilos y estudiantes.

Pedro Gumiel se encasquetó su bonete azul y acto seguido me invitó a visitar las cercanas obras del colegio mayor, el de San Ildefonso, patrono de Toledo. Atravesamos el colorido ajeteo de la plaza del mercado, entre balar de ovejas, mugir de vacas, aromas a hierbas, verduras y fruta, en medio del vocerío de los vendedores que pregonaban sus mercancías y el regateo de los campesinos. Me sorprendió que la edificación inicial del colegio luciera muy sencilla y austera, de tapial, verdugadas de ladrillo y canto rodado no exenta de arabescos. Dicen que más tarde, vino a visitar el edificio ya terminado el rey don Fernando y que quedó asombrado ante tanta austeridad y pobreza, a lo que Cisneros respondió: «Lo que yo he construido en barro otros lo levantarán después en mármol».

No obstante, las obras iban lentas y lo que todavía en gran parte era un

proyecto de universidad, unos planos sobre la mesa, yo sabía que cobraba forma de sueño completo en la cabeza de fray Francisco, quien veía sentados en las aulas docenas de estudiantes pobres, ilustrándose sobre todo en sagrada teología, para diseminar luego su saber en toda la península e incluso en el Nuevo Mundo, ya que en los planes de su fundador no entraba el derecho.

Gumiel se quejaba de que Cisneros le presionaba mucho, urgiéndole una y otra vez que acelerara las obras.

—No os desaniméis, don Pedro. Venid conmigo a palacio —le dije—. A su gracia el arzobispo le gustará y le tranquilizará que le informéis sobre los avances de vuestro trabajo.

De regreso observé que unos operarios estaban descargando tinajas de tinta, planchas y tórculos de imprimir de un carromato.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¿No lo sabéis? Es un impresor extranjero, Estanislao de Polonia. Se ha asociado con el español García de Rueda. Enterado de que se construye el colegio, está instalando en Alcalá una imprenta para editar libros y sacar provecho.

Encontramos al arzobispo despachando el correo. Su aguileño perfil flotaba al contraluz lechoso de la ventana.

—¡Ha muerto el papa! —nos anunció solemnemente.

Noté cierto alivio en su rostro al participarnos de la noticia. Lo había conocido, como relaté en su momento, durante su estancia en Roma, donde se hablaba tanto de la disolución de costumbres como de las ambiciones políticas de Rodrigo Borja, cuando aún era cardenal; y luego no había sido precisamente un modelo de pontífice en su opinión, aunque había sintonizado con él cuando, después del asesinato de su hijo Juan, quiso emprender una reforma en la Iglesia, que al final nunca llevó a cabo. Cisneros había recibido más tarde cumplida información romana de los embajadores reales, que le transmitieron el dato de que Alejandro VI profesaba un aprecio personal por Cisneros hasta concederle fundar nuestra universidad según modelos de Bolonia y Salamanca.

Pero las sombras de una vida repleta de intrigas y aspectos poco edificantes se prolongaron en su muerte.

«¡Dicen que ha muerto envenenado durante un banquete en la finca de un cardenal! Y que el veneno preparado por su hijo César y destinado a otros cardenales fue ingerido por los comensales por equivocación, incluido el propio César que, quizás por su juventud, superó el trance», se comentaba en Roma.

—Al fin y al cabo, ha privilegiado algo a España, pues no quedó mal parada en el reparto que hizo de las Indias. Y, a decir verdad, nadie puede negar que a la postre se mantuviera independiente de España y Francia. Él atribuyó el

sobrenombre de Católicos a nuestros reyes. Dios lo tenga en su gloria. ¿Que fue libertino? Tenía muchos enemigos en las más influyentes familias romanas. ¿No se puede decir lo mismo de otros muchos cardenales de estos tiempos turbulentos que le odiaban? —comenté con ahínco.

Cisneros desvió la conversación retornando a las obras de la universidad, y, tras comentarlas un buen rato con su arquitecto, me preguntó:

— Por cierto, ¿están reunidos los doctores?

—Sí, llevan horas debatiendo.

—Pues conversemos con ellos.

En otra estancia del palacio episcopal, siete profesores y expertos lingüistas deliberaban en torno a una mesa ovalada sobre la que yacían docenas de libros y pergaminos. Todos se pusieron de pie a la entrada del arzobispo. Entre los estudiosos se encontraban Hernán Núñez, Diego López de Zúñiga, Juan de Vergara, Bartolomé de Castro, el cretense Demetrio Ducas, conocido por sus trabajos en la escuela veneciana de Aldo Manuzio, y el afamado gramático Antonio de Nebrija

—Continúen vuestras reverencias. Como si yo no estuviera —dijo el arzobispo

—En nuestra reunión celebrada en Toledo hace dos años, ya comentamos ese punto —intervino Núñez.

—¿Os referís a la opinión de sabios hebraístas y helenistas sobre algún pasaje de la Biblia? —preguntó Juan de Vergara.

—Exactamente. ¿Recordáis cómo sus conocimientos nos ayudaban a comprender mejor determinados versículos? Por esa razón, el ideal sería tener a la vista todos esos textos juntos y en su lengua original.

—¿Os referís a una Biblia Políglota?

—Así es. Ese es exactamente el ambicioso proyecto de nuestro arzobispo.

Cisneros esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—¿No bastaría con una buena traducción? —intervino un clérigo de voz aflautada, que hacía de escribano en la reunión.

—Absolutamente no —rompió su silencio el propio Cisneros—. Ninguna traducción puede ser fiel para transmitir la fuerza y el sabor del texto original. Y esto que es cierto para cualquier lengua, lo es más tratándose de la lengua en la que habló Nuestro Señor. Conviene pues leer la palabra de Cristo sin pasar por la mediación de un intérprete. Las traducciones vienen a ser como arroyuelos, pero cualquiera que quiera dedicarse al estudio de la Biblia no puede satisfacer su sed sino bebiendo en la fuente misma de donde brota la verdad. Por eso es necesario imprimir los textos originales acompañados de traducciones.

Uno de los eruditos con prolongada nariz de hebreo levantó la mano.

—Estoy de acuerdo con vuestra gracia. He constatado que en los numerosos manuscritos latinos de la Biblia hay numerosas variantes, sin duda por culpa de los múltiples copistas y traductores.

—Por eso, señores, os pido que corriáis los libros del Antiguo Testamento según el texto hebreo y los del Nuevo de acuerdo al texto griego, pero sin cambiar nada de las acepciones aceptadas en los manuscritos más antiguos —puntualizó Cisneros.

—Vos queréis entonces publicar una edición crítica, mejor que las traducciones que usa actualmente la Iglesia: la llamada «de los Setenta», la traducción latina de San Jerónimo o Vulgata. No hacer nuevas traducciones —explicó Vergara.

En ese momento se enderezó el bonete Antonio de Nebrija, nuestro brillante gramático sevillano, hijo de una familia *marrana* por parte de padre y de madre judía convertida al catolicismo, que se había formado en Salamanca y Bolonia. Prestigioso profesor en Sevilla, Granada y Salamanca, todos sabíamos que había dedicado su famosa *Gramática* a Isabel la Católica.

—No soy de la misma opinión. Lo que pretendo, como otros humanistas, es dirimir las discrepancias entre los códices latinos, cotejándolos con los textos hebraicos, caldaicos y griegos, para elaborar una nueva traducción latina. En eso estoy de acuerdo con Erasmo. Es mejor publicar una edición bilingüe en griego y latín.

Cisneros le cortó de raíz.

—No se hará así. Vos tenéis encomendada la Vulgata. Pero habéis de limitaros a corregir lo que está viciado de esa traducción latina a partir de los mejores manuscritos existentes. Pero hay que mantener la Vulgata, tal como la Iglesia católica la ha conservado durante siglos. No olvidemos que es la versión oficial de la Iglesia, la versión autorizada.

Nebrija frunció el ceño sobre su prominente nariz y se levantó indignado.

—¡Pues no contéis conmigo! —exclamó, hizo una reverencia y se marchó.

Un incómodo silencio inundó la asamblea. Cisneros lo obvió con las siguientes palabras:

—Lo que yo pretendo no es publicar una traducción según los razonamientos humanistas. La Biblia Políglota Complutense ha de editarse con criterios pedagógicos. Hemos de ofrecer a los lectores cultos un instrumento de calidad para estudiar, comentar y meditar por sí mismos las Sagradas Escrituras.

—No sé por qué Nebrija se ha retirado del trabajo. No estamos tan lejos del criterio humanista, señores —precisó Demetrio Ducas, con marcado acento italiano—. Al publicar juntos los textos, el lector puede siempre acudir a los códices precedentes. Por ejemplo, en Jeremías observamos discrepancias con la

versión de los Setenta y la Vulgata, pero esta merece ser publicada tal cual, sin corregirla a partir del hebreo.

Cisneros relató que ya había invitado también a Erasmo de Róterdam a colaborar en la empresa, pero que este le había contestado: «*Non placet Hispania*». ¿Por qué no le gustaba España? Quizás por el ambiente semitizado que se respiraba en nuestros reinos.

La discusión derivó entonces a la realización práctica de la monumental obra, que exigía costos elevadísimos de material de imprenta. Algunos calculaban que alcanzarían a más de cincuenta mil ducados en oro. Uno de los contendientes sugirió llamar al impresor de origen francés, Arnao Guillén de Brocar, que de Logroño se había trasladado a Pamplona, y que podría fundir nuevos y elegantes caracteres griegos y hebreos, de los que carecíamos en España.

—Hay que traerlo a Alcalá. Pero no solo eso —añadió otro erudito—. Hemos de buscar los mejores códices existentes de textos bíblicos a cualquier precio.

—Me consta que algunos hay en Salamanca y en algunas sinagogas. Se conservan de antes de la expulsión de los judíos —añadió otro.

—Y si es necesario —apuntó Cisneros—, los encontraremos en Italia, o los pediremos prestados a la Biblioteca Vaticana, a la Biblioteca Laurenciana de los Médici de Florencia y al Senado de Venecia. Lo que haga falta.

Me sorprendió en esta empresa la amplitud de miras de Cisneros, que no reparaba en gastos, asumidos por el arzobispado, ni temió a la Inquisición en tiempos tan recios para la ortodoxia. Acudiría incluso a judíos para llevarla a cabo, conversos como Alonso de Zamora, Pablo Coronel o Alfonso de Alcalá. Como profundos conocedores de la Torá, el Talmud y los textos en hebreo de la Biblia, eran los más competentes para aquilatar en su lengua.

La tarea no fue fácil. Tuvieron que pasar más de diez años para que comenzáramos a ojear los tomos impresos. Pocas veces he visto a mi señor tan emocionado como cuando le entregaron el primer volumen el 10 de enero de 1514. En realidad era el tomo quinto, dedicado al Nuevo Testamento. La obra completa se componía de seis libros, de los cuales los cuatro primeros estaban dedicados al Antiguo Testamento. Eran un prodigio de impresión tipográfica.

No olvidaré cuando pudimos acariciar los primeros ejemplares de la obra. El hijo del impresor, Juan de Brocar, entonces un niño, vestido con su mejor vellorí, *elegantemente vestido* —escribirían los cronistas—, vino a palacio a entregar a Cisneros el primer volumen. Casi se le saltaron las lágrimas por la emoción.

Cada página, en sus tres cuartas partes superiores, se divide en tres columnas: la de la izquierda, con el texto griego de los Setenta y la interpretación latina interlineal; la del centro, para la versión de San Jerónimo o Vulgata; la de la derecha, para el texto hebreo. Simbolizaba a Cristo acompañado los dos ladrones

en el Gólgota. La cuarta parte inferior de la página está repartida en dos columnas: la de la izquierda, la transcripción caldea, y la de la derecha para la interpretación latina. Cada columna lleva sus epígrafes y en el margen de la derecha, apostillas. Los demás volúmenes, sin versión caldea, van distribuidos en tres columnas. El tomo sexto sería un apéndice con vocabulario hebreo y arameo y una gramática hebrea. Todo un monumento editorial, una joya tipográfica simpar de nuestros tiempos. La tirada de aquella maravilla ascendió a unos seiscientos ejemplares.

A pesar de que fray Francisco les metía prisa constantemente a sus autores, el último volumen no apareció hasta después de muerto Cisneros, en 1517. Dos años después de la impresión del tomo quinto, en 1516, Erasmo publicaría su propia edición, que todos los expertos consideraron inferior. Cisneros se había adelantado a todos, también a la Aldina de Venecia, que aparecería en 1518. Nunca como en este se pudo decir con tanta justicia que un libro vale una vida. Si no hubiera realizado cientos de empresas más, la Biblia Políglota Complutense justificaría ella sola la vida del cardenal Cisneros.

«Aunque hasta el presente he llevado a cabo muchas empresas duras y difíciles por la nación, nada es más de mi agrado, por lo que debáis felicitarme con más efusión, que por esta edición de la Biblia», decía.

Pero en las fechas que nos ocupan otro acontecimiento cultural, este ocurrido en Toledo, centró el interés de Cisneros. Un buen día, revolviendo documentos y raros manuscritos en los archivos de la catedral, uno de sus investigadores encontró un tesoro escondido.

—¡Vea vuestra gracia los códices que acabo de hallar!

Cisneros se inclinó sobre aquellas páginas que amarilleaban a la luz de un candil.

—¿Qué es esto?

—Códices antiquísimos, ilustrísima, códices del rito mozárabe empleados en nuestra Iglesia toledana en los primeros tiempos de la Reconquista. Fueron abandonados al actualizarse la liturgia romana.

—¡Dios mío! —exclamó el arzobispo arrobado—. Esto nos retrotrae a tiempos de san Isidoro. Efectivamente, ¡es el perdido rito mozárabe!

Ante sus ojos se hallaban los libros utilizados por los cristianos que habían quedado, durante de la invasión árabe, en territorio musulmán, y que, en medio de las persecuciones, continuaron practicando su religión sin contacto con el resto de las comunidad cristiana peninsular. El nombre original era *Ťmozárabet'*, como se llamaba a los cristianos sometidos al islam. El centro de aquel rito, que provenía de los visigodos, fue Toledo, ya que en Al-Ándalus eran pocos los cristianos residentes, a causa de las constantes emigraciones y también de las

apostasías producidas por la continua presión de los dominadores. Cuando Alfonso VI reconquistó la ciudad y se unificó la liturgia romana, el rito hispano-mozárabe se conservó solo en seis parroquias, aunque fue decayendo y desapareciendo.

Cisneros escrutó emocionado aquellos códices, nimbados de antigüedad y misterio, y tras unos días de reflexión, llamó a sus teólogos y más íntimos colaboradores.

—Este es un grande e histórico descubrimiento. Hay que proceder sin demora a traducirlos e imprimirlos.

El impresor genovés Melchor Aparicio hizo crujir sus prensas y los liturgistas a preparar la celebración de aquel añoso rito, revestido de gran belleza. Mandó Fray Francisco luego dedicar a él una capilla, la del Corpus Christi, en uno de los ángulos del templo, donde antes se encontraba la antigua sala capitular y se estaba edificando una torre gemela a la vieja, junto a la puerta del Perdón. Había comprado el arzobispo esta capilla al cabildo por cuatro mil florines de oro, e idéntica cantidad destinó a la nueva sala capitular, en un estilo de reminiscencia arabesca, que algunos han dado en llamar el «estilo Cisneros». La capilla mozárabe, construida por los arquitectos Egas y Pedro Gumiel, fue decorada por el pintor Juan de Borgoña.

Además del empeño en espolear las obras de Alcalá, la edición de la Políglota y la recuperación del rito mozárabe, la mente del arzobispo sin duda volaba a Medina del Campo, donde su gran amiga la reina estaba despidiéndose de este mundo.

Muchos extranjeros, informados de su precario estado de salud, habían acudido a visitarla.

—Vengo a visitar —le dijo a su esposo don Fernando el noble italiano Próspero Colombo— a la mujer que desde su lecho de enferma gobierna el mundo.

Otro viajero italiano, después de rendirle pleitesía, se acercó a Alcalá para conversar con Cisneros, interesándole en sus expediciones por África, otra de las obsesiones de mi señor. Un día se sacó de su faltriquera un maravilloso diamante, que refulgió ante los ojos del arzobispo.

—Os lo vendo por cinco mil coronas de oro.

La respuesta de fray Francisco no pudo ser más sorprendente:

—Apreciado Venelli, preferiría ayudar a cinco mil pobres con ese dinero que poseer todos los diamantes de las Indias.

En su lecho de enferma, doña Isabel aceptaba también visitas de los que retornaban del Nuevo Mundo, pues la reina conservaba en su corazón imágenes imborrables de las satisfacciones y disgustos que le proporcionaron aquellas

tierras descubiertas durante su reinado. Conservaba en sus pupilas la abigarrada vuelta de Cristóbal Colón a Barcelona rodeado de su tripulación, indígenas de piel oscura y exóticas aves de vivos colores. Y el comentario que le hizo su gran amiga Beatriz de Bobadilla: «¡Señora, vuestra alteza no es solamente monarca de Castilla y León, sino también de la nueva tierra de allende los mares!». O cómo lucían los gallardetes y velas, ornamentadas con cruces, bajo el rutilante sol de Cádiz, cuando entre sonos de arpas, gaitas y salvas de artillería, zarpara el famoso descubridor en la *Marigalante*, para emprender su segundo viaje. De su puño y letra ella había escrito comentarios al primer memorándum del almirante de ojos azules, donde este visionario mezclaba la crónica con fantasías de su cosecha. Aunque no tardaron los sinsabores luego y aquella frase de la reina que reflejaba su ambición: «¿Qué derecho tiene él para esclavizar a mis vasallos?».

Yo pude presenciar personalmente, como dije, los desafueros cometidos por los ambiciosos españoles en La Española. Un Colón canoso y surcado de arrugas, que más tarde se presentó ante la reina en la Alhambra, cuando ella lo esperaba andrajoso y cargado de cadenas, vestido de satén y brocados. Isabel entonces se echó a llorar y Colón no tuvo más remedio que tirarse a sus pies. Todas estas imágenes surcaban junto a muchas otras los recuerdos de la reina en el lecho del dolor.

La acompañaban en este trance el cronista Pedro Mártir y la fiel amiga Beatriz de Bobadilla, que le leía poemas o le recordaba tiempos mejores cuando frecuentaban Medina del Campo para visitar la feria anual. A través de ellos y otros testigos supo Cisneros que la soberana estaba aquejada de unas perniciosas fiebres cuartanas, que le impedían ingerir alimentos y la atormentaban de sed. Hidropesía, decían los médicos, podía ser su dolencia. Pero la peor enfermedad, aparte de los recientes decesos, era la melancolía que le ocasionaban los últimos acontecimientos que condicionaban el futuro de España.

La decisión de hacer testamento, firmado el 12 de octubre 1504, fue una señal inconfundible de su convencimiento de que se acercaba el final. Por todo el reino se oraba por Isabel o se escrutaban señales sobrenaturales. El cura de Los Palacios vio en el terremoto de Andalucía todo un funesto presagio.

Debo añadir que el testamento era un prodigio de minuciosas últimas voluntades para dejar bien atado, con mucho sentido común y grandeza, el problemático futuro. Repleto de invocaciones y testimonios de su devoción y su fe, no dejaba sin proveer todos los puntos más inquietantes: su funeral, la sucesión, sus amigos, la situación de sus nuevos súbditos, los indios, de rendimiento de cuentas y deudas, que tanto escrúpulo le causaban. Algo revelaban aquellas páginas de autobiografía, de examen de conciencia, de reconocimiento de virtudes y culpas, de testimonio de su fe y gran personalidad.

Me impresionó leer al detalle un testamento que no puedo resumir aquí. Valga, al hilo de mi relato, reproducir solo los párrafos que dedica a su sucesión y que afectarían también al futuro de Cisneros:

Puede acaecer que al tiempo que Nuestro Señor de esta vida presente me llevare, que la dicha princesa, mi hija, no esté en estos reinos... o estando en ellos no quiera o no pueda atender a la gobernación de ellos... [*sigue un largo preámbulo y continúa*] lo cual yo después de haber hablado a algunos prelados e grandes de mis reinos e señoríos e todos parecieron conformes e les pareció que en cualquier de los dichos casos, el rey, mi señor, debía regir e gobernar e administrar los dichos mis reinos y señoríos por la dicha princesa, mi hija... acatando la grandeza y excelente nobleza y esclarecidas virtudes del rey, mi señor e la mucha experiencia que en la gobernación de ellos ha tenido e tiene... según dicho es hasta tanto que el infante don Carlos, mi nieto... sea de edad legítima, a lo menos de veinte años cumplidos para lo regir e gobernar... E mando a los prelados, duques, marqueses, condes e ricos homes e a todos mis vasallos e alcaldes e a todos mis súbditos... que obedezcan a su señoría e cumplan sus mandamientos e le den todo favor e ayuda.

No me extraña que, al dar cuenta de la enfermedad de la reina, Pedro Mártir escribiera a sus amigos Hernando de Talavera y al conde de Tendilla: «De dolor se me cae la mano, pero me veo obligado a escribir por obedeceros». Decía el cronista que no conocía ninguna mujer de todos los tiempos más digna de alabanza. Isabel se refugiaba, en cuanto podía, en sus libros devotos, entre ellos el *Cántico de las criaturas*, que había impreso Cisneros hacía algunos años con el título de *Floreto de San Francisco*, o los poemas de fray Ambrosio de Montesino, que en unos versos abordaba la futura muerte de la reina desde la contemplación del Huerto de los Olivos a la mañana de Pascua.

Dulcemente se fue la reina, en medio de la discreción que pidió don Fernando para su muerte, después de recibir los sacramentos el 26 de noviembre de 1504. Su marcha enlutó claustros, aldeas y ciudades. Del castillo de la Mota salió, como negro rosario, la triste comitiva a cumplir una de las últimas voluntades de la egregia difunta, precedida por una cruz de plata cubierta. Su cuerpo, sin embalsamar y amortajado con hábito franciscano, era conducido sobre enlutadas andas, seguido de caballeros y prelados también de negro hasta en las gualdrapas de sus caballos. Una continuada tempestad de viento y lluvia les acompañaría hasta Granada, tras atravesar Arévalo, Toro, Cardeñosa, Toledo y Jaén. Cruzaron barrizales, lagos, riadas y puentes destruidos a veces intransitables, hasta el extremo de verse arrastrados no pocas cabalgaduras y algunos jinetes. Con mucho esfuerzo y con los jubones empapados de agua y barro llegaron a las puertas de la Alhambra, donde finalmente brilló el sol el 18 de diciembre. Dos grandes admiradores y amigos la esperaban: el gobernador

Tendilla y el obispo Talavera. Los restos fueron depositados provisionalmente en el convento franciscano, a la espera de los de don Fernando, junto a quien ella, por expresa voluntad, quiso yacer después de muerta, «para que la unión que hemos gozado en la vida, y en que, por la gracia de Dios, espero han de continuar nuestras almas en el cielo se represente por la unión de nuestros cuerpos en la tierra».

Nos encontrábamos en Toledo cuando nos llegó el triste relato. No sé qué pudo doler más a mi señor, si la muerte de su querida reina o el extraño distanciamiento que separó a ambos en la hora final. Dijo Cisneros públicamente que España no cesaría de llorar. «Desaparece una reina que no ha de tener semejanza en la tierra, por su grandeza de alma, pureza de corazón, piedad cristiana, justicia a todos por igual, espíritu conservador de la leyes antiguas y ordenador de nuevas, por la creación de un rico patrimonio y economía fuerte, que es lo más importante para el reino y para el pueblo».

Lloraba Fernando por «su vida ejemplar en todos actos de virtud y temor de Dios, y amaba y cuidaba tanto nuestra vida y honra que nos obligaba a querer amarla sobre todas las cosas de este mundo».

Toda muerte produce un vacío y una sensación de orfandad, pero la de Isabel de Castilla embargó a todos, desde los nobles al pueblo llano, y colmó nuestra alma de ausencia e irrecuperable pérdida. No solo se nos había ido una reina, sino también y en gran medida una madre. Creo que el sentimiento de Cisneros esos días era doble, desde luego por su muerte, pero también por no haberle podido dedicar su último adiós.

14. Hermoso y breve

Una hora después de la muerte de Isabel ondeaba ya en lo más alto de las almenas del castillo de la Mota de Medina del Campo el estandarte real. Don Fernando se había apresurado a ordenar al duque de Alba que izase la enseña para mostrar que no había vacío de poder y que, como proclamaron los heraldos, subían al trono doña Juana y su esposo don Felipe, mientras el rey viudo se proclamaba gobernador y administrador en su ausencia. Aquel mismo día había escrito de su puño y letra al archiduque comunicándole que doña Isabel no solo era la mejor y excelente esposa que un rey hubiera podido tener, sino que estaba convencido de que el Señor le había dado un puesto en su gloria y que, como ya había previamente anunciado a la princesa, tenía que venir a tomar posesión y gobernación de su reino. Al mismo tiempo, de Medina partieron de inmediato veloces mensajeros de Fernando a llevar a los dignatarios y municipios del reino las órdenes y decisiones por las que les debían obediencia y lealtad.

Así llegó a Cisneros, a uña de caballo, el mensaje con instrucciones de que se desembarazase de cuanto llevara entre manos y se reuniera urgentemente con él en Toro —la plaza en la que había triunfado en el campo de batalla casi treinta años antes—, donde acababa de convocar Cortes. Enjaezadas nuestras cabalgaduras, nos pusimos en camino sin mayor dilación bajo una sombría y contumaz tormenta.

En el primer claro, cuando dimos de comer a nuestras mulas y escurriamos nuestros mantos, me comentó el arzobispo:

—Se ve que don Fernando tiene prisa. En puridad él ya no es rey de Castilla. Me consta que muchos nobles castellanos pretenden usurpar la corona y enemistarle con el archiduque. No sé qué quiere de mí, pero me lo imagino, aunque, como uno de los albaceas de la reina, mi único propósito es hacer cumplir sus últimas voluntades.

—¿Quiénes, según vuestra gracia, están intrigando por el poder?

Cisneros se secaba la frente empapada, mientras la lluvia no cesaba de aporrear las ocreas estepas de Castilla.

—Ya sabéis —dijo con la mirada perdida—, sus enemigos más acérrimos, que ahora han pasado a ser partidarios de Felipe. Por ejemplo, los duques de Medina Sidonia, los de Nájera y Béjar; el marqués de Villena y el conde de Benavente. Todos ellos no soportan a don Fernando, ni nunca han aceptado la política antinobiliaria de los Reyes Católicos. Pero ¿sabéis quién es el más

peligroso de todos? Ese don Juan Manuel, señor de Belmonte, el antiguo embajador en Alemania, que ahora reside en la corte flamenca.

—¿Hasta Flandes llegan las intrigas?

Cisneros se vio obligado a alzar la voz para hacerse entender por encima de la lluvia y los truenos.

—Ya lo creo, don Juan Manuel preside un grupo de amigos del archiduque, como Filiberto de Veyre, al que llaman la Mouche, o Naturalli, preboste de Utrecht; además de Carlos de Popet, señor de Lachaulx, y don Diego Ramírez de Guzmán, el obispo de Catania. Todos, desengañados, están deseando venir a Castilla junto a la nueva reina a lo que os podéis imaginar, pescar en río revuelto.

Jiménez de Cisneros cabalgó luego cabizbajo y silencioso, enfrascado en sus pensamientos. Sabía que la muerte de Isabel desencadenaba múltiples incertidumbres. Ella había querido dejar bien asentada la sucesión. Pero en los últimos tiempos todo se había complicado, en primer lugar porque la unión de Castilla y Aragón hasta entonces había estado basada en el buen entendimiento de Isabel y Fernando, aunque a decir verdad la reina nunca había cedido sus derechos sobre Castilla y su testamento contenía al mismo tiempo un elogio y una ofensa para su esposo Fernando. De un lado, le agradecía sus servicios, pero declaraba a Juana su sucesora, lo que valía tanto como excluir tácitamente a don Fernando de toda injerencia en el gobierno, recordándole, sin decirlo, que él era rey de Aragón, pero no de Castilla. Así había pretendido atajar la suspicacia de los nobles castellanos, que tenían siempre al rey de Aragón poco menos que como un intruso. Pero tampoco lo excluía del todo al designarle regente en nombre de doña Juana, siempre que esta se hallara ausente o «no pueda o no quiera atender a la gobernación».

Tan pronto llegamos, se apresuró don Fernando a conceder audiencia al arzobispo de Toledo. Era evidente que pretendía mostrarle toda su estimación, porque le recibió descubierto, de pie y con amables palabras. Despidió a los cortesanos, pidió un asiento para Cisneros y ambos se sentaron frente a frente. Sus rostros se recortaban sobre el damasco rojo del salón del trono, ambos con la tez curtida por el sol de muchos caminos. El rey, con poco más de cincuenta años, conservaba un buen color sobre el que destacaban sus ojos claros y su pequeña boca carnosa de labios rojos y sensuales. El arzobispo, rayano en los setenta, mostraba aún viveza y fuerte personalidad tras una piel apergaminada y reseca de la que emergía la lucidez de sus pupilas siempre escrutadoras, clavadas en su interlocutor.

—Cuento con vos, señor arzobispo, con el duque de Alba, Tendilla y otros caballeros para mantener la calma y orden, no solo en Granada y Andalucía, sino en toda Castilla. Felipe me ha escrito desde Flandes afirmando ahora que doña

Juana no está loca, sino capacitada para gobernar, porque si no, según el testamento de doña Isabel, soy yo al que corresponde ostentar la gobernación. ¿Cómo lo veis?

Mi señor no salía de su asombro. Arrinconado últimamente de los centros de poder, ¿por qué acudía Fernando ahora precisamente a él con tanta amabilidad? Pronto pudieron verse las intenciones del astuto monarca, que hasta ese momento se había mantenido en una discreta distancia por no decir en una evidente ausencia de simpatía hacia fray Francisco. Por ejemplo, no le había apoyado en su momento para la sede de Toledo, ni le gustó su comportamiento en Granada. La antipatía era al parecer de algún modo mutua. A Cisneros no le caían bien sus consejeros aragoneses, muchos de ellos conversos, aunque hay que reconocer que entre ambos existía quizás, a qué negarlo, un reconocimiento de la mutua valía, de conveniencia y sin duda de respeto. No era la primera vez que Fernando se quitaba el bonete al verlo y a veces antes de que llegara salía a cabalgar un trecho para encontrarse antes con él.

Como ya dije, tras la muerte del príncipe Juan, Isabel había perdido todo interés por el gobierno, cediendo a su esposo en la práctica mucha responsabilidad. A partir de ese momento Fernando había empuñado las riendas y eso repercutió en la falta de protagonismo de Cisneros. ¿Estaba todo eso detrás del hecho sorprendente de que la reina no llamara junto a su lecho al que había sido su fiel consejero y confesor? Era otro enigma que ahora de pronto le llamara recién desaparecida la reina, que no podía resolverse sin pensar que don Fernando lo necesitaba.

El perspicaz Cisneros cayó enseguida en la cuenta de ello. Ambos eran sobre todo hombres responsables y de Estado. Cisneros sabía que, nada más fenecida Isabel, se había abierto una disputa entre don Fernando y Felipe el Hermoso. También, por otra parte, que el rey de Aragón era el único capaz de mantener el reino en paz y orden y regir con buena mano las relaciones internacionales, mientras que por su parte don Fernando confiaba enteramente en Cisneros en asuntos de gobierno, porque sabía que el arzobispo se hallaba por encima de todo interés mundano y más allá de las disputas de las diferentes banderías.

No sé a ciencia cierta qué se pudieron decir en Toro aquellos dos hombres inteligentes, aunque tan distintos entre sí, durante las dos horas que duró la conversación. Pero no era difícil barruntar algo de los que se intercambiaron en aquel momento histórico en que se jugaban el futuro.

Sin lugar a dudas, se pusieron de acuerdo en declarar a doña Juana incapaz de gobernar. Si no, habrían cometido otra locura: entregar el reino a Felipe el Hermoso, un extranjero. Por otra parte, rey y arzobispo tenían informaciones suficientes como para intuir que la pugna entre suegro y yerno estaba

despertando el interés de otros soberanos europeos. El más temible, el rey de Francia, Luis XII, con tres frentes con España: Navarra, el Rosellón y Nápoles. Todo el mundo sabía que el flamenco se entendía con el francés. Y, por último, estaba el descontento de la nobleza castellana por la merma de sus privilegios. ¿No querrían los castellanos aprovechar la ocasión congraciándose al joven e incauto Felipe? Pero entregarles el reino era tanto como retornar a los tiempos funestos de Enrique IV, cuando Castilla era una feroz disputa de familias de abolengo.

Vi a mi señor salir satisfecho de la reunión. «Estos se han puesto de acuerdo en no dejar gobernar al archiduque en nombre de su esposa», pensé. Por de pronto dos leales aragoneses, López Conchillos y Miguel Perera, partían rumbo a Flandes. El primero llevaba la misión de asegurar que doña Juana mantuviese una correspondencia frecuente con su padre don Fernando; el segundo debía negociar directamente con Felipe. Estoy convencido de que esta medida fue tomada por sugerencia de Cisneros.

Era pues evidente que el rey viudo quería apoyarse en el prestigio e independencia del arzobispo. Por otra parte, Cisneros siguió a la corte en sus traslados aquellos días. Salían juntos a cabalgar y el rey quiso que el arzobispo le acompañase en Toro y Segovia. En la primera ciudad tuvieron lugar las Cortes, que aceptaron, el 11 de enero de 1505, que don Fernando se hiciera cargo de la gobernación. Pero la situación estaba lo suficientemente revuelta como para que las amenazas siguieran en pie.

Mientras tanto, de Flandes no llegaban buenas noticias. El emperador Maximiliano había enviado emisarios con la orden de que Fernando abandonara Castilla y se retirase a Aragón. El aragonés respondió mediante su embajador, conde de Fuensalida, para asegurarle que, tan pronto viniera a España, el flamenco sería reconocido como rey. A esto Felipe el Hermoso replicó que de poco le serviría el título de rey si no podía gobernar de hecho, pues, aunque a su suegro debía honra y respeto, no estaba dispuesto a tolerar que fuera su señor. Por otra parte, se encontraba bien en Flandes y no necesitaba ir a otros reinos donde sería tratado solo como un infante o incluso como cualquier vasallo.

Juana, nerviosa como de costumbre, recibió la visita secreta de Conchillos informándole sobre la situación y los manejos de Felipe. Entonces, la recién nombrada reina se apresuró a escribir cartas a su padre pidiéndole que abandonara el reino y reclamándole sus derechos de soberana. Conchillos entregó las cartas a su colega Ferrera para que las llevara cuantos antes y en secreto a Castilla. Pero Ferrera, traicionando su misión, pasó las comprometidas misivas de doña Juana a su marido.

Don Felipe se enfureció y rojo de ira ordenó la detención inmediata de

Conchillos encarcelándole como a un preso común. Tan recia era su mazmorra que el prisionero perdió todo el cabello en una sola noche. Por otro lado, el archiduque expulsó sin miramientos a todas las damas españolas de doña Juana y prohibió a esta escribir cartas, al mismo tiempo que colocaba guardias en las puertas de la alcoba de su mujer convirtiéndola en prisionera. Pero ella, aprovechando una ausencia de su marido, que fue a visitar a Maximiliano, consiguió filtrar otra carta para su padre en la que parecía más sensata y devota hija que nunca, rogándole, en memoria de su santa madre, que aceptase que Felipe, siendo su marido, disfrutara de los mismos privilegios que ella.

Pronto fue informado Fernando de lo ocurrido en Flandes junto con noticias de que el emperador Maximiliano y don Felipe conspiraban además con el Gran Capitán para obtener jurisdicción sobre Nápoles, ya que había sido conquistado por los ejércitos castellanos. «¿Cómo vos, siendo castellano de nacimiento, vais a obedecer a un rey aragonés?», le había soltado a Gonzalo de Córdoba.

Alarmado, Fernando se apresuró de nuevo a llamar a Cisneros a Segovia para obtener consejo. Mi señor encontró al viejo rey triste, notablemente deprimido.

—Ya veis, me han abandonado casi todos mis leales. ¿Qué me aconseja vuestra gracia que haga ahora?

Cisneros dejó rodar su mirada por la ventana del empinado alcázar hacia los anchos horizontes de los campos segovianos, recordando cómo aquellos paisajes solían aliviar las inquietudes de doña Isabel, y se limitó a decir:

—Dejadme actuar a mí, alteza. Ha llegado el momento de pasar a una acción rápida y enérgica. Reuniré a los embajadores acreditados en la corte hoy mismo.

Y nada más salir de la entrevista con don Fernando, me ordenó:

—Ruiz, convocad a todos los embajadores destacados en el reino de inmediato y buscad una casa discreta donde reunirlos.

La respuesta de los representantes extranjeros fue que habían comenzado a comer y que acudirían a la reunión cuando terminasen. Cisneros, indignado, respondió que abandonasen de inmediato el almuerzo y acudiesen al palacio, porque así lo requerían urgentes acontecimientos.

Se presentaron alarmados ante el imponente rostro adusto del arzobispo. Este los mandó sentar. Todos le miraban fijamente, colgados de su palabra. Su cascada voz resonó en la bóveda de aquel salón cedido para la reunión secreta por un caballero de confianza.

—No ignoráis las tensiones existentes entre don Fernando y su yerno. Es sorprendente que príncipe tan ilustrado siga los consejos de gentes sin escrúpulos que quieren envenenar las relaciones con su suegro.

Relató a continuación el inicuo trato dado a Conchillos en Flandes, y añadió:

—Es urgente, señores, que ese caballero quede libre de sus cadenas cuanto

antes. De lo contrario, puedo aseguraros que don Fernando pondrá toda clase de trabas al regreso de don Felipe a España.

Lo dijo con voz terminante y ojos de fuego clavados en los asistentes que no osaron replicar. Al verlos llegué a la conclusión de que seguramente temían menos los manejos de don Fernando que la implacable autoridad del arzobispo.

Cuando salimos de aquel conventículo, yo estaba convencido de que escribirían de inmediato a Flandes aconsejando la puesta en libertad de Conchillos y la distensión con Fernando de Aragón.

Pero el destronado rey no estaba del todo satisfecho. Envió al mismo tiempo a dos fieles amigos, el conde Cifuentes y al presidente de Consejo de Aragón, a pactar con Luis XII de Francia.

Pronto llegó a mi conocimiento el fruto de aquellas negociaciones y, como secretario, corrí a comunicárselo a mi señor.

—¡Don Fernando se vuelve casar!

—¿Cómo? —exclamó el arzobispo—. ¿Qué decís? ¿Con quién?

—¡Con doña Germana de Foix, la sobrina del rey de Francia!

El arzobispo no acababa de tragarse la sorprendente nueva. La francesita era hija de Juan de Foix, conde de Étampes y vizconde de Narbona, y de María de Orleans, hermana de Luis XII de Francia. Tenía a la sazón dieciocho años, Fernando cincuenta y tres. ¿Qué pretendía el calculador aragonés con este improvisado matrimonio? Muy sencillo, que el hijo de ambos heredara los derechos de Francia y España sobre Nápoles. Sería además rey de Aragón.

Las condiciones del acuerdo, aparte de la boda, eran que Fernando cedía al rey Luis sus pretendidos derechos sobre el reino napolitano. Conquistado para don Fernando por el Gran Capitán, el hijo fruto del nuevo matrimonio heredaría el reino napolitano, y si no había retoño, la mitad de este reino retornaría a Francia. Para mayor abundancia, don Fernando pagaría al rey Luis la cantidad nada deleznable de un millón de ducados en oro en un plazo de diez años, como indemnización por las campañas francesas en Italia. Añadían los firmantes, no sin flagrante hipocresía, que por ese tratado se consideraban los dos «como un alma en dos cuerpos».

—¿Y la unión de Castilla y Aragón? —le pregunté a un fray Francisco, visiblemente disgustado.

—Rota, hijo, rota —respondió el arzobispo—. He aconsejado a don Fernando que deje la vieja Castilla y se venga a las ciudades de mi diócesis. Allí, en Madrid o Toledo, estaría más seguro. Yo le entregaría todas las fortalezas que dependen de la mitra. También le he sugerido que forme una tropa de dos o tres mil hombres para asegurar cualquier intento de rebelión. Ignora además don Fernando que quizás no tenga ya sucesión. Así, con una nueva fuerza puede

resistir la rebelión de los nobles y convencer a los partidarios de Felipe el Hermoso de que les es imposible mantenerse en el reino, al ser notoria la antipatía entre castellanos y flamencos.

Pero don Fernando no estaba por la labor. Acostumbrado a descifrar las reacciones de mi señor, comprendí que el sorprendente nuevo matrimonio, una solución a la desesperada, desbarataba sus consejos y el plan de doña Isabel.

Mientras, Felipe el Hermoso se sintió contrariado y engañado por el pacto entre los dos reyes. De un lado, Fernando perjudicaba los intereses de los hijos del príncipe, y del otro, Luis frustraba sus pretensiones en Italia. De modo que pensó: «No me queda más remedio que reconciliarme con doña Juana y hacer las paces con ese zorro de mi suegro. La única solución es tratar al viejo como un padre y luego ya se verá. Le escribiré con tierna solicitud».

Fue una época intensa de negociaciones de Cisneros, que no perdía el tiempo. Por ejemplo, en Segovia volvió a entrevistarse con el aventurero veneciano Jerónimo Viannello sobre su sueño de emprender conquistas en Berbería y la posibilidad de organizar una expedición bélica para la que incluso adelantó dinero.

A la vez que Fernando se dedicaba a los placeres de la caza en los alrededores de Segovia, zarpaba de Flandes una gran flota para traer a España a don Felipe y doña Juana. Pero con tan mala fortuna que una tempestad estuvo a punto de hacer naufragar la nave real. Por un momento Juana tuvo un gesto digno de reina: se vistió con sus mejores galas y pidió que cosieran a su vestido una gran suma de dinero con la intención de que si naufragaba, pudiera recibir egregia sepultura. Finalmente el capitán del barco logró fondear la nave en Portland. Enterado el rey Enrique VII de que se hallaban en sus dominios envió una guardia para escoltarles hasta Windsor, donde los hospedó durante tres meses y los agasajó con torneos, conciertos, trovadores, banquetes, caza con halcón y hasta combates con osos; ocasión que aprovechó el rey inglés para engatusar a Felipe y hacerle firmar algunos tratados ventajosos para Inglaterra.

Entretanto en España se preparaba la nueva boda de don Fernando, que se celebró en la ciudad de Dueñas, el mismo lugar de donde treinta años antes había partido para casarse con Isabel. Solo había transcurrido un año de la muerte de la Reina Católica, por lo que tanto el pueblo como el cronista Pedro Mártir recibieron aquella celebración como un duro golpe.

En medio de estos conflictos el aragonés no se separaba durante aquellas oscuras jornadas de Cisneros, pidiéndole continuamente consejo. Con intención de atarlo más, solicitó para él en Roma el capelo cardenalicio. De hecho, mi señor le acompañó también a Salamanca, donde se firmaba la Concordia, por la cual doña Juana sería proclamada reina junto con su marido Felipe el Hermoso.

Este y Fernando el Católico ejercerían conjuntamente la gobernación, una medida que pronto resultaría inviable.

—¡Don Felipe y doña Juana han desembarcado en La Coruña!

—Pero ¿no iban a hacerlo en Laredo? ¿A qué juega mi yerno? —se preguntó el rey aragonés.

La noticia llegó el 25 de abril de 1506, y Fernando se apresuró a ir a su encuentro. Pero el flamenco quería retrasarlo el mayor tiempo posible, pues pretendía verse antes con los nobles castellanos, a los que había escrito previamente. Estos fatigaron sus caballos para acudir a recibirle y escoltarle. Fue todo un espectáculo. Las grandes familias del reino se presentaron con sus enormes séquitos. Algunos como el marqués de Villena y el duque de Nájera incluso acompañados de hombres armados.

Felipe el Hermoso sonreía triunfante rodeado de sus mil soldados alemanes, a los que, mientras avanzaba lentamente por las verdes landas de Galicia, se le unieron seis mil soldados españoles más, dispuestos a someter a Fernando, si fuera necesario. El aragonés, obligado, para acudir a entrevistarse con Felipe, a atravesar las tierras de señorío y feudos del marqués de Astorga y el conde de Benavente, sufrió la humillación de que dichos dignatarios ordenaban a sus pregoneros:

—¡Que nadie abra sus puertas ni suministre alimentos a los partidarios de don Fernando!

Equivalía tanto como una declaración de guerra. El otrora poderoso don Fernando se veía obligado pues a sortear ciudades y avanzar por villorrios y aldeas acompañado de los escasos amigos que le quedaban. Esta vez el encuentro con Cisneros fue en Molina.

—¡Evitad todo enfrentamiento! —le aconsejó Cisneros—. Sería catastrófico en estos momentos que Castilla se levantara en una guerra fratricida.

—De nada han servido los intentos de soborno a ese bicho de don Juan Manuel que calienta las orejas de Felipe —respondió don Fernando—. Solo nos queda una solución: que vuestra gracia se entreviste con don Felipe y sondee sus intenciones.

Los campos estaban florecidos y el aire olía a tomillo y romero, cuando nuestras cabalgaduras enfilaron el camino hacia Galicia. El bello flamenco recibió en Orense a mi señor con un gesto arrogante, sobre todo después de comprobar que contaba con el apoyo de casi toda la nobleza castellana.

—Permitid al menos a don Fernando poseer, durante el tiempo que Dios le dé de vida, el reino de Granada —sugirió Cisneros—. ¡Él lo conquistó con esfuerzo durante tantos años! Su presencia allí además os será útil para tener en raya a los moriscos, que persisten en mantener su religión y costumbres.

La entrevista duró dos horas. Felipe le respondió con una rotunda negativa y entregó un mensaje a Cisneros para don Fernando, ordenándole al viejo rey que abandonara de inmediato Castilla, pues de otro modo él no podría reinar con honor y dignidad. Cisneros solo pudo obtener ciertas compensaciones económicas para don Fernando: la renta de los maestrazgos, la mitad de lo que rentaran las Indias y los beneficios del reino de Granada.

Algo me sorprendió de mi señor durante el tiempo transcurrido en Galicia. Disfrutaba como un niño con paisajes para él desconocidos, que le impactaron, particularmente la ciudad de Santiago, donde había proyectado el encuentro de Fernando y Felipe, a lo que este último se negó. Y se recreó visitando los manantiales de agua caliente de las Burgas orensanas, donde las mujeres adobaban menudos, pelaban las cabezas a las terneras y hasta se cocían huevos.

Cariacontecido, el arzobispo regresó al encuentro del rey viudo con el escaso resultado de sus negociaciones.

—Tened paciencia. Habéis de contentaros con lo que hay y evitar a toda costa la guerra.

No le dijo que su boda con doña Germana y el acuerdo con Francia habían contribuido a perderlo todo. «Es triste ver al monarca antaño tan poderoso reducido a la triste necesidad de recorrer sus reinos como un vagabundo, mientras incluso se le niega el consuelo de ver a sus propios hijos», comentó Pedro Mártir, que junto al duque de Alba y el arzobispo de Toledo seguían a su lado.

Coincidencias del destino. Por aquellas fechas en una oscura casa de Valladolid, fallecía triste y retorcido por la gota y el reumatismo un hombre que había hecho cambiar la historia del mundo. Amortajado con hábito franciscano yacía el cuerpo del almirante Cristóbal Colón. Solo contaba cincuenta y seis años de edad, pero por los sufrimientos del final de su vida parecía un anciano decrepito. Se había ido arruinado y su mente volaba a los buenos tiempos en los que contaba con la gran acogida de doña Isabel, mientras don Fernando le había ido cerrando continuamente las puertas, cuando acudía a mendigarle el diezmo de oro y plata de las Indias, que por ley le correspondía. Poco tiempo antes de su último suspiro había escrito una carta a los jóvenes reyes, manifestándole su lealtad. Un mes antes del desembarco de sus altezas, el descubridor de las Indias Occidentales había muerto sin recibir ni siquiera una mínima muestra de aprecio del avaricioso don Fernando.

Cisneros, que se unió a la corte de Felipe y Juana, preparó el encuentro del Hermoso y don Fernando en Sanabria el 27 de junio. Don Felipe, rodeado de entrambas mesnadas, la suya de alemanes y la de los nobles castellanos, un verdadero ejército casi dispuesto a una batalla, se adelantó a saludar al Rey

Católico. Todo un contraste, a Fernando, que no quiso vestir paramentos reales, solo le acompañaban el duque de Alba y pocos más. El astuto Rey Católico aparentó amabilidad con los caballeros castellanos. Incluso con el fanfarrón duque de Nájera, a quien escoltaban su escudero con lanza en ristre y gran número de servidores armados. Don Fernando le sonrió.

—Mi querido duque, ya os había visto con gran séquito y aire guerrero en otras ocasiones. ¡No es la primera vez que os mostráis como valeroso capitán!

—Cuanto hice fue siempre en servicio de nuestro reino y vuestra alteza —contestó muy serio el de Nájera.

Al lado estaba Garcilaso de la Vega, antiguo embajador en la corte del papa Alejandro VI, y que lo había acompañado en más de una campaña militar. Fernando, al abrazarle, notó que bajo sus ropas llevaba cota de malla militar. El Católico le puso la mano en el hombro:

—Garcilaso —le dijo—, habéis engordado mucho. ¡No estabais tan grueso cuando nos vimos la última vez!

Después de descabalar, Felipe hizo ademán de besar la mano a su suegro. Pero don Fernando lo abrazó y le besó en las mejillas y la frente. A continuación, entraron en una escondida ermita, porque don Juan Manuel, el consejero de Felipe, temía un posible atentado. Ni siquiera se permitió al padre entrevistarse con su hija Juana. Solo estaban presentes cuatro personas: Fernando, Felipe, Cisneros y don Juan Manuel.

—Creo que sus altezas prefieren hablar sin testigos. Salid, yo seré el portero —dijo Cisneros con su habitual firmeza.

Salieron pues de la ermita, incluido don Juan Manuel. La entrevista duró dos horas. Fernando se explayó dándole consejos de gobierno a Felipe:

—Guardaos, hijo, de impostores y aduladores, que solo buscan su interés. Mi intención es abandonar Castilla. Os aconsejo que confiéis en el arzobispo de Toledo. Nadie como él sabrá asesoraros.

Don Felipe escuchó sin inmutarse la perorata de don Fernando. Pero al tratar de las concesiones se mostró implacable, «más duro que una roca del Cáucaso», diría Pedro Mártir.

Nada se puso en claro, pues, en aquella entrevista, ni en la que celebró en la iglesia de Renedo, en Villafáfila poco tiempo después, la última que, con apariencias de cordialidad, celebraron suegro y yerno. A don Fernando solo le quedaba el maestrazgo de las órdenes militares y las rentas que le había concedido Isabel en su testamento. Había perdido la partida.

El Rey Católico, destrozado, emprendió viaje «sin parar» hacia Aragón y más tarde a Nápoles, sin duda esperando tiempos mejores, que aquella absurda situación estallara. Cisneros siguió a la nueva corte hacia Valladolid, donde se

iban a reunir las Cortes. Para entonces había sabido en alguna medida congraciarse con Felipe e incluso ejercer sobre él cierta autoridad. En una ocasión, por ejemplo, el contador del rey, Beltrán del Salto, le mostró unas escrituras.

—¿Qué es esto, Beltrán?

—Don Felipe ha arrendado las rentas de las sedas de Granada, señor.

Cisneros rompió con iracundia las cédulas, se presentó ante Felipe y le espetó:

—¡Así dilapidáis los bienes de la nación!

Desde entonces el rey consultaba con mayor frecuencia al arzobispo, de tal manera que el septuagenario franciscano de ojos de lince y voluntad de hierro, aunque sin cargo para ellos, se llegó a hacer indispensable en la corte. Aunque le tiraban mucho más sus acariciados proyectos culturales en Alcalá y Toledo, su perspicaz intuición le obligaba a no abandonar en tiempos tan recios los problemas del reino.

La ciudad de Valladolid recibió con festejos a los recién llegados. Entre ellos el duque de Benavente que, feroz antifernandino, organizó una corrida de toros. El arzobispo se dirigía aquel día a entrevistarse como de costumbre con los reyes, cuando de pronto un toro de lidia saltó la barrera y empitonó a algunos sirvientes. La muchedumbre, creyendo que el animal iba embestir a Cisneros, prorrumpió en un «ay» de terror. Pero mi señor, sorprendentemente, no se arredró y esperó tranquilo a que la guardia real llegara en su auxilio. La feroz mirada de Francisco debió paralizar a la bestia.

Tranquilizados los ánimos, don Felipe le preguntó:

—¿Habéis pasado miedo?

—Nada hay que temer, señor, si la guardia del rey está cerca —contestó tranquilo el fraile.

En la sesión de las Cortes, celebrada en Valladolid, Felipe el Hermoso hizo una sorprendente propuesta: encerrar a doña Juana en una fortaleza. Aconsejado por su corte flamenca, era el segundo paso para asegurarse el poder. Tenía ya las manos libres, tras la partida de don Fernando. Ahora le quedaba liberarse de doña Juana para gobernar sin ella. No tuvo el menor escrúpulo de calificarla de «loca». Encerrada en un castillo, se frotó las manos: ahora el reino sería solo suyo.

Algunos grandes se opusieron, sobre todo Pedro López de Padilla, procurador por Toledo, que tendría un famoso hijo comunero. Las Cortes, en su reunión del 12 de julio, se negaron a que doña Juana fuera presa y encerrada. No deja de ser curioso que Cisneros se contara entre los pocos que apoyaron el proyecto de prisión, un tema que seguramente habría tratado con don Fernando

en Toro. Que el arzobispo era recibido con agrado por Felipe lo prueba que consiguió de él para un deudo cercano, García de Villarroel, el nombramiento de adelantado en Cazorla.

Pronto los flamencos junto a los señores castellanos partidarios de Felipe comenzaron a repartirse el botín. Por castillos y palacios aparecían con sus polícromas y ricas vestimentas para hacerse con títulos y prebendas. El marqués de Moya se vio obligado a abandonar el alcázar de Segovia junto a su mujer, Beatriz de Bobadilla, la mejor amiga de la reina Isabel. En su lugar gobernaría la ciudad don Juan Manuel. En Toledo resurgían viejas rivalidades de Silvas contra Ayalas. La corrupción, el soborno y la rapiña se impusieron en Castilla por la ambición de los flamencos. Tal desaguado económico afectó al propio don Felipe que un día llegó a exclamar:

—Era rico cuando fui conde en Flandes, pero ahora que soy el rey más poderoso de Europa, soy pobre.

Las calcinadas estepas de Castilla recibían el ardiente beso del sol veraniego, cuando de nuevo nos pusimos en camino durante aquella canícula de 1506, acompañando al séquito real. Los flamantes reyes iban a ser agasajados en la ciudad de Burgos, *caput Castellae*, por iniciativa de don Juan Manuel. La muchedumbre se agolpaba en las calles engalanadas de tapices para aclamarlos con vítores entre timbales y clarines y un ensordecedor y jubiloso repicar de las campanas de la soberbia catedral. Nunca había visto el palacio al que nos dirigíamos, la Casa del Cordón. Elegante y austero al mismo tiempo, miré con atención la portada ornamentada con un cordón franciscano labrado en la piedra y que servía de unión a los blasones de los Velasco y los Mendoza-Figueroa, así como el monograma de Jesús, IHS, circundado por el sol eucarístico.

—Esta casa tiene mucha historia —me comentó al llegar fray Francisco—. Pertenece al condestable don Bernardino de Velasco. Su padre, don Pedro, conde de Haro, se unió después de la muerte de Enrique IV a nuestros Reyes Católicos y luchó con ellos contra el moro y con ellos también entró en Granada. ¿Sabéis que era un hombre sumamente piadoso? Llevaba siempre consigo a las batallas un pequeño altar de marfil y construyó una capilla como regalo para su esposa doña Mencía de Mendoza, hija del poeta Marqués de Santillana. Ahora los restos de ambos descansan en esa hermosa capilla. En su sepulcro ambos duermen, como sugiere el perro que reposa a sus pies.

Los nuevos reyes de Castilla descabalgaron y penetraron en el patio arqueado, con forma de claustro y ornamentado con sus escudos.

—Aquí fue recibido Colón, con sus exóticos dones de las Indias, a la vuelta de su segundo viaje, por doña Isabel y don Fernando. Y aquí se celebraron las ceremonias del matrimonio del infortunado heredero príncipe don Juan con doña

Margarita de Austria. ¡No olvidaré aquellos días! —recordó Cisneros con nostalgia—. ¿Habéis visto el cordón franciscano de la fachada? Es que doña Mencía, cuyo escudo aparece por todas partes al lado su esposo, era muy devota de san Francisco.

Don Juan Manuel se prodigaba triunfante inclinándose una y otra vez ante los reyes, aunque Felipe no hacía otra cosa que repartir sonrisas y galanterías sin pudor a las jóvenes damas que le rodeaban en presencia de su esposa. Juana vigilaba especialmente a su homónima, Juana de Aragón —hija natural de una aventura juvenil de su padre, el rey don Fernando—, de la que sospechaba hacía tiempo que pretendía seducir a su esposo.

El galanteo, entre risas e insinuaciones, continuó durante el banquete. La reina Juana no aguantó más y pidió a Cisneros que le acompañara a retirarse a sus habitaciones. El arzobispo intentó sosegarla:

—Calmaos, alteza. Son solo juegos. Os confieso que yo tampoco estoy para festejos. Solo hace nueve años que celebrábamos en este palacio llenos de alegría las bodas de vuestro hermano don Juan. Nunca sabemos lo que nos depara la vida. No os preocupéis. Al veros, señora, siempre pienso en vuestra madre, doña Isabel. ¡Cómo os parecéis!

El arzobispo se calló que el parecido era meramente físico.

Doña Juana se encerró en su cámara, mientras Felipe bebió y bailó sin tregua, e, incansable, llamó a un escudero.

—Ensillad mi caballo, necesito tomar el aire.

—¡Buena idea, señor! —afirmaron sus amigos.

Seguido de sus cortesanos cabalgaron a galope campo a través. Se ruborizaban ya las torres de la catedral con el crepúsculo cuando regresaron a la ciudad y subieron al castillo sobre la colina. Nada más descabalgan, uno de los jóvenes cortesanos le incitó:

—No sé si sabéis que uno de los guardias más vigorosos de este castillo es un joven vasco, imbatible campeón de pelota.

—¿De pelota? Llamadle; nadie en mi país ha osado vencerme en ese juego.

Caída la noche los contendientes seguían muy igualados. Impedidos por las sombras decidieron abandonar la partida.

—¡Tengo sed! —gritó Felipe.

Le trajeron un cántaro. El rey bebió agua helada sin pausa y se retiró a sus aposentos.

Al amanecer tuve que llamar a Cisneros.

—¡Señor, el rey es presa de unas terribles fiebres y un fuerte dolor en un costado!

Entró asustado en la habitación. Felipe, pálido, se debatía entre sudores y

convulsiones, rodeado de servidores y galenos de su corte. A su cabecera doña Juana contenía los sollozos.

—Ruiz, llama a mi médico personal, el doctor Yanguas. ¡Que venga inmediatamente!

—¡Hay que sangrarle con toda urgencia! —dictaminó Yanguas.

—¡De ninguna manera! —se negaron los médicos flamencos—. Eso debilitaría al rey. No hagan caso de ese curandero español. Ignora el temperamento del enfermo.

—Esos físicos nada hacen. El rey así no tiene cura —le comentó al oído al arzobispo el doctor Yanguas.

Como una pavesa el enfermo fue consumiéndose hasta apagarse el 25 de septiembre. Aquel cuerpo hermoso y joven yacía sin vida en uno de los salones del palacio de los Condestables, como si sus piedras pretendieran ser de nuevo testigos de otro hito singular de la historia de Castilla.

Pedro Mártir se acercó a Cisneros.

—Era joven, elegante, de cuerpo bien formado —dijo—. Con vuestros consejos quizás hubiera podido ser un buen rey. De buen natural, su vanidad le impedía recibir cualquier crítica. Ha muerto víctima de su propia frivolidad e indolencia y la funesta compañía de sus favoritos. Dios lo tenga en su seno.

Fray Francisco se encerró a orar en la capilla. «¿Por qué, Señor, frustras los proyectos de los hombres? No somos dueños de nuestros destinos. Ni siquiera tu devota Isabel consiguió llevar adelante sus propósitos con sus oraciones. Hágase, oh Dios, vuestra voluntad». Luego se alzó e intentó consolar a la nueva reina. Doña Juana, hierática, parecía de mármol con sus incrédulas pupilas de joven perturbada, fijas en el cadáver de su esposo. Inmóvil, no parecía oír cuanto Cisneros intentaba decirle. Una obsesión había brotado en su perturbada cabeza: nadie conseguiría nunca apartarle de aquel desventurado amor.

Las campanas de la catedral de Burgos trocaron la algarabía de la víspera por el rítmico y fúnebre repicar a muerto, mientras las gentes se congregaban junto a la Casa del Cordón, transformando sus vivas al rey por «El rey ha muerto». Ni el canto de los coros, ni el cortejo que salió del templo catedralicio cuando ya anoecía, ni los salmos de clérigos del cabildo y el taconeo de las botas de los grandes de Castilla sobre el enlosado del patio, consiguieron despertar a la reina de su descerebrado éxtasis.

Cuatro cirios custodiaban a Felipe el Hermoso, amortajado con un jubón de brocado carmesí rematado de armiño, y calzados sus piernas y pies con medias rojas y botas altas al estilo flamenco, al tiempo que miembros de la guardia real, revestidos de malla, custodiaban firmes y apoyados en sus espadas el catafalco. Ella, Juana, estaba convencida de que aquel joven alto y rubio, brillante galán y

rey altanero, iba de un momento a otro a alzarse del túmulo y tomarla de la mano para iniciar un paso de baile. Solo la pedrería del rico crucifijo que descansaba sobre su pecho despedía fantasmagóricos reflejos de muerte en medio del pavoroso silencio de la sala donde los cirios chisporroteaban en medio de la noche.

15. Un avispero en Castilla

La víspera de la muerte de Felipe el Hermoso los nobles ya andaban soliviantados merodeando en torno a la Casa del Cordón. Los flamencos y partidarios de don Felipe, porque veían amenazadas sus prebendas; los de don Fernando, porque abrigaban nuevas esperanzas. Todos, como aves de rapiña, revoloteaban en torno al que todavía no era cadáver. Particularmente don Juan Manuel que, con tal de evitar que regresara don Fernando, urdía ingenuamente hilos para hacer bailar al emperador Maximiliano en la zambra española.

—¡Fray Francisco —acudí enseguida a Cisneros—, los nobles requieren vuestra presencia como canciller de Castilla!

El arzobispo bajó las escaleras sin prisa, con su habitual aplomo. En el patio de los arcos se encontraban el condestable de Castilla, el almirante Enríquez, los duques del Infantado, el de Alba y el de Nájera, el marqués de Villena, el de Denia, el conde de Benavente y don Juan Manuel. Ya el 24 de septiembre celebraron una reunión de urgencia, convocados por Cisneros, «para la buena gobernación, pacificación y sosiego de estos reinos».

Caballeros de tendencias tan opuestas compartían la tesis de que doña Juana estaba incapacitada para gobernar. Diferían en cambio en traer al viejo don Fernando de Nápoles. Más que ninguno el conde de Benavente.

—¡Qué extraña solución, señores! —balbució el conde con voz airada y temblorosa—. ¿Pretendéis volver a llamar al que habéis expulsado del reino? ¿Creéis que vendrá después de cuanto le hemos hecho como amigo o enemigo? ¡Ese virtuoso del disimulo nos adulará primero para acabar luego con todos nosotros! Si así lo decidís, vestiré ahora mismo mi mejor armadura y tendrán que arrancármela antes de que el rey de Aragón regrese a Castilla.

Cisneros escuchaba atentamente con la barbilla apoyada en el codo desde su sitial de presidente. «Si me inclino por uno u otro bando, perderé toda mi eficacia de mediador», pensaba. Una vez expuestas todas las posturas, dijo con voz grave y serena:

—Convenceos, caballeros, para elegir regente, debemos evitar los extremos, tanto amigos como enemigos. ¿No hay en toda Castilla alguien que pueda gobernar con moderación y para el bien común de un modo neutral? Escojamos a un hombre cuya bondad, valor y prudencia le hagan merecedor de tal cargo. Por mi parte, apoyaré al que elijáis, os lo aseguro.

Con aquellas palabras el arzobispo se ganó la asamblea e incluso evitó una

posible guerra civil. En un primer momento, el duque de Nájera y el condestable ayudarían a Cisneros en la transición. Un pregonero publicó en la plaza de Burgos un edicto por el que se castigaría de forma contundente el uso de armas en las calles de la ciudad y hasta con la muerte cualquier derramamiento de sangre.

Acto seguido, mi señor dispuso el orden y concierto de los funerales. Tras ser públicamente expuesto el cadáver, fue amortajado e introducido en un doble ataúd de madera y plomo, una vez extraído su corazón, que el difunto rey había donado a Flandes, a donde fue enviado en una arqueta sellada.

Minutos después me llamó para que avisara a Vallejo. Juan Vallejo era uno de sus hombres de confianza, criado de su casa desde los años de juventud. Quería dictarle en secreto una carta dirigida a don Fernando para rogarle, que, si no había partido aún para Italia, volviera cuanto antes a Castilla. He aquí uno de sus principales párrafos:

No mirando a las cosas pasadas y pasiones de los grandes, que vistas y pospuestas todas las cosas, su alteza viniese, lo más brevemente que ser pudiese, a gobernar los reinos de Castilla y ampararlos, porque otro que su alteza, después de Dios, no es bastante para poner remedio a tan grandísima pérdida y desventura, y que entretanto yo entretendría a todos los grandes de Castilla y le haría estos reinos tan llanos y para su servicio como los tuvo su alteza la mayor prosperidad que estuvo en ellos.

¿Y doña Juana? Ni la nombra. Como si no existiera, como si de pronto careciera de derechos dinásticos. Se saltó toda legalidad y tomó esta decisión basada en su personal prestigio.

—Entregad esa carta —me ordenó— a don Luis Ferrer, embajador de don Fernando en la corte de la reina doña Juana, para que se la expida cuanto antes.

El correo no llegó a tiempo. El rey aragonés ya había embarcado hacia Italia. No la recibió por tanto hasta el 6 de octubre en Portofino, cerca de Génova. Don Fernando contestó cuando pudo rogando al arzobispo administrara los asuntos del Estado como mejor pudiera. Regresaría tan pronto solucionara los asuntos de Nápoles. Estaba claro que no tenía prisa en regresar. Esperar era uno de sus subterfugios preferidos. Que se pelearan los nobles entre sí, si así les placía, para que a la postre solicitaran su regreso.

En efecto, los grandes de Castilla estuvieron a punto de tirarse de las barbas en sucesivas reuniones, pues ya no estaban ni siquiera de acuerdo en la regencia de Cisneros. El prelado tuvo que emplear sus mejores dotes de prudencia y persuasión para evitar un duelo entre el condestable y el duque de Nájera.

Las reuniones en la residencia del arzobispo resultaban interminables con grandes esfuerzos de fray Francisco por ejercer su arbitraje. Un buen día, la jornada se prolongó desde las cuatro de la tarde hasta las once de la noche sin descanso ni para probar bocado. Cisneros escuchaba el encarnizado debate imperturbable desde su sede. A medianoche entró un mayordomo y le dijo al oído al arzobispo:

—Señoría, la cena que tenemos preparada es solo carne, y como ya es viernes, ¿qué hacemos?

—Sirve ahora la cena —contestó Cisneros con media sonrisa—. Seguro que no pueden ser más de las once.

¡Cuánto había cambiado mi señor de sus tiempos recios de Granada para servirse ahora con tanta flexibilidad de la epiqueya! La gravedad de los asuntos de Estado era suficiente como para saltarse una norma disciplinar de la Iglesia, la de no comer carne en viernes, penada bajo pecado. Finalmente, no sin oposiciones, se preparó un decreto de regencia, que debía firmar la reina.

Pero una de las manías de la soberana, que adoptaría insistentemente en adelante, era negarse a firmar papel alguno. Cuando el arzobispo iba a visitarla, la encontraba rodeada de músicos flamencos deleitándola con trovas de tiempos más felices, el único solaz que en su persistente duelo se permitía doña Juana.

—¡Es urgente, señora, que firméis, por el bien de vuestros reinos! Hemos de ocupar las vacantes.

—¿Quién os manda mezclaros en mis asuntos? ¡Marchaos! —respondía Juana, con actitud mohína.

—No podéis hacer dejación de vuestras obligaciones, alteza.

—Lo único que me importa es rezar por mi marido, arzobispo. ¡Dejadme en paz! Mi padre volverá pronto y se encargará de todo.

La administración y los nombramientos estaban paralizados, con la negativa de la reina a rubricar. Numerosas sedes y administraciones permanecían a la espera de sustitutos. La viuda tenía a toda la corte desconcertada. Tampoco quería la soberana convocar las Cortes, a las que tenía tirria palmaria. Hasta que de pronto, el 19 de diciembre de aquel agitado 1506, en un momento de lucidez, llamó al secretario Juan López de Lazárraga:

—Redactad una provisión real —ordenó con voz autoritaria— y remitidla a la Cancillería y al Consejo Real revocando todas las mercedes otorgadas por el rey don Felipe. Mantened solo los puestos de seguridad en castillos y fortalezas.

De esta manera desplomaba de su peana al poderoso don Juan Manuel, el duque de Nájera, al marqués de Villena y al conde de Benavente, que estaban sembrando la anarquía y el pillaje en el reino. La legalidad quedaba en manos de una comisión del Consejo Real. Unas medidas que probablemente le había

aconsejado a doña Juana tiempo atrás el propio Cisneros.

Ella, a continuación, mandó cerrar las contraventanas y, apoyada la mejilla en la mano, se quedó inmóvil sumida en la oscuridad. Las damas de honor acabaron por tenerle miedo, pues, después de la muerte de su marido, había cobrado odio a todas las mujeres. Hasta que el día de Todos los Santos llamó a sus servidores. Ya era de noche, después de vísperas.

—Ensilladme un caballo. Quiero ir a la cartuja de Miraflores a visitar a don Felipe.

—Alteza, es muy tarde para salir —le insinuó su capellán.

—¡Obedeced mis órdenes! Quiero abrir la tumba, no sea que los flamencos se hayan llevado a mi esposo a Flandes.

Como su entorno se lo impedía, aprovechó un descuido y, envuelta en un manto, se puso en camino en compañía de dos clérigos. Uno de ellos era un cartujo que debía de estar tan sin seso como ella, pues para congraciársela le aseguraba que quizás su marido podía volver a la vida, como sucedió a cierto príncipe que salió de la tumba después de días enterrado. Sin duda que más que demente el tal cartujo era un pícaro deseoso de obtener favores de la reina.

Cuando llegó a Miraflores, la reina ordenó a los cartujos:

—¡Abrid la tumba!

Los monjes obedecieron entre temerosos y boquiabiertos. La reina se arrodilló y sin derramar una lágrima se quedó largo rato contemplando los restos de Felipe. Luego ordenó que cerraran el ataúd y sin pronunciar palabra regresó a Burgos acompañada de los dos clérigos.

Mientras, don Fernando intentaba congraciarse a algunos grandes de Castilla mediante cartas, en las que les aseguraba que nunca había olvidado su lealtad en los tiempos en que junto a doña Isabel habían realizado juntos grandes gestas. Sus mensajes lisonjeros arribaron también a las ciudades más importantes de Castilla con el fin de ir preparando su regreso. Cisneros tampoco perdía el tiempo. Intentaba ablandar voluntades y mover a la reconciliación al condestable y al almirante. Me mandó llamar a los nobles uno a uno.

—No temáis al regreso del rey —les decía—. No viene a vengarse, sino por los intereses de estos reinos. Olvidad lo pasado y recibamos al Rey Católico de nuevo por el bien de todos.

—Por mi parte —respondió el rebelde duque de Nájera—, recibiré al rey de Aragón, y si el condestable no fuera yerno suyo, a ninguno escogería para rey o gobernador de Castilla.

—¿Qué os puedo decir? —declaró a Cisneros el de Villena, el que más odiaba a Fernando—. Nada haré en contra de su vuelta, con tal de que respete mis derechos y no se deje gobernar por el duque de Alba.

—Si nombra a un hijo mío obispo de Plasencia, bienvenido sea —accedió por su parte el duque del Infantado.

En medio de tan prolija tarea de negociación y apaciguamiento de grandes y ricos hombres, la reina no dejaba de recibir visitas inoportunas. Los enviados del emperador Maximiliano llamaban también a sus puertas, por no decir prisión.

—Si vuestro padre regresa, el emperador piensa que vuestro reino quedará arruinado, y vos tendréis que soportar a doña Germana.

Todo eso desquiciaba más a doña Juana, que, saturada en su encierro y embarazada de Felipe, mandó llamar a Cisneros.

—¡Quiero marcharme, arzobispo! —dijo, desencajada—. Ya no puedo soportar más tiempo en esta ciudad donde mi esposo ha muerto.

El regente ofreció una solución intermedia:

—Si os place, señora, buscaremos a un noble que os acoja en su castillo.

La reina dio la callada por respuesta, y el 20 de diciembre se dirigió en plena noche a la cartuja de Miraflores. Vestida con un traje de lana negra de largas mangas que cubrían sus manos, y rodeada de servidores con antorchas encendidas, el siniestro cortejo salió de Burgos, seguido del nuncio apostólico, los embajadores del emperador y algunos obispos y clérigos. Llegados al monasterio dijo la reina:

—¡Desenterrad el cuerpo de mi esposo!

—¿Para qué? —preguntó el obispo de Burgos.

—Quiero llevármelo conmigo en mi viaje.

—Señora, perdonad, pero eso no es posible. Es contrario a los cánones de la Santa Iglesia e incluso a las últimas voluntades de don Felipe —respondió el prelado.

Doña Juana, fuera de sí, empezó a gritar:

—¡Os juro que si no me obedecéis, me vengaré de vos! ¡Abrid de una vez esa tumba!

Los rostros de los asistentes amarilleaban de asombro a la luz vacilante de las candelas. Temiendo males mayores, sobre todo que la reina, muy avanzada en su embarazo, sufriera algún percance, el obispo y los cortesanos accedieron.

—¡Testificad todos que este es el cuerpo de mi marido! —exclamó doña Juana, una vez abierto el ataúd.

Pasaron clérigos y cortesanos ante el túmulo y no osaron declarar lo contrario. Mi amigo Pedro Mártir, que presencié de cerca la macabra escena, me confesaría luego que solo pudo ver una forma humana envuelta en un lienzo, imposible ya de identificar. Juana se quedó extática durante largo tiempo contemplándolo. Luego mandó cerrar el ataúd de plomo y madera y cubrirlo con tapices de seda y paño de oro. A continuación, fue transportado a un carro

fúnebre que aguardaba en la puerta con un tiro de cuatro caballos negros.

La reina dispuso emprender el viaje aquella misma noche hacia Valladolid. Y puso una condición:

—Viajaremos siempre de noche, pues una viuda que ha perdido el sol de su alma no debe exponerse a la luz del día.

Por esta razón fue necesario detenerse cada amanecer, con lo que tardaron dos días en llegar a Torquemada, que se encuentra a mitad de camino entre Burgos y Valladolid. El fúnebre cortejo despertaba la curiosidad de aldeas y alquerías por donde pasaba, enlutando aquellos días de Navidad de desolación tristeza, pues fueron noches sin estrellas, heladoras, azotadas por viento y lluvia que encharcaban los caminos. De lejos se vislumbraba un serpear de luciérnagas que avanzaba en la tiniebla entre plegarias y cantos fúnebres.

—¡Es la reina, que lleva el cadáver don Felipe! —comentaban los lugareños que acudían a verla caminar o avanzar en silla de manos, pálida y afligida tras el féretro.

En cada iglesia se celebraban exequias como si acabara de morir, y al despuntar el día lo cercaba de nuevo la guardia porque la reina temía que se lo hurtasen. Cerca de Torquemada llegaron a un convento de monjas. Pero al tratarse de mujeres, doña Juana tuvo otro ataque de celos, por lo que dio orden de que sacaran el féretro inmediatamente al campo, donde pasó todo el santo día aterida al aire libre. En medio del frío y el viento pedía una y otra vez que se abriera el sarcófago, ante el que se arrodillaba hasta la noche mientras a duras penas sus servidores lograban mantener las antorchas encendidas.

Ya estaba mediado enero, cuando, en Torquemada, a la reina le sobrevinieron los dolores de parto. Dio a luz a una niña a la que mi señor, que se había unido a la fuga de la soberana, bautizó con el nombre de Catalina, una princesa que no tuvo en su nacimiento ni honras ni fiestas y que viviría su infancia sepultada en vida con su madre hasta que andando el tiempo se convirtiera en reina de Portugal. La madre, que mejoró algo con el parto, se negó a que la amamantaran las nodrizas, y la alimentaba a sus propios pechos, lo que despertó críticas en la corte, aunque Cisneros le alabó el gesto.

La situación en Castilla seguía muy tensa. Las noticias ensombrecían aún más aquellas luctuosas jornadas.

—Toledo está revuelto con los levantamientos de los Silvas. Don Juan Manuel y otros felipistas han huido del reino. Dicen que pretenden acudir a Maximiliano. El duque de Medina Sidonia ha puesto sitio a Gibraltar, para recuperar la plaza que le había concedido Enrique IV y arrebatado los Reyes Católicos. El conde de Lemos se ha apoderado de Ponferrada.

—Hemos de formar una pequeña tropa —reaccionó Cisneros— para abortar

cualquier alboroto. Ya se lo aconsejé a don Fernando en Toro y no me hizo caso.

—¿De dónde sacaremos dinero? Vuestra señoría reverendísima se ha negado a recibir sueldo por su regencia.

—Lo sacaremos de nuestros fondos de Toledo, amigo Francisco. Hay que comprar armas: coseletes, picas, alabardas, escopetas, pólvora...

—¿Dónde?

—Me han dicho que en Vizcaya hay buena fábrica de armamento.

Aprovechó Cisneros aquel viaje para hacer una visita fugaz al pueblo que llevaba su nombre, cuna de sus antepasados. Allí fue recibido por su sobrina María, hija de García Jiménez, que lo llevó en procesión hacia su castillo, lo que aprovechó el arzobispo para obsequiar a la villa con algunos privilegios municipales. Cuando regresó a Torquemada, la peste, que asolaba por entonces aquellas tierras, había obligado al cortejo de la reina a reemprender el viaje.

Cerca de Hornillos, doña Juana divisó una pequeña vivienda rural entre los árboles que la cautivó.

—¡Quedémonos aquí!

—Señora, nos urge seguir hasta Palencia.

—No, que no es digno de una viuda vivir en grandes ciudades ni en casas lujosas.

Nadie consiguió doblegar su terquedad, por lo que el cortejo hubo de permanecer algún tiempo en Hornillos. Pero, como la casa era demasiado pequeña para albergar al séquito, se construyeron cabañas en los alrededores con este fin.

Finalmente llegó la noticia de que don Fernando había desembarcado en Valencia con su esposa doña Germana el 20 de julio. Al saberlo, la reina no ocultó su contento de encontrarse con su padre y le esperó en Hornillos. De pronto escuchó un grito.

—¡Fuego! ¡La capilla está ardiendo!

Juana salió despavorida pensando que estuvieran quemándose los restos de su esposo. No fue así. Pero el incidente desquició aún más a la viuda que dispuso:

—De ahora en adelante, don Felipe descansará en mi alcoba.

La reina y su corte se habían trasladado a Tórtoles, a orillas del Esgueva. Cuando llegó don Fernando, un mes más tarde, la escena del encuentro de padre e hija no pudo ser más patética. Hacía cuatro años que no se habían visto. Él no pudo contener las lágrimas al ver a Juana tan pálida y convertida en una sombra fantasmagórica, envuelta en negra y tosca saya. Después de escuchar una sarta de incoherencias, en presencia de Cisneros, le preguntó:

—Hija mía, ¿adónde queréis dirigiros con vuestra corte?

—Las hijas deben obediencia a sus padres —respondió la reina.

—Ahora vos sois reina y señora de vuestras tierras. No obstante, una cosa os pido: cesad en vuestro peregrinar. ¿Por qué no tomáis por residencia el castillo de Tordesillas? Allí, en el contiguo monasterio de Santa Clara, puede descansar muy bien vuestro marido. Incluso podréis verlo desde la ventana y rezar por él si así os place.

Hacia allá se encaminó, después de vivir algún tiempo en Arcos, con los queridos despojos del otrora hermoso don Felipe para vivir encarcelada de por vida la legítima reina de Castilla en un lúgubre palacio construido en el siglo xv. Para cogerla por sorpresa fue secuestrada a las tres de la mañana y conducida a Tordesillas donde fue puesta bajo custodia de un hombre de confianza, el aragonés mosén Luis Ferrer. Desde luego que desde su juventud la princesa Juana había demostrado tanto en España como en Flandes muestras de escasa salud mental. Pero cabe preguntarse si no la volvieron más loca entre todos los que pretendían gobernar sus reinos. Especialmente su ambicioso e intrigante padre don Fernando, que había rechazado insistentemente las pretensiones de Enrique VII, quién había mostrado deseos de casarse con doña Juana.

Fernando se dispuso acto seguido a restablecer el orden en el reino. Los más comprometidos con Felipe el Hermoso pusieron pies en polvorosa para quitarse de en medio en pos de don Juan Manuel, e intrigaban en Flandes para hacerse otra vez con el poder. Contra los enemigos que quedaban en España descargó el aragonés su venganza con expediciones de castigo y multas millonarias, como los veinte millones de maravedíes que impuso al marqués de Priego. Asaltó igualmente la andaluza ciudad de Niebla, propiedad del duque de Medina Sidonia.

Con Cisneros el astuto y recién llegado rey no pudo ser más generoso. Tras otra carta de insistencia, en Roma logró obtener para él el capelo cardenalicio con el nombre de Santa Balbina. No puedo negar que en parte también se debió a mis gestiones para que Almazán apoyara la iniciativa en Roma, ni tampoco que aquello favorecería mis intereses de obtener un nombramiento episcopal. Desde entonces se le llamará «el cardenal de España». Así firmará incluso algunas cartas.

Fray Francisco, madurado por los años, no se negó al menos en lo externo al nuevo protocolo. En ocasiones, vestirá la púrpura sobre el pardo sayal, aunque su bonete era habitualmente negro, como la capilla que le caía sobre los hombros, mangas anchas, jubón con guantes y el anillo cardenalicio de oro y piedras preciosas con que sellar las cartas. Apareció en su casa una nueva pléyade de mayordomos, secretarios, tesoreros, maestresalas, limosneros, cantores, cocineros, caballerizos, pajes, hasta treinta y siete nuevos servidores.

El nuevo maestresala se ocupaba de preparar exquisitas comidas que apenas probaba. Junto a su mula le rodeaban palafreneros con sus insignias en mazas y bastones y el portador de la cruz. Abría la procesión el repostero portador de la valija al que seguían los familiares y clérigos de la casa cardenalicia.

Aquel mismo año de 1507 recibí otro nombramiento, el de inquisidor general de Castilla y León, en sustitución de Diego de Deza, arzobispo de Sevilla. De esta manera, mi señor se vio reforzado con cargos de suma confianza para el gobierno y recompensado por su eficaz mediación.

No puedo negar que yo estaba entusiasmado con el ascenso de mi amigo y mentor. Mis cartas de aquellos años así lo delatan, llenas de entusiasmo y quizás de exageraciones sobre la buena situación del reino.

—¡No es para tanto, Ruiz! —me decían los amigos—. Os engaña vuestra amistad. Los nobles siguen divididos y le queda una larga tarea al nuevo regente. Lo último que pretenden es apoderarse de su hijo, el niño don Fernando, o apoyar a Maximiliano que quiere enviar de Flandes a don Carlos para manejarlo según sus intereses. Os ciega el cariño.

Quizás me convertí en portavoz de buenas nuevas y demasiado optimismo, y que en ello también posiblemente me espoleaba la ambición de alcanzar algún provecho de mi compañero de fatigas, puesto que nunca le había abandonado desde que era un imberbe niño de coro cuando mendigaba a su lado. De lo que sin duda soy testigo es de que ninguno de esos honores acababa por enorgullecer a Cisneros, que seguía sin prodigarse en palabras, sucinto en las audiencias y parco y austero en todo, desde luego mucho más santo y temperado que yo. Aunque en esta nueva etapa emergía en él una faceta que iría a la par desde entonces con su celo apostólico, su extraña afición a la pólvora y las gestas armadas. ¡Quién sabe si esa inclinación la heredó de su protector y amigo, el inolvidable cardenal Mendoza! De este modo, el hombre que quemó años de juventud en la cárcel y se enamoró de la vida eremítica, alcanzaba cotas insospechadas de poder, que parecían no afectarle en su interior, igual que el oro de los ornamentos y la púrpura no rozaba su piel, siempre protegida por el áspero sayal franciscano.

16. Morir en Granada, vencer en Orán

Cuando el sol amanece para un hombre, las tinieblas ensombrecen la vida de otro, y paradójicamente la noche oscura llega precisamente para el más humilde y olvidado de ambos. Mientras el cardenal Cisneros, en el cenit de su gloria, había alcanzado no solo el poder y los favores del rey aragonés, tras el breve e infeliz reinado de Felipe el Hermoso, el octogenario y bondadoso arzobispo de Granada, el «alfaquí cristiano», sufría el rechazo y la humillación más tenebrosa de su vida.

Algo que no hubiera consentido nunca su querida doña Isabel. Al conocer la muerte de esta, fray Hernando de Talavera enfermó y perdió el sueño. Había recibido los restos de la Reina Católica en Granada entre clarines y maceros, grandes y nobles, ballesteros de la Alhambra y lanceros a caballo enhiestas sus picas y partesanas. La calle Elvira, la plaza Nueva, la cuesta de Cuchilleros vieron desfilar un luctuoso cortejo bien distinto de aquella triunfante entrada tras la Reconquista. Esta vez el viejo arzobispo era tan pobre que tuvo que alquilar una flaca y vieja mula para poder asistir a la solemne ocasión.

Todo empezó con las revueltas que se levantaban en Córdoba contra la Inquisición y más en concreto contra el inquisidor Diego Rodríguez de Lucero, al que la gente con ironía denominaba Tenebrero, taimado subalterno del dominico Diego de Deza. El inquisidor general estaba rabioso porque Talavera, de acuerdo con la reina Isabel, no había permitido que se implantara en Granada la Inquisición. Y es que fray Hernando nunca había visto con buenos ojos este tribunal, y menos aún para una diócesis como la suya, que él consideraba tierra de misión. Bastante tenían los musulmanes con la imposición de la fe cristiana para encima ser pesquisados y reprimidos por inquisidores. El feroz Lucero, según datos de las autoridades cordobesas, mantenía en prisión a cuatrocientos inocentes y siempre con el deseo de llevarlos a la pira. Más de ciento cincuenta ardieron en sendos autos de fe de 1504 y 1505. No contentos con los problemas que tenían en Córdoba, los inquisidores husmearon herejías de altos vuelos en Granada.

—¡El arzobispo Talavera judaíza! Es más, sabemos de buena fuente que en su casa los herejes practican ritos abominables de Leví. No solo el arzobispo ha impedido el establecimiento de la Inquisición, trata íntimamente con moros y judíos, celebra los oficios en lengua vernácula, ha traducido los himnos y oraciones al árabe. ¡Es urgente acusarle y procesarle! —decidió Lucero.

Por vez primera el Santo Tribunal se enfrentaba nada menos que con un arzobispo, aunque, dada su jerarquía, no se atrevieron materialmente a ponerle la mano encima. Lo hicieron donde más le dolía, metiendo en prisión a su hermana, María Suárez; a su sobrino, Francisco Herrera, deán de Granada; a tres sobrinos más y otros familiares y criados.

Dada la gravedad del asunto, los inquisidores de Córdoba habían consultado antes con su jefe, Diego de Deza, arzobispo de Sevilla, y tras los primeros interrogatorios se lo comunicaron por carta también a Fernando el Católico, entonces en Italia. Fernando, para desembarazarse de ese nuevo engorro, del que ya habían llegado noticias a Roma, creyó demasiado pronto a los inquisidores, «porque sería escandalizar mucho al pueblo de Granada, que son nuevamente convertidos de moro a la fe», intentado así echar cuanto antes tierra sobre el asunto.

Ante tamaña injuria, el cabildo de Granada y muchos amigos de Talavera se apresuraron a reaccionar en su defensa. Los informes enviados al papa, al que pedían que personalmente se hiciera cargo del caso, eran verdaderos panegíricos en loor de la santidad del arzobispo.

—¡Escribid vos mismos a su santidad! —le aconsejaron.

Así lo hizo en medio de su noche oscura, el canoso y derrotado fray Hernando, contándole a Julio II cómo desde niño había llevado en sus entrañas a Jesucristo y cómo, a pesar de su vida inocente, algunos envidiosos le habían difamado con falsos testimonios y calumnias, ensañándose con sus familiares, a los que los inquisidores habían sometido a tortura y vida durísima para sonsacarles cuanto pretendían.

El papa reinante, Julio II, Giuliano della Rovere, sobrino de Sixto V, era el peor enemigo que habían tenido los Borja, o Borgia, en Roma; había sucedido en el solio pontificio a su vez al anciano Piccolomini, Pío III, el papa humanista, que falleció en 1503. Julio II se parecía más a un soberano déspota que a un pastor. Guerrero, buen estratega y político, poseía un carácter maquinador y absolutista. Pero se llevó bastante bien con Cisneros por la política del «toma y daca» de privilegios, nombramientos y beneficios. Por ejemplo, mi señor recibió nuevos apoyos para llevar adelante su sueño complutense.

En el caso de Talavera, Julio II estaba convencido de que el barbudo y achacoso arzobispo era tan inocente como un cordero, pero actuó con diplomacia. Encomendó al nuevo nuncio en España que recabara información y averiguara si era verdad cuanto expresaba el arzobispo. Este, añorando sus días con los Reyes Católicos, le escribió a don Fernando, echándole en cara que en tal aprieto lo hubiera abandonado: «Porque no sé cómo lo tengo tan metido en mis huesos, que no lo ha tocado ni el agua ni el viento pasado, cansado y levantado

contra mí y como tantos y tales por negligencia de mi rey y mi señor, mi hijo y mi ángel, el rey don Fernando, y digo por negligencia, porque no puedo acabar conmigo, ni contra ningún extraño ni menos contra mí, aunque los que abren la boca dicen lo contrario».

Rodríguez de Lucero no cejaba sin embargo y afilaba su vengativa nariz para pesquisar nuevas herejías en Granada. Uno de sus esbirros corrió a informarle.

—Don Diego, acabamos de descubrir un brote milenarista en casa del jurado Juan de Córdoba. Allí se ha celebrado una reunión secreta en la que una esclava musulmana convertida al judaísmo ha sido consagrada como profetisa. Aseguran que las propias hijas del jurado también fueron investidas como tales. ¡Van a anunciar de un momento a otro la próxima llegada al mundo del profeta Elías!

Al siniestro Lucero le brillaron los ojos como ascuas.

—¡Esto clama al cielo! —gritó, dando un puñetazo sobre la mesa—. Acaban de anunciarme que en Córdoba se han descubierto sinagogas clandestinas en casa del bachiller Membrequé. Y de aquí y de allá me dicen que se profanan imágenes y se comenten sacrilegios contra crucifijos y hostias consagradas. ¡Hay que actuar de inmediato! ¡Así que, adelante! Contamos con la anuencia del rey don Fernando.

Quienes conocíamos a los represaliados sabíamos que muchos de ellos habían sido enemigos del Rey Católico. Por tanto, latía algo más que un vindicador celo religioso en aquellas acusaciones. También que durante sus años de confesor e influyente consejero de doña Isabel, Hernando de Talavera había rebajado muchos privilegios a la nobleza. Era la hora de vengarse y arremeter con el caído, un odio muy frecuente por otra parte en el enrarecido y envidioso ambiente de claustros y sacristías.

A pesar de todo, hasta la reina Juana había llamado a Deza a Toro para pedirle cuentas de su actuación. Así fue como el gran inquisidor, gran enemigo de Cisneros, fue desautorizado en un careo con el consejo y quedaron los casos pendientes en manos de los ocho miembros del mismo. Mientras, Talavera no salía de su noche oscura, porque su proceso se retrasaba *sine die*, y se quejaba de nuevo al Rey Católico por su desidia y desinterés, «porque no veo obra alguna que dé esperanza de remedio».

Entretanto, el pueblo de Córdoba ya no podía más y se soliviantó contra Lucero, que incluso llegó a sufrir ataques físicos. Las piedras empezaron a llover sobre su cabeza cuando salía de casa, por lo que apenas se atrevía a andar la calle, ni siquiera escoltado. Se recluyó, pues, en la prisión del Santo Oficio, luego conocido como el alcázar cristiano de la capital cordobesa. El marqués de Priego y otros notables como Pedro Mártir de Anglería, miembro del Consejo de Indias y cronista del reino, dirigieron cartas indignadas al inquisidor general

Diego de Deza y accedieron a la corte del rey Fernando pidiendo la destitución del inquisidor Lucero por su continua crueldad. Apelaron incluso a Julio II. Pero en esta ocasión fue el propio rey Fernando quien defendió a Diego de Deza, a Lucero y a sus secuaces. A Córdoba llegó la noticia de que don Fernando había enviado dos cartas al papa Julio II, pidiéndole que no diese crédito a las quejas de la población, arguyendo que los reos habían sido juzgados con arreglo a la ley.

La saturación y hartazgo rebosó la noche del 9 de noviembre de 1506. El pueblo, arropado por los nobles, asaltó la cárcel inquisitorial dejando libres a cuatrocientos presos, mientras apresaban como rehenes a un fiscal y a un notario de la Inquisición. Todos los cordobeses menores de sesenta años tomaron parte en el asalto. Las flameantes antorchas rivalizaron con las estrellas en la limpia noche cordobesa.

—¿Dónde está el Tenebrero? —gritaron desaforados los asaltantes mientras arrasaban el interior del edificio—. ¡Apresémoslo vivo! ¡Que muera a sangre y fuego ese verdugo, como sus víctimas!

Pero fue inútil. Lucero, alertado del asalto, huyó por la puerta trasera a lomos de una mula por el camino del río Guadalquivir.

Todos estos hechos, sumados a una carta de protesta escrita por don Gonzalo de Ayora, a la sazón capitán general y cronista, dirigida al secretario personal del rey, quejándose amargamente de los desmanes, agravios e injusticias cometidas, culminaron por fin, no solo con la destitución de Diego Rodríguez de Lucero, sino también con el cese de Diego de Deza como inquisidor general. Gran escándalo, por ver sentado por primera vez en el banquillo de los acusados en la historia de la Inquisición a su máximo representante. No obstante y pese a todo, Rodríguez de Lucero, tras ser apresado y juzgado, logró salir absuelto del proceso, y regresó libre poco después a Sevilla y Almería, donde siguió viviendo a sus anchas con sus mancebas, gracias al influjo de sus poderosas amistades.

Finalmente, Julio II dio sentencia absolutoria, convencido de la inocencia del arzobispo de Granada y fueron puestos en libertad sus familiares. Pero esta libertad llegó demasiado tarde para el anciano.

Iba descalzo y destocado, «sin bonete ni zapatos», bajo el sol de Granada por calles recién regadas para la procesión de la Ascensión, el 13 de mayo, cuando se apoderó de él una fiebre tan violenta, que al día siguiente acabó con su vida. El médico «halló un tumor del tamaño de una bellota que tenía en la ingle». Habían transcurrido quince días solamente de la fecha en que habían sido puestos en libertad sus familiares. A juzgar por las palabras del acta notarial, levantada ante su lecho en los últimos momentos de su vida, el mismo 14 de mayo, en que suplica Talavera a los reyes, al consejo y a todos los grandes y

prelados, que defendieran la honra de Dios y la suya y «no quede así abatida en grande escándalo y vituperio de nuestra santa fe católica», el dolor de la incertidumbre de la sentencia le sirvió de puntilla.

Talavera murió pobre, encima de una esterilla, sobre la que él mismo quiso descansar besando el crucifijo. Como no dejó nada a sus sirvientes y familiares, estos tuvieron que acudir a la caridad del obispo de Málaga. Así moría el confesor y hombre de confianza, responsable de la Hacienda, impulsor del descubrimiento y amigo de doña Isabel, una especie de antagonista de Cisneros, al menos en la bondad; aunque es evidente que coincidían también, en contra de lo que se dice, en muchas cosas de fe y que fray Francisco posiblemente intercediera a su favor.

Sus amigos lo parangonaron con los grandes santos de la Iglesia, y el pueblo entero se volcó en sus exequias y en difundir sus virtudes. Sin duda, muchos factores contribuyeron a echar tierra sobre su figura. Pero Granada entera lo lloró, la Granada cristiana y la mora. Las calles sinuosas y los jardines secretos añorarían el paso leve de aquel hombre manso de barba blanca, cuyos gestos albergaban un misterioso sabor a autenticidad y evangelio, y que prefería convencer y respetar a imponer y fustigar a fieles e infieles, en tiempos difíciles en los que la fe se imponía en Castilla a sangre y fuego. Si Boabdil había derramado lágrimas por Granada, fue Granada, con un largo *quejío* de copla gitana y mora, la que lloró sinceramente a Hernando de Talavera.

De esta manera y con los ánimos exaltados en Córdoba, don Fernando tomó la decisión de dar todo el poder eclesiástico a su «socio» de los últimos tiempos, que le había apoyado ante Felipe el Hermoso, Jiménez de Cisneros, elevándolo, como ya he narrado, al cargo de inquisidor general y al cardenalato.

El aragonés seguía urdiendo su hábil red de recuperación del poder a base de mano tendida y represalias, cuando venían al caso, como hizo contra el marqués de Priego, sobrino del Gran Capitán al que nunca quiso otorgarle, aunque se lo había prometido, el maestrazgo de Santiago y marchó contra él al frente de sus tropas hasta someterle y luego ordenar que se demoliera el vetusto castillo de Montilla, donde había nacido el Gran Capitán. Don Gonzalo Fernández de Córdoba se retiró a la ciudad de Loja, donde habría de morir completamente olvidado años después.

Me contaron que don Fernando dijo un día a un cortesano de los que se habían alineado contra él:

—¿Quién hubiera pensado que abandonaseis a vuestro viejo rey por uno tan joven y sin experiencia?

—¿No es lo contrario? —respondió el aludido—. ¿Quién hubiera pensado que mi señor más viejo iba a sobrevivir al más joven?

El hecho fue que, regresado don Fernando, se encargó de la regencia hasta que el príncipe Carlos, que seguía educándose en Flandes, fuera capaz de reinar, por lo que Cisneros, tras unos meses acompañándolo, pudo regresar a Toledo y Alcalá para proseguir fraguando sus sueños, por no decir obsesiones, mientras continuaba en sus actividades habituales de pacificar el cabildo y consolidar la reforma franciscana.

Quiero señalar al llegar a este punto que fray Francisco, después de sus últimas experiencias, había evolucionado. Sin enorgullecerse por sus éxitos y nuevos cargos, creo que le había enganchado cierto gusto al mando y en su lúcida ancianidad estaba empeñado a culminar sus deseadas empresas. Yo lo veía más reflexivo, más moderado, si cabe, y menos radical que aquel otro Cisneros que huía de cargos y quemara los Alcoranes en Granada. Había madurado, consciente del bien que a su entender podía realizar con el poder que tenía ahora en sus manos.

El colegio de San Ildefonso y su complejo universitario comenzaban a cobrar forma. En el curso 1509-1510 iban arrancar su feliz trayectoria humanística cinco facultades: Artes y Filosofía, Teología, Derecho canónico, Letras y Medicina, aunque eso sí, concediendo a la Teología la mayor importancia, pues todas las demás disciplinas deberían estar al servicio de esta, especialmente el estudio de las ciencias bíblicas.

Al mismo tiempo, impregnaba su cargo de inquisidor de un nuevo estilo más moderado. Por ejemplo, recordamos la actitud del humanista Antonio de Nebrija en el tema de la Biblia Políglota. Pues bien, este había publicado un par de comentarios muy críticos con la traducción de la Vulgata, que Deza había mandado recoger, sobre todo para evitar que siguiera escribiendo. Humillado el gramático por la Universidad de Salamanca, el cardenal le ofreció la cátedra de Retórica de Alcalá, con un salario más pingüe de lo normal.

—Os lo ofrezco para que enseñéis o no enseñéis, como queráis. No os lo mando como trabajo, sino para pagaros lo que España os debe.

Recuerdo que Nebrija vivía en Alcalá cerca de la imprenta y siempre que el cardenal pasaba por allí se detenía frente a su ventana para intercambiar impresiones sobre temas bíblicos y humanistas. La gente se paraba para ver el insólito espectáculo: dos sabios discutiendo sobre Erasmo o el Apocalipsis desde una ventana y en plena vía pública.

Así hizo también con otros profesores e investigadores de la nueva Biblia. No tenía en cuenta sus antecedentes familiares ni la pureza de su sangre. Era el caso de Alonso de Zamora, catedrático de Hebreo, Siriaco y Árabe; o Pablo Coronel, que pertenecía a la ilustre familia segoviana de Abraham Senneor, el que había sido rabí mayor de Castilla y bautizado en el monasterio de Guadalupe

con los Reyes Católicos como padrinos. Incluso uno de sus secretarios, Juan de Vergara, catedrático de Griego, era cristiano nuevo. Pensaba lúcidamente que eran especialmente útiles por dominar desde niños la lengua y cultura hebreas.

El cardenal quería limitar el Consejo de la Inquisición solamente a los eclesiásticos, por tratarse de una institución que él consideraba religiosa, orientación a la que se negaba don Fernando, empeñado en utilizarla también como instrumento político. No logró Cisneros, a pesar de sus esfuerzos, que el consejo dejara de contar con dos representantes del rey regente.

Su actuación en la Inquisición se puede resumir entre tolerante en algunos casos y severo en otros, con mejora de su autonomía, cierta flexibilidad y suavización en las inculpaciones y un intento de relacionarse mejor con los conversos, sobre todo los moriscos, atenuando la represión contra ellos y propiciando un acercamiento pastoral. Se reservó la facultad de sancionar a los oficiales de la Inquisición, ordenó que se impartiera catequesis a los cristianos nuevos, reorganizó sus territorios y moderó la revancha contra los abusadores.

Hasta que un día decidió poner en práctica el otro acariciado sueño para el que venía desde años atrás preparándose. Recuerdo un día en que le acompañé a asomarse a una ventana de palacio desde la que se podían contemplar formada una tropa de dos mil hombres con algunos cañones, que él llamaba en latín *bellicorum tormentorum machinas*. Con un cierto orgullo y una sonrisa en los labios me dijo algo sorprendente:

—¡Estos son mis poderes!

No era la primera vez que se interesaba por la gente de guerra, los campamentos, la manera de asediar tácticamente una ciudad. Algún otro secretario me comentaba: «Tiene tanto interés que parece como si de niño se hubiera criado en la guerra».

Pero aquel día delante del ejército formado me preguntó:

—¿Os acordáis, fray Francisco Ruiz, de aquel día que frente a Gibraltar deseé ardientemente misionar en África?

—Claro, y cómo os disuadió aquella visionaria.

—Pues creo que ha llegado la hora.

Le miré sorprendido. Ahora estaba muy lejos de mandar una expedición de misioneros que se convertirían en cautivos de los sarracenos. Su obsesión, que estaba muy en el ambiente de nuestro siglo, era reconquistar Tierra Santa para los cristianos, es decir organizar una cruzada.

Aún se respiraba el ambiente creado por el mallorquín Ramón Llull, que por el 1302 planeaba conquistar para la fe a orientales y judíos, para lo que viajó por Jerusalén, Chipre y Armenia, creó escuela de lenguas y su prestigio alcanzó a París, como pensador y místico. Sus métodos eran pacíficos, pero al final no

descartaba una empresa militar. Cisneros admiraba a Llull en su amor a las lenguas bíblicas y en su ideal de cruzada. También se hablaba mucho del Preste Juan, un legendario personaje pretendido descendiente de los Reyes Magos, que evangelizaba en la costa Malabar, donde se conservaba la tumba del apóstol de Jesús Santo Tomás, territorio muy rico en oro, plata y piedras preciosas. Esta quimérica tierra corría en boca de los marinos portugueses, que aseguraban que se hallaba por Etiopía donde los cristianos estarían sufriendo persecuciones del islam.

Con este ambiente propicio se pensó en una cruzada de Portugal, Castilla y Aragón contra el infiel. Enrique el Navegante quiso enviar sus naves para contactar con el Preste Juan y el papa Eugenio IV proyectó una ofensiva general contra los turcos. Estos sueños, entre la realidad y la leyenda, creaban expectación y conversaciones entre nosotros. Por ejemplo, mi amigo Pedro Mártir viajó a Venecia, Alejandría y El Cairo, donde tuvo entrevistas positivas con el sultán, aunque luego este protestó porque los Reyes Católicos seguían maltratando a los moros de Granada. Tanto, que mandó como embajador a un franciscano de los Santos Lugares, fray Mauro, a mediar en España y Portugal. Cisneros tuvo ocasión de conversar con este fraile pues se hospedó en su palacio de Toledo. Más tarde vino un discípulo de Llull, el francés Charles de Bovelles, que también residió con nosotros en Toledo e influyó mucho en Cisneros, que se ocupó de inculcar a su vez en el rey la organización de la utópica cruzada en Tierra Santa con participación de sus yernos Manuel I de Portugal y Enrique VII de Inglaterra. Los paseos y conversaciones del cardenal con estos soñadores visitantes se eternizaban hasta que la luna fría se miraba en el Tajo celosa de las altas torres toledanas.

Además, doña Isabel había dispuesto en su testamento el encargo de no dejar de actuar en África. Fue la época en que mi señor recabó detallados informes de carácter geográfico, económico y militar para emprender tamaña empresa, sobre todo en sus encuentros con el aventurero veneciano Jerónimo Viannello, que es el que le proporcionó mapas, cartas de navegar y datos más concretos. Nunca he visto resplandecer tanto las pupilas de mi señor como cuando el italiano desplegaba sobre la mesa su cartografía. Todo se vino al traste con la llegada de Felipe el Hermoso, sus ganas de expulsar de Castilla a su suegro y reinar en nombre de doña Juana la Loca.

Con el regreso de don Fernando, el cardenal volvía a cobrar esperanzas de oír tambores de guerra, cuando un día lo encontré desanimado revolviendo los papeles de su proyecto.

—¿Qué os pasa, señor? —le pregunté.

Me miró extrañado.

—¿Acaso no lo sabéis? ¡Lo de Mazalquivir!

—Perdonad mi ignorancia.

—¿No sabéis que pusimos de nuestros bolsillos apoyo económico a la escuadra mandada por don Diego de Córdoba y don Ramón de Cardona, para apoderarnos de las fortaleza mora de Mazalquivir? Pues, nada, ha sufrido una tremenda derrota.

—¿Cómo?

—El pasado 4 de junio salió con sus donceles el alcaide, de la fortaleza, don Diego Fernández de Córdoba, a una de esas cabalgadas a la que acostumbran con el fin de recoger botín y esclavos. Iban a regresar al fuerte, cuando de pronto les cortó el paso un nutrido contingente de moros llegados de Orán. Una tragedia. ¡Han perecido en la batalla dos mil españoles! Me lo temía hace tiempo. Ese enclave de Mazalquivir no podía resistir por sí mismo. Hasta el agua y los víveres han de llevarlos de fuera. Nuestros barcos tienen que estar surtiéndolos continuamente.

—¿Y qué puede hacerse? —pregunté, al ver alumbrarse en la mirada del pastor la inteligencia del estratega.

—Solo la conquista de la vecina Orán puede garantizar la seguridad de la plaza y su avituallamiento. Y encima, la reciente derrota está animando a los piratas berberiscos a hacer incursiones y pillajes en las costas de Granada.

Lo dije con voz grave como si ya viera surcar sus naves en el Mediterráneo. Noté a mi señor lanzado no solo a planear la conquista de Orán, sino a capitanearla él mismo. Previamente, el 23 de julio de 1508 el rey ordenó a Pedro Navarro ocupar el peñón de Vélez de la Gomera, una pequeña isla situada entre Ceuta y Melilla, puesto estratégico de los piratas. Era un primer paso. Al principio don Fernando, preocupado con las intrigas de Maximiliano y las locuras de doña Juana, no quería oír a Cisneros sobre su proyecto. Pero finalmente se entrevistó con él y pactaron el «asiento y concierto» de la operación.

—Me comprometo —asegura el rey— a pagar bastimentos y provisiones de la Armada, pero lo siento, ilustrísima, no dispongo de momento de los fondos necesarios.

El cardenal parecía una imperturbable estatua de mármol.

—No os preocupéis, alteza, la mitra de Toledo pondrá el dinero necesario, como ya hizo en Mazalquivir.

Cisneros se había asesorado con el Gran Capitán, que a sus preguntas sobre lo que hacía falta para una guerra le había respondido: «Tres cosas: dinero, dinero y dinero».

—Bien, firmaremos que más adelante seréis resarcidos —respondió el

sibilino Rey Católico, que sabía de antemano que era el arzobispo el que saldría perdiendo en sus arcas. Todas las ganancias serían para la Corona y las pérdidas para el cardenal.

Pero Francisco estaba feliz, como un niño al que por primera vez se le regala una espada de madera y ya nadie podrá arrebatársela. En la vieja torre de Uceda que, como recordará el lector, fue su cárcel en tiempos de Carrillo, almacenó bajo custodia las talegas de oro para pagar las soldadas.

—Nadie como el Gran Capitán para mandar las tropas —le propuso al rey—. Su prestigio animará a muchos a alistarse bajo su bandera.

Fernando frunció el ceño con aspecto de ofendido, recordando su reciente traición en Nápoles.

—¿Don Gonzalo de Córdoba? De ninguna manera.

Cisneros cayó enseguida en la cuenta de que había dado un paso en falso. Tras muchas discusiones se propuso otro nombre:

—¿Qué os parece Pedro Navarro? Ingeniero militar, tiene experiencia bajo las órdenes del Gran Capitán en Italia y venció en África a en la ciudad de Arcila los portugueses.

En realidad, Navarro no era más que un espadachín, lo que suele llamarse «un soldado de fortuna», un bravucón que en su juventud había tenido a corsarios por maestros. El 20 de agosto Cisneros fue nombrado capitán general de la expedición y las fortalezas de Cartagena y Mazalquivir fueron puestas bajo las órdenes concretas del tal Navarro.

En las iglesias de ciudades y aldeas repicaron las campanas y se predicó la guerra contra los infieles con la lectura de bandos para reclutar voluntarios, en su mayoría labradores de los campos de Toledo y Guadalajara. En los corrillos de nobles y mentideros del reino se comentaba con sorna:

—¡El mundo al revés, amigo mío! Mientras el Gran Capitán desgrana retirado las cuentas del rosario, el arzobispo de Toledo es ahora el señor de las batallas.

El Gran Capitán continuaba en su retiro de Loja, entre otras razones porque a oídos de Fernando había llegado el ofrecimiento que el papa Julio II había hecho al cordobés de nombrarle confaloniero, jefe de las milicias pontificias.

1508 fue un año de mucho ajeteo. El artillero Diego de Vera fundía cañones. Habíamos contratado también al cronista Gonzalo de Ayora, adelantado de Cazorla; al sobrino de Cisneros, García Villarroel, y por supuesto como topógrafo al veneciano y mano derecha del cardenal, Jerónimo Viannello.

En una ocasión cabalgaban juntos el cardenal y su lugarteniente Pedro Navarro por la vega de Toledo pasando revista a las tropas.

—Pase vuestra ilustrísima por estotra parte —le dijo Navarro—, porque por

esa le dará mucho enfado el humo de la pólvora.

—No os dé nada, general —respondió Cisneros—, que el humo de la pólvora en la guerra me huele tan bien como el incienso en la iglesia.

Descansábamos de los preparativos en Alcalá, donde al par que revisaba los progresos de la Políglota, tuvo la satisfacción de ver concluido el Colegio de San Ildefonso. El 26 de julio de aquel año, festividad de Santa Ana, se encontraban allí los primeros treinta y tres colegiales y al día siguiente se celebró una solemne procesión a la iglesia de Santiago, también fundada por Cisneros. En el espléndido refectorio del colegio tuvo lugar un banquete y el 18 de octubre, con una lectura de la *Ética* de Aristóteles fue inaugurado el aún balbuciente curso académico.

Pero Cisneros estaba deseando zarpar y no comprendía por qué se dilataba el momento de comenzar la expedición bélica.

—¿Qué pasa? ¿Cómo es que aún no se han presentado Pedro Navarro y Diego de Vera? —me preguntó el cardenal.

—Están dando largas, señor. Arguyen que ni el otoño ni el invierno son buenos para navegar. Quieren esperar a la primavera.

—Pero si siempre me han dicho que hacia África no conviene embarcarse en los meses de calor. Y tan brava anda la mar en primavera como en invierno.

—Me temo, señor, que estos capitanes y el mismo Viannello no son gente honesta. Pretenden cobrar toda la paga para repartirla entre ellos. Es una mala costumbre en la milicia. Declaran más soldados de los que hay y se quedan con el dinero.

Azulearon las venas en la frente del arzobispo.

—Ni lo sueñen. Yo pagaré directamente a los soldados. ¡Faltaría más!

La decisión provocaría algunos incidentes y pequeños motines en los últimos momentos. Hasta que por fin vi sonreír a mi señor en el puerto de Cartagena en la primavera de 1509, contemplando sus diez galeras, en total ochenta naos, grandes y pequeñas. Cargado con su matalotaje militar, embarcaba un ejército de diez mil piqueros, ocho mil ballesteros y escopeteros y dos mil jinetes de caballería pesada y ligera. Nuestro cardenal de España, a sus setenta y dos años edad, calzaba como siempre sus sandalias. A su lado representaba al cabildo de Toledo el maestrescuela Francisco Álvarez y don Carlos Mendoza, abad de Santa Locadia, junto a tres obispos: Acuña, Bustamante y Cazalla, que con los años se haría famoso como «alumbrado».

A punto de zarpar surgió el primer motín. Los soldados pedían la primera paga.

—¡El fraile es rico! —gritaban—. ¡Que nos pague!

Cisneros ordenó que condujeran talegas a las cubiertas de los barcos para

abonarles.

—Es lamentable tener que soportar tantas envidias y traiciones. Pero, amigo Ruiz, hay que sufrir todo esto para evitar males mayores —confesó.

El ambiente de cruzada hacía ver visiones.

—¡Mirad, mirad esa cruz sobre el cielo!

—*In hoc signo vinces!* —exclamó entusiasmado el obispo Juan de Cazalla, evocando el grito de Constantino: «Con esta señal venceremos»—. Me oísteis predicar en la catedral de Toledo que íbamos a África a rescatar la cruz que habían arrojado impiamente los árabes de los Santos Lugares bajo la guía de Mahoma. Ahora la cruz nos augura la victoria sobre el infiel.

Levamos anclas, se hincharon las velas y la Armada zarpó bajo un sol primaveral el 16 de mayo. Yo ya tenía experiencia de navegar, pero mi arzobispo vivía en aquel momento su bautismo de mar, el graznido de las gaviotas, la embriaguez de azules, el golpe seco de las olas sobre las amuradas.

Alcanzamos con buen viento el puerto de Mazalquivir al atardecer. Desde allí algunos marineros divisaron hogueras ardiendo sobre las colinas.

—¡El enemigo ha advertido nuestra presencia! —gritaron los marineros—. Esos fuegos son señales llamando a las armas.

Orán, edificada en parte sobre una colina, estaba protegida por una ciudadela de considerables muros con sesenta cañones gruesos. Era una ciudad próspera, que comerciaba con Génova y Venecia, y contaba con más de diez mil habitantes.

Cisneros llamó a Pedro Navarro y le dijo:

—La gloria de esta expedición será solo vuestra. Mi única obligación será alentar a las tropas, correr con los gastos y dar cuenta al rey nuestro señor de vuestras hazañas.

De acuerdo con Navarro fue diseñada la estrategia.

—Tomaremos primero Mazalquivir y Orán. Mientras, las galeras bombardearán desde la costa.

Al amanecer del día siguiente delante de las tropas en orden de batalla, salió Cisneros, revestido de pontifical, con una espada en el cinto sobre una mula. Le seguía un séquito de frailes y clérigos con el hábito de San Francisco y sus correspondientes espadas ceñidas. Precedía el cortejo el corpulento fraile fray Fernando que sobre un caballo blanco portaba el estandarte del cardenal que lucía los siete jaqueles rojos de su antecesor y los ocho de oro sobre el cisne blanco alusivo al apellido Cisneros. En el otro brazo sostenía una cruz de plata maciza, la misma que el cardenal Mendoza levantara sobre las torres de la Alhambra.

—*Vexilla regis prodeunt: fulget crucis mysterium.* («Avanzan los estandartes

del rey: refulge el misterio de la cruz») —cantaban.

Cisneros arengó a las tropas:

—Yo quiero tener parte en esta victoria, y seré el primero en el peligro, porque me sobra aliento para plantar en medio de las huestes enemigas esa cruz, estandarte real de los cristianos, que veis delante de mí, y me tendré por dichoso de pelear y morir entre vosotros, como muchos de mis predecesores han hecho.

Entonces se produjo algo extraordinario. Mientras se iniciaba el sitio, el día se prolongó más tiempo de lo acostumbrado, como le sucedió a Josué, cuando Dios detuvo el sol y retrasó el anochecer, permitiendo así a los hebreos vencer a sus enemigos en la batalla de Gabaón.

Tras la arenga del cardenal, las tropas se dividieron en cuatro grupos hacia Orán, mientras los cañones tronaron desde las naves, se izaron las escalas y el asedio concluyó con una lucha cruenta en las calles, donde no faltó la pillería y el saqueo de la ciudad. Al instante llegó el gran visir de Tremecén con refuerzos, pero al comprobar que la plaza estaba tomada, se retiró rápido. Navarro, al grito de «Santiago», persiguió a los huidos y avanzó ente nubes de flechas hacia las colinas. Los moros repelieron el ataque y los españoles, en contra de las órdenes recibidas, buscaron ciegamente la lucha cuerpo a cuerpo. En la refriega cayó un tal Luis Contreras, al que los moros cortaron la cabeza para hacer creer que era la del comandante cristiano, convertida en pelota para el juego de los niños. Pero Contreras tenía un solo ojo, y, al ver la decapitada cabeza, algunas moras clamaron: «¡Estamos en desgracia, que el primer soldado muerto por nuestros guerreros solo tiene un ojo!». Un enjambre de soldados españoles escaló las murallas que los defensores intentaron repeler desde las almenas con toda clase de armas. El resplandor de los incendios y el llamear de las culebrinas relampagueó dejando ver escenas de horror y muerte. Sosa, capitán de la guardia del cardenal, encaramó la cruz y clavó el pendón de Castilla y la bandera del cardenal en lo alto al grito de «Santiago» y «Cisneros».

La soldadesca española continuó hasta bien entrada la noche el saco de la ciudad en busca de botín, dinero, mujeres y comida. Embriagados y babeantes, persiguieron a sus víctimas, que se refugiaron en las mezquitas, en una insaciable voracidad de sangre y muerte. Los vencedores llenaron sus talegos de sedas, tapices, monedas, oro, plata y joyas, junto a un buen número de esclavos y esclavas que apresaron. Al amanecer, la ciudad era un humeante montón de escombros y cadáveres.

—¡Vuestra señoría ha vencido a las naciones de bárbaros! —se presentó Navarro ante el cardenal.

—*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* («No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre la gloria») —respondió el

prelado.

De los calabozos subterráneos fueron liberados trescientos cautivos cristianos y convertidas las mezquitas en iglesias; fundó dos monasterios para dominicos y franciscanos y estableció una fiesta para conmemorar el acontecimiento.

Aquella misma noche, cuando lo encontré orando en una improvisada capilla, Cisneros tenía una nube en los ojos. ¿A costa de qué tropelías había alcanzado su sueño? Además, ahora el pendenciero Navarro le ponía dificultades. Mientras el arzobispo pretendía proseguir la conquista de los infieles tierra adentro, el rasgado militar, que nunca había acudido gustoso a la contienda, tras ser nombrado conde de Olivieto por su éxito en la campaña, le plantó cara, harto de que un fraile comandara sus tropas.

—¿Por qué no os dedicáis a cuidar de vuestra grey y dejáis de jugar a la guerra? ¡Marchaos a vuestra diócesis a recoger los triunfos y dejadme a mí el mando de las tropas! De ahora en adelante solo recibiré órdenes del rey, ya que mi mando ha concluido con la toma de Orán.

Cisneros se tragó su orgullo y esperó unos días para reflexionar sobre el asunto. Entonces llegó a su conocimiento una carta que el Rey Católico había dirigido a Navarro, que refiriéndose al cardenal decía: «Detened a ese buen hombre, que no vuelva tan apriesa a España; conviene usar de su persona y dinero entre tanto se pueda. Detenedle, si podéis, en Orán y pensad en alguna nueva interpresa».

Eso le bastó para cambiar sus planes. Temiendo que en la península se urdiera algo contra él y por elemental amor propio decidió regresar. Lo hizo el día 23 de mayo en una galera sin escolta. Solo íbamos con él sus colaboradores más íntimos, algunos criados y esclavos moros que portaban camellos cargados con piezas de oro y plata para el Rey Católico y una abundante colección de libros árabes de astronomía y medicina destinados a la biblioteca universitaria de Alcalá.

Apenas desembarcamos en Cartagena y sin aceptar la invitación de la Corte que en Valladolid quería hacerle un fastuoso recibimiento —sabía que Fernando estaba molesto por no haber permanecido más tiempo en Orán—, se dirigió a su amada Complutum. La incipiente universidad había preparado un caluroso recibimiento. Las gentes se agolpaban en las calles para ver desfilar los exóticos camellos, conducidos por esclavos africanos, con sus jorobas rebosantes de oro, plata, sedas, jarrones y ornamentos, tomados de las mezquitas; y libros, cientos de libros para los recién inaugurados colegios. Al llegar al patio de San Ildefonso los profesores se sorprendieron de que nada relatará el arzobispo sobre su éxito en la contienda. Uno de los maestros le besó las manos.

—La faz pálida y demacrada de vuestra señoría muestra los sufrimientos que

habéis debido soportar en la gran conquista de Orán. Justo es que ahora descanséis en los laureles.

—No conocéis, hermano, la fuerza que Dios me ha dado —contestó Cisneros, con aire melancólico, pero raudo—. Si el ejército me fuera fiel, os aseguro que, pálido y flaco como estoy, hubiera plantado la cruz en Jerusalén en las principales ciudades de África.

Tras el entusiasmo que provocó en el pueblo la conquista de Orán, Pedro Navarro, a las órdenes del rey Fernando, emprendería la del puerto y ciudad de Bugía; y, después de un dificultoso asalto, tomó la ciudad de Trípoli, aunque sufriría un gran descalabro al intentar tomar la isla de Gelves, donde perdió tres mil hombres, entre ellos al hijo primogénito del duque de Alba, don García de Toledo. En aquel asalto murió también el propio Jerónimo Viannello, el gran colaborador italiano de Cisneros. Estos acontecimientos acabaron por enfriar los entusiasmos africanos de don Fernando, que llamó a Pedro Navarro para que interviniese en las campañas de Italia. Hecho prisionero por los franceses en la batalla de Rávena, se incorporó a su ejército. Capturado por los españoles, Pedro Navarro morirá prisionero de estos, como veremos, en el Castel Nuovo de Nápoles.

Pero los malentendidos y las críticas contra nuestro arzobispo no se hicieron esperar. Pronto el cardenal me pidió que fuera a visitar a don Fernando para contarle de primera mano la auténtica versión de los hechos. Pero el Rey Católico, sibilino como siempre, no se fiaba de nadie. Lo mismo que con el Gran Capitán, utilizaba a su gente y luego la dejaba tirada. Me recibió y me escuchó con la mirada perdida y no disimulada somnolencia, como si poco o nada le importara mi relación entusiasta de los hechos. Lo que realmente le preocupaba al rey eran las deudas contraídas con el arzobispo: treinta millones de maravedís, que acabó pagando.

Nadie, al comprobar que los arquitectos y albañiles seguían edificando la iglesia de Illescas, dedicada a la Virgen, los dos conventos de San Juan de la Penitencia en Toledo y Alcalá de Henares, los de los franciscanos y concepcionistas en Torrelaguna, amén de otras obras de depósito de trigo y conducción de agua en su patria chica, se creía que el cardenal careciera de fondos. La verdad es que la diócesis de Toledo seguía siendo rica, pero él no quería nada para sí, sino para obras de religión, caridad y cultura. De ello soy testigo. Pero las lenguas, ya se sabe, son tan largas como viperinas y las murmuraciones sobre el supuesto botín de la guerra de Orán corrieron como la pólvora, lo que me hace dudar del rédito de aquella aventura. Prueba de ello es que tuvo que soportar la humillación de que un comisario regio metiera sus narices en su palacio arzobispal para registrar si había tesoros ocultos.

A pesar de haber cabalgado tantos años a su lado, de conocer sus gustos y manías, de admirar su virtud y austeridad, reconozco que aún no acabo de descifrar el enigma de aquella repentina afición castrense de mi amigo y maestro, sin negar que en Cartagena, Mazalquivir y Orán percibí en él una vaga sensación de claustrofobia. Solo el celo propio de nuestros tiempos por conquistar para la cristiandad la tierra de infieles puede quizás justificar este episodio bélico en su vida y esa extraña fusión contradictoria entre los olores del incienso y la pólvora. Tampoco hay que olvidar que sus predecesores Carrillo y Mendoza respondían al perfil de prelado de un tiempo pretérito, mitad pastor, mitad guerrero.

Y un hecho que casi nadie ha sabido apreciar: cuando los camellos enfilaban la calle Mayor de Alcalá cargadas sus jorobas de sabios libros árabes, tuve la certeza de que el ilustrado cardenal quería de alguna manera reparar el enorme desafuero provocado a la cultura y la historia con la pira vergonzosa que iluminó de ignominia el cielo aquella memorable noche granadina.

17. Las visionarias del cardenal

A Lucía, la lozana extremeña de boca pintada, blusa blanca y generoso escote, que servía vino en el figón del Cojo, le gustaba rasgar una guitarra y cantar serranillas con la muchachada alcalaína. Entre aplausos y gritos de alegría, los jóvenes estudiantes, cada día más numerosos, dejaban las recién empedradas calles y sus colegios de Alcalá para refocilarse lejos de la estricta disciplina universitaria entre los vapores del vino en alguna de las ventas situadas a las afueras.

—¡Venga, Lucía, cántanos una serranilla!

—¿Cuál se os ofrece?

—La del retamal. ¡Cántanos la del retamal!

La muchacha con su voz atiplada hirió como un cuchillo la estancia entre risas y palmoteos:

*Llegaos, caballero,
vergüença no hayades;
mi padre y mi madre
han ido al lugar,
mi caro Minguillo
es ido por pan,
ni vendrá esta noche
ni mañana a yantar;
comeréis de la leche
mientras el queso se hace.
Haremos la cama
junto al retamal;
haremos un hijo,
llamarse ha Pascual:
o será arzobispo,
papa o cardenal
o será porquerizo
de Villa Real.*

—¿Qué estudiáis? —le preguntó en medio del alboroto un mozalbate llegado de Pastrana a otro muy atildado de Valladolid, que lucía bigote y daga al cinto.

—Estoy en el colegio trilingüe. Yo soy de los diez que estudiamos hebreo. ¿Y vos?

—Termino *Summulas* en Santa Balbina. A punto estoy de trasladarme a Santa Catalina para cursar dos años de física y metafísica, cuando termine la lógica.

—Desde que Cisneros ha nombrado a un canciller, ese Pedro Lerma, que ha venido de París a ayudar al rector, conseguir el grado es cosa ardua, ¿no creéis? Fue muy exigente en la última controversia. Dicen que Alcalá ya rivaliza en sabiduría con Salamanca.

—Eso no es malo, amigo mío, pero ¿no tenéis miedo de que os detengan por llevar armas y andar en pandillas por esas callejuelas de noche?

—No. Dicen que el cardenal es muy severo con los ordenados *in sacris*, pero más tolerante con los externos. Un día sentenció: «Con tal de que consiga que los clérigos obren rectamente, estoy dispuesto a dejar que sea Dios quien cuide de los demás». ¡Nos llama «potros sin domar»! Que se lo pregunten a Juana la Molinera, esa que se aposta junto a calle del Tinte. ¡A fe que está de buen ver la condenada! Aunque a mí la que me gusta de veras es esta Lucía, oídla, canta como los ángeles. Pero son pocos, a deciros verdad, los que conocen todos sus secretos.

Ambos rieron y brindaron de nuevo.

—Pues me han dicho que el arzobispo está muy enojado con el grupo de estudiantes que puso en libertad el otro día a un criminal, ese que iba a ser colgado, ¿lo visteis? Llegaron a golpear al alcalde y al verdugo, y luego atropellaron a empujones a los guardias.

—Pero el viejo tiene buen corazón, hay que reconocerlo. ¿Os acordáis de Salcedo, el profesor de filosofía? Ya está achacoso, casi no ve. Me lo encontré en la plaza del Mercado con su bastón y me dijo que el cardenal se ocupa con mucho interés de los eméritos y de vez en cuando les organiza incluso opíparos banquetes. Para el descanso de los maestros retirados está habilitando el priorato de San Tuy cerca de Buitrago para los días del verano y el convento de Aldehuela, próximo a Torrelaguna para el invierno.

—Sí, Andrés, pero no lo puedo tragar. Yo no soporto que estén prohibidos los laúdes y guitarras, ni jugar a los dados o a las cartas. ¡Habrased visto! Dice que todo eso convierte a los estudiantes en juglares que escapan por esos caminos a buscar aventuras más allá de las aldeas de Guadalajara. Nos tienen como a doctrinos. ¡Exagera con tanto rigorismo!

—¡Hombre, no es para tanto, nos permite, eso sí, tañer el clavicordio! — comentó riendo su compañero.

—¡Menudo aburrimiento! Esa es música para dormir damas melancólicas mientras bordan tapetes a la luz de un candil.

—En cualquier caso, hay que andar con tiento, amigo mío. Si los alguaciles

nos atrapan, no nos abren las rejas del colegio en quince días.

Lucía se encaramó a una mesa y zapateó la serranilla mientras un gitano empuñaba su guitarra. Los estudiantes cercaron como ávidas moscas el procaz bailoteo para atisbar las piernas y seguir los contoneos de la extremeña entre aplausos y silbidos. Ambos estudiantes sabían que ya los colegios estaban cerrados con barras de hierro y candados, y que tendrían que dar con sus huesos bajo los soportales de la calle Mayor.

Mientras tanto el cardenal dormía contento. En su Alcalá el tiempo se paraba y la tormenta palaciega llegaba con sordina aunque puntualmente, gracias a los eficaces informadores que tenía en la corte.

Algún lector de estas memorias se preguntará si había alguna mujer en los pensamientos o sueños de nuestro austero Francisco. Ya hemos insinuado que en este tema estaba bien lejos de sus predecesores Carrillo y Mendoza, cuyos hijos eran conocidos de todos. Si en general era seco y espartano con todo el mundo, lo era aún más con las mujeres. Eso sí, tenía una debilidad, si así puede llamársela: su obsesión por beatas, místicas y visionarias.

Ya he comentado la que le profetizó su futuro de poder e influencia frente al peñón de Gibraltar. Pero había otras mujeres místicas que se hicieron famosas por entonces y que contaron con la protección del cardenal. Yo mismo le he acompañado varias veces a visitarlas y he comprobado cómo las consultaba y apreciaba sobremanera.

Una era la beata de Piedrahita, sor María de Santo Domingo. Esta campesina del pueblo abulense de Aldeanueva de Santa Cruz desde muy niña mostró su inclinación a devociones y penitencias. Transitó por varios conventos como terciaria dominica, parece que por discrepancias con las monjas, y aseguraba que se le aparecía la Virgen y el Salvador. «Cristo está conmigo, yo soy la novia de Cristo», aseguraba esta seguidora del famoso Savonarola y se quedaba extática con los brazos rígidos y extendidos. Entusiasmado, el provincial de los dominicos de Ávila la envió a Toledo como visitadora con escándalo de algunos teólogos que la acusaban de fraude y egolatría.

Pronto llegó la fama a la corte y el rey don Fernando la retuvo en Burgos un año, de 1507 a 1508. Fue cuando la conoció Cisneros.

—Vuestra ilustrísima ignora que es el diablo en persona el que inspira a la beata de Piedrahita —le dijo Tomás Cayetano, gran teólogo, maestro general de la Orden de Predicadores y consejero de papas.

—No veo en ella mal alguno.

—¿No sabéis que hay noches en que recibe en la cama y que los caballeros se sientan muy cerca de ella? Se dice que la besan, la acarician y la abrazan durante sus arrobos públicamente o en solitario. ¡Se habla incluso de bailes

místicos! ¿No sabéis que frecuenta los salones del duque de Alba y que allí juega al ajedrez y las damas? Asegura que el movimiento de las fichas le recuerda el camino penitente hacia Dios. ¿Qué os parece?

—Pues cuando comulga ve a Jesús en la sagrada hostia —respondió, impasible, el cardenal—. Afirma que le da un anillo, fruto de su matrimonio místico. Y vos mismo sabréis que algunos dominicos de los que piden reformas ascéticas en vuestra orden la tienen como portavoz de su corriente. Yo la veo como una representación viva y material de auténtico misticismo. He asistido personalmente a algunos casos de taumaturgia. La considero una grandísima sierva de nuestro Señor. He encargado a su confesor que recoja y narre con fidelidad las vivencias de esta singular mujer.

—¿Vuestra ilustrísima puede creer lo que le ha profetizado a don Fernando, que conquistará Jerusalén y morirá luego?

—Os digo que la considero de gran ayuda para la reforma de la orden dominicana.

Ninguna murmuración restaba interés al cardenal por la beata. El hecho es que despertaba fervores en el duque de Alba, en el joven de Altamira, que asistió a los arrobos de la beata durante seis meses, y hasta en Almazán, el secretario del rey. Durante aquellos años fue sometida a cuatro procesos, llevados a cabo por el nuncio de Julio II, Juan Ruffo de Calabria, y los obispos de Burgos y Vich. Pero Cisneros, como inquisidor general, influyó para que el tribunal la absolviera declarando que su vida y santidad «son recomendables», su doctrina «muy útil y encomiable» y que sor María debía ser incitada a «que persevere con redoblado fervor en su servicio del Señor».

El pequeño convento de Piedrahita se convirtió así en el modelo cisneriano de la reforma de esta orden. Las experiencias e ideas de sor María, que recibíamos puntualmente, daban la pauta. Tan entusiasmado estaba Cisneros con esta espiritualidad que pidió al impresor Brocar que editara en su taller de Alcalá *Obras, epístolas y oraciones de la bienaventurada virgen Santa Catalina de Siena* y otras obras espirituales de la corriente de Savonarola.

Pedro Mártir hablaba de esta mujer con cierta socarronería. Decía que como ayunaba desde niña, su estómago casi no admitía ya alimento; que decía cosas raras sobre tema religioso y que, siendo analfabeta, algunos aseguraban que sabía tanto como los grandes teólogos. «Se proclama a sí misma esposa de Cristo y, de vez en cuando, hace como si estuviera hablando con la Madre de Dios: “Si tú no hubieras parido a Cristo, yo no sería su esposa; a la madre de mi esposo es justo que se le rindan honores, por lo tanto merece pasar antes que yo por esta puerta”». Anglería haría constar que entre los dominicos estaban los que se reían de la beata y los que se la tomaban en serio, así como que el Rey Católico y

Cisneros protegían a la vidente.

La de Piedrahita no fue la única beata que requería la atención del cardenal. Un día recibimos una carta de García de Villapando, gobernador del arzobispado mientras Cisneros estuvo en Orán, que con mucho secreto hablaba de la madre Marta de la Cruz, religiosa del monasterio San Clemente de Toledo:

Paréceme que será mucha culpa mía si a vuestra muy reverendísima señoría no escribiese lo que le diré, porque mande ver cuánto favor de Nuestro Señor ha esta devotísima sirva suya madre Marta de la Cruz, y es que el día de la Invocación de la Santa Cruz, que fue a 3 de este mes de mayo. Después de recibir a Nuestro Señor, dijo todo este vencimiento y triunfo de Orán cuanto sucedió después, y las fiestas que por ello se había de hacer. Créalo vuestra señoría como cree lo que es hecho. Yo estoy espantado cuando se me acuerda aquello. Y luego que pasó, lo hiciera saber a vuestra señoría, sino que hice gran juramento de no lo decir hasta que fuera hecho.

Pocas cosas podrían gustar más a mi señor que aquella profecía. Mucho más con lo que ocurrió en el palacio arzobispal de la villa de Alcolea, donde se encontraba esta señora alojada. De pronto una noche se hundió la casa encima de ella y salió sana y salva, sin un rasguño, a pesar de que los escombros del tejado cayeron sobre su lecho. La encontraron en su cama rodeada de vigas. Aunque algunos dudaban de la veracidad del prodigio, Cisneros la consideraba una de sus devotas. En agosto de 1511 cayó enferma y después de ser purgada se quedó tan débil que fue trasladada una temporada al convento de San Bernardo, a las afueras de Toledo, donde no acababa de mejorarse. El hecho fue que se entabló entre Marta y Cisneros una abundante correspondencia. En ese tiempo mi señor estaba muy inquieto con la amenaza de cisma por lo del Conciliábulo de Pisa, por lo que no dudó en pedirle ayuda espiritual para este engorroso asunto. Vale la pena conocer la carta de la madre Marta:

Escríbeme vuestra señoría que las cosas de Italia todas están puestas en armas, y que su alteza ha tomado sobre sí la defensión de su Iglesia. Suplico yo a vuestra señoría siempre esfuerce a su alteza, que, con el esfuerzo y oración de vuestra señoría, mi Señor hará victorioso este rey catolicísimo, y hará los hechos de su Iglesia, ansí como vuestra señoría desea y todos sus siervos, y quebrantará las fuerzas a los malos, y convertirá todos estos fuegos en mucha paz y caridad. Porque esta es la condición de mi Señor, de nuestros grandes males sacar muchos bienes.

Y yo, aunque indigna, hago oración todo cuanto mis fuerzas bastan, y hago hacer oración de continuo y decir misas, porque esto la oración lo ha de negociar. Y a la calenda de la Natividad de Nuestro Señor me levanté y pedí la paz de la Iglesia, y que diese lumbre al rey de Francia y al cardenal de Santa Cruz, porque sus ánimas no se pierdan y todos los que les siguen. Yo espero en mi Señor no les dará lugar a cumplir sus apetitos y pasiones, y si esto continuaren, crea vuestra señoría que la ira del cielo y de la tierra vendrá sobre ellos.

Y crea vuestra señoría que su ida no se ha de excusar a Roma. Aunque vuestra señoría no me escribe nada, creo o no se excusara. Por eso esfuércese vuestra señoría en mi Señor, que lo que fuere es de mano de mi Señor, y no de las gentes que yo muchas veces lo he visto en este estado.

Y de mí le hago saber a vuestra señoría que tengo muy pocas fuerzas y que estoy muy enflaquecida, y que no puedo dormir de noche ni creo tener buen sueño hasta que vea la Iglesia puesta en paz y convertido este rey de Francia a la virtud. Y si vuestra señoría fuese a Roma, yo no tengo de quedarme en casa.

Lo cierto es que Marta no acabó nunca de tranquilizarse porque sus súbditas de San Clemente no la soportaban e intentaron destituirla como abadesa, aunque seguía gozando de la estima de los cortesanos, incluso del futuro Carlos V, que la protegió. Con el tiempo, llegó a abandonar el convento de Toledo, y aunque, una vez fallecido Cisneros, la cogí bajo mi protección en la fundación de Bonilla de la Sierra, murió con mal en las tripas, que parecía que «se la comían perros».

La tercera mística famosa que encandiló a la corte aquellos años se llamaba Juana Vázquez Gutiérrez. Nacida en una familia acomodada de Azaña, pueblo de Toledo, donde decían que la Virgen se había aparecido a una niña porqueriza, los hechos extraordinarios la acompañaron desde su infancia y a los quince años, para escapar de un matrimonio dispuesto por su padre con un caballero rico, se disfrazó de hombre y huyó de casa para consagrarse a Dios en el beaterio franciscano de Santa María de la Cruz, en Cubas de la Sagra. A los veinticinco años recibió la gracia del desposorio místico durante una elevación. Siempre fue enfermiza, pero de pronto le vinieron periodos de sordera y afasia hasta quedar parálitica y sin poder levantarse. No obstante, días después le surgieron «hablas» o sermones que acudían a escuchar multitud de gentes. Se le atribuían dones de revelación, consejo, arrobos y lenguas.

Un día se dirigió en vascuence al general de los franciscanos. Otro lo hizo en árabe a las esclavas musulmanas que Cisneros había traído de la conquista de Orán y que me mandó llevara al monasterio para servicio de las beatas. Y Bendecía rosarios que producían milagros. El entusiasmo popular crecía por momentos.

Poco después el cardenal decidió visitar en persona el monasterio de Santa María de la Cruz y trató con ella la reforma de los beaterios, entregándole las nuevas constituciones. Más tarde encargó la recopilación de los sermones y coloquios de Juana, que llevó a cabo María Evangelista a manera de diario espiritual y que acabarían publicándose con el título de *Conorte*.

—Contad con mi apoyo, sor Juana. Los bienes de la parroquia son vuestros. Además, os concedo el derecho episcopal de nombrar párroco.

Fue algo insólito en la disciplina de la Iglesia. Sor Juana nombró a su propio

hermano sacerdote, Francisco Vázquez, para el cargo, lo que despertó suspicacias. En los últimos años visitamos mucho el monasterio. También acudía el Gran Capitán, que ayudó a la construcción del nuevo convento, y con los años iría a visitarla el príncipe Carlos. A la sazón la gente la llamaba «la santa» y, por su elocuencia religiosa, los devotos entusiastas de sermones, la unción testimonial y la identificación con el plan divino sobre ella la calificaron de «trompeta y vihuela de Dios», que vibraba de amor unida con su Esposo y Salvador. Suscitó también el interés de los primeros alumbrados, lo que preocupó a los superiores.

Un incidente vino a interferir en el entusiasmo de Cisneros por esta singular mujer. Se presentó ante Juana un fraile franciscano y le dijo:

—Estando en oración, he alcanzado de Dios un mandamiento que me manda engendre un hijo en una persona santa porque es muy necesario que nazca en estos tumultuosos tiempos.

La noticia nos dejó a todos boquiabiertos. Lo más curioso es que el tal fraile del convento de Ocaña no era precisamente un mujeriego, sino un religioso asceta y avezado a la oración. La solución que arbitró el padre custodio de Toledo no pudo ser más eficaz. Nos lo relataba con estas palabras:

—Hícele luego encarcelar y dar tal pena que en pocos días alcanzó conocimiento de su error, que ya no había necesidad de engendrar profetas para remediar el mundo.

Juana moriría con fama de santa, proclamada como tal por el pueblo.

Lo cierto es que en nuestros lares asistíamos a una época de hambre espiritual y fenómenos milagrosos. Mi señor favoreció estas vías de interiorización protegiendo beatas y sobre todo con la traducción y publicación de libros devotos, inspirado siempre en Ramón Llull y Savonarola. Pues, aunque no fue ni gran predicador ni brillante escritor, sino un hombre de acción y mando, Cisneros amaba mucho los libros. Quería que el pueblo accediera al conocimiento a través de la educación y la lectura y puso abundantes fondos suyos al servicio de esta empresa.

Disfrutaba con la *Imitación de Cristo* o *Contemptus mundi*, de Tomás de Kempis; la *Vita Christi fecha de coplas*, de fray Íñigo de Mendoza. El *Flos sanctorum* y el *Execitatorio de la vida espiritual*, compuesto por su primo, el benedictino de Montserrat Francisco García de Cisneros. Es más, él mismo hizo fatigar con este fin las prensas, que abundaban en Alcalá, principalmente en la calle del Tinte con los talleres de Brocar.

—Hay que cuidar desde el papel, que ha de ser «sano e limpio», al tipo de letra, los reglones del estampado, el ritmo de impresión, la tirada exacta y hasta el periodo de edición y la fecha de entrega. Todo ello concertado entre autor y el

librero —me comentó un día el eximio impresor Brocar—. Hemos nombrado un «mayordomo de la imprenta» que ofrezca las últimas novedades editoriales y perciba de San Ildefonso la paga correspondiente.

Sin embargo, aquella tranquilidad y disfrute que le proporcionaban la amistad con visionarias, la andadura universitaria de Alcalá, sus alumnos y la difusión de la cultura, no duró mucho tiempo.

Cisneros seguía recibiendo visitas, algunas comprometidas, como la del Gran Capitán, enfrascado en los sucesos de Córdoba, y su sobrino el marqués de Priego, una agitación que podía contagiarse a toda Andalucía. El cardenal, en mi presencia, le aconsejó moderación y sometimiento y que le dijese a su sobrino Pedro Hernández de Córdoba acatase las órdenes reales. También nos llegó en secreto la propuesta del papa al Gran Capitán de hacerlo su confaloniero con un sueldo de cincuenta mil ducados. Yo mismo escribí a Almazán para que avisara al rey. Cisneros intentaba templar gaitas sin encender el fuego ni tampoco apagarlo.

Volaban las cartas de ida y vuelta. Los nobles nos visitaban con frecuencia, entre ellos el condestable y el conde de Priego que pasó dos días en casa del arzobispo. Yo me escribía con el secretario Almazán alabando la sintonía de mi señor con don Fernando. Pero en 1509 se produjo una tensa lejanía cuando Fernando, a espaldas de Cisneros, hizo un pacto con el condestable y el duque de Alba.

Por entonces alternábamos nuestras estancias entre Alcalá y Madrid. En esta última villa, mi señor presidía las reuniones de sus consejos, especialmente el de la Inquisición. Allí nos llegaron las noticias de que el rey había acordado con Maximiliano la sucesión del príncipe Carlos. Al mismo tiempo, el monarca había encargado al cardenal la custodia y educación de su nieto Fernando, su preferido, para que le sucediera al trono. Un día viendo juntos al anciano prelado y al infante de siete años, el rey exclamó:

—Dios os guarde, nieto, en tal compañía, y ojalá nunca os separéis de él.

Fue una época intensa del rey Fernando allende nuestras fronteras.

—El norte de Italia ha sido invadido por el ejército francés. Luis XII ha vuelto a las andadas. La victoria sobre Rávena le ha dado alas. De tal manera que el papa Julio II ha pedido socorro al rey. ¡Pretende formar una Liga Santa contra los enemigos de la cristiandad! —supimos por uno de nuestros informadores en la corte.

—Sí, dicen que es una liga contra el turco. Pero creo que lo que pretende el papa es echar a los franceses de Italia —nos comentaban desde Roma.

El rey se trasladó a Madrid, desde donde seguía la telaraña de los movimientos de los reinos europeos y en cuyas Cortes juró la sucesión del

príncipe Carlos. Allí también organizó la vida de su hija Juana, con vistas a su cuidado solo personal, lo que deprimió más a la reina cautiva. La rapidez con que se movía preocupaba a Cisneros. Viajamos a la sazón por Torrijos y Guadalupe. Las lluvias torrenciales de un helador invierno con desbordamientos de ríos y hasta el envenenamiento de las mulas que comieron hierbas venenosas accidentaron el viaje. Sería por el mes de febrero de 1511 cuando llegamos finalmente exhaustos a Sevilla, con ocasión de un encuentro con los nobles.

Durante agotadoras sesiones fueron abordados los acontecimientos de Italia, la expedición de Julio II a Bolonia y los amenazantes nubarrones de un posible cisma que se cernían sobre la Iglesia. Nadie como el gran amigo de Cisneros, el cardenal Bernardino López de Carvajal, para ponernos al día de lo que estaba sucediendo.

—Hemos de situarnos sin dudarle al lado del pontífice —pidió Cisneros a don Fernando—. Os ofrezco, alteza, mi dinero y mi brazo para esa nueva cruzada, que yo mismo capitanearé, como lo hice en Orán, en pro de la unidad de la Iglesia.

Fernando le dirigió una mirada de desconfianza ante esta nueva exaltación místico-guerrera del arzobispo de Toledo. Nadie iba a restarle a él protagonismo en su escenario preferido de intrigas y decisiones: Italia.

A finales de mayo llegó una noticia alarmante.

—Francia ha animado a un grupo de cardenales, capitaneados por el español Bernardino López de Carvajal a oponerse públicamente a Julio II. Acusan al papa de haber perturbado la paz y haber llegado al pontificado por medios corruptos. También le echan en cara que no ha mantenido su promesa de convocar un concilio en la Iglesia para rendir cuentas. A este grupo de cardenales se le ha ocurrido reunir por su cuenta otra asamblea, que llaman el Conciliábulo de Pisa, al amparo del rey de Francia. Julio II se encuentra enfermo en Bolonia y se habla de un posible cisma en la Iglesia.

La alarmante noticia perturbó a Fernando, sobre todo después de lograr del papa la investidura de Nápoles que tanto había solicitado.

El templado clima de Sevilla junto al perfume de sus naranjos y la sombra de la Giralda propiciaron un nuevo acercamiento entre Fernando y Cisneros. Yo mismo le escribí al rey:

Dice vuestra alteza que en el consejo del cardenal halla el mejor de todos. Para mí hago saber a vuestra alteza que creo firmemente que el Espíritu de Dios le rige y le gobierna, pues nunca vi jamás persona tan despojada de esta vida y de todo propio interés, y celoso de la honra de Dios y del bien público como él. Y como a tal vuestra alteza le debe creer, si no, mire vuestra alteza cómo le ha sucedido algunas veces que no ha tomado su parecer. De esto vuestra alteza es testigo.

Pasado el tiempo, reconozco que no me extraña que algunos me acusaran de que era demasiado locuaz y halagador.

De regreso a Alcalá, Cisneros pudo saber más sobre Francia, porque nos visitó su embajador, que fue ampliamente agasajado en nuestro palacio. Para contrarrestar lo de Pisa, Julio II pensaba convocar a su vez un concilio canónicamente válido, que habría de ser la magna asamblea para la reforma de la Iglesia. Con el fin de abordar este tema y los asuntos eclesiásticos pendientes, don Fernando llamó a Burgos a un grupo de prelados reformadores. Entre los primeros que convocó, como era obvio, se encontraba el cardenal de España.

—Vámonos de aquí, que en conciencia no podemos dejar solo a su alteza — me dijo Cisneros

—¿Cuándo partimos? —le pregunté.

—El secretario Almazán me ha dicho que el rey entrará en Burgos la víspera de la Asunción. Vamos a intentar coincidir con él ese solemne día.

—Bien, le escribiré a su alteza que estamos a su servicio y que hasta la muerte vais a seguirle.

Así lo hice. Pero el hombre propone y Dios dispone. Mi señor se indispuso una vez más y solo pudimos emprender el camino una semana después. De las Cortes de Burgos se sacó en claro consultar a los prelados españoles para que enviaran informes sobre el estado de la Iglesia, y la decisión de firmar nuestra participación en la Liga Santa con Venecia, España e Inglaterra, con posibilidad de incluir al emperador contra la Francia de Luis XII que se había vuelto invasora y cismática. En octubre de 1511 Fernando firmaba la carta en que se adhería a la expedición militar y veinte días después se ponía en marcha el ejército de Nápoles al mando de Cardona, la caballería pontificia comandada por el duque de Thermes, el ejército veneciano y la Armada aragonesa. También se aceptaba solemnemente la convocatoria del quinto Concilio Lateranense.

Un ascua de luz envuelta en nubes de incienso y sonos de órgano alumbraba a la catedral de Burgos el 16 de noviembre cuando el nuncio del papa ante docenas de nobles y prelados proclamó la llamada de Julio II a la cruzada con el objeto de conseguir la paz religiosa y civil de la cristiandad mediante una campaña contra los turcos y un concilio general para la reforma de las costumbres. El rey y sus consejeros deberían de secundar con fervor tamaña empresa.

De pronto se dirigió a Cisneros:

Y vos, reverendísimo prelado de la Santa Madre Iglesia, arzobispo de Toledo, cardenal de Hispania, así estáis colocado cabe el sumo pontífice, vicario de Cristo por vuestro merecimientos; y pues por acrecentamiento de la fe católica habéis guerreado contra los infieles tan religiosamente no dejéis

de pelear por la Iglesia romana ni de defender la unión de ella y venir personalmente a la celebración del concilio, según especialmente sois llamado.

Llegaron los informes de los obispos. Se designaron los participantes, padres conciliares, letrados, embajadores. Todo estaba a punto a principios de 1512 para el gran evento. Nos llegaban sugerencias y peticiones de todas partes.

—Ilustrísima, hemos recibido una petición de Juan de Velasco, el obispo de Calahorra —le enseñé la carta a Cisneros.

—¿El que está en Tordesillas al cuidado de la reina Juana?

—El mismo. Quiere que tengáis un papel preponderante, pues teme mucho el conciliábulo de Pisa y la amenaza de cisma, y que solo vos seríais capaz de sostener la fe de los débiles. Y esta otra carta de vuestra devota madre Marta de la Cruz. Dice que sois el campeón para estos tiempos de tanto vendaval.

No faltaron misivas que desagradaron a mi señor, como la Bernardino López de Carvajal, el gran amigo que se había hecho partidario de los del conciliábulo y que incluso le invitaba a la asamblea contraria, la de Pisa. El nuncio nos tenía puntualmente informados de lo que sucedía en Roma, cuando algunos cardenales rebeldes pedían que se aplazara el concilio y el insistente deseo del papa de que Cisneros asistiera a sus sesiones.

Pero Jiménez de Cisneros no viajó a Roma, aunque recibía información diaria y al detalle cuando el 3 de mayo de 1512 comenzó su andadura el concilio. Hasta le enviaban dibujos representando la disposición de los padres conciliares. Y es que los asuntos del reino nos tenían en vilo. El secretario Almazán no podía ser más explícito de cuanto sucedía en Italia.

—¡El papa acaba de perder Bolonia! El rey francés quiere por todos los medios implicar al emperador, mientras el rey de Inglaterra está cada vez más de nuestra parte. Madama Margarita de Austria, gobernadora de Flandes, dice que está de acuerdo con el Rey Católico. Solo falta que Julio II quiera de verdad la paz del emperador y los venecianos —comentaba Almazán.

Las postas llegaban sin cesar al despacho de Cisneros, porque Fernando era el primer interesado en que el cardenal continuara bien informado. Una de aquellas cartas nos traía en abril una halagüeña noticia:

Los españoles han dado una buena rebotada a los franceses. Trajeron presos al campo de los españoles cien hombres de armas y ciento cincuenta caballos ligeros de los franceses, además de los que mataron.

Fernando estaba muy satisfecho de los consejos de Cisneros y este mandaba

cartas y sugerencias al concilio. A este celo de facilitar exacta información al arzobispo se unieron al secretario Almazán, el duque de Alba y el nuncio, que recibían a su vez por valija diplomática las cartas de nuestro agente romano Alfonso de Troya. Aunque también llegaban noticias de bulos e intrigantes manipulaciones, que Cisneros depreciaba.

—No quiero ni saberlas ni preguntarlas.

No todo el mundo estaba tan bien informado. Por ejemplo, el arzobispo de Sevilla, al que le llegaban noticias tan confusas de los líos de Italia que le escribía al cardenal a ver si conseguía aclararse.

Mientras, con base estable en Alcalá, donde todo el mundo acudía a pedirle consejo, nos movíamos a placer por toda la península. Un día se presentó el duque del Infantado. Quería casar a su nieto Pedro González de Mendoza con Juana de Cisneros, sobrina del cardenal. Lo habló en la confianza de su despacho con su secretario Juan de Vallejo.

—¿Qué os parece de este matrimonio?

Revisada la propuesta, no parecía conveniente, pues no daba nada a cambio, ni bienes ni seguridades.

Al cabo de un tiempo encontró otro novio para su sobrina en la otra rama de la misma familia, Alonso de Mendoza, conde de La Coruña. Nunca había visto al adusto cardenal tan alegre. Después de desposarlos los abrazó y besó en un gesto inédito en su vida.

—Ha sido una cosa tan nueva para su condición como ver un buey volando —dijo Vallejo.

Durante nuestra estancia en Madrid le volvieron las calenturas. En aquellos días tenía que despachar muchas cosas del Consejo Real desde la cama. Tampoco gozaba de buena salud el infante don Fernando, siempre aquejado de quartana.

Le escribí a don Miguel de Almazán para que informara a su alteza sobre la salud del cardenal. Todo empezó con un dolorcillo de tripas debajo del ombligo, que parecía al principio cosa muy liviana. Aquello creció con una calentura terciana, que le sonrojó el rostro y le quitó las ganas de comer. A base de dieta bajó la calentura, aunque le quedaron la postración y los dolores. El doctor De la Parra decidió purgarle, de forma que se quedó muy débil y con pocas ganas de comer. Tenía que esforzarse para probar bocado. «Y desde la cama no deja de oír a los del consejo, cuando vienen, los cuales continúan en venir hasta aquí y con esto que su alteza les ha escrito tienen más cuidado de hacerlo así». Desde 1510 aumentó su debilidad física, aunque no dejaba de acudir a las citas importantes, como la de Burgos, y estaba deseando volver siempre a su amada Alcalá.

Por entonces ocurrió algo que me afectó personalmente. Al producirse en

Salamanca la vacante episcopal, por muerte del obispo Juan de Castilla, alguien sugirió mi nombre para ocuparla. Todo el mundo pensaba que era muy posible que me nombraran obispo de esa sede, dado que yo había conseguido granjearme la amistad del rey y sus consejeros, mis enemigos decían que gracias a mi cortesía un tanto zalamera. Un día me llamó mi señor.

—Lo siento, fray Francisco, ya se ha provisto Salamanca. Se ha prestado Francisco de Bobadilla. Pero nos ofrecen para vos la diócesis de Ciudad Rodrigo, que este ha dejado vacante.

La nueva trajo contento al cardenal y a nuestros amigos. Hasta Viannello, que aún no había perecido en la desastrosa campaña de los Gelves, escribió desde Lampedusa, felicitándonos. Pero no voy a negar que Ciudad Rodrigo me pareciera poca cosa, y empecé a moverme con los amigos de la corte, sobre todo con el secretario Almazán.

—¿No estáis contento con el regalo? Es una diócesis tranquila. Mirad en mí los apuros que conlleva el poder —me indicó el cardenal.

Yo en cambio apuntaba más alto en mis cartas, sugiriendo Segovia o Ávila como mis posibles futuras sedes. «También me dicen que está maldispuesto el obispo de Ávila. Nuestro Señor le dé salud, que ni a él ni otros deseo todo mal», escribí.

Nunca ocupé físicamente la sede de Ciudad Rodrigo, ya que seguía en los asuntos del cardenal, aunque tuve que enfrentarme con el cabildo de su catedral. Finalmente fallecería el obispo de Ávila, Alfonso Carrillo de Albornoz, dejando la puerta abierta a mi ascenso.

La gente comentaba en los pasillos de palacio:

—Es avisado y ambicioso ese Francisco Ruiz. Ha logrado cuanto quería: una diócesis mediana de Castilla y seguir al mismo tiempo al lado del cardenal.

Este se volcaba en aquella época en dotar de fondos económicos a su universidad, así como en cuestiones de la reforma franciscana y asuntos de urbanismo en la ciudad de Toledo.

En medio de aquella vorágine surgió una iniciativa sorprendente. Como se veía próxima la muerte de Julio II, se pensó en un papa nuevo, distinto, carismático, que uniera en la fe cristiana todo el Mediterráneo y cambiara la sede corrupta de Roma por la «Casa Santa de Jerusalén».

—Señor, ¿sabéis lo que corre por ahí? ¡Una corriente que quiere haceros papa! Lo han iniciado nuestros frailes de Orán y me consta que hasta el Rey Católico ha escrito a su embajador en Roma expresando este deseo. Se dice que ha llegado la hora del «Pastor de la cuerda», supongo que por el cordón franciscano, elegido para que el nombre de Mahoma quede destruido. Que seréis «el guante de la paz y la concordia» para concordar los príncipes cristianos,

según una profecía de San Isidoro: el nutridor de los hombres nuevos que amasa y da a comer el pan cocido con el fuego del Espíritu a aquellos apartados de la carrera de Dios, el único prelado dispuesto a batirse por el nombre de Cristo.

Los partidarios de esta idea veían a Cisneros como un personaje apocalíptico, un papa cruzado, que «tomando las llaves en la mano de la Casa de San Pedro, abra el tesoro de la Sangre de Cristo, porque con este tesoro, consiga el viaje de la Casa Santa de Jerusalén». Detrás estaba un humanista y antiguo maestro de teología, que hemos visto seguir entusiasta a Cisneros en Orán: Juan de Cazalla, cuyos textos impresos corrían de mano en mano por las calles toledanas con tesis a favor de la conquista de África y Jerusalén para Cristo. Era un personaje entre visionario y exaltado, que no se llevaba bien con sus compañeros de convento en Guadalajara. También se puso al lado de los que pretendían que Cisneros llegara a ser el «Pastor de la cuerda» el nuevo papa mesiánico.

En fin, en época de milenarismos y graves acontecimientos eclesiales salían visionarios de debajo de las piedras. Uno de ellos fray Melchor.

—¿Sabéis lo que dice ese novicio franciscano, fray Melchor? —me confesó un día Vallejo mientras paseábamos junto a las casas de Lujanes, en Madrid—. Que vendrá un pontificado espiritual que regirá la Iglesia desde Jerusalén. Pero antes caerán los poderes de este mundo, los soberanos de Europa e incluso los papas. Dicen que también serán derrocados los dos mayores enemigos del Espíritu, que son el rey don Fernando y el antipapa y pervertidor de la familia franciscana, nuestro cardenal Cisneros. Por lo visto, este fray Melchor, aparte de mantener contactos con Vicente Ferrer, Catalina de Siena y las revelaciones de Santa Brígida, asegura que le avalan devotas muy queridas por el arzobispo, como María de Santo Domingo y Marta de la Cruz.

—¿Qué queréis que os diga? En estos tiempos se mezclan el trigo y la cizaña, el buen y mal espíritu. Por lo que no es raro que se pergeñen barbaridades.

—¿Qué piensa de todo esto a vuestro juicio el cardenal? —me preguntó el secretario de Cisneros.

—Le fascinan las experiencias contemplativas y creo que es más tolerante con ellas de lo se podría suponer. Siempre, desde joven, se ha interesado por las personas místicas que ven más allá de los demás mortales. Dios sabe lo que será de la Inquisición cuando caiga en otras manos sin duda más severas y la emprenda contra iluminados y visionarios.

El sol sonrojado se ocultaba como tímida muchacha tras la torre de los Lujanes, muy cerca de donde Benito, sobrino de Cisneros, llegaría a construir un espléndido palacio esquina con la calle Sacramento. Algo más allá, las casas de adobe y amontonadas componían el trasunto pobre de un poblacho que apenas se

distinguía entonces por estar amurallado y habitado de osos en sus boscosos alrededores, pero que comenzaba a soñar con convertirse en sede real, desde que don Fernando gustara frecuentarla. La brisa fresca del atardecer madrileño no me aliviaba de la preocupación de ver tanto al rey como a mi señor cada día más frágiles, viejos y sobrecargados de penosas solicitudes. No deja de ser una lección de humildad —pensé— que las piedras que almacenan la Historia sean más resistentes que los hombres que las habitan.

18. La última caza de don Fernando

Sudoroso, pálido, exhausto, descabalgó después de perseguir venados durante casi toda la jornada. En los últimos meses le costaba concentrarse y permanecer en un mismo sitio. ¿Era por esa condenada vidente que le había hablado del fin de sus días para después de conquistar Jerusalén, y de que le llegaría la muerte en un lugar llamado Madrigal? Por eso ya no ponía los pies en la famosa villa, donde había nacido su adorada Isabel. Al fin y al cabo, aunque acababa de cumplir los sesenta, ¿no había caballeros que le superaban en edad y seguían activos, lozanos e incluso vigorosos? Don Fernando el Católico vivía además horas tensas por los sucesos de Italia y Francia a los que se sumaba recientemente la complicada situación de Navarra. ¿Y Germana? No lo dejaba ni a sol ni a sombra obsesionada con darle un hijo fuere como fuere.

La sobrina de Luis XII se presentó ante él con un insinuante vestido verde de amplio escote, embriagada de perfume de nardo, sus mejores joyas y su más provocativa sonrisa. Ni cuando se acostó la primera vez con su sobrina-nieta con la correspondiente dispensa papal, disfrutó Fernando como solía en sus antiguas y frecuentes infidelidades a Isabel. Y eso que la francesa tenía al desposarla la frescura de los diecisiete años. Pero era corpulenta, demasiado alta quizás o, como diría Sandoval, «poco hermosa, algo coja, gran amiga de holgarse en banquetes, huertas, jardines y fiestas». Una mujer *pinguis ac bene pota* («gordinflona y bebedora»), la describiría Pedro Mártir de Anglería. A los tres años de casarse vino el parto del príncipe Juan. Pero apenas sobrevivió unas horas. Hubo de ser enterrado en el monasterio de Poblet, panteón real de las dinastías catalana y aragonesa.

—Don Fernando, ¿vamos a nuestra alcoba? Venid, yo os repondré de vuestros achaques con mis mejores artes —se ofrecía Germana, arrastrando insinuante de la mano a su sexagenario esposo.

Pero el rey se resistía. ¿A qué ese interés de tener hijos? Si el malogrado Juan hubiera sobrevivido, habría conseguido romper el gran sueño de Isabel: la unidad de los reinos de España, separando Castilla y Aragón, ya que Germana habría heredado este último, pues según las leyes de dicho reino los derechos hereditarios le habrían correspondido a ella y no a su otra hija, la reina doña Juana.

—Ahora estoy muy ocupado con mi testamento, señora. ¡Dejadme en paz! Tengo cartas que contestar. He de regresar cuanto antes a Burgos.

1512 iba a ser año de testamentos. También el de mi señor el cardenal, al que últimamente le costaba abandonar el cálido ambiente de las aulas, el olor de los libros y los últimos tomos recién salidos de las prensas de la Políglota en su amada Alcalá. Tras firmar su propio testamento, Cisneros fue requerido de nuevo en Burgos. Además, desde allí podía seguir más de cerca los avatares del Concilio Lateranense. Pero en la ciudad del Cid se encontró de bruces con el problema de Navarra, el pequeño reino limítrofe, obligado paso al reino de Francia. Era por mayo.

—Os agradezco vuestra presencia, ilustrísima. Todo está dispuesto para iniciar la ocupación de Navarra. He pedido al papa que excomulgue a los reyes navarros. Creo que por sus connivencias con los herejes albigenses y el cismático rey de Francia no será difícil —le dijo el rey al cardenal.

Cisneros arrugó el entrecejo. Pero no opuso resistencia, pues veía la guerra inevitable. Después de regresar de nuevo a Alcalá, retornamos, pasados unos meses, una vez más a Burgos.

—El problema, señor cardenal, es que carecemos de fondos, ya sabéis... —le sugirió el rey.

—Os enviaré a mi contador Diego López, si os place, para gestionar un préstamo a la Corona.

Al final fue firmado un juro de dos cuentos y cien mil maravedís a razón de dieciocho mil el millar. La razón o excusa era la agresión del rey de Francia, que en diciembre acababa de invadir Guipúzcoa, quemando varias villas. El cardenal contribuyó con sus propias tropas a la causa. Pero yo notaba que algo preocupaba más a mi señor que Navarra y la guerra.

—He visto al rey muy desmejorado. Le enviaré a Santillo, nuestro bufón, a ver si se anima —me dijo.

El descarado Santillo tenía peculiar bula para decir delante del rey lo que le viniera en gana. Un día en que el monarca andaba muy airado con los nobles porque el de Alba pedía refuerzos para romper el cerco de Pamplona y ellos no se lo otorgaban, Santillo, ataviado de sus mejores flecos, sonajeros y coloridos jubones, aprovechó una sobremesa para dar un salto y exclamar delante de los satisfechos comensales:

—¡Señor, deme vuestra alteza su venia y ahora mismo voy a Pamplona y hago levantar el cerco!

El rey cazó al vuelo la intencionada ironía del bufón y sonrió.

—Eso es señal de que no amas a tu rey. Si te interesaras de veras por mí, ya estarías hace tiempo en Navarra sin pedirme permiso.

Los nobles, aludidos y abochornados en su caballeresco pundonor, se levantaron y acudieron en apoyo del duque de Alba.

Mientras, nos llegaban informes muy detallados de los capitanes. Algunos reclamaban a Cisneros «pelotas, cañones y ejes» para la contienda. Recuerdo una carta desolada del capitán Vargas, angustiado por estar en lucha contra el peor enemigo, el hambre. Y las muchas misivas que nos enviaba Diego Pérez de Vargas, que daban cuenta al cardenal del intenso espionaje que regía entre las filas de ambos ejércitos. Añadía que Cisneros era el que daba sentido moral a la empresa, «pues vuestra señoría es el principal espejo de España y sois de natura belicoso, aunque no contra cristianos. Trabaje vuestra señoría, para que haya celeridad grande en la venida de nuestra gente, que si la primera vez que llegó el rey, don Juan (de Albret) se apretara, no se hiciera el exceso que se ha hecho, que les han juntado a los enemigos muchos navarros y juntan cada día». Finalmente, cuando llegaron fuerzas de Aragón, Navarra pasó a ser de Castilla, no sin acordar que las instituciones quedarían intactas y mantenidos, e incluso mejorados sus fueros.

No puedo negar la destacada presencia de mi señor en todos estos acontecimientos, así como en la campaña de Italia, aunque desde allí las noticias se retrasaban en demasía. Un día le llegó al arzobispo una curiosa y encantadora demanda de su «nieto» el infante don Fernando que le hizo sonreír: «El señor infante se encomienda a vuestra señoría y que si allí hay alguna fruta verde, se la mande aviar, que le han dicho que hay almendras verdes».

Sabemos que se prolongaba el concilio, pero no acababan de llegar noticias de Rávena.

Un día, doña Germana entró hecha un mar de lágrimas.

—¡Mi hermano! ¡Los españoles han matado a mi hermano!

La noticia del fracaso de Rávena había llegado finalmente a la corte. Gastón de Foix, el joven duque de Nemours, había caído en la refriega con doce de sus mejores capitanes. El campo de batalla parecía un camposanto sembrado de cadáveres: cinco mil soldados franceses y ocho mil españoles. El virrey Cardona, el capitán Pedro Navarro —el de Orán— y Fabricio Colonna habían sido capturados. Total de bajas: de diez a doce mil hombres.

En la corte se comentaban los posibles fallos de aquel cataclismo:

—Ruiz Díaz de Cerón Carvajal tiene razón, alteza. El virrey no ha sabido dirigir sus tropas. Las ha descolocado y desgastado en inútiles escaramuzas. Cisneros lo sabe mejor que nadie, que no confía en ese aventurero de Pedro Navarro, después de cómo se comportó en Orán, ni en la indecisión e ingenua credulidad de Ramón de Cardona. ¡Tendríaís que haber enviado al Gran Capitán!

Pero el rey se negaba una vez más a mover al viejo héroe, pues ya no se fiaba del gran Gonzalo de Córdoba. Sin embargo, Cisneros mantuvo cordial correspondencia con el famoso soldado en su retiro de Loja. También llegaban

noticias de Roma. El belicoso Julio II luchaba ahora con el peor enemigo, la muerte. Fernando veía la oportunidad, ante el inminente fallecimiento del papa, de que Cisneros le sucediera en el solio pontificio, «porque es buena persona — escribía a su embajador— y de buen ejemplo y aficionado a mi Estado. Y para que la elección tenga efecto, haréis todo lo que se pueda hacer».

Pues el nombre de Cisneros ya sonaba entonces en Roma como una posible carta en la baraja del próximo cónclave. Por ejemplo, la condesa de Carpi dejó, antes de morir, algunos obsequios para el cardenal. También Julio II había pensado en Cisneros para legado pontificio de Bolonia y la Romaña y para que le ayudara a arreglar los intrincados asuntos italianos. «Creo —escribía el agente Troya al arzobispo— que no es el papa el que os llama, sino Dios, porque sois menester en el reparo de su Iglesia». Pero de momento no hubo nada porque el papa había superado la crisis de salud.

El hecho era que en Alcalá o en la corte la correspondencia era una empinada montaña en la mesa del despacho, y era yo muchas veces el que contestaba en su nombre incluso a su alteza, como cuando nos comunicó que estaban prosperando las relaciones con Inglaterra.

En mayo de 1513 pasamos una larga temporada en el palacio de Valladolid. Allí pude ser testigo de una «debilidad», si así se la puede llamar, de mi señor. Resulta que apareció su sobrino político, el conde de La Coruña, que era un gran justador.

—¿Podrías organizar unas justas ante los reyes, querido tío? —le suplicó a Cisneros

Este, frágil siempre ante los deseos de su familia, no se negó. Era una oportunidad para que se luciera su linajudo sobrino. Sonaron timbales y clarines y bajo un rutilante sol castellano, ante don Fernando y doña Germana, que presidían el torneo sentados en el estrado bajo un rojo dosel, se enfrentaron los caballeros lanza en ristre con gran brillantez especialmente del aguerrido sobrino. Todo a costa del tío, claro, que no tuvo escrúpulos de desembolsar esta vez siete mil ducados. También para entretener al rey, por supuesto, que seguía notablemente deprimido.

Por su parte, doña Germana insistía en llevárselo al lecho, aunque su alteza no acababa de estar dispuesto a una labor en la que en sus buenos tiempos había sido todo un experto. Esta vez a la alta señora se le ocurrió una peregrina idea. Por consejo de sus damas, más en concreto de su amiga doña María Velasco, preparó un brebaje afrodisíaco de carrioncillo, «un potaje de turmas de toro y cosas de medicina que ayudan a la generación». El hecho es que lejos de potenciar su virilidad, la pócima de criadillas le afectó de tal manera que desde entonces no levantaba cabeza y aumentó aún más su inquietud de ir de aquí para

allá a continuas monterías que le evadieran de sus melancólicos pensamientos.

A Cisneros le tocó, como siempre, hilar fino y hacer esta vez de árbitro y mediador, no solo con el Gran Capitán, sino también con el condestable, muy ofendido porque el rey no le hacía caso y disimulaba ante las reclamaciones económicas de sus familiares. Los colaboradores del monarca pedían una y otra vez la presencia de Cisneros.

Hasta que un día las campanas de San Pedro voltearon con el monótono y fúnebre repicar a muerto. A principios de 1513 el «papa guerrero» dejaba este mundo, sin que el gran escultor Miguel Ángel, con quien había vivido una turbulenta relación de amor-odio, pudiera terminar el sepulcro que le había encargado —y desencargado— repetidas veces por falta de recursos. Quedaría del monumental proyecto la imponente escultura del Moisés como colosal testimonio en San Pietro in Vinculis, la iglesia de la familia Della Rovere. Cisneros tenía que reconocer no estar descontento del difunto papa por los pactos y privilegios conseguidos durante su reinado.

Un cardenal húngaro, Tomás Bakócz, acudió al cónclave convencido de que por su actividad política con Maximiliano iba a ser el elegido. Al menos eso parecía por la pompa y cortejo con que entró en la Ciudad Eterna. Pero el emperador y sus amigos venecianos le traicionaron y la tiara cayó sobre la cabeza del refinado florentino Giovanni de Médici, hijo de Lorenzo el Magnífico, con el nombre de León X. Los agentes romanos de don Fernando espionaron con suma atención los primeros pasos del nuevo papa, que parecía favorable al rey de España y la paz europea. Entre las primeras medidas que emprendió estuvo conseguir la abjuración de los cardenales cismáticos, los de Pisa, que volvieron triunfantes al redil como si no hubiera pasado nada, entre ellos nuestro amigo Carvajal, aunque Fernando hubiera preferido la degradación definitiva de los rebeldes por sus descarados apoyos a Francia.

—El nuevo papa mira con buenos ojos nuestra labor en Alcalá. Nos confirma las facultades benéficas y jurisdiccionales con su bula *In eminentis* —me comunicó, feliz, Cisneros, mientras nos encontrábamos aquel verano en Valladolid.

—Creo, señoría, que Roma es un desfile de exóticas embajadas para presentar al pontífice su obediencia. Sobre todo la portuguesa, que ha llegado liderada por vuestro admirado descubridor Tristán de Acuña.

—¡Ah, sí, Acuña! Ojalá todos siguiéramos las iniciativas de don Manuel I de Portugal para que en este pontificado progresen las cruzadas y conquistas del mundo infiel.

Pero lo que más importó a Cisneros aquel año fue la octava sesión del Concilio Lateranense, que terminaba definitivamente con el cisma y nos devolvía

la esperanza en la unidad de la Iglesia. En Alcalá, el círculo cisneriano debatía algunos de los principales temas del concilio: los estudios académicos del clero, la necesidad de fomentar la catequesis y hasta el fundamento científico de la reforma del calendario. Las tertulias en la ciudad complutense sobre este último tema fueron muy animadas, en ellas Antonio de Nebrija lució una vez más su ingenio y capacidad de ironía.

El rey, que andaba cazando inquieto por los alrededores de Madrid para olvidar sus penas, apareció de repente en Alcalá, donde se encontró con la visita secreta del nuncio pontificio Galezo de Buitrago, que venía a negociar propuestas para la paz entre el imperio y Venecia con carta personal para el rey del nuevo papa; aunque pronto supimos que León X en realidad desconfiaba de los manejos de Fernando en Italia. La aguileña nariz de Cisneros lo olfateó de un salto.

—Quiera Dios que el papa lo haga todo así, como lo dice, que gran bien sería para la cristiandad —afirmó.

—Como sabéis, eminencia, el Santo Padre es un hombre muy culto y refinado —respondió el nuncio en latín—, y gran amante de todas las artes. Tiene un grandioso proyecto para embellecer la basílica de San Pedro y está recabando fondos mediante la concesión de indulgencias.

Mi señor estaba declaradamente en contra del tráfico de indulgencias, pero desde su corazón de mecenas reaccionó positivamente ante los proyectos del arquitecto Donato d'Angelo Bramante, que ya andaba sumergido en ese encargo desde los tiempos de Julio II.

—Contad con mi aportación de dos mil quinientos ducados —ofreció con aire generoso Francisco.

Con ello, Cisneros no hacía sino responder a los gestos y gracias que venían de Roma sobre todo en nombramientos y beneficios. Entre ellos la bula que confirmaba el traslado definitivo de mi sede episcopal de Ciudad Rodrigo a Ávila, o la fundación de San Juan de la Penitencia en Toledo y las concesiones a la Universidad de Alcalá.

Nunca vi al arzobispo tan consciente de su poder e influencia como por aquel tiempo. Tenía en aquellos días tanta seguridad de que Fernando le necesitaba, que le escribió invitándole a él, a doña Germana y al querido infante Fernando, nieto del Católico, a su palacio de Alcalá a finales de 1514.

El año siguiente se anunciaba con negros nubarrones. Las sucesivas muertes ensombrecían de interrogantes el futuro. El 1 de enero llegó la primera noticia.

—Señoría, ¡ha muerto Luis XII de Francia!

—Plega a Nuestro Señor tener misericordia de su ánima, y que su fin sea para la paz de la cristiandad —exclamó Cisneros—, y no venga otro peor, como

muchas veces acaece por nuestro pecados. Así voy a escribírselo a don Fernando.

El rey reaccionó con desconfianza. Temía que el nuevo monarca francés no tendría en cuenta «las cosas platicadas» hasta entonces. Pretendía adelantarse a los acontecimientos y alcanzar cuanto antes una alianza con el papa, el emperador, los duques de Milán y Génova y los pueblos de Helvecia. Así lo llevó a cabo mediante una firma en Roma y Zúrich con anuencia de León X.

Cisneros sabía que era tanto como desafiar de nuevo a Francia y la posible reapertura del frente navarro. Mientras, Fernando desconocía otra maniobra en Flandes: la emancipación del príncipe Carlos a espaldas del Rey Católico. Eso abría las puertas a los antiguos partidarios de Felipe el Hermoso, que solo estaban agazapados a la espera de la primera oportunidad para tender un cerco a don Fernando.

El ladino rey, al enterarse, pese a su mal estado de salud, reaccionó con calculada frialdad:

—Es hora de convocar Cortes en Aragón y Castilla.

Cisneros llamó a uno de sus amanuenses y le dictó una carta al rey:

No entiendo en otra cosa acá sino en desocuparme y disponerme para que, cuando alguna necesidad allá ocurriere, poderme hallar con su alteza a todo lo que sucediere.

Así que a Burgos nos desplazamos de nuevo para perfilar la estrategia a seguir ante «todas esas maldades que andan urdiendo». Pero Francisco I ya se había adelantado al decidir caer sobre Milán y acabar con su independencia. Del lado del francés se encontraba ahora el funesto Pedro Navarro, el despechado capitán de Orán, una de las mayores equivocaciones del aragonés. Las preocupaciones por las veleidades de León X con Francia exasperaban a Fernando cuando Cisneros lo encontró en Segovia aún más alicaído.

—Apenas llegan correos de Italia, ilustrísima. Ahora nadie parece querer mantener viva la Liga Santa, que tanto nos ha beneficiado —decía Fernando.

De modo que ambos, el rey y mi señor, fueron informados de las deslumbrantes comitivas del papa y Francisco I en Florencia y Bolonia, que desembocarían en un concordato por el que Francia conseguía nombrar obispos directamente, privilegio que España perseguía hacía tiempo y había obtenido solo para algunas sedes como Granada, Canarias e Indias.

Pero las peores noticias venían de casa. A las Cortes de Calatayud Fernando había acudido en litera. Tanto en Burgos como Aragón aseguró algunas decisiones sobre el futuro: Navarra pertenecería a Castilla; y a su querido nieto

el infante Fernando le aseguró una renta y varios señoríos en Nápoles. Pasó algún tiempo en Trujillo y luego se instaló en una finca del duque de Alba, la Abadía, donde fue a buscarle el embajador Adriano de Utrecht, interesado en asegurar la sucesión del príncipe Carlos, aunque este lo había nombrado su regente sin contar con nadie. Fernando sabía que el prelado quería apoderarse de la regencia tan pronto expirara, lo que le irritaba sobremanera. De modo que cuando le dijeron que el deán quería verle por segunda vez, el rey respondió con aspereza:

—¿Qué quiere? ¿Viene a saber si ya me muero?

Se negó a recibirle aquel día, y aunque lo hizo algunas jornadas después por consejo de sus ministros, fue una entrevista distante, y le ordenó que se retirara a Guadalupe, que ya le haría llamar cuando su estado de salud se lo permitiese. Además le nombró un «guardia de honor» que, a decir verdad, no era más que un espía que le informara de todos sus pasos.

Fernando prefería seguir evadiéndose por campos y montes a la caza del ciervo con el duque de Alba, en continua huida de la muerte y de sí mismo.

—Ha llegado otra carta del nuevo secretario Quintana. —Había sustituido al fallecido Almazán—. Confirma que rey está mal. Aunque no para de cabalgar como loco por todos los rincones de Castilla, y a veces sufre privaciones de sus facultades. De pronto pierde el sentido y al instante se recupera. Sugiere que os encontréis con él cuanto antes —informé un día al cardenal.

Cisneros no ocultaba su desasosiego. También la palidez apergaminada del rostro del arzobispo denunciaba el inevitable paso de los años, aunque se mantenía despierto y activo.

—¿Pero dónde? ¿Dónde encontrarnos con un rey que no quiere asentarse en parte alguna? —preguntó—. Dicen que está obsesionado con invernar en Andalucía. Creo que lo mejor es situarnos en Talavera y desde allí estar atento a las paradas de don Fernando —apuntó el cardenal.

Pero el lamentable estado de salud de Fernando el Católico era ya en enero de 1516 comidilla que corría sin freno por las cortes europeas. Entonces yo, Francisco Ruiz, tuve el honor de haber recibido una de sus últimas cartas o, si se quiere, breve «nota de viaje» de nuestro señor el rey:

Vi vuestra letra del 14 pasado y os agradezco lo que por ella decís. Yo me contentaré con la salud que vos me deseáis, porque sería más de la que yo mismo deseo. Hube placer de saber por vuestra letra de la salud del reverendísimo in Christo padre cardenal. Plegue a Nuestro Señor de se la conservar, como el mismo desea. Mi ida es a Sevilla. Allí podrá enderezar su camino el dicho

reverendísimo cardenal.

¿Alucinaba don Fernando? Sevilla parecía un último sueño imposible en el estado casi agonizante del rey. El penetrante Cisneros lo intuyó tan claramente que le contesta desde Alcalá: «Un viaje en vuestra situación pareció acá a todos la mayor locura del mundo. Ir a Andalucía ni su alteza lo debería hacer ni conviene a su servicio hacerlo yo».

Más, cuando doña Germana se encontraba en nuestro palacio, de regreso de las Cortes aragonesas, siempre viviendo a cuerpo de reina, lo que para ella suponía ir de banquete en banquete y fiesta en fiesta, sabedora de que su marido estaba en las últimas le confió a Cisneros:

—Mi esposo el rey sigue con aquel dolor de ijada, que solo se le ha aliviado al echar la piedra.

Si hacemos caso a Pedro Mártir, padecía de hidropesía y otros achaques del corazón. Por eso huía de las grandes ciudades hacia el campo y los bosques, para hinchar sus pulmones de aire libre y respirar mejor. Las últimas monterías las corrió por los alrededores de Trujillo. No fue en Madrigal, como habían vaticinado una de las videntes, sino en la posada de Santa María, a las afueras de Madrigalejo donde don Fernando se detuvo, no podía dar un paso más. Le sobrevinieron diarreas, hinchazones, se le cayó una quijada; se encontraba deshidratado, en una palabra, agonizaba, pero se negaba a morir. Con las cortinas echadas, en medio de una penumbra que anunciaba el final, rechazó que entrara su confesor, el dominico fray Tomás de Matienzo.

—Ese viene para negociar memoriales, no para entender en descargo de mi conciencia —dijo con un hilo de voz—. No sabe que aún no he conquistado Jerusalén, como ha vaticinado la beata de Piedrahita. No quiero recibirlo.

—Alteza —le dijo el doctor Galíndez de Carvajal—, es mi obligación deciros la verdad: ¡vais a morir!

Fernando autorizó la presencia de fray Tomás, se confesó y recibió la comunión y la extremaunción. Luego ordenó que entraran en la alcoba los licenciados Zapata y Vargas junto al doctor Carvajal. Les habló con mucho ahogo pero con la cabeza despejada:

—Dejo encomendado el gobierno de Castilla y Aragón a mi nieto el infante don Fernando, pues lo he criado a la costumbre y manera de acá; y porque mi otro nieto don Carlos no vendría ni estaría de asiento en estos reinos para regirlos y gobernarlos como es menester, estando como está fuera de ellos, rodeado de personas no naturales, que mirarían antes su propio interés que no el del príncipe ni el bien común de los reinos.

Los consejeros se opusieron a la propuesta de dejar como regente a su nieto don Fernando por el peligro que suponía para la sucesión del verdadero soberano, el primogénito Carlos.

—Vuestra alteza sabe bien —le arguyó Carvajal— con cuántos trabajos y afanes habéis reducido estos reinos en buena gobernación, paz y justicia. Además, los hijos de reyes nacen todos con condiciones de reyes y ninguna diferencia existe, en cuanto a esto, entre el mayor y los otros hermanos sin tener el primogénito la sucesión.

Añadió el doctor que aunque reconocía las virtudes del pequeño don Fernando, desconfiaba de la camarilla de nobles que le rodeaba, pues podría ocasionar nuevas divisiones en el reino. También que la reina doña Juana podría manipular la situación en contra del primogénito don Carlos.

De pronto, el rey Fernando rompió a llorar amargamente. Para él era una decisión difícil, porque iba en detrimento del nieto que más quería.

—¡Entonces el testamento ha de escribirse de principio a fin! —exclamó.

Los amanuenses se entregaron al trabajo a toda prisa, porque sabían que el rey estaba en las últimas. Anulados los anteriores testamentos de Burgos y Aranda, en las disposiciones últimas de Fernando el Católico, su hija doña Juana quedaba reina de Castilla, Granada, Navarra y Aragón, pero, dada su situación mental, era preciso ponerle un sucesor, que sería el príncipe Carlos. En principio, la regencia quería encomendársela a su hijo bastardo, el arzobispo de Zaragoza, don Alfonso de Aragón. Pero el doctor Carvajal dejó caer junto al lecho del moribundo:

—¿No sería más prudente encomendar la regencia a otro?

—¿A quién? —preguntó el rey con voz quebrada.

—Al cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, alteza. Es quien mejor conoce vuestros reinos.

El moribundo torció la cabeza. Nunca le había caído simpático el adusto franciscano.

—¿Cisneros? Vos conocéis mejor que yo su condición...

Se hizo un pastoso silencio. No sabían que en aquella pausa se decidía el futuro de la historia de España. De pronto, como iluminado por una súbita inspiración, quizás el vivo recuerdo de Isabel, don Fernando exclamó:

—Cisneros... Sí, sí, buen hombre es. Y sin otros intereses. Siempre la reina y yo lo hemos tenido como buen criado y con la afición debida a nuestro servicio.

—Así es, alteza. Hacéis una buena elección.

Atardecía el 22 de enero cuando don Fernando entró en trance agónico. Al día siguiente entre la una y las dos de la madrugada «pasó de la presente vida», como escribiera emocionado el doctor Carvajal.

Por su buena pluma y acierto, dejo aquí la evocación de Pedro Mártir de Anglería que hace justicia en una carta a la descripción de aquel solemne momento:

...Allí quedó muerto, en una casita desguarnecida e indecorosa. Mira en lo poco que se puede confiar en los aplausos de la fortuna y en los favores seculares. El señor de tantos reinos y adornado con tanto cúmulo de palmas, el rey amplificador de la religión cristiana y domeñador de sus enemigos ha muerto en rústica casa y en la pobreza, contra la opinión de las gentes. Apenas si se encontró en poder suyo, o depositado en otra parte, el dinero suficiente para el entierro y para dar vestidos de luto a unos pocos criados. Cosa que nadie hubiese creído mientras vivió. Ahora es cuando claramente se comprende quién fue, con cuánta largueza repartió y cuán largamente los hombres le tacharon del crimen de la avaricia. ¡Oh, España, oh, dogma cristiano, oh, príncipe Carlos, que maestro en el gobierno habéis perdido!

No todos eran elogios para don Fernando. Por ejemplo el embajador florentino Guicciardini, aunque le retrataba como «hombre muy sagaz», «reservado» y «paciente», deja caer que era una mezcla de avaricioso y austero, y añade:

Aunque no es letrado, es gran amigo de los humanistas. Da las audiencias con liberalidad y responde a las peticiones dignamente, en forma que pocos son los que no quedan satisfechos con lo que les dice. Pero se cuenta que con facilidad se desentiende de sus promesas, o porque nunca prometió cumplirlas o porque los acontecimientos le obligan a cambiar de idea; en tal caso no se acuerda de lo que prometiera. En mi opinión, sabe disimular más fácilmente que ningún hombre, y es, en una palabra, un monarca notable que posee muchos talentos. Las únicas censuras que puede merecer es que no es generoso y que no cumple sus promesas.

Cuando vivía doña Isabel los franceses se burlaban de don Fernando, afirmando que «él llevaba la camisa y ella los calzones». A decir verdad, eran complementarios, aunque la zorrería era especialidad del fallecido monarca, que dicen que junto a César Borja inspiró el modelo de príncipe a Maquiavelo y su valor supremo era conservar el poder por encima de todo.

Como ya tenía poco que repartir, no abundaron los nobles junto a su lecho. Solo se encontraban en aquel trance sus primos, el duque de Alba, Fadrique de Toledo, el almirante de Castilla, Fadrique Enríquez y el marqués de Denia, mayordomo real.

Enviaron a llamar al deán de Lovaina, que se hallaba en Guadalupe, para que asistiera a la apertura del testamento. Pidió Adriano copia autorizada del documento para enviarla a Flandes.

De acuerdo con sus últimas voluntades, el reducido cortejo fúnebre inició el

penoso y largo traslado del cadáver a Granada. Doña Germana se presentó a galope en las últimas horas. Pronto se olvidaría de su regio esposo. Contraería segundas nupcias con el marqués de Brandemburgo, y al fallecimiento de este, con el duque de Calabria, hijo mayor de Federico, el destronado monarca de Nápoles y primo de don Fernando.

Cinco días después supimos en Alcalá la noticia de su muerte y el nombramiento para regente de mi señor. Se presentó un mensajero con un extracto del testamento y una breve misiva de los hermanos Fonseca. Le anunciaban «cómo Dios alumbró a su alteza en dejar a vuestra señoría por gobernador, hasta la venida del príncipe nuestro señor». Cisneros había preferido verlas venir, pensando en ponerse en camino cuando el rey estuviera en disposición de «dar orden a las cosas de su ánima», y porque no le apetecía «andar de lugar en lugar», como él decía, por lo que no asistió a su muerte. Por intuición sabía que el rey era muy suyo y no querría interferencias de nadie y menos del cardenal. El 23 de enero todas las campanas de la ciudad tocaron a duelo tres veces: a mediodía, al ángelus y al alba. Crespones y luminarias recorrieron las calles complutenses y se preparó un solemne funeral para febrero.

—¡Ensillad las cabalgaduras, fray Francisco! —me dijo—. Partimos enseguida. Nos requieren en Guadalupe.

Nunca un invierno me pareció tan gélido como aquel por las desnudas estepas castellanas. Cisneros cabalgaba en silencio, más serio aún que de costumbre, con el peso de la enorme responsabilidad que caía ahora sobre sus hombros: la herencia histórica de Isabel y Fernando en medio de un futuro tumultuoso e incierto. Su perfil sobre la cabalgadura parecía el de un gran pájaro viejo y flaco, con la cabeza entre las alas pero sin dejar de avizorar el horizonte.

19. El tercer rey

Sobre la falda sur de la sierra de Altamira y en las estribaciones de las de Villuerca, entre landas de pinares, castaños y árboles frutales, emerge el encaje de piedra de las empinadas torres del real monasterio de Guadalupe y un anejo recinto con sabor a fortaleza mezcla de diversos estilos.

Aunque apenas habíamos disfrutado de descanso en el largo viaje y estábamos deseosos de llegar, Cisneros se detuvo a contemplar con nostalgia aquellas venerables piedras, ruborizadas por el atardecer, que habían sido tan queridas de doña Isabel y don Fernando. ¡Le parecían tan cercanas las fechas en que los Reyes Católicos recibieran allí a Cristóbal Colón después de sus viajes a ultramar! Mientras el marino navegaba, había escrito en su diario la promesa de ir a dar gracias a la Virgen en aquel enclave donde la tradición señala que un pastor encontró la imagen en los albores del siglo XIV. En Guadalupe descansaron los monarcas de la conquista de Granada y en Guadalupe Isabel se sentía tan en paz y a gusto que mandó construir una residencia de verano.

Los jerónimos nos dieron calurosa bienvenida, nos mostraron nuestros aposentos —los nobles se había esforzado en dar al cardenal buen trato para que no se apartara de su próxima misión—, y nos introdujeron sin más preámbulos en un salón donde estaban reunidos los grandes, junto a Adriano de Utrecht. El que había sido preceptor del príncipe Carlos por encargo de Margarita de Austria y Maximiliano era de origen holandés y tenía facciones más propias de campesino que de príncipe de la Iglesia. Hijo de un sencillo ebanista, fue educado en la *devotio moderna* erasmista y se reveló como un gran hombre de letras e intelectual estudioso en la Universidad de Lovaina, de la que llegó a ser rector. Durante diez años había sido maestro de Carlos y allí estaba delante de Cisneros y por orden directa de Chièvres para vigilar los derechos del futuro rey, que le había nombrado en Flandes su regente.

Las miradas aviesas de los nobles se clavaban en el extranjero, como en un intruso molesto. Mi señor, en cambio, le saludó con cordialidad:

—Os conocía a través del maestro Antonio de la Fuente, que enseña en Alcalá. Vuestro discípulo os admira y venera con devoción.

—Pues ya veis —respondió Adriano en voz baja—, aquí, desde que he llegado, me espían continuamente y me tienen puestos guardias para que nadie me hable. ¡Me siento como en una cárcel, ilustrísima!

—No puedo comprenderlo. Estoy maravillado de que a una persona como

vos, que viene para negociar cosas de paz y de bien, os traten de esa manera y a otros revoltosos se les deje hacer sin más. Así que os confieso que he escrito a Diego López de Ayala, haciéndole saber que he tenido mucho placer con vuestra venida y que huelgo mucho en poder comunicarme con vos, porque aprecio tan excelente persona en virtud y letras.

Reunidos los nobles, en medio de un sepulcral silencio, fue leído el último testamento del difunto rey con la designación de Carlos y la disposición por la que el cardenal de España quedaba constituido interinamente administrador y gobernador de los reinos de Castilla, «para que el dicho cardenal haga las otras cosas que nos hacemos y podíamos y deberíamos hacer en tiempos de nuestra gobernación», hasta que el príncipe Carlos tomara las riendas.

Entre los consejeros hubo unanimidad. Bien es verdad que el más feroz enemigo del cardenal, don Antonio de Rojas, arzobispo de Granada, estaba ausente. Este había dicho que sentía más que Cisneros fuera gobernador que la muerte del rey.

El Consejo de Regencia y el Consejo Real, reunidos en Guadalupe, aprovecharon para dejar bien claro al embajador Adriano que, hasta que viniese don Carlos, el gobernador había de ser únicamente el cardenal de España. Adriano se portó bien. Comunicó a don Carlos que debía aceptar la versión castellana, pues confiaba en Cisneros, aunque para decir toda la verdad tuvo alguna tentación de intrigar en Aragón.

—Debéis hospedarlo en vuestra propia casa y tratarlo con tanto cuidado que no sienta la tentación de abandonarla —aconsejaron los nobles al regente.

Una dorada prisión para el de Utrecht. Cisneros siguió el consejo al pie de la letra, como también el análisis de la situación de los reunidos en Guadalupe. Reinaba la inquietud ante el reciente vacío de poder y pedían que, más allá de la legalidad, el cardenal se hiciera presente en Castilla y Aragón. Había que vigilar también a la viuda doña Germana, al infante don Fernando que ya tenía su propia camarilla, y desde luego la hacienda real.

—Tened en cuenta —insistían los grandes— que en Aragón hay poco consejo y poca prudencia, codicia de intereses y no buenas voluntades.

—No tengáis cuidado, pues ya he conversado con el arzobispo don Alonso, el hijo natural de don Fernando, y comparte mis proyectos —respondió Cisneros—. En Flandes ya están de acuerdo, gracias a los buenos oficios de nuestro embajador, don Diego López de Ayala, aunque pretenden apresurarse en nombrar rey a don Carlos. También contamos en Flandes con el obispo de Badajoz, Alfonso Manrique de Lara, y sus amigos.

Así, con buenas palabras y excelente trato, el cardenal español marginó a Adriano y trató directamente con Bruselas, de donde nos llegaría durante su

regencia puntual información.

Abandonamos Guadalupe con la duda, al filosófico paso de nuestras mulas, de qué ciudad castellana sería la más apropiada para establecer la residencia del nuevo regente. Se lo pregunté a mi señor.

—Madrid —sentenció Cisneros sin dudar.

Yo pensé para mis adentros que, además de la cercanía de Toledo, Madrid aportaba al cardenal una grata evocación del pasado: el recuerdo de su familia materna que en el siglo x conquistó la ciudadela y devolvió la villa a los castellanos, ganando el sobrenombre de Torre. Alfonso XI había descrito sus noches en la nevada sierra, donde encendía hogueras para protegerse de los osos hambrientos. En tiempos de Enrique III, el embajador del rey en la corte del gran Tamerlán hizo un elogio de la fortaleza madrileña, cuando el conquistador asiático le pidió que admirase sus propios bastiones: «No se maraville vuestra grandeza de esta ciudad —respondió el embajador—; mi señor, el león de España, tiene una ciudad llamada Madrid de los Osos, que juzgo más inexpugnable, porque está rodeada por una barrera de fuego; sus alcaldes son los gatos, y la muerte ronda por las calles».

Madrid no contaba más de veinticinco mil habitantes en aquella época. Pero Cisneros tuvo buen ojo para hacerla capital antes que nadie. Nos dirigimos directamente al alcázar y allí el cardenal le designó unas habitaciones a la viuda doña Germana y al infante don Fernando, mientras él compartió con el deán de Lovaina el palacio de don Pedro Laso de Castilla, mansión que había sido residencia de los reyes cuando pasaban por Madrid.

Al llegar a su nueva morada contemplé con qué agilidad descabalgaba mi señor a sus ochenta años, aunque se le veía tan frágil que un golpe de brisa hubiera podido volarlo en cualquier momento como una hoja de otoño. Sobre la faz cetrina de pergamino viejo, su acusado perfil aquilino se había hecho más duro, y, más hundidos en las oscuras cuencas, resplandecían sus ojos como centellas en la noche señoreando sobre un labio superior poderoso, terco como su inquebrantable voluntad. Ese era su rasgo dominante, la fuerza de voluntad, que le mantenía vivo y muy atento a cada paso que emprendía, a pesar de que el dolor de cabeza era un clavo en su frente y la gota un tormento en su pie. Nunca tuvo buena voz. Sonaba un poco áspera y descarnada, lo que compensaba con una cuidada pronunciación grave, precisa, serena. Producía una sensación de austera sencillez y señorío al mismo tiempo.

—¡Cuánto anhelo La Salceda y El Castañar, amigo Ruiz! —me decía a veces.

Y a fe que se hubiera ido al retiro de buen grado. Sobre todo cuando al Rey Católico se le ocurrió la peregrina idea de hacerle arzobispo de Zaragoza para

traer a Toledo a su ilegítimo don Alonso de Aragón. Le amenazó con dejarlo todo, y ciertamente lo hubiera hecho de buena gana. Pero ahora, anciano y maduro como una fruta a punto de caer, el mundo se abría en su despacho como una playa. Correos, cartas de los embajadores, informes de agentes: Flandes, Francia, Italia, Nueva España requerían a diario su atención.

Era en España donde tenía sus principales enemigos: muchos señores que no aceptaban su autoridad. Algunos vinieron por aquellos primeros días de la regencia a pedirle que les mostrara los documentos que acreditaban su jurisdicción.

—Volved mañana a esta misma hora —contestó Cisneros.

Al día siguiente condujo a los caballeros hasta una ventana que daba al patio de armas. Estaba repleto de soldados y piezas de artillería.

—¿Queréis saber mis poderes? Estos son los poderes con los que yo gobierno Castilla por voluntad del rey mi señor —volvió a repetir.

Después empuñó el cordón de su hábito franciscano y con voz ronca les espetó:

—Aun esto me basta para domeñar a mis vasallos.

No sé cuántas veces pronunció esa sentencia o si se ha convertido en leyenda. Pero sí puedo constatar que era en aquella época muy consciente de sus poderes. Aunque para entonces el carácter de mi señor se había hecho más reflexivo, suave y apaciguado.

Con la complicada herencia de don Fernando tenía Cisneros que ocuparse en primer lugar de Navarra, punto estratégico fundamental, como hemos dicho, entre España y Francia. A diferencia del Rey Católico, el cardenal había mantenido buenas relaciones con los reyes destronados. Por ejemplo, la víspera de la muerte de don Fernando, que aún ignoraba, Cisneros había escrito una carta a don Juan de Albret y a su esposa doña Catalina, expresándoles su simpatía y ofreciéndoles un arreglo amistoso de paz: someter el contencioso navarro a un arbitraje del príncipe Carlos y el rey de Francia, ofreciendo su ayuda para conseguirlo. Los navarros, asombrados ante la propuesta, se negaron en redondo a perder sus derechos. ¿Acaso no habían enviado ellos unos monjes al papa y a otros príncipes de la cristiandad pidiéndoles que interviniesen en su ayuda? Terminaban su carta de respuesta rogando al cardenal, como hijos a un padre, que ayudase a que recuperaran lo que era suyo, su corona.

El rey de Francia, Francisco I, se frotaba las manos. «Muerto el rey y con España en manos de un fraile, no puedo dejar pasar es oportunidad», pensó. Una idea que compartía con Juan de Albret, en un momento en que Navarra estaba especialmente desguarnecida.

—Carta del regente de Aragón, don Alfonso —le tendí el mensaje a

Cisneros.

—Nos informa de una conspiración contra Navarra. Llamad al coronel Villalba, que marche enseguida para defender esas fortalezas —decidió el cardenal.

Las tropas, siguiendo las instrucciones del regente, cortaron el paso por Roncesvalles a los franceses y, con nieve hasta las rodillas, atacaron a las huestes de Juan de Albret, obligándole a huir de nuevo junto a su esposa Catalina a sus tierras de Bearne, donde morirían de pena el año siguiente, dejando como heredero al imberbe don Enrique, un muchacho de catorce años.

Para tener datos de cómo quedaban las cosas en Navarra, Cisneros mandó a un agente, un tal Salazar, que nos contó que sus habitantes estaban divididos, unos partidarios de España y otros de Francia. Descubrió asimismo que los castillos y fortalezas navarros eran una amenaza para la paz y estabilidad del reino.

—Mandad al capitán Villalba, que derribe torres y murallas que puedan ser refugio de nuestros enemigos, y que se erija una ciudadela en Pamplona para defensa de la capital. También que se refuercen las fronteras en San Juan de Pie de Puerto.

El capitán Villalba, natural de Plasencia, hidalgo pobre, pero de gentil posición y «muy suelto y mañoso», cumplió su deber. Castillos como el de Javier y murallas como las de Sangüesa, entre otras muchas, sufrieron destrozos por la piqueta de las tropas cisnerianas.

Aquello era un cuchillo de doble filo. Por un lado, la sumisión de Navarra demostraba que el «frailecito» era de armas tomar; pero, por otro, le acusaron de emprender una guerra injusta indigna de un cristiano y pecar de crueldad en el desmoche de las fortalezas e incluso de la destrucción de algún templo. Tan duras fueron las acusaciones que mi señor sintió la obligación de defenderse. La conquista de Navarra la había realizado Fernando el Católico; él había cumplido su deber al defender el reino. En cuanto a lo recio de la acción bélica arguyó que había tenido que someter el país para evitar que cayera en manos de Francia, y que, si no hubiera actuado con firmeza, la guerra se podría haber extendido a Castilla y Aragón. Si tuvo que caer en la refriega alguna iglesia, se debía a que el enemigo se había servido de ella como castillo. Con esto aseguraba defender también la religión, y para ello era cosa de poca monta el destruir algunos bienes materiales. El cardenal había recibido España íntegra, y así quería devolverla.

Cisneros dictó esta carta a su vicario de Toledo, que estaba en Flandes, para que se lo contara al rey:

Venerable Diego López:

Después que de aquí os partisteis, llegó esta carta, que aquí va inclusa, por la cual me hacen saber cómo se cercó San Juan, y pelearon con los enemigos, y mataron más de ciento de ellos, y toda la gente se puso en huida, de manera que por hogaño está hecha la guerra de Navarra. Loado Nuestro Señor; y también os enviamos aquí otra carta del coronel Villalba de la manera que prendió al mariscal, para lo digáis todo al rey nuestro señor.

De Alcalá, 3 de abril, 1516.

El mariscal, al que había hecho prisionero Villalba, era don Pedro de Navarra, que, como ya dije, se había pasado al enemigo al frente de seis mil hombres. Cisneros lo encerró en la fortaleza de Atienza.

Por aquellos días recibimos igualmente al embajador del rey francés.

—Si no entregáis Navarra, mi rey, Francisco I, asegura que invadirá Castilla y conquistará Madrid —le soltó el diplomático al regente.

Cisneros condujo al embajador a una habitación del alcázar madrileño. Estaba repleta de sacos rebosantes de doblones de oro, mil y veinte cuentos, pertenecientes al patrimonio real. Sin pronunciar palabra, el cardenal rasgó las talegas con un cuchillo. Los doblones rodaron refulgiendo por la estancia. Luego, empuñando una vez más el cordón de su hábito, dijo amenazante:

—Id y decid a vuestro rey que, con estas monedas y este cordón, yo iré sobre París, para reñir allí batalla, si trata de entrar en Navarra.

Mientras, seguían llegando informes de Flandes. Aseguraban que don Carlos era un muchacho taciturno y que los embajadores «le creían ahora muy retraído y empachado». No sabía una palabra de español y estaba en manos del consejo flamenco. Sobre todo del señor de Chièvres y del gran canciller de Borgoña, diplomáticos ambiciosos y sagaces negociadores. Por nuestros fieles informadores supimos que los españoles que intrigaban en Bruselas eran los mismos que en tiempos de don Fernando, comerciantes ricos que detestaban la Inquisición, o letrados y caballeros de poco peso. Estos testigos estaban convencidos de que Flandes haría caso a Cisneros, aunque consideraban que el cardenal debería tener en todo momento un agente en aquella corte, que podría ser con gusto el obispo de Badajoz. Había de estar firme en las relaciones con Francia, las pretensiones sobre Nápoles y Sicilia, así como mantener contactos amistosos con Inglaterra si quería pensar en el futuro.

¿Y qué hacer en España? Se lo pregunté una tarde al cardenal, que, pensativo, hacía planes sobre Castilla mientras perdía su mirada por uno de los ventanales hacia el horizonte ondulado de la sierra del Guadarrama.

—Con doña Juana, no tengo dudas. Es incapaz de gobernar. Está muy claro, fray Francisco. Hemos de conseguir un concierto con los nobles. El duque de

Alba y el condestable serán hombres clave para ello, sin olvidar al duque del Infantado y el marqués de Villena. Ellos mantendrán la seguridad pública con milicias que conserven el orden para asegurar la paz urbana. La religión debe ser preservada por la Inquisición, aunque sé que Flandes no la acaba de comprender.

Quería la corte flamenca que enviara a los Países Bajos a los infantes don Fernando y Catalina, tan pronto viniera a España el heredero don Carlos. Se apoyaba para todo ello en Adriano de Utrecht, que empezaba a ser mal visto en Flandes por sus escasos éxitos en España, y en Manrique de Lara. Volaban misivas para pactar con Chièvres; mantenía por el momento a su lado al joven Fernando, para que no le influyeran sus partidarios, y estaba al tanto de los manejos de Pedro Navarro, el antiguo capitán español, que preparaba tropas en Marsella contra Nápoles y Sicilia. Tuvo que ocuparse también de evitar el espionaje que pretendía interceptar sus despachos a don Carlos al pasar por Francia. De igual modo, le preocupaba la obsesión del joven Carlos de intitularse rey e incluso emperador antes de tiempo, lo que podría ser mal entendido en Castilla como un agravio a su inofensiva madre doña Juana, que nunca iba ser competidora de su hijo.

Y es que en Bruselas la corte del príncipe no se contentaba con el título de gobernador para don Carlos, quería que se proclamase inmediatamente rey. Cisneros y el Consejo Real llamaron la atención sobre la ilegalidad de la iniciativa: «Por el fallecimiento del Rey Católico vuestro abuelo, vuestra alteza no ha adquirido más derecho de los que antes tenía», puesto que no se podía descartar que doña Juana recobrarla la salud y la posibilidad de gobernar. Había que tranquilizar a don Carlos, pues en todo caso podría actuar como gobernador y ejercer plenamente la autoridad real. En cambio, proclamarse rey en vida de su madre presentaría graves riesgos, como provocar indignación en Castilla e incluso frontal oposición.

En Bruselas hicieron caso omiso. El 14 de marzo de 1516 don Carlos fue proclamado solemnemente rey de Castilla y Aragón, «juntamente con la católica reina, su madre». Aquello era tanto como dar un golpe de Estado. Cisneros evitó la confrontación. El 30 de ese mes convocó una junta de grandes y prelados: el almirante de Castilla, el duque de Alba, el duque de Escalona y el marqués de Denia y por el clero el arzobispo de Granada y los obispos de Burgos y Sigüenza, entre otros. Nadie quería hablar primero. Pidieron a Carvajal que interviniera como gran erudito en cuestiones históricas.

—El derecho público castellano no se opone —dijo el doctor Carvajal a los asistentes— a las pretensiones de don Carlos, incluso sin acuerdo de las Cortes.

Los convocados dirigieron inquietas e indignadas miradas al ponente.

—Así es —prosiguió Carvajal—. Hay dos precedentes en nuestra Historia:

los casos de Alfonso VIII y Fernando III. El primero utilizó la fuerza, y el segundo obtuvo la corona por cesión voluntaria de su madre. Creo que contra los hechos no valen los argumentos. Don Carlos no va a dejar el título una vez tomado. Yo, como todos, hubiera deseado guardar la última decisión a doña Juana. Don Carlos no pide nuestro consejo sino que, conocida su decisión, nos congratulemos con él.

El almirante y el duque de Alba pusieron serias objeciones. No veían claro ese paso abusivo.

—Hemos jurado ante la reina de Castilla. El archiduque Carlos no ha actuado en este caso prudentemente. No deja de ser extraño que al empezar a reinar comience violando las leyes y ordenanzas del reino —arguyeron.

Algunos de los presentes, que se habían convencido con los argumentos de Carvajal, se echaron atrás. El duque de Escalona dijo con displicencia:

—Pues si el príncipe, como decís, no pide consejo, yo soy del parecer de no darle ninguno.

Una oleada de murmullos corrió tensando la asamblea que parecía de pronto contraria a las pretensiones de don Carlos.

Cisneros se levantó y con su cascada pero firme voz impuso silencio:

—No se trata aquí de exponer vuestros pareceres, señores, sino de mostrar nuestra sumisión. ¿Qué necesidad tiene el rey del voto de sus vasallos? Os he juntado aquí para daros ocasión de una buena gracia. Es la mejor solución acatar sus deseos y tomar por servidumbre el favor que nos ha hecho. Utilizaremos la fórmula de «doña Juana y don Carlos, su hijo». Además, daremos órdenes de alzar pendones que proclamen en todas las ciudades: «¡Castilla, Castilla, por la reina y por el rey don Carlos, su hijo, nuestros señores!».

Al mes siguiente ondeaban estos gallardetes en Toledo y Madrid. En Zamora hubo resistencias y no acataron las órdenes hasta mayo, mientras que en Aragón, ponían la condición de que Carlos jurara sus leyes y libertades.

En las calles, claustros y sacristías corrían siniestros rumores:

—A doña Juana la tienen encarcelada en Tordesillas con su hija Catalina. Así lo hizo ya su marido, ese malogrado Felipe el Hermoso, y luego su padre. ¿Sabéis quién es el carcelero? Un valenciano, un viejo y adusto mosén Ferrer, que más que mayordomo es un tirano que las tiene como monjas de convento y no las deja ni respirar. Cuentan que nada más morir don Fernando, un grupo de vecinos han pretendido ponerla en libertad y devolverle sus prerrogativas de reina. Pero no lo han logrado.

Cuando llegaron estos comentarios, Cisneros nada cambió de momento en Tordesillas. El cardenal nunca había ido a visitar a la legítima aunque trastornada reina, seguramente por astucia y por no ceder a sus posibles pretensiones. Se

limitó a sustituir el verano siguiente a mosén Ferrer por el caballero don Hernán, duque de Estrada, que dulcificó el encierro. La reina, que no quería ver a nadie, ni vestirse, ni comer, ni dormir sino sobre el suelo, dio un buen cambio con don Hernán, que le recordaba para calmarla continuamente a su madre, la reina: cuando obraba bien le decía:

—Así lo habría hecho doña Isabel.

Y cuando desvariaba...

—No habría obrado así la difunta reina.

Tanto malestar reinaba dentro del castillo que la adolescente infanta Catalina llegó a escribir a su hermano don Carlos sobre la penosa situación que arrastraban. Tuvieron que designar «meninos» para entretener a la pobre infanta Catalina, que vestía como una aldeana. Entre ellos sería enviado un tal Francisco de Borja, hijo del duque de Gandía. El hecho es que doña Juana, aunque más adelante surgieron otros movimientos de rescatarla, solo sería reina nominal de Castilla hasta su muerte.

¿Y Fernando, el nieto preferido? Todo el mundo conocía la pasión del difunto rey por este muchacho, al que en un primer testamento había dejado como gobernador del reino. Nacido y educado en Castilla, concitaba simpatías y tenía su camarilla de partidarios con pretensiones de que en la primera ocasión pudiera sustituir a don Carlos, si este al final no se animara a venir o se retrasara en demasía. Como hemos visto, solamente antes de su postrer suspiro había cambiado el rey Fernando el testamento. Pocos conocían, pues, estas últimas voluntades, por lo que el partido del infante, nada más enterarse de la muerte del Rey Católico convocó al Consejo Real con intención de hacerse cargo del gobierno, en virtud del testamento de Burgos.

—*Non habemus regem nisi Caesarem* —fue la respuesta del consejo. ¿Intuían los consejeros el futuro cesáreo de don Carlos o usaban una fórmula clásica?

—Hemos de cuidar mucho de don Fernando —insistió Cisneros, alertado por la situación.

Con este fin sugirió la posibilidad de cambiar las personas de su entorno, nombrando por ejemplo a Adriano de Utrecht como su maestro. No faltaron al año siguiente nuevos intentos, como difundir el rumor de que don Carlos no tenía ganas de venir a España, y que por los menos el joven Fernando debía hacerse cargo del reino de Aragón. Entonces Cisneros fue tajante: despidió la casa del infante por completo, a excepción de un tal Alonso de Castillejos, porque era un inofensivo poeta, y nombró al marqués de Aguilar mayordomo del muchacho. Un gesto de valentía de mi señor, pues si hubiera apostado por el más querido y conocido infante don Fernando, hubiera cambiado seguramente el

curso de la historia de España. Amaba al joven Fernando pero, como hombre de Estado, defendía la legitimidad de Carlos. Para el otro nieto había que pensar algunas otras posesiones más adelante.

—Traigo noticias de Andalucía. Hay rumores de alborotos y bullicios. Dicen que en estos levantamientos los Girón no andan solos. Con el matrimonio de doña María de Aragón y Juan Alonso de Guzmán pretenden heredar la Casa de Medinaceli —informé a mi señor.

Los orgullosos grandes señores pensaban que habían vuelto los tiempos caóticos de Enrique IV al verse libres de la vigilancia del Rey Católico. El primer gran señor que se sublevó fue el condestable de Castilla don Íñigo de Velasco, que, después de armar a sus criados, se apoderó del castillo y catedral de Burgos, sometiendo con tiranía a la ciudad. El consejo de esta y el obispo solicitaron ayuda y el cardenal puso orden enviando un juez a Burgos.

Mientras, Pedro Girón, primogénito del duque de Ureña que había sido desterrado por don Fernando, muerto el duque de Medina Sidonia y regresado a España, marchaba con sus tropas sitiando su castillo para hacer a su esposa única heredera de inmensos dominios. Sitió Sanlúcar y la revuelta se extendió por Andalucía. En respuesta, el cardenal envió su ejército al mando de Antonio de Fonseca, contra Pedro Girón, obligándole a huir.

Llegó un emisario a informar al cardenal.

—¿Cómo es eso que cuentan, que don Pedro Girón dispersó tan rápidamente a los suyos nada más llegar Fonseca? —preguntó Cisneros al recién llegado.

—Señor —respondió el emisario—, lo que acaeció es que el señor don Pedro, al conocer la voluntad de vuestra señoría de que disolviera su tropa, lo ha hecho así con toda obediencia y acatamiento.

Cisneros frunció el ceño.

—Muy otros son mis informes. A mí me han dicho que al llegar Fonseca y saber que iba en nombre mío, la gente de don Pedro se desbandó y le dejó solo. Él sabrá lo que hay de cierto, que a mí me basta con que haya obedecido.

El incansable Girón intentó formar una liga de nobles, intrigar en Flandes, sirviéndose del duque del Infantado, que estaba muy disgustado con Cisneros porque este prefirió al conde de La Coruña para marido de su sobrina que a su hijo. Fueron los nobles a encontrarse con él en Guadalajara donde se solazaron con cazas y banquetes. Pero sus conciliábulos no dieron resultado.

—Dejad que se diviertan. Sus mismos gestos aumentan las dificultades para poderme hacer daño alguno. Basta con atacarles en sus rentas —sonrió el cardenal regente.

Al final, se rindieron a Cisneros e incluso procuraron su favor escribiéndole cartas afectuosas.

El otro foco rebelde ardía en Huéscar, un pueblo situado al norte del reino de Granada. Había sido un regalo del Rey Católico a don Fadrique de Toledo en 1513 para agradecerle la ayuda prestada durante la rebelión de los moros. Ahora, aprovechando la regencia, el pueblo de Huéscar, compuesto por una mezcla de cristianos viejos y moriscos, se alzó en armas, asaltó la fortaleza y mató a sus defensores. Acto seguido se dirigió a la Chancillería de Granada y pidió que se les reintegrara al patrimonio real. Granada acudió a Cisneros. También el duque de Alba se presentó para pedir justicia. ¿Debía ser Huéscar señorío o había que reintegrarla en el patrimonio real?, era la cuestión sobre la que tenía que decidir el regente.

—No hay que olvidar que han procedido con violencia y eso merece un castigo —discutíamos ante el delicado caso.

—Mandemos, pues, a un alcalde de corte, para que investigue el caso —decidió el cardenal.

El alcalde no podía dejar sin castigo a los que se habían tomado la justicia por su mano. La Chancillería tendría la última palabra. La ciudad y la fortaleza se devolverían al duque de Alba y serían ejecutadas algunas penas de muerte.

Al mismo tiempo era necesario actuar en Málaga. Allí reinaba por su respeto un orgulloso señor, el almirante don Fadrique Enríquez de Cabrera, uno de los caballeros más poderosos del reino. Casi nadie se acordaba de él ni de sus cuantiosos comercios marítimos, que se acrecentaron con las nuevas vías abiertas por el descubrimiento del Nuevo Mundo y la instalación en Sevilla de la Casa de la Contratación. Se había adueñado de los negocios de la costa, hecho que los Reyes Católicos pasaron por alto por su ayuda en la guerra de sucesión. Hasta que don Fadrique quiso aprovecharse al máximo y comenzó a abusar en el cobro de tasas e intervenir en los litigios de las gentes del mar.

En 1516 los malagueños no podían soportar más la situación. Se negaron a admitir los privilegios del almirante y se rebelaron contra el magnate. Una vez más pensaron que el fraile regente no tendría pulso para reducirlos. Contaban también con cartas de Flandes, que los excitaban a la rebelión. Hasta fundieron un enorme cañón con la siguiente leyenda: «Por la defensa de la ciudad de Málaga». Pero Cisneros, informado de la situación, hizo un despliegue de fuerza en la ciudad andaluza, enviando un fuerte contingente de tropas en el mes de octubre, seis mil infantes y cuatrocientos caballos, desde Granada al mando de don Antonio de la Cueva.

—Málaga está apaciguada, ilustrísima. Los amotinados solicitan misericordia de rodillas —informamos al regente.

—¿Y don Fadrique?

—El almirante ha visto mermados sus privilegios. Podrá cobrar derechos del

comercio indiano, pero a cambio de una fuerte compensación económica.

—Decid a De la Cueva que castigue a cinco de los cabecillas y perdone a la población.

En Granada y Sevilla fueron contenidas las pretensiones de los Girón y el cardenal salió triunfador, aumentando su prestigio ante la corte de Flandes. Uno de los secretarios del cardenal, Jorge Varacaldo, escribía a Ayala en Flandes: «Lo de Andalucía está todo en mucha paz: el duque de Arcos es venido aquí, y lo mismo hará don Pedro Girón, que está en camino, y todos los demás lo harán; así que vuestra merced se espantaría cómo lo ha allanando el cardenal nuestro señor».

En fin, no faltaron otros conflictos como el del priorato de San Juan, una orden independiente que pretendía nombrar un prior por su cuenta y enfrentaba a Antonio de Zúñiga y Diego de Toledo, tercer hijo del duque de Alba, otros dos magnates, que acudieron a Bruselas para resolver el litigio. Como el Tribunal de la Rota falló a favor de Zúñiga y Flandes decidió que el priorato quedaría bajo la Corona y las rentas se la repartirían los dos contendientes, el duque de Alba empezó a reunir tropas. De nuevo intervinieron las fuerzas de Cisneros y el duque se apaciguó. Revueltas y disputas parecidas surgieron en Beleña, cerca de Salamanca y en Villafrades, Tierra de Campos y otros lugares de Castilla, como contaré más adelante.

Sobre estas conspiraciones y revueltas daba cuenta a don Carlos con estas líneas: «Que la obediencia que los vasallos deben a su soberano es cosa frágil si no se mantiene con el respeto y con el temor, y que en todos los estados, y principalmente en España, la obediencia no se mantiene sino con estos ejemplares».

En dos palabras, Cisneros estaba empeñado en pacificar a los nobles levantiscos y recuperar el orden en el reino. Para esto último se inventó una solución, la Gente de Ordenanza, una milicia ciudadana permanente compuesta por treinta mil hombres que impusiera la autoridad de la Corona en cualquier parte. La idea ya había interesado a Fernando el Católico, aunque no la puso en práctica. Sería, según su autor, el comendador y soldado veterano Gil Reginfo, una fuerza de intervención, bien equipada y entrenada, para acudir rápidamente a solucionar revueltas y conflictos. No había que reclutar para formarla ni vagabundos ni delincuentes, que suelen engrosar otras tropas, sino hombres del vecindario dispuestos a defender su casa, sus hijos y mujeres. Los elegidos debían además confesarse, comulgar y respetar las iglesias y la honra de las mujeres. Serían voluntarios procedentes de diversas ciudades. No recibirían soldadas, pero se beneficiarían de exenciones fiscales, lo que les ascendería a categoría de hidalgos. Eso sí, cada vez que fueran llamados recibirían un sueldo

de treinta maravedís por día con un mes de paga por adelantado.

Surgieron dificultades: que si la tal Ordenanza quitaría trabajo a muchos caballeros y escuderos; que si eximirlos de impuestos suponía sobrecargar a otros; que los gastos de la compra de armas caerían sobre las ciudades. Así pensaban, por ejemplo, en Ávila, Salamanca, Toro, Medina del Campo, Zamora, Arévalo, Madrigal, Olmedo y otras partes.

—A los nobles no les gusta la Gente de Ordenanza, señor —le comentamos sus secretarios más cercanos.

—Claro, es tanto como dar al rey los medios necesarios para hacerlos obedecer. Es lo que está pasando en Valladolid. Con esta gente de a caballo y a pie, los grandes ven al rey más poderoso y que no tiene necesidad de ellos. Esta gente es la que hace al rey rey, y a la justicia justicia —nos explicó Cisneros.

—Lo que quiere el cardenal —protestaba el almirante Fadrique Enríquez— es destruirnos, robar nuestras haciendas y quemarnos a todos. Hemos de advertirlo de casa en casa a todo Valladolid para que se impida tal tropelía.

Poco a poco, a pesar de estas protestas, se estaba solucionando el rechazo de Valladolid, cuando Bruselas lo echó todo a perder. Cisneros había informado a Flandes sobre este proyecto, aunque ansioso de llevarlo a cabo, lo había puesto en marcha, incluso el alistamiento de la gente. A Bruselas habían llegado también los malestares de los contrarios a la idea.

—¿Qué especie de ejército es este? ¿Qué nueva invención de levantar tropas? ¿El cardenal lleva en molestia el tenernos en paz? Después de la conquista de África, ¿no puede pasar sin hacer guerra? ¿No le faltaba a la gloria de su gobierno sino armar a los plebeyos contra la nobleza?

En consecuencia, se concluyó que había que esperar a la llegada de don Carlos para decidir sobre el proyecto. Los nobles de Valladolid presionaron más y más sobre Bruselas y Cisneros amenazó incluso con renunciar a su cargo de gobernador si el rey no le apoyaba en su idea. Todo se acabó cuando los representantes de don Carlos en Castilla, La Chaulx y Adriano de Utrecht, informaron a la ciudad de Valladolid que se suspendía el proyecto y se perdonaría a los afectados por las revueltas. Aunque Cisneros no lo había firmado, tuvo que hacerlo finalmente en febrero de 1517, si bien en parte la Gente de Ordenanza no había sido disuelta del todo.

Por otra parte, Cisneros estaba convencido de que España necesitaba una Marina fuerte. Escribía a don Carlos: «Ahora entiendo lo de las galeras; porque no puede ser ninguno poderoso por tierra si no lo es por el mar». Hizo carenar las viejas galeras, construir otras nuevas y pudo batir una poderosa escuadra turca en las costas de Alicante. Cerca de la isla de Tabarca tuvo lugar un combate sangriento en el que acabó con seiscientos corsarios y contribuyó en

parte a devolver la tranquilidad a algunas ciudades del reino. «Y aquí verá su alteza cuánto provecho se ha seguido en reparar y aderezar las galeras y pegar las que estaban partidas, para que hiciesen algún provecho», escribía emocionado a don Carlos, dándole cuenta del suceso. Por ello León X le felicitó. Y, sin dormirse en los laureles, mandó arreglar los astilleros de Sevilla, que se encontraban en estado deplorable.

Aparte de otras milicias complementarias, como los Pardos, que en número de un millar constituían la guardia personal de Cisneros y de los «lansquenetes» o escolta del rey, las predilecciones de mi señor se decantaban por la artillería, ese gran descubrimiento, junto con la imprenta, de nuestra era. Para ello contaba con don Diego de Vera, todo un experto en esta innovadora arma, que había escrito un *Memorial de las cosas de artillería y munición*.

—Los escasos cañones que poseemos están en el norte, junto a la frontera francesa. Hay que labrarlos también en Medina y en Málaga, donde los Reyes Católicos dispusieron fábricas, así como en Fuenterrabía. Necesitamos además de cañones culebrinas y pólvora en abundancia. Hacedos con provisión de salitre, cobre, estaño, plomo y cáñamo, sin olvidar los collares y aparejos para los caballos de la artillería. Y, desde luego, preparar reclutas para su manejo —le ordenó el regente.

De Vera se puso manos a la obra y de sus fábricas salieron cierta clase de falconetes ochavados provistos de un escudo con cordones alrededor, alusivos al emblema cardenalicio de Cisneros. Los cañones recibieron el contradictorio nombre de «sanfranciscos» y armaban tal estruendo que era más el ruido que las nueces.

Otro verso suelto era doña Germana de Foix. ¿Qué hacer con la oronda viuda de don Fernando? En su testamento el rey le había dejado una renta de treinta mil florines de oro situada en el reino de Nápoles. Sin embargo, Cisneros la cambió por las villas de Arévalo, Madrigal, Olmedo y Santa María de Nieva. La medida contentó a la viuda, que necesitaba urgente dinero fresco, pero suscitó repulsa de las villas interesadas que eran de realengo. Entre ellos el alcaide de Arévalo don Juan de Velázquez, que había sido fiel contador de los Reyes Católicos y que se habían hospedado muchas veces en su casa. Tanto que, después de haber escrito a don Carlos y no haber recibido sino buenas palabras de Flandes, levantó un palenque para rechazar el asedio de las tropas del cardenal al mando de Antonio Cornejo, que redujo a los contendientes. Cisneros haría al año siguiente, 1517, algunas concesiones prometiendo que Olmedo y Arévalo volverían a formar parte del patrimonio real después de la muerte de la reina Germana, a quien le quedaba la villa de Madrigal. A la francesa le importaban bien poco la posesión de estas villas, pues acabaría refugiándose en

Aragón, en la corte de flamencos que vendrían con don Carlos y casándose dos años después, como dije, con un aragonés.

Por si no le faltaran quebraderos de cabeza en este tumultuoso atardecer de su vida, Cisneros tenía que ocuparse de su familia, sobre todo del violento, imprudente y medio loco hermano, que le llevaba a mal traer, fray Bernardino. El cardenal añoraba más que nunca su pequeña biblioteca personal de Alcalá, donde solía refugiarse en la pausada lectura rodeado de sus austeros muebles castellanos y su mente podía volar por los vastos campos del conocimiento y la cultura.

—Ilustrísima, hoy despacháis con el deán de Lovaina, el embajador de Francia y el duque de Alba. ¿Queréis ver el correo?

Del cercano patio de armas subían lejanos gritos de órdenes para la instrucción de las tropas entre salvas de los recién forjados cañones. Frente a sí yacía sobre su mesa su viejo crucifijo, el que le acompañaba desde que decidiera retirarse del mundanal ruido y las ambiciones del poder y el dinero.

—Venga, veamos esas cartas.

De pronto le vino como una oleada el trinar de los pájaros y el susurro de las aguas entre las piedras en medio del recoleto silencio de La Salceda y suavemente, tronchada su cabeza, se quedó dormido.

20. Sosegad tempestades

El viento procedente de la sierra de Guadarrama se recostaba rendido aquella tarde sobre la arboleda, próxima al alcázar, donde serpeaba aprendiendo a ser río el humilde Manzanares. Fray Francisco había tenido una jornada, como siempre, agotadora y, después de su cena frugal, mientras dos teólogos le entretenían con una disputa sobre intrincadas cuestiones bíblicas, se despidió para disfrutar de un merecido descanso.

Le pregunté antes sobre sus dolores de cabeza y de gota y luego le dejé en su cámara, que no era, según su conocido gusto, la propia de un rey, ni siquiera de un regente, aunque sobre sus hombros frágiles de anciano, que mantenían lúcida su preclara cabeza, descansaban todas las preocupaciones del reino. Como nunca había sido de muchas palabras, me contenté con su lacónica respuesta:

—No os preocupéis, amigo Ruiz, me mantengo bien. No olvidéis que mañana hemos de afrontar los pertrechos de la flota contra el corsario Barbarroja.

Le noté algo alicaído, con melancolía en la mirada. Transcurrido algún tiempo, cuando ya me había acostado en mi habitación no lejana a la suya, oí un gran alboroto sobre el que destacaban los gritos ahogados del cardenal. Como una exhalación corrí en camisa de dormir y palmatoria en mano. La imagen que contemplé al llegar a su cuarto no se me borra de la memoria.

Su hermano, el díscolo y violento Bernardino, se había lanzado como una fiera sobre el cuello del cardenal y estaba intentando asfixiarle. Corrí a separarlos. Francisco seguía dando ahogados gritos de auxilio. El piquete de la guardia personal del regente se presentó a mi llamada, redujo al instante al agresor y se lo llevó preso. Cisneros yacía pálido, exhausto sobre el lecho, sin apenas poder respirar. Solo con el auxilio de su médico, que avisé enseguida, pudo recuperar el resuello.

—¿Qué ha sido, paternidad?

—Ya sabéis, lo de siempre —dijo con dificultad—. Ese hermano mío, que ha perdido el seso. ¡Ha querido matarme! Dios le perdone.

Bernardino, como ya he referido, era la otra cara de la moneda de los Cisneros. Su azarosa trayectoria se puede resumir a grandes trazos. Después de un tiempo como aventurero por tierras navarras, regresó a su ciudad natal en los años ochenta. Impresionado por la conversión y los éxitos de su hermano, decidió cambiar su nomadismo por la ascesis franciscana. Para ello ingresó en la

rama observante de la orden, en La Cabrera, cerca de donde vivía su familia. Cuando nombraron a su hermano arzobispo de Toledo, le acompañó a su sede con otros frailes. Muy pronto se pusieron de manifiesto su extraño carácter y no disimulados celos de Francisco. En un principio sirvió de mediador entre el arzobispo y su familia, con algunos altercados sobre cuestiones de linaje. Pero pronto se atrevió a más: llegó a levantar acusaciones públicas y libelos contra su poderoso hermano, e incluso los alimentó con alguna conspiración. Las difamaciones exasperaron a Francisco y la tensión entre ambos creció por momentos, pues a decir verdad ambos, aunque muy distintos, se distinguían por ser fuertes de carácter y, cada uno a su modo, extremosos.

Sus choques violentos se multiplicaron y acabaron por colmar el vaso. El primer enfrentamiento serio ocurrió en el convento franciscano de Guadalajara, donde Bernardino organizó un campaña difamatoria contra su hermano mediante un libelo que le costó un tiempo de cárcel y luego el confinamiento en el convento alcarreño. Poco tiempo después, Bernardino se metió en otra trifulca. Pretendía torcer a su antojo una decisión de la justicia sobre un importante proceso en curso. Fue la primera vez que intentó agredir físicamente al arzobispo.

Aparte de su extraño modo de ser y los ataques de celos, ¿qué es lo que le estaba sucediendo a fray Bernardino? Creo que la piedra de escándalo procedía de su amistad con los Mendoza. Debió indignarle la decisión de Francisco de casar a su sobrina Juana Jiménez de Cisneros con el conde de La Coruña, cuando él estaba a favor de emparentar su familia con el duque del Infantado. Este, para congraciárselo, había invitado a Bernardino a que pasara una temporada en casa del adelantado de Granada, arguyendo que el fraile se encontraba muy enfermo en el convento de Guadalajara. El arzobispo, no lo olvidemos, vivía un tiempo de fricción con los Mendoza. Así que de nuevo Bernardino fue confinado otra vez en el convento de Torrijos a modo de cárcel. Las órdenes del cardenal sobre cómo tratar al conflictivo huésped eran tajantes y muy precisas, hasta que la misericordiosa dama, doña Teresa Enríquez, por afecto al arzobispo, se ocupó de consolarlo.

También la emprendió personalmente conmigo. Tengo que reconocer que, siempre que nos encontrábamos, andábamos a la gresca, pues intercambiábamos insultos, como los de «banderizo» y «mentiroso».

—¡Nunca olvidaré que ese maldito Francisco Ruiz, que Dios confunda, en Valladolid y en presencia del rey nuestro señor, me hizo prender!

Una ojeriza que se mantendría entre nosotros incluso después de muerto el cardenal, quien le dejaría una pequeña herencia para su manutención y casa propia frente a la Universidad de Alcalá.

Por lo demás, la relación con su familia trascurría por cauces normales. Su otro hermano, Juan, falleció un par de años antes, en 1514. Murió como un oscuro hombre de pueblo. Bastaba echar una mirada sobre su exiguo ajuar, en el que figuran bienes tan minúsculos como «un platillo», «dos tazones», «tres escudillas», «cuarenta varas de lienzo» y pocas cosas más. Lo que sí había dejado eran mandas para novenarios, misas y limosnas. Porque Juan murió pobre, pero como buen cristiano, y no tenía nada que ver con Bernardino. Si bien no se puede decir que las relaciones del cardenal con este otro hermano más piadoso fueran especialmente cálidas, sobre todo después del destierro de Bernardino a Torrijos. Se diría que mediaba entre ambos cierta lejanía y frialdad. Nada de extrañar conociendo el carácter del arzobispo.

Quizás los acercó algo la enfermedad, porque Juan Jiménez de Cisneros cambió de sepultura al final de su vida, de la inicial en el monasterio franciscano de San Antonio de La Cabrera al mausoleo que el cardenal mandó construir en la Madre de Dios de Torrelaguna para los Cisneros-La Torre. De esta manera, Juan se fue de este mundo, después de haber cumplido con sus deudos y amigos, muy sencillamente, disponiendo incluso de las vestimentas de luto que debían de dar a su mujer y su suegra para llevar en su entierro. ¡Contrastes de la vida!

Es verdad que durante estos últimos años los deberes de Estado tenían, como hemos visto, muy ocupado al cardenal. Uno de los puntos más calientes se encontraba en el Mediterráneo, donde Oruch Barbarroja, el corsario turco más célebre de estos tiempos, hacía gala de sus incursiones marítimas. Este temido filibustero había sido de todo: pescador, esclavo, jornalero, siervo, comisario y rey. Aparte de «terror de los mares», poseía las artes de marear con tal pericia que aparecía casi siempre por sorpresa. De pronto se incautaba en las costas de Roma de una galera papal, que en la isla de Lipari abordaba un barco con trescientos hombres a bordo, o se hacía con un bergantín flamenco en menos que canta un gallo. Los pescadores lo miraban con miedo, porque ni a ellos los perdonaba, como sabían muy bien muchos patrones pesqueros de Valencia.

Por eso los conflictos de Málaga, puerto estratégico en la lucha naval, le habían inquietado tanto a Cisneros. Al sol de mayo de 1516 la Armada castellana, al mando de Alonso de Venegas, se veía impotente ante las refriegas del turco, entre otras razones porque los citados conflictos malagueños impedían su avituallamiento. Mientras, Barbarroja sedujo a Selim Al-Tumi, bey de Argel, y se hizo con la plaza impunemente.

Al principio Cisneros no se preocupó, pues pensaba que los moros de Argel acabarían rechazando a los invasores. Pero pronto advirtió que Barbarroja seguía siendo un peligro para las avanzadas cristianas en la costa de África. Así que, con los calores de agosto, el regente tomó una decisión:

—Combatiremos al moro desde Cartagena. Será la plataforma ideal, apoyándonos en Málaga y Alicante. Nuestro reciente éxito en julio frente a los berberiscos en Alicante contra cuatro fustas berberiscas nos debe animar a ello. Ahora verá su alteza desde Flandes cuánto provecho se ha seguido de reparar y aderezar para el combate las galeras. Ha llegado el momento de emprender una gran campaña de limpieza en el Mare Nostrum. Será una expedición que recorrerá la costa argelina y expulsará a Barbarroja de su fortín, para acto seguido enfilar nuestras naos rumbo a Nápoles y Sicilia. Allí son muy necesarias para repeler a los barones rebeldes.

—Señor —le respondimos sus asesores—, al mando de la Armada está Diego de Vera. Ha anunciado que zarpará de inmediato nuestra flota del peñón de Argel. Ha convocado las galeras aragonesas y las naos sevillanas y malagueñas. Pero carecen de vituallas y armamento.

—¿Cómo? ¡Eso es muy precipitado! Llama a Juan del Río.

Del Río, otro secretario del cardenal, se presentó en el despacho de Cisneros, atusándose el bigote con grandes reverencias.

—¿Qué se le ofrece a su ilustrísima reverendísima?

—Tenéis que ponerlos en camino junto con el capitán Salazar de la Pedraza y el maestro artillero Juan de Alzaga para cubrir los gastos y ultimar los preparativos de nuestra Armada.

A Francisco le brillaban los ojos siempre que pergeñaba estrategias militares.

Pero el panorama no había mejorado. Las noticias de Diego de Vera y Juan del Río anunciaban a finales de agosto que el desconcierto reinaba en el puerto de Cartagena. Las galeras aragonesas habían partido hacia Málaga para abastecerse y no regresaban. En el puerto de Sevilla hacía tiempo que esperaban a una carraca y otras naos que no acababan de arribar. Los gastos y las negativas de las guarniciones navarras y andaluzas complicaban la situación. Finalmente, unos quince días después las cartas nos anunciaron la partida.

—Ya están todas las naves dispuestas para zarpar, señor. Incluso el veterano marino conde don Fernando de Andrade ha aceptado mandar la campaña con su propia nao. Nos anuncian que la Armada está compuesta de más de sesenta velas con cinco mil soldados, si en Málaga no se tuercen las cosas.

—¿Todo en orden, entonces? —preguntó con un rictus de desconfianza el cardenal.

—Bueno, dicen que no han llegado las esperadas tropas de Navarra y que faltan piezas de artillería. Pero, en fin, la campaña está en marcha, sí, señor. Puede triunfar en Berbería.

No obstante, el 17 de septiembre se comprobó que la situación no era tan risueña. Los quince mil ducados destinados al aprovisionamiento ya se habían

gastado y escaseaba la dotación de la Armada. Pero lo peor era que no había recursos para la prolongación planeada hacia Nápoles y Sicilia. El Consejo de Guerra no se explicaba los dispendios que se habían hecho en pocos meses.

Con todo, a fines de septiembre, la Armada desplegaba sus velas y enfilaba sus proas rumbo a Argel con la pretensión de alcanzar la victoria en una sola andanada. Desembarcaban los españoles el día de San Miguel con una estrategia equivocada. Diego de Vera cometió el error de dividir las fuerzas para tomar la ciudad por cuatro costados. Barbarroja dejó que se desgastaran los atacantes y acto seguido los sorprendió por la retaguardia con su caballería nómada. Fue un día triste. Se habló de tres mil muertos y cuatrocientos cristianos cautivos. Diego de Vera logró salvarse personalmente refugiándose en una cueva. Sin embargo, lo mejor de todo fue cómo reaccionó mi señor al conocer la noticia. Estaba departiendo con algunos amigos, como de costumbre, sobre cuestiones teológicas, cuando llegamos apresuradamente.

—¿Qué ha sucedido?

—Señor, todos los informes coinciden en que Diego de Vera no ha sabido adiestrar sus tropas. No han hecho caso de mosén Nicolás Quint, alcalde de nuestro destacamento en el peñón de Argel. ¡Está indignado de cómo han dejado su guarnición! Asegura que encima ha fallado en el reclutamiento. Que han mandado muchachos labradores que no han empuñado un arma en su vida, en vez de soldados hechos a la guerra. Ahora el pueblo se mofa del veterano. Dicen: «¡Con dos brazos no ha sido capaz de vencer al manco pirata!».

Yo sabía, conociéndole, que aquellas tristes nuevas de Argel tendrían que afectarle profundamente. Pero, aparentando un dominio excepcional, dijo:

—Nuestro ejército ha sido derrotado en África. Al menos España no ha perdido demasiado, porque después de todo se ha purgado de no pocos indolentes y facinerosos.

Después, continuó la discusión teológica como si nada hubiera ocurrido.

Lo peor es que la noticia de la derrota corrió como pólvora encendida por toda Europa. Llegó al papa León X; preocupó a don Carlos en Flandes, que ya tenía noticias de que el cardenal no se encontraba bien de salud; en fin, el desprestigio de Cisneros crecía tanto que escribí a Bruselas vejado por la mala fama que le estaban haciendo. Pedíamos a López de Ayala que limpiara la imagen del cardenal. Que los moros estaban mucho más armados de lo que se esperaba y que Vera se había descuidado en el desembarco moviendo menos gente de lo que hubiera sido necesario. Además, que tampoco era tan importante lo sucedido que no se pudiese enmendar. Eran los puntos en los que insistía el informe de Varacaldo.

El papa escribió a nuestro prelado consolándole. Le decía que había recibido

con alegría la noticia de que la gran calamidad no había alterado el perenne valor del cardenal. El propio don Carlos dirigió otra carta al regente pidiéndole que no desviase su atención de Argel y asegurase las diezmadas plazas de Berbería. Cisneros hizo lo que pudo para abastecerlas desde Málaga y urgir a la Casa de Medinaceli la necesidad de pertrecharlas. Orán, por el momento, no sufrió peligros serios. Melilla y Cazaza, que además de fortalezas de la Corona eran señoríos de los Medina Sidonia, fueron reforzadas, y un buen capitán, González Marino, puesto al frente de la guarnición.

No solo África, también las Indias merecían la cuidadosa atención del regente aquellos días, tema que ocupaba también mis desvelos después de aquel corto pero intenso viaje misional que emprendí a La Española. Porque de pronto en este apretado primer año de la regencia se presentó a visitar a Cisneros un hombre excepcional que ya he citado en estas memorias, Bartolomé de las Casas.

Había venido de ultramar con la intención de entrevistarse con el rey Fernando el Católico. Logró verle en Plasencia, pero el monarca, ya muy enfermo y en la cama, aplazó la toma de decisiones. Cuando el dominico iba a celebrar otra entrevista con don Fernando, este ya había fallecido.

Bartolomé de las Casas, hijo de un comerciante, había nacido en la jubilosa ciudad de Sevilla, capital a la sazón de las relaciones con ultramar. Un tío suyo había participado en el primer viaje de Colón a las Indias, y su padre, en el segundo del almirante, que zarpó de Cádiz en 1493. Cuando regresó, llenó su casa de papagayos y loros de las Indias. De los seiscientos indios que trajo Colón como esclavos, el padre de Bartolomé le regaló uno a su hijo para que lo sirviera. Pero este, que ya estudiaba en Salamanca, se interesó sobre todo por sus costumbres y su lengua. Eran los tiempos en que la reina doña Isabel protestaba de que se tratara a los indios no como esclavos sino como súbditos de la Corona.

Bartolomé partió de Sanlúcar de Barrameda en la citada expedición de 1502 que llevaba a Nicolás de Ovando para relevar como gobernador de La Española a Francisco de Bobadilla. En contacto con aquellas tierras sufrió una profunda evolución de encomendero a protector de los indios. Y mucho más después del famoso sermón del dominico fray Ambrosio de Montesino. Aquellas tremendas palabras, que por su extraordinario interés reproduzco, debieron clavársele en el alma:

Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes, que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y

estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan oprimidos y fatigados, sin darles de comer y curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día? ¿Y qué cuidado tenéis de quien los doctrine, y conozcan a su Dios y criador, y sean bautizados, oigan misa y guarden las fiestas y los domingos? ¿Estos, no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis, esto no sentís? ¿Cómo estáis en esta profundidad, de sueño tan letárgico, dormidos? Tened por cierto que, en el estado en que estáis, no os podéis más salvar, que los moros y turcos que carecen y no quieren la fe de Jesucristo.

El sermón levantó ampollas en la isla. Diego Colón quería expulsar a Montesino de La Española, pero este en vez de arredrarse pronunció un discurso aún más duro en favor de la igualdad de los indios ante Dios, la ilicitud de someterles a esclavitud y la necesidad de facilitar su conversión mediante el ejemplo. Ordenado sacerdote, Bartolomé ya había ingresado en 1510 en la Orden de Predicadores. Después de participar en la exploración, cristianización de Cuba y mediando en las guerras con los indígenas, renunció definitivamente a ser encomendero.

Sabía que el obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, y el secretario Lope de Conchillos, con grandes intereses económicos en las tierras descubiertas, eran los que al lado del rey manejaban a su antojo la situación. Por eso, en 1515, Bartolomé, en compañía de fray Ambrosio de Montesino, se embarcó rumbo a Sevilla. Fracasadas, como hemos dicho las gestiones con el rey, solo le quedaba entrevistarse con el regente y con Adriano de Utrecht.

Ambos le prestaron mucha atención. Aunque ya lo conocía de mis seis meses en La Española, el encuentro dejó en mi ánimo profunda huella. De perfil fino, nariz recta y bien dibujados labios, fray Bartolomé de las Casas gozaba de una amplia y luminosa calva cercada por dos bosquecillos de cabello negro en torno a las orejas. Su entrecejo tenso y la viveza de sus ojos oscuros prometían firmeza e inteligencia.

La primavera empezaba a vestir de alegría los almendros en los huertos de Madrid, cuando se presentó con su *Memorial de los agravios, de los remedios y de las denuncias* bajo el brazo. Cisneros recibió con agrado a aquellos valientes frailes, Las Casas y Montesino, y después de leer de corrido su informe sobre la opresión y exterminio de la población indiana, la anarquía administrativa, la falta de credibilidad real y la necesidad de implantar un nuevo orden real, les dijo:

—Padres, esto es inadmisibile. De ahora en adelante quedan destituidos Fonseca y Conchillos. A Fonseca lo sustituirá —me señaló— mi compañero y amigo fray Francisco Ruiz, obispo de Ávila, aquí presente, para los temas misionales y eclesiásticos; y a Conchillos, para asuntos civiles, le remplazará el

doctor Palacios Rubios.

Nos pusimos manos a la obra. Como los franciscanos no habían salido de su silencio y los dominicos se habían comprometido demasiado, por la buena fama y crédito en el reino de la Orden Jerónima, Cisneros decidió designar, tras un minucioso examen, a un grupo de misioneros, doce frailes de esta familia religiosa, que parecían más neutrales, destinándolos a la reforma de las encomiendas, en base a las Ordenanzas que durante los años anteriores habían abierto en Valladolid un portillo a la libertad. Nos reunimos intensamente con De Las Casas y Montesino, revisamos las cartas de los misioneros, y, con el concurso de teólogos y juristas, acallamos las protestas de los encomenderos.

Primero había que escuchar a los indios en su propia lengua y sus exigencias. Luego planificar un nuevo orden civil, su modo de trabajo y asentamiento; crear nuevas poblaciones al estilo castellano, con unos trescientos vecinos que gozaran de propiedades familiares y comunales, plaza mayor, iglesia y hospital, ganado y tierras de cultivo, concejo propio con la autoridad de un cacique indio y un supervisor español. La educación en las primeras letras y los oficios artesanos correrían a cargo de un sacristán. Y, finalmente, proveer la adecuada organización eclesiástica mediante diezmos que asegurarían el mantenimiento del clero. Se trataba de asimilar a los indios y acostumbrarles a vivir y gobernarse como españoles en aquellas lejanas y aún misteriosas tierras. Los productos de las minas deberían dividirse en tres porciones, una para el rey y dos para los indios. Cisneros y Las Casas concluían diciendo que cualquiera que oprimiese a los pacíficos indios o los maltratara sería conducido a un tribunal y, tras oír testigos, castigado con la muerte.

Una maravillosa utopía que había de arrostrar no pocas dificultades.

—Señor —informé a Cisneros algún tiempo después—, los jerónimos han empezado a desconfiar de fray Bartolomé de las Casas. Los encomenderos blasfeman y rabian contra el dominico. El licenciado Zuazo nos acusa de haber dado demasiado poder a este fraile, un solo hombre, nombrándole «procurador y protector universal de todos los indios de las Indias». Ahora Las Casas asegura que, después de llegar a las Indias, los jerónimos no se atreven a restituir los indígenas a la libertad, sino que los someten en poblaciones bajo la autoridad de los frailes.

Cisneros no se atrevió a cambiar las órdenes en curso. En mayo de 1517, Bartolomé, indignado, decidió regresar a España. Pero para cuando llegó ya estábamos en Aranda de Duero, donde el cardenal enfermo apenas mantenía un hilo de vida. Solo tuvo tiempo de besar las manos de Cisneros y escuchar de sus labios:

—¡Siento haber estado mal informado!

Poco después moriría Cisneros. Pusimos todo nuestro empeño en la transformación de la ignominiosa situación de los indios, pero nuestro mayor error fue echarnos en brazos de los jerónimos, creyendo que serían imparciales y bienintencionados. No bastaban los buenos propósitos. Hacía falta preparación y toda una estrategia organizativa. La prueba es que todo volvió a la situación anterior, pues Fonseca y Conchillos serían reintegrados en sus puestos por Carlos I.

Pero volvamos al hilo de los acontecimientos. A finales de diciembre de 1516 los gobiernos de Madrid y Bruselas parecían entablar una carrera de decisiones. Flandes quería a toda costa ir por delante del cardenal. Para ello envió a Castilla al señor La Chaulx a fin de mediatizar al gobernador. Cisneros, por su parte, se adelantaba presuroso a efectuar los nombramientos, lo que molestaba en Flandes. Todos confiábamos que cuando don Carlos y el regente se encontraran en España se solucionarían los problemas.

Los focos de la crisis se centraban en estos puntos candentes: descrédito del gobierno por falta de respaldo del rey; conflictos urbanos, en vías de solución, incluida Málaga, pero que no cesaban de envenenar a los de Flandes; problemas con la justicia por los arbitrajes de Bruselas que interferían en la independencia de los tribunales; necesidad de recomponer las relaciones con la corte pontificia después de la derrota de Argel, y la constante precariedad defensiva de Nápoles y Sicilia; falta de respaldo para la iniciativa de la Ordenanza; urgente reforma emprendida en las Indias, encargada, como acabo de decir, a los monjes jerónimos; rentas del reino saneadas con necesaria reorganización de la contaduría; en fin, consolidación del virreinato de Navarra con sueldo al nuevo gobernador duque de Nájera, y de las órdenes militares, sobre todo en lo que tocaba a la hacienda.

Ante este balance de la situación en un apretado año de regencia, Cisneros nos reunió a sus colaboradores más íntimos, dejándonos leer sus apuntes:

—Este es, en sustancia, el informe que voy a enviar a don Carlos. Quiero insistirle en la necesidad de su respaldo moral, legal y militar ante las dificultades que crean la distancia y la disparidad de los Estados. Principalmente los problemas que nos crean los grandes, así como las interferencias de sus aduladores tanto en Flandes como en Castilla.

López de Ayala, nuestro emisario y vocero ante el rey, nos respondió que a don Carlos le había crecido a su lado el coro de ambiciosos españoles, muchos de ellos cristianos nuevos. No pocos fomentaban las críticas contra Cisneros, acusándole de que el cardenal deseaba la ausencia del rey para realizar sin trabas

sus proyectos en Castilla, e insistían en la necesidad de acelerar el viaje de don Carlos. Se mantenía además la lucha entre Madrid y Bruselas sobre Francia, el embajador La Chaulx, las pretensiones sobre el infante don Fernando y otros asuntos.

Recuerdo cómo se mascaba la tensión en Madrid cuando La Chaulx atravesó las puertas del despacho del cardenal. Los jubones de seda blanquiazul acuchillada y la gorra de plumas rojas del embajador flamenco contrastaban a la luz grisácea de un día nublado con los oscuros muebles castellanos y la parda sobriedad del esquelético Cisneros, que no renunciaba al hábito franciscano bajo los atributos cardenalicios ni siquiera en la cama. Discutieron de todo: de la Ordenanza, las rentas reales y la justicia.

Con La Chaulx hizo como con Adriano, los trató a cuerpo de rey, se deshizo en amabilidades, pero cuando firmaban algún papel, se apresuraba a rasgarlo sin hacerle maldito el caso. Lo mismo sucedió con un tercer intento, el envío desde Flandes de un holandés de gran fama, el señor Amerstoff, que fue tratado con gran cortesía, sin que el cardenal —respaldado casi en su totalidad por el Consejo de Castilla, que no veía con buenos ojos extranjeros en el gobierno de España— le diera el menor pábulo. Al mismo tiempo, para contrarrestar, envió a Bruselas a su secretario Varacaldo.

—Habéis de ir más como un confidente que como un embajador. Compareced solo ante el rey. Quiero que don Carlos conozca mi proyecto sin tergiversaciones.

No tardó en llegar la respuesta del monarca: «Conocemos bien la mucha obligación que os tenemos y lo que debemos a vuestra reverendísima persona y a todas vuestras cosas... y que en todo debemos seguir vuestro parecer y consejo como de padre». En consecuencia, accedía a una serie de medidas: mantener detenido al mariscal de Navarra, aceptar el desmantelamiento de Tudela, refrendar los recientes nombramientos del regente y algunas disposiciones acerca de las rentas.

Noté al cardenal satisfecho después de romper el lacre y leer aquella elogiosa carta. Sin duda, Carlos podía contar con lo que más necesitaba, dinero de Castilla. Parecía mejor también el entendimiento con el embajador La Chaulx, las relaciones con doña Germana sobre Arévalo y los problemas de Valladolid. Para Adriano, al que apreciaba tanto y con quien tan bien se llevaba, consiguió el obispado de Tortosa, tras producirse su vacante, y el cargo de inquisidor general de Aragón.

Pero pronto aquel pequeño oasis se trocó en desierto. Sobre todo por el tema de la cruzada.

—Es intolerable que el papa haya dado la iniciativa de la cruzada a Francia.

¿Qué hay de la propuesta de Varacaldo a López de Ayala de que seáis vos, Francisco, quien vayáis como comisario de la cruzada a Bruselas? —me preguntó un día en que, a sus ochenta años, el cardenal parecía una frágil ave desplumada, con grandes ojos alertados sobre el puntiagudo pico aguileño.

—Mi intención era que alguien de casa pueda entender mejor de esos negocios —contestó Varacaldo—. Se lo pedí a nuestro embajador, para que lo obtuviera de su majestad muy secretamente. Pero creo que mi propuesta a favor del obispo de Ávila no ha tenido éxito. ¿No es así, Ruiz?

—Así es —respondí, un tanto desilusionado, pues reconozco que no hay nada en la vida que me guste más que los cargos y dignidades—. Pero la actuación de vuestra reverencia ante el papa León X no ha podido ser más enérgica ante los nuncios —añadí, dirigiéndome a Cisneros—. ¿Cómo se va a negar el Santo Padre que os ofrezcáis a equipar una expedición contra los infieles en el Mediterráneo? El rey de Francia nunca ha hecho ni hará tal cosa.

Urgía que el papa nos concediese la bula de cruzada, pero aún más que don Carlos viniera cuanto antes a tomar posesión de su reino. Cisneros escribió a Bruselas para que don Carlos tuviera en cuenta que «aunque venga la cruzada si su alteza no viniese en estos sus reinos sería de muy poco fruto lo que se hiciese, porque los que han de servir en tales jornadas quieren echar cargo a su rey y señor para recibir premio y mercedes de su trabajo; pues ponen sus personas, vidas y haciendas en aventura; y cuando no tienen respeto a servir a su rey y señor, no curan de otra cosa sino de robar y aprovecharse, y de esta manera se destruyen las huestes y las Armadas». Otros conflictos hacían apremiante la presencia del rey. Venid, señor, a sosegar estas tempestades; el pueblo es insolente, cuando ha tomado ya una vez la libertad de hablar, y los que se han querellado con altas voces no están muy lejos de inquietarse».

Finalmente llegaron noticias de Roma.

—El papa ha intentado explicarse. Dice que no ha hecho injuria a España y que está dispuesto a reiterar la iniciativa de cruzada al rey don Carlos. Está seriamente preocupado por la amenaza turca. Más de doscientas galeras de Barbarroja avanzan victoriosas por el Mediterráneo, lo que implica una amenaza directa incluso sobre Italia —apuntó el cardenal.

Jorge Varacaldo se levantó preocupado e hizo un gesto señalando hacia el norte, como si Flandes se encontrara al borde de la esquina.

—¡Sin embargo, la corte de Bruselas no mueve un dedo cerca de sus embajadores en Roma, ya lo sabéis!

—Pero nosotros hemos insistido una y otra vez. Urge que el papa proclame una bula cuanto antes. Una vez recibida, lo dispondremos todo —respondió Cisneros con voz quebrada, sin perder entusiasmo.

Llegó la bula, pero otro contratiempo ensombreció nuestros planes.

—Noticias confidenciales de Burgos —expuse—. La Chaulx no para de banquetear ahora con el obispo Rodríguez de Fonseca. El prelado burgalés ha enviado circulares para detener la recaudación de fondos en favor de la cruzada. Creo que encima anda de acuerdo con Adriano. Ese Fonseca no tiene alma. ¡Todo son intrigas!

La Chaulx quiso tranquilizar al cardenal. Pero este compartía mis lamentos e irritaciones. Fue entonces, el 3 de mayo, cuando me llamó Cisneros con urgencia. Nunca lo he visto tan encendido. Dio, colérico, un puñetazo en la mesa y exclamó:

—¡Quieren mangonearlo todo desde Bruselas! Están preparando la cruzada a mis espaldas, con Adriano, sus amigos y el almirante. Reclaman el monto de las rentas reales contra mi decisión de la Ordenanza. ¡Voy a escribir a don Carlos que me resulta imposible gobernar así, en su ausencia, y que si esta se prolonga, me retiro a mi casa!

Se unía también la pretensión de enviar otro «corregente» a Cisneros, el conde Palatino, que además el cardenal lo reclamaba para gobernador de la casa del infante don Fernando. Las ásperas y contundentes frases que mi señor dirigió al rey indican cómo estaba por encima de las adulaciones y lisonjas con que los cortesanos suelen regalar los oídos de la realeza.

Le decía sin rodeos que estaba cansado de tener todos los días nuevos disgustos; que no discurriesen en enviar nuevos compañeros; que se pensase antes en enviarle un nuevo sucesor, que él estaba resuelto de irse a su diócesis y que no le quedaba ya sino poco tiempo para disponerse a bien morir; que aprobaba mucho que se nombrase al conde Palatino para gobernador del infante Fernando y que había mucho tiempo que había necesidad de mudar toda la casa de este príncipe; que en cuanto a él, había servido a su rey y su patria con afición y sin interés, y, si lo pudiera decir, con reputación y con honra; pero que, en fin, pues la juventud del rey, y la avaricia, y emulación de algunas personas de su corte se oponían más y más a sus buenas intenciones, no se podía resistir más a los trabajos y desdichas que preveía; que él se iba a retirar a Toledo, donde no viviendo sino para sí y para su rebaño, vería cómo desde un puerto las tempestades que le levantaban en la monarquía.

Don Carlos se alarmó cuando esta amenazadora carta llegó a Bruselas. Y se apresuró a contestar. El 13 de mayo nos llegó la respuesta: «Afectuosamente os rogamos que, pues por tanto tiempo y con tanta pena por nuestro respeto y amor habéis sufrido los trabajos de ahí, ruego os queráis disponer a lo poco que queda, pues veis importa a nuestro servicio».

Los cortesanos de don Carlos no se atrevían a continuar la lucha contra

Cisneros. Tenía este toda la razón de su parte y además energía suficiente para hacerla prevalecer. Asimismo temieron que la situación empeorara en España. Se inclinaron por conservarlo en su puesto, porque en crisis tan grave como la que Castilla corría, Cisneros era muy necesario, y dejaron de hacerle oposición; pero, en cambio, cuando este pedía que el rey viniese a España con urgencia, prorrogaban indefinidamente su viaje, porque, seguros de manipularle mejor en Flandes, querían seguir participando en los tesoros que enviaba España.

Por mi parte, le escribí a López de Ayala: «¡Qué os parece a vos, ¿qué tal estaría Flandes si desde acá la quisiéramos gobernar no sabiendo cosa de lo de allá?!». En una palabra, la duplicidad de gobierno, las intrigas y los celos debilitaban las decisiones del cardenal.

Entonces el papa Médici dio un giro de ciento ochenta grados y se convirtió a la idea española. Cisneros escribió a León X una sentida carta sobre sus proyectos comunes. Indirectamente acusaba a Roma de los fraudes de utilizar los bienes destinados a la cruzada para sus propios intereses. ¡El propio pontífice se había servido de las limosnas de la bula de San Pedro para su guerra intestina en Urbino! Mi señor no tenía pelos en la lengua ni trabas en la pluma para cantar las verdades al mismísimo papa.

Finalmente, las insidias de Rodríguez de Fonseca continuaron y junto al rechazo del clero castellano al proyecto de la cruzada, esta quedó aparcada *sine die*. Solo dos años después reemprendería don Carlos, ya en España, el ansiado proyecto.

Detrás de todas estas decisiones latía la situación económica. Por mi cercanía con Cisneros admiraba desde luego al prelado reformador, al equilibrado inquisidor, al humanista, al mecenas y al estadista, pero pocos como yo habían seguido de cerca su actividad económica. Desde el principio vivíamos acuciados por las malas cosechas, una carencia de trigo que provocaba en el pueblo llano hambrunas, enfermedades, mortandad y epidemias. Durante las mayores carestías los regatones aprovechaban la crisis para comprar trigo, almacenarlo cuando los precios bajaban, para luego venderlo una vez superados los malos tiempos. A eso se añadían las frecuentes pestes y catástrofes naturales de aquellos años.

Era lógico que Cisneros, responsable de la gran extensión de terreno de su diócesis, se interesara por la situación de sus ovejas. Ya conté que nada más llegar a Alcalá fomentó el comercio de los artesanos. Favoreció la llegada de moriscos granadinos para que aportaran sus artes, semillas, telas y recursos. Y por entonces se le ocurrió una brillante idea:

—Plantaremos encinas en las colinas cercanas a Alcalá. Así podrán alimentar a sus cerdos y obtener leña en invierno.

Pero los vecinos, como tantos castellanos, prefirieron que las tierras no fueran pobladas de árboles y sirvieran de pastos a sus ovejas. Sin embargo, sí consiguió crear graneros y silos para almacenar excedentes a utilizar por el pueblo menudo en los años de escasez. Levantó entonces cuatro pósitos en Alcalá, Toledo, Torrelaguna y la ciudad de Cisneros. En el de Alcalá, destinado al estudio y los pobres del lugar, colgó un letrero que decía: «Que llueva mucho o poco, en Alcalá abunda el trigo en cualquier tiempo». Fue algo que el pueblo agradeció mucho al arzobispo en todas partes, incluso después de su muerte. Un colegial mayor y un regidor estaban en posesión de las llaves de aquellos almacenes.

Un dato curioso: de los tres hermanos Herrera, talaveranos que vivían en Alcalá, uno fue catedrático de retórica y gramática, otro músico eminente y organista, y el tercero, Gabriel Alonso de Herrera, se especializó en agricultura. A este le encargó Cisneros un libro sobre la labranza del campo, que se publicó en 1513 y tuvo muchas reediciones. No solo aportaba la sabiduría de los clásicos y de su propia observación en esta materia, sino que hacía un gran elogio de la vida sana en el campo. «Labrar el campo —decía— es vida santa, vida segura, de sí misma llena de inocencia, y muy ajena de pecado; y no sé quién pueda decir las excelencias y provechos que el campo acarrea; el campo quita la ociosidad dañosa, en el campo no hay rencores ni enemistades, en el campo más se conserva la salud». En un ambiente ganadero fomentado por los Reyes Católicos, Cisneros ponía sus miras en la agricultura.

Pero es que la misma ganadería estaba planteada desde una política incorrecta. Castilla se había convertido en el siglo xv en una potencia económica, gracias a su espina dorsal, el camino que la atravesaba desde las costas del norte a Andalucía, pasando por Castilla, con sus famosas ferias, sobre todo en Medina del Campo, Toledo y Cuenca. La recorrían, ávidos de negocios, los mercaderes de Francia, Flandes, Inglaterra e Italia. En Burgos se había creado incluso un consulado que garantizaba el comercio en lanas. Estas se exportaban a Flandes e Italia y volvían manufacturadas de estos reinos que se llevaban la de mejor calidad de nuestros rebaños. Un ejemplo, los extranjeros pagaban quince reales —quinientos diez maravedís— por la materia prima, lana y seda, y el género volvía transformado en paños, tapices y vestidos a España donde los comprábamos por quince ducados, cinco mil seiscientos veinticinco maravedís. La solución, según los expertos consultados por Cisneros, era prohibir las importaciones innecesarias y promover la producción en Castilla, lo que crearía puestos de trabajo.

Me lo comentaba Rodrigo de Luján, uno de los autores de los memoriales que analizaban la situación:

—¿Podéis creerlo? Los castellanos dejan que se lleven las lanas a Flandes para, por una fortuna, comprar allí la misma lana transformada en paños. ¡Hay que prohibir la exportación de esos productos que podemos elaborar nosotros aquí, en el interior!

Era la doctrina de los «mercantilistas».

—Creo que Cisneros lo entiende bien hace tiempo —le respondí—. Siempre piensa en el bien común de la nación.

En otro asunto en el que el regente metió mano fue en el de los impuestos. El sistema de pecheros en Castilla hacía que en la práctica los privilegiados, como los hidalgos y el clero, quedaran exentos de pagarlos, pues requerían el consentimiento de las Cortes. Mientras que las alcabalas —diez por ciento de compras y ventas—, al recaer sobre los productos, eran más universales, no necesitaban un voto de las Cortes y las pagaba todo vecino, tanto hidalgo como la gente del pueblo. En este caso, los abusos solían venir de comerciantes por vía de arrendamiento: adelantaban al fisco real las cantidades que se esperaban y luego se resarcían cobrando fuertes cantidades, so pretexto de cubrir gastos y prever los riesgos de la operación. Las alcabalas habían sido impuestas en Castilla para sufragar los gastos de la guerra contra los moros.

Había otro procedimiento más justo, el llamado encabezamiento. Se trataba de repartir, por ejemplo, la cantidad a pagar entre todos los vecinos de un pueblo y evitar así extorsiones y abusos. En este caso eran los concejos municipales, no los hombres de negocios, los que gestionaban la recaudación. El secretario Varacaldo me lo explicó un día:

—La hacienda en estos reinos está muy damnificada por los abusos de los arrendadores. Para que esta esté segura y evitar los robos, extorsiones y cohechos en los pueblos, el cardenal ha acordado, no perdiendo el rey de su hacienda, encabezar la mayoría de las rentas.

—Pues los consejeros del rey están que trinan —objeté—, porque de este modo pierden influjo y dinero. Dicen que además el encabezamiento supone una baja muy grande en el fisco real.

—Es que el cardenal ha actuado por cuenta propia, sin pedir permiso al rey. Nuestros enemigos aseguran que con ello ha perdido la hacienda real.

Velasco sonrió, esgrimiendo las cuentas:

—¿La hacienda real? Es posible. Pero más en concreto ellos, los arrendadores defraudados y sus valedores cortesanos, son los que pierden, dispuestos por su codicia a toda corrupción. Nuestro regente, ya sabéis, vela por el bien común y a veces eso requiere la intervención del Estado.

—Es cierto —comenté—. Un día me dijo sobre sus métodos enérgicos: «Estoy haciendo la labor del diablo. No puedo hacer el bien, ni conceder

beneficios, sino castigar y quitar mercedes». Ya lo dice nuestro agente en Flandes, López de Ayala, que las rentas reales nunca habían estado tan prósperas como ahora. Por eso el cardenal ha pedido a don Carlos colocar la administración en manos de un solo tesorero.

El coro de detractores no tardó en hacerse oír. Los nobles castellanos, porque eran vigilados en sus negocios sucios; y los depredadores de Flandes, porque Chièvres y los suyos, buscaban la mínima oportunidad para denigrar a Cisneros. Pero estas murmuraciones volaban por encima de su cabeza como aves carroñeras a las que no hacía caso. Es más, se atrevía incluso a llamar la atención a don Carlos, con buenas palabras, de sus excesivos gastos, porque el rey pedía continuamente dinero a Castilla para cubrir los dispendios de su lujosa corte, como un estudiante derrochador escribe cada día a su lejano padre suplicando recursos. Los cambios más justos de Cisneros desaparecerían con su muerte cuando se anuló el sistema de encabezamientos. Aunque, para decirlo todo, al año siguiente, 1518, las Cortes de Valladolid obligaron a respetar la decisión del cardenal.

No obstante, por aquellos días, si siempre mi señor había sido un hombre serio y austero, no había quien pudiera arrancarle una sonrisa. Santillos, el bufón que gozaba del privilegio de meterse con su reverencia a troche y moche, lo intentó una vez más. Luego me paró por un pasillo.

—¡Su eminencia está intratable estos días! —me dijo sin ocultar su disgusto—. He hecho todo lo posible por agradarle: he saltado, bailado, mil piruetas y cabriolas, y nada. Entonces se me ocurrió hacer algún chiste. Le llamé «elefante». ¿Sabéis qué ha hecho? Me ha dado un solemne bofetón que todavía me duele. Os aseguro que es difícil servir a tal dueño. Está más triste que el difunto rey Fernando los últimos años.

Al bufón más que la bofetada, un episodio raro en la vida de Cisneros, le dolía su fracaso como cómico profesional.

Yo sabía bien la causa de la tristeza. Aparte del agobio de la responsabilidad de su puesto le exasperaban los continuos retrasos de don Carlos para venir a hacerse cargo de sus reinos. Aunque en sus cartas manifestaba su deseo de emprender cuanto antes el viaje, sus consejeros flamencos le retenían para mantener su ascendiente sobre el rey y las artimañas para sacar el máximo provecho de la venta de cargos en España y saquear el reino a imitación de Felipe el Hermoso.

Eso sí, se serenaba cuando cerrados los ojos se sumía en oración. Recuerdo emocionado cuando le acompañé durante la última Navidad por las familiares calles de Alcalá. Íbamos a celebrar apretujados por un pueblo ávido de sus bendiciones, la misa del gallo. Siguiendo el ejemplo de San Francisco en la gruta

de Greccio, habíamos montado un pesebre con la representación de la Nochebuena: gruta, paja, animales y el niño Dios entre María y José. Ese día fray Francisco fue un verdadero predicador de pueblo para el pueblo.

De regreso a palacio bajo las estrellas, mientras se perdían calle abajo las últimas candelas de los fieles y se difuminaban los últimos sonos del añorado canto de villancicos, le dije:

—Padre mío, no deberíais estar tan triste. Habéis mantenido intacto el legado de doña Isabel. ¿Qué más queréis? El almirante de Castilla os llama ahora en sus cartas «hermano mayor» y el conde de Benavente, «amado padre».

—Os confieso, querido Francisco, que ahora envidio incluso la reclusión de doña Juana. Su vacío está más lleno que este agujero repleto de intrigas y serpientes. ¡Ojalá venga pronto don Carlos! Disminuyen mis fuerzas. De buena gana me iría a retirarme otra vez a mi añorada cabaña de La Salceda.

El frío complutense hería como cuchillo en rostro.

Vi marchar vacilante, cargado de hombros, con su báculo y bajo su mitra cardenalicia, al hombre a la sazón más poderoso de España, pero que, como cualquier campesino o siervo de la gleba, no podía dominar sobre lo que más importa, el paso del tiempo, ni decidir siquiera sobre sí mismo. Parecía un pastor indefenso perdido bajo el manto de la noche, a la intemperie, en medio de la soledad misteriosa de Belén.

21. El imposible abrazo

De aquellos últimos meses de regencia llevo atesoradas en la memoria dos vivas imágenes, que, como dos cuadros inquietantes, pueden sintetizar la vida de Cisneros en su tramo final.

De un lado, sus manos, largas y sarmentosas, hechas para bendecir, pero gastadas en gobernar; manos que veo aún sobre el pelo gris del lomo de Benitillo, nuestro entrañable asno por tierras andaluzas; manos mendicantes y firmes de provincial y reformador franciscano; manos absolutorias consejeras sobre la cabeza de la excepcional doña Isabel; manos para dibujar en el mapa estrategias de guerra, proyectos de naos y defensas artilleras; manos silenciosas, recogidas como raíces de futuro en los años de cárcel y ermita; manos acusadoras y expeditas en el Tribunal de la Inquisición; manos manirrota con los pobres y los deudos, pero calculadoras para la hacienda real; manos penitentes y frugales consigo mismo; manos de arzobispo, pastorales y programadoras; manos de humanista creadoras de universidad y cultura; manos de constructor inspirado, de economista perspicaz, de diplomático astuto, de vasallo fiel a sus reyes; pero sobre todo manos de estadista, político desinteresado y regente honesto y eficaz.

Me pregunté en más de una ocasión: ¿acariciaron alguna vez a alguien aquellas largas manos de Francisco Jiménez de Cisneros? No sé si el rostro de su madre anciana o la cabeza de los niños de catequesis en Sigüenza, Toledo o Alcalá. Desde luego, nunca acariciaron a una mujer. Casto asceta, forjado en el silencio y la austeridad física, huía de las mujeres como del demonio. Pero quería a sus sobrinos y los ayudó. Eran palomas fugaces cuando predicaba, y dedos enhiestos o puños amenazadores cuando advertía, mandaba, corregía, tanto entre olores del incienso como de la pólvora.

Aquellos últimos meses sus manos parecían sarmientos agostados sobre el papel blanco de sus decisiones.

—Estoy cansado —me decía—, muy cansado. ¿Por qué dilata tanto su venida el rey?

Junto a la imagen de sus manos flota en la memoria de aquellos días otra imagen, la de sus ojos, ojos avizores de lechuza en medio de una noche espesa. Se habían ido hundiendo en sus cuencas con el paso de los años como para ir marchándose de este mundo. Pero habían sido penetrantes, fijos en las personas y escrutadores, sin que el mínimo vuelo de una hoja o el salto de una perdiz les

pasaran inadvertidos. Adivinaba en la voluta de una letra o el guiño y movimiento de un rasgo de la cara de cualquier señor de Castilla la segunda intención de un negocio, la amistad o el rechazo, la intriga o el buen sentido de una operación o gestión de gobierno. Habían sido ojos de fuego para quemar su vida en causas grandes, como si detrás de ellos su alma pasara inadvertida para sí mismo, y ojos ciegos a la codicia o vanagloria del poder, como si al cerrarse, se recogieran en el medio del boato de la corte en un secreto eremitorio perdido en el bosque.

Pero el águila declinaba exhausta. Apenas podía volar en aquel 1517, bajo una montaña de asuntos pendientes. A pesar de ello, continuaba con sus austeridades y penitencias.

—Así nunca os vais a recuperar. Para mejorar vuestra débil naturaleza necesita abandonar esas rigideces —le decíamos.

Como rehusara continuamente, acudimos a Roma aquel año y el papa León X le dirigió una afectuosa carta ordenándole que moderase su forma de vida, sus ayunos y abstinencias, las prácticas franciscanas, los hábitos de tosca lana, la tabla que usaba para dormir. Alababa el papa en su misiva vida tan edificante, pero, teniendo en cuenta su avanzada edad de octogenario, los servicios prestados a la Iglesia y a su patria, por la obediencia que le debía, le ordenaba que dulcificara esa forma de vida, de acuerdo con los consejos de los doctores. En una palabra, dictaminaba que durmiera en la cama y abandonara el áspero hábito en bien de su salud.

—¡Qué consejos! —comentó Cisneros—. Mientras muchos consideran un honor vestir el hábito de San Francisco para morir, yo que lo he llevado toda la vida, ¿pretenden que me despoje de él precisamente cuando estoy a las puertas de la muerte?

El hecho era que el cardenal, que había pasado todo el invierno con fiebres intermitentes, seguía despachando graves asuntos. El duque del Infantado, el conde de Ureña y el duque de Alba se pronunciaban abiertamente contra él porque no conseguían que favoreciese sus intereses particulares, al mismo tiempo que en muchas ciudades se encendían las primeras brasas de lo que se convertiría en el incendio de la futura revolución comunera.

El duque del Infantado, por ejemplo, saltaba de ira en su palacio de Guadalajara:

—Mi hermano ha vendido el señorío de Beleña al duque de La Coruña. Hay cláusulas en los documentos por las que yo podría recobrar esas tierras. Me basta con recomprárselas a mi hermano por el importe que ha recibido. Pero el pleito se eterniza en la chancillería de Valladolid.

—Señor, el cardenal también está harto de estas lentitudes y gastos. No solo

por su causa, sino en general por la situación de otros pleitos en las chancillerías —le comentó su secretario.

—Sí, pero mis enemigos han apelado a la corte de Flandes, buscan trato de favor más que justicia.

—¿Y Cisneros?

—Él está de parte del conde de La Coruña, con quien, ya sabéis, está emparentado por su sobrina.

De hecho, el cardenal había escrito al rey:

Que aunque este negocio no me tocara a mí sino al menor de estos reinos, su alteza no debería mandar dar esta cédula ni suspensión, porque como estas cosas de justicia hanse de dejar que vayan por sus términos, conforme a derecho, y no agraviar ni a la una ni a la otra, pues ninguna razón hay para que tal haga, que suplico a su alteza que se vea y determine el dicho pleito conforme a justicia como en vida de la católica majestad, y después aquí se ha hecho.

No fue la única carta que escribió Cisneros a Flandes, de modo que al final el rey retiró la cédula de suspensión que había emitido, por lo que el pleito siguió su curso en Valladolid, fallando a favor del conde de La Coruña. Así que el duque del Infantado montó en cólera:

—¡Juro que me vengaré de ese entrometido fraile!

Como niño enrabiado, aprovechó la primera oportunidad. Cuando el vicario general de Alcalá pasó por Guadalajara, como delegado del arzobispo, para informarse sobre las faltas de algunos eclesiásticos, lo mandó prender y castigar físicamente. Su argumento era que invadía atribuciones de Bernardino Cisneros, el hermano díscolo del cardenal, a quien había nombrado arcediano de Guadalajara.

Enterado el regente, decretó:

—Allí se han cometido dos crímenes: uno contra la religión y otro contra el Estado. De modo que excomulgo al duque del Infantado como arzobispo y como regente del reino confisco su título y sus bienes.

Creo que con estas medidas pretendía asustarle. Pero el duque, lejos de ello, comisionó a un capellán para que le abrumase de injurias y amenazas. El pobre capellán, nada más llegar en presencia de Cisneros temblaba como un polluelo; se puso de rodillas.

—Os pido perdón, ilustrísima, por las injurias que me han encargado profiera contra vos.

Y, sin omitir ninguna, soltó uno tras otros los sapos y culebras que el duque le habían encargado transmitir.

Cisneros oyó con paciencia la retahíla y cuando el mensajero concluyó, preguntó:

—¿Tenéis algo más que decir?

—No, señor.

Entonces fray Francisco le dijo con dulzura:

—Id, amigo, y volved a vuestro amo, que ya lo hallaréis avergonzado de la comisión que os ha dado.

Así ocurrió realmente, pues el duque, superada la exaltación del golpe de cólera, ya solo estaba irritado con el mensajero.

—¡Hombre, me habéis obedecido con demasiada puntualidad y exactitud! — le espetó.

Cisneros se apresuró a nombrar otro arcediano para Guadalajara.

Mientras tanto, el condestable de Castilla, que era amigo del duque del Infantado y temía que Cisneros la emprendiera con castigos severos contra este, quiso mediar entre ambos. De modo que el duque dijo avenirse a cualquier acomodamiento. Cisneros prometió perdonarle, si daba una satisfacción pública y solemne.

La idea era invitar a comer al duque en el pueblo de Fuencarral, donde para mayor escarnio llegó tarde. A Cisneros le acompañábamos el adelantado de Cazorla y yo junto a algunos criados. Con el duque venían el condestable y un solo servidor. Mi señor, impaciente y ávido como siempre de tiempo, entró rápidamente en materia. Entonces, rojo de ira, el duque no pudo contenerse y le interrumpió:

—¡Mientras yo observe la religión y obedezca al rey, a nadie más tengo que darle cuenta de mis acciones!

El tono suave del cardenal se tornó en firme y áspero:

—Yo, señor Mendoza, tengo poder para castigaros como inquisidor, si faltáis a la religión; y como regente, si no obedecéis al rey.

Se levantó el condestable e intentó poner paz. El duque reflexionó y se iba a arrodillar para solicitar perdón a Cisneros, cuando este lo levantó y lo recibió en sus brazos.

—Si yo no os amase, ¿usaría de estos respetos como lo hago?

Ya he mencionado de pasada el asunto el caso del conde Ureña, de más graves y terribles consecuencias. Ureña no tragaba al cardenal desde que este se opuso a que su hijo don Pedro Girón, como dijimos, se apoderara por la fuerza del ducado de Medina Sidonia. Además, padre e hijo habían promovido la mencionada liga de Guadalajara. No había comisario real u oficial de justicia que no menospreciara abiertamente el conde.

Cisneros toreaba con maestría a estos empingorotados nobles, disimulaba

desacatos, lo pasaba casi todo por encima, para no enzarzarse con todos los nobles a la vez, sino uno a uno y evitar que se aliaran las casas más poderosas de Castilla. Hasta que en una ocasión me dijo:

—Ya basta, hay que sentar la mano sobre el conde de Ureña.

Un buen día, su hijo Pedro Girón, que disputaba en los tribunales un señorío cerca de Valladolid, sin esperar el veredicto del pleito, tomó por las bravas posesión de la localidad de Villafrades. El caso es que los tribunales de Valladolid habían fallado en favor de la parte contraria. Entonces, ni corto ni perezoso, el conde pidió auxilio al cardenal para que le dieran posesión de su señorío.

—Cuando lleguen los oficiales y alguaciles, despedidlos a palos —le ordenó a su hijo.

El joven Girón, acompañado de amigos de francachelas, así lo hizo.

La noticia levantó un gran revuelo en Valladolid, sobre todo en la chancillería. Su presidente, el obispo de Málaga, reunió sus milicias y cabalgó al pueblo de Villafrades para vengar la injuria hecha a la justicia. Intervino el condestable de Castilla, que veía a su hijo comprometido en una acción que consideraba poco menos que una calaverada.

—¡Venga, mozos, retiraos y aceptad la sentencia!

Cuando Cisneros se enteró de lo sucedido, no quiso pasarles otra y resolvió:

—Hay que castigar por crimen de lesa majestad a esos reos. Que se presenten en la cárcel pública a responder de los casos que se les imputan.

Tanto rigor produjo una fuerte conmoción en la zona. Los jóvenes comprometidos, lejos de presentarse, se hicieron fuertes en Villafrades. Algunos de los padres de los muchachos, para evitar males mayores sobre ellos, no se apartaban del obispo de Málaga con el fin de no parecer sospechosos. Temían que las tropas reales, al mando del comisario Sarmiento, se dirigieran contra los rebeldes a sangre y fuego.

—¡Escribamos a Flandes! —dijo airado el conde de Ureña—. ¡Que el rey revise este condenado pleito!

Cisneros hizo lo mismo. Envió a su vez un mensaje a la corte de Bruselas para justificar su conducta con palabras muy duras contra Ureña.

Al mismo tiempo, no se contentaron con elevar quejas al rey y decidieron levantarse en armas.

—¿Va a poder con los señores de Castilla ese estúpido Sarmiento? —se burlaban los grandes en Valladolid, donde el inquieto obispo de Zamora se movía a favor de aumentar las fuerzas rebeldes.

Por las calles vallisoletanas paseaban sus partidarios un muñeco revestido de pontifical haciendo chanza de Cisneros.

Llegaron finalmente las tropas de Sarmiento y pusieron sitio a Villafrades. Como los nobles no las tenían mucho consigo, decidieron escabullirse del cerco, abriéndose paso con sus espadas. Mientras, las mesnadas del regente entraron sin resistencia en la villa, derribaron las murallas, le prendieron fuego y ejecutaron la sentencia, acción insólita en día de fiesta, contra los partidarios de Girón.

El golpe surtió efecto. Los nobles castellanos, en concreto el condestable, el duque del Infantado y el almirante, se apaciguaron y se sometieron al regente solicitando perdón para el de Ureña. Este buscaba tropas como loco sin conseguirlas, pues ya nadie quería alistarse bajo sus pendones. Solo le quedaba apelar a Flandes. Pero en Bruselas finalmente fue respaldada la acción de Cisneros. Declarados traidores el conde de Ureña y sus hijos, algunos fueron encarcelados en las mazmorras de Valladolid.

Cisneros, tras domeñarlos, les concedió un generoso perdón y acudió al rey para que borrara toda reliquia de afrenta. Aunque en su cargo de regente poseía la facultad de amnistiario, les hizo creer que había que esperar al perdón de Flandes para evitar nuevas maquinaciones.

El tercer personaje con el que tuvo que enfrentarse en aquellos duros últimos meses fue el duque de Alba. Ocurrió durante unos días que resultaron particularmente aciagos, porque sorprendieron al cardenal seriamente enfermo. Ahora el conflicto procedía del priorato de San Juan, que había sido adjudicado legítimamente por su poseedor a favor de un sobrino, Antonio Zúñiga, hermano del duque de Béjar, con el beneplácito entonces de Felipe el Hermoso y confirmado por el papa. Pero el Rey Católico consiguió del gran maestre de Rodas arrebatar el cargo a Zúñiga, porque consideraba que le correspondía a él, el monarca, y no al papa realizar este nombramiento. De modo que decidió nombrar prior a don Diego de Toledo, hijo tercero del duque de Alba, para premiar la fidelidad del padre.

Rabiaba Zúñiga por el despojo del priorato, pero mientras vivió el rey, estaba atado de pies y manos. Muerto don Fernando, el viejo Zúñiga consiguió, a pesar de las influencias del duque de Alba, que el pleito se fallara a su favor. Sin dilación con las ejecutorias y cartas del rey se presentó ante Cisneros reclamando la posesión de su priorato. Al mismo tiempo se había asegurado el apoyo armado del duque de Béjar y otros nobles, si el cardenal se negaba.

En Madrid se mascaba la tragedia. Pensaba la gente que podía correr la sangre en sus calles en un momento muy delicado, porque, como he dicho, Cisneros estaba en la cama gravemente enfermo y se habían ordenado rogativas públicas por salud. Tanta era la inquietud que yo mismo tomé medidas severas para protegerle hasta que se restableciera. Cuando pasó lo más recio de su enfermedad, el cardenal me dijo:

—Hemos de encontrar un acomodamiento entre ambas casas rivales.

—Señor, el duque de Alba no se aviene a nada. No para de intrigar en el Consejo de Castilla y también en Bruselas para vencer en Béjar.

—Yo convenceré al rey —respondió Cisneros.

Y, a pesar de que los flamencos de Madrid y la reina Germana favorecían al de Alba, mi señor obtuvo de don Carlos que todos los bienes del priorato quedaran como en depósito para que cuanto viniera el propio rey fuera el árbitro de la contienda.

—¡Me levantaré en armas si hace falta contra el regente para sostener mi casa! —exclamó el duque—. ¡No permitiré que ese fraile ocupe mis bienes en nombre del rey!

Los flamencos, incluyendo Adriano, que parecían imparciales, se temieron lo peor: una guerra civil. No pocos señores de Castilla coincidían en lo mismo. Fonseca, uno de nuestros mejores capitanes, alertó a Cisneros sobre el inminente conflicto armado. Pero este, que tenía bien informado al rey, respondió:

—No temáis, Fonseca, que todo saldrá bien.

Mandó Cisneros una bien pertrechada división de caballería e infantería a las órdenes de Fernando Andrade con orden de sitiar Consuegra, donde el hijo del duque de Alba se había hecho fuerte. Y aunque su padre pensaba auxiliarle con sus tropas, con más juicio, maniobró ante Adriano y la reina doña Germana para atemperar al cardenal, de modo que el duque acabó aceptando las condiciones que se le imponían.

—¡Nos tratáis con demasiado rigor, excelencia! —le dijo.

—Jamás usé de rigor sin pena, señor duque. Pero habéis de saber que los que mandan debajo de otros deben cumplir con puntualidad las órdenes que reciben. Mirad las que he recibido de Flandes —añadió, mostrándole las cartas del rey—. Pero estad bien seguros de que haré cuanto esté en mi mano en vuestro beneficio.

A continuación, ordenó a Andrade que abandonase el sitio; y al duque y su hijo que entregaran el priorato. Proclamó luego una amnistía y se apaciguaron los ánimos, que no volverían a encabritarse hasta que lo hiciera años después el mismo pueblo con el levantamiento de los comuneros. Un malestar, sin embargo, corría ya como una plaga en las murmuraciones por plazas y mentideros:

—¡Esos flamencos solo vienen a engrosar sus bolsas!

—¿Es que vamos a admitir sus fraudes? Quieren nuestros cargos y beneficios. ¿Cómo es que el cardenal no piensa atajar tanto latrocinio? Las juntas deberían declarar incapaces a esos extranjeros de poseer oficios y rentas de Castilla.

—Convocaremos reunión de los Estados para otoño próximo —anunció

Cisneros para tranquilizar los ánimos.

Solo quería ganar tiempo mientras llegaba don Carlos para que afrontara las exigencias de los nobles y el clamor del pueblo. Pero la dilación del viaje del rey encabritaba a las gentes y ahora los insultos iban contra el cardenal. Un día le pusimos sobre su mesa libelos difamatorios que corrían de mano en mano.

—¿No vais a hacer nada, ilustrísima, contra esta ignominia? —le dijo Vallejo indignado.

—Los que se levantan a esas dignidades —contestó el cardenal con un gesto de estar por encima de aquellos papeles— deben dejar el miserable desahogo de la murmuración a los que están por debajo.

—Pero es que os achacan que vuestra reverencia está siendo el mejor escudo de las infamias de don Carlos y los flamencos.

—Y, vos, que sois mi secretario, ¿olvidáis las cartas que dirijo al rey denunciando los abusos de su corte e insistiendo que venga cuanto antes? ¿No recordáis cuánto le he escrito sobre la cruzada y la situación de los que ponen sus personas, vidas y haciendas en la aventura? Pues cuando no tienen respeto a servir a su rey y señor, no curan de otra cosa sino de robar y aprovecharse, y de esta manera se destruyen las huestes y las Armadas.

Cisneros sacó entonces una carta de su gaveta recién enviada a Flandes.

—¿Creéis que no soy consciente de que tanta agitación no puede desembocar en un grave conflicto? —Luego leyó—: Por ejemplo, esto le he escrito: «Venid, señor, a sosegar estas tempestades. El pueblo es insolente, cuando ha tomado ya una libertad de hablar, y los que se han querellado con altas voces no están muy lejos de inquietarse».

—¿Y qué pensáis hacer mientras tanto?

El cardenal se levantó y miró por la ventana la monótona tranquilidad que se respiraba en las modestas calles de Madrid.

—Madrid es apacible, y en esta villa soy fuerte. Podremos reunir las Cortes sin peligro y contener a los diputados en sus demasías.

Dispuso convocar las Cortes, para, en el caso de que el rey no abandonase Flandes, tranquilizar a los grandes. Pero finalmente don Carlos se embarcó, como di cuenta en las primeras páginas de estas memorias.

Contaba cómo nos pusimos en camino, junto con el Consejo de Estado, Adriano de Utrecht, muchos grandes y el infante don Fernando. El día 11 de septiembre, paramos en Torrelaguna, la villa natal de Cisneros. El 15 la comitiva llegó a Aranda de Duero, donde nos detuvimos unos días. Antes, el 12 de septiembre, nos habíamos detenido en Boceguillas. Aunque yo no lo vi, algunos

aseguraban que un misterioso jinete enmascarado habría avisado a unos monjes que el cardenal no comiera una trucha, que le estaban cocinando, porque contenía un veneno violento. Cisneros hizo caso omiso y se comió la trucha, sintiéndose empeorar en sus dolencias. Unos días después le salió un líquido raro por las orejas y las uñas. ¿Habían sido los flamencos con la complicidad del secretario Jorge de Varacaldo? ¿O lo que le empeoró fue una carta que el rey le habría escrito, donde, antes del encuentro previsto, le anunciaba que lo despacharía al retiro después de la entrevista y de forma poco agradecida y elegante?

Mi opinión es que si llegó esa carta, que yo nunca vi, se la habrían entregado al Consejo Real. Según dicen, en ella don Carlos le aseguraba que había trabajado tanto y tan útilmente por la monarquía que solo Dios podía ser la recompensa; que deseaba verle para recibir sus consejos y sus instrucciones sobre los negocios públicos y sobre los de su casa en particular, pero que después de esto entendía ser necesario darle un poco de reposo y dejarle acabar en paz los días que le quedaban en su arzobispado de Toledo. Si esta carta, que dicen escribió el obispo Mota, llegó al consejo, no puede calificarse sino de tristemente ingrata.

Pese a su fragilidad, le mantenía la ilusión de encontrarse con don Carlos y ponerle en autos, darle consejos, descargar en él todas las responsabilidades que había llevado siempre con dedicación y honestidad sobre sus hombros. Sin embargo, muchos de los que le rodeaban parecían ansiosos de encontrarse cuanto antes con el rey y ya daban la espalda al cardenal, conscientes de que su vida se acababa.

La peste abría sus fauces en Aranda. Había que encaminarse a Roa, un enclave más saludable. Los claustros del monasterio de Aguilera, donde viviera el reformador franciscano Pedro Regalado, nos recibieron el día 23.

—Excelencia reverendísima, nuestro señor el rey ha tocado tierra española en Tozones el pasado día 19 y desembarcado en Villaviciosa. Hemos recibido carta de nuestro embajador López de Ayala.

Cisneros no ocultaba su alegría. Me apresuré a contestar: «Hoy miércoles a las cinco horas de la mañana que fueron 26 del presente, llegaron vuestras cartas con la buena nueva de la bienaventurada y próspera venida del rey nuestro señor en estos reinos, de que el cardenal Cisneros y yo y todos recibimos tanta consolación y alegría que no os lo sabría decir». Otro colega exageraba un tanto al escribir: «Que el cardenal, mi señor, está tan bueno y tan sano y tan alegre, principalmente después de la venida del rey nuestro señor, que creo ha de vivir más de veinte años».

Es cierto en parte que algo le rejuveneció la noticia, pues el 4 de octubre,

fiesta de San Francisco de Asís, se atrevió a celebrar misa y comer con sus hermanos de orden. Todos esos días respondíamos con celeridad las cartas de López de Ayala para ir preparando el encuentro.

Pero los grandes que nos acompañaban se pusieron nerviosos y en contra de las disposiciones del rey se marcharon, incluido el Consejo Real con su presidente Antonio de Rojas al frente, para acelerar el encuentro.

Cisneros aún tenía fuerzas para indignarse.

—¡Que regresen inmediatamente! ¿Dónde se encuentra don Carlos?

El rey avanzaba en zigzag para hacer tiempo y aseguraba que se dirigía a Valladolid. Estaba claro, la corte flamenca quería evitar a toda costa el encuentro con Cisneros, por lo que pudiera este influir en su reinado en contra de sus intereses.

Nos encaminamos a Roa. Hundido en su litera, enfundado en ropas de martas viejas, parecía el viajero de otro mundo. Avanzábamos lentamente en medio de la noche, obligados a hacer continuas paradas para no cansar al debilitado cardenal, que transportábamos en una litera cerrada iluminada interiormente. Sobre todo llamaba la atención ver sus pies siempre desnudos cubiertos ahora por botines y sus largas manos enfundadas en guantes, sosteniendo la bola con ascuas para entonar su aterido cuerpo. El cortejo, serpeando en el frío de la noche con la litera iluminada, tenía ya algo de entierro en vida. Llegamos a la fuertemente amurallada Roa, encaramada en una cima, desde la que se divisa gran parte del valle del Duero. En ella nos hospedamos en el palacio de los condes de Siruela, propietarios de la villa.

Como también detallé cumplidamente, el martes 4 de noviembre se celebraba el frío encuentro de Carlos con su madre en Tordesillas. Ese mismo día yo había escrito a Ayala, ante la decisión del rey de dirigirse a Valladolid, diciéndole que el cardenal mostrando asombroso vigor, ocurriera lo que ocurriese, estaba dispuesto a dirigirse allí para recibirlo. Por eso suplicaba al soberano una orden mandándole salir de Roa con su séquito. Añadía que haría el viaje en cortas etapas e insistía que aunque fuera lo último que pudiera hacer antes de morir, su entrevista era indispensable. Era la hora de persuadir a don Carlos de la conveniencia de sustituir el ejército de Sicilia por la Ordenanza ideada por Cisneros.

Un gesto ruin de los consejeros flamencos fue negarnos la casa que habíamos solicitado para hospedarnos en Valladolid, con la excusa de que estaba destinada a doña Germana y con el único objeto de poner más trabas al encuentro. También aconsejé sobre la inconveniencia de que el rey no se detuviera en esa ciudad pues había brotes de peste.

—Pero ¿qué sucede? ¿Dónde anda el rey? —preguntaba una y otras vez

inquieto el cardenal.

—Nos informan ahora de que la entrevista será en Mojados, cerca de Olmedo.

—Voy a escribirle una carta para recomendarle la Universidad de Alcalá —dijo con un hilo de voz a los teólogos que siempre le acompañaban para las disputas: los doctores Pedro de Lerma, Hernando de Balbós, Nicolás de Pax, Hernando de Valdés y el licenciado Juan de Frías.

Pero ya no tenía fuerzas ni para dictarla. La balbuceó, eso sí, pues su cabeza continuaba clara, aunque su temblorosa mano no pudo firmarla. Miraba desde la ventana de aquel palacio de los condes de Siruela, que nos hospedaban, las calles de Roa, donde estudió de niño las primeras letras con su tío, como si aún pudiera corretearlas. Pero despertaba del sueño cuando los criados y pajes lo levantaban para alzarlo de aquí para allá como un muñeco desvencijado. Su enfermedad se agravó con un fuerte dolor de almorranas. Solo le quedaba un anhelo, permanecer vivo mientras llegara el rey.

De todos modos, Francisco Jiménez de Cisneros ya era consciente de que su final se acercaba. Pidió a sus más íntimos que entrásemos en la habitación. Si siempre había sido un trasunto de sí mismo, escuálido y seco como un junco ante el río de la vida, ahora era un cadavérico manojito de huesos que hacían descollar más su ganchuda nariz y las oscuras órbitas de sus ojos. Percibí una especial, única, dulzura en ellos al decirnos adiós y pedirnos perdón si en algo nos había ofendido.

Me estremecí al ver a mi señor, al que había seguido desde mi niñez en su virtud y esa mezcla de adustez y grandeza, reducido a un ser transparente a punto de fundirse con el más allá, convertido en despojo de cuanto apreciamos en este mundo. Hubiera querido decirle tantas cosas de mí mismo. ¡Cómo ha ido la vida cambiándome con el paso del tiempo! ¡Qué distinto soy de aquel inocente niño de coro que cantaba a su lado en la calle para sacar limosnas por los enjalbegados pueblos andaluces! ¡Ay, señor, se me ha ido pegando el polvo del camino! Ahora casi me he olvidado de vos, pensando en hacer carrera en la Iglesia. No contento con el obispado de Ávila, me hecho un auténtico cazador de oficios, he escrito docenas de cartas a medio mundo, he calentado las orejas reales, pensando no solo en los asuntos del reino, sino en mi propio futuro para sucederos en el arzobispado de Toledo y aspirar incluso a inquisidor general.

Los mejores amigos os hemos fallado, padre mío Francisco. Varacaldo, vuestro secretario de ascendencia vasca, muy admirado por vos como buen latinista y licenciado, pasó de secretario fiel y trabajador entregado del todo a la causa, para este año dar un giro tras su viaje a Bruselas, convirtiéndose en un intrigante avaricioso.

Sin olvidar por último a Diego López de Ayala, insigne en su experiencia política, conocimientos artísticos y dotes diplomáticas. Lo apreciabais tantos que le encomendasteis llevar a buen término las obras de la catedral. En Toledo le llamaban el «Mecenas del Plateresco». Todos valorábamos sus traducciones de Boccaccio y Sannazaro y sus dotes militares, que se pondrían de relieve más tarde en la guerra de las Comunidades. Creo que él puede estar más orgulloso de su servicio, pues no encontrarán en sus cartas muchas de las pequeñeces que ofrecen las mías y las de Varacaldo.

Algunos de los presentes contenían sus sollozos. Yo me limité a poner en sus manos un pequeño crucifijo que había llevado siempre consigo. Las tenía ateridas de tanto rezar y gobernar. Nadie podrá negar nunca su identificación con la cruz del Salvador. Con rota y frágil voz, dijo:

—Me encomiendo a la bienaventurada Virgen María, los apóstoles, Pedro y Pablo, Santiago, San Francisco, Ildefonso...

Recibió la absolución de Diego Machado, junto a la comunión y los santos óleos. Nos arrodillamos en torno al lecho del moribundo y recitamos la recomendación del alma. En el ambiente se respiraba un aire de despedida, un perfume suspendido de quietud, como de violetas machacadas.

En ese instante Francisco abrió los ojos y repitió débilmente las palabras del salmo. Al llegar al verso que reza «*In te, Dómine speravi*», su voz tembló, su cabeza se desplomó y entregó su espíritu entre las tres y cuatro de la tarde del 8 de noviembre de 1517. El que nació como Gonzalo y murió como Francisco contaba ochenta y dos años y veintidós de episcopado.

En el pueblo de Roa corrió la noticia:

—¡Ha muerto el cardenal!

Los vecinos se agolpaban junto al palacio de los condes de Siruela para honrar el cadáver expuesto en el templo. Fue embalsamado, enfundado en su hábito de sayal, cuerda y capilla de religioso y revestido encima de pontifical. Le condujeron a una sala espaciosa, y sentado en una sede, Silvestro, su barbero de siempre, que a la sazón tenía noventa años, le hizo la barba entre sollozos. Con sus sombreros entre las manos los labradores, y su mandil de estameña y la pañoleta negra, las mujeres de Roa fueron la mejor representación de la España real, a la que había amado y servido desde su singular carácter y fecunda vida de total entrega. Le escribí al leal López de Ayala: «Se os murió padre y madre».

El cielo de Castilla se había nublado repentinamente. Banqueteando, los cortesanos flamencos de don Carlos respiraron:

—¡Finalmente, el viejo ha muerto!

Las humildes campanas de Roa punteaban de sincopado llanto el limpio azul del cielo castellano para rodar hasta perderse en la cuenca del Duero. Todos los

que le acompañábamos, yo mismo incluido, teníamos nuestras ansias puestas en el encuentro con don Carlos para repartirnos cargos y mercedes.

Así se despedía de este mundo el que después de doña Isabel y don Fernando, con justicia, merece ser llamado el tercer rey de España. Aunque, al detener la mirada en sus pies y verlo en su despojo despedirse de este mundo, me viene a la emocionada memoria cuando yo, apenas entonces un revoltoso niño de coro, mendigaba a su lado bajo el añil cielo andaluz, y flaco y transparente solía decirme: «Montad vos en la mula, hijo, que vuestros pies no son tan recios como los míos pues ya han recorrido muchas más leguas que vos». Quizás porque ya entonces había hecho el camino, vivía muerto a sí mismo, y solo ahora al morir parecía abrazarse finalmente a la vida.

22. La púrpura y el sayal

Seguía el cielo encapotado cuando emprendimos el traslado de los restos del cardenal Cisneros, rumbo a nuestro querido Alcalá. Pronto los negros nubarrones se desataron en una tormenta tan copiosa que la lluvia encharcaba los caminos e impedía la marcha como sucediera durante el recordado último viaje de doña Isabel. Hicimos alto primero en Robregordo y luego en Torrelaguna, su patria chica, donde nos recibió una multitud llorosa, que con antorchas encendidas nos acompañó hasta el convento de Santa María, fundado por Cisneros en memoria de su madre.

A nuestro paso las gentes salían de los villorrios a los caminos para tocar y besar la litera fúnebre. Tres días después, el miércoles 11 de noviembre, atravesamos las puertas de Alcalá, donde quería ser sepultado. La villa entera salió a recibirle de forma clamorosa. Encabezaban la recepción las cruces parroquiales junto a los niños de la doctrina; seguían las comunidades religiosas, sin faltar un fraile, y, detrás, los colegios menores en orden de antigüedad junto al claustro universitario en pleno y los alumnos vestidos con sus loras negras. Completaba el cortejo la Iglesia mayor con sobrepellices y capa. Y en último lugar el señor rector don Miguel Carrasco, con el corregidor a su izquierda y todos los representantes del municipio.

El pueblo abarrotaba las calles para rendirle el último adiós. Entre ellos descubrí la silueta deforme del enano Santillos. Con una antorcha en la mano, mayor que su propio cuerpo, el bufón nacido para hacer reír no podía contener las lágrimas. Cisneros lo había legado en su testamento con sueldo al servicio del Colegio de San Ildefonso como un extraño don. El ascético prelado regalaba con él su personal «fábrica de risas» a sus universitarios complutenses.

Pese a todo, incluso en aquel luctuoso momento no reinó toda la paz que se merecía el egregio difunto. No faltaron las reyertas y tumultos callejeros entre los colegiales y los canónigos sobre si el cadáver sería conducido a la universidad o a la colegiata. Durante cuatro días no se hablaba de otra cosa, por lo que se retrasó el entierro solemne. Tuve que intervenir enérgicamente para recordar que el cardenal en su testamento había expresado como última voluntad la de ser enterrado en el Colegio de San Ildefonso. Pero no faltaron enfrentamientos en Alcalá, como siempre que fallece alguien poderoso. La chusma llegó a asaltar algunas casas edificadas por el cardenal, por una vieja polémica en la villa entre la gente del pueblo y la de la universidad, que era mal

vista como demasiado privilegiada.

El funeral fue celebrado el 15 de noviembre. La oración fúnebre corrió a cargo de don Pedro Ciruelo, catedrático de Prima de Santo Tomás. Glosó el orador el salmo sesenta y siete de David: «*Increpa feras arundinis*». «Llamad a las bestias de las cañas para que echen fuera a los que están corrompidos por la plata», dijo en clara alusión a la codicia de los flamencos.

El mismo día de su muerte escribí a Diego López de Ayala, que en aquellas jornadas acompañaba a la corte como representante de Cisneros: «Si los nuncios quisiesen entrometerse en la hacienda del cardenal, haréis que su alteza les hable y que den las provisiones necesarias». Le puse en guardia incluso frente a los consejeros del rey y a doña Germana. Don Carlos no se portó tan mal como algunos llegaron a insinuar. No pretendió hacerse con todos los bienes del difunto, sino que, cumpliendo sus últimos deseos, intentó poner su herencia a salvo de las pretensiones de la curia romana, porque esta tiene derecho a hacerse con los expolios, tanto de los dineros, alhajas, créditos y bienes muebles, inmuebles y los semovientes que los obispos dejan a su muerte, como de las rentas que recibieran después de fallecidos hasta el nombramiento de su sucesor. Para evitarlo, Cisneros había pedido al papa León X autorización para poder testar a favor de la Universidad de Alcalá y de algunos familiares, documento que nos había llegado en octubre.

Días después de la muerte, yo, Francisco Ruiz, recibí el nombramiento de «tenedor» de los bienes de Cisneros de manos del alcalde Herrera enviado a Alcalá por la corte. Pero enseguida el nuncio Juan Rulfo de Calabria hizo caso omiso de la orden y exigió los expolios. Solo dos años después, por insistencia de don Carlos, se llegaría a un acuerdo con Roma, por el que se harían tres partes que recibirían cada una veinte mil ducados de la herencia de Cisneros: el rey, la Cámara pontificia y los testamentarios. Hice cuanto pude para mantener vivo su sueño que podía resumirse en uno solo: la manutención de sus fundaciones.

Ahora, al cerrar estas apretadas memorias, no puedo dejar de mirar hacia atrás con nostalgia. La Providencia quiso rebajar mis excesivas ambiciones. Nunca fui nombrado arzobispo de Toledo, ni inquisidor, ni alcancé otro puesto de relevancia que el que me había logrado en vida el cardenal de España, el de obispo de Ávila que sigo siendo. Eso sí, en 1522 formé parte de la comitiva de prelados que acompañamos a Carlos I a Italia, con motivo de la elección de Adriano de Utrecht como papa con el nombre de Adriano VI, quien hasta entonces, como he relatado, había sido obispo de Tortosa, inquisidor general y regente de Castilla. Me quedé en Roma a su lado hasta su fallecimiento el año siguiente. Antes de regresar a España contraté en Génova su sepultura. Desde mi diócesis de Ávila, siguiendo las huellas de mi amigo y señor, fomenté en cuanto

pude las bellas artes, con obras en la catedral, esculturas de Vasco de Zarza, la decoración del baptisterio, la puerta de la sala capitular, la custodia de alabastro y otros altares. Deseo ser sepultado en el convento de San Juan de la Penitencia de Toledo, fundado por el cardenal Cisneros, donde he encargado construir una capilla mayor, que conserva mi retrato, y también encontraréis mi huella en Santo Domingo el Antiguo.

En realidad, quizás mi mejor mérito es haber estado toda mi vida junto a este hombre incalificable, haber sido su sombra, el testigo de su acusada personalidad, virtud, entrega y desinterés. Desde el silencio de la cárcel y la devoción, desde Uceda y la ermita al gobierno de España, pasando por los caminos de la reforma franciscana, los ambiguos sucesos de Granada, la conquista de Orán, la evangelización del Nuevo Mundo y el manejo a diario de los hilos del poder, mi vida junto a él fue una sucesión de asombros.

Esa mezcla de asceta y gobernante, de piedad y afición a la pólvora, humildad y enérgica tozudez, de pobreza y mecenazgo, retiro y amor a las artes y la cultura, servicio a los pobres y manejo de la más altanera nobleza, le hacen sin duda un ejemplar único a lo largo de nuestra historia.

Podrán achacarle defectos —cómo no—, algo de nepotismo hacia sus familiares, arranques coléricos y dureza de carácter. Nadie como yo conoce sus limitaciones. Pero en su trayectoria tenía tal certidumbre de que el gobernante es un servidor de la cosa pública en favor del pueblo que nunca quiso servirse de ella para su propio beneficio. Vivió incólume entre los placeres de la corte, por encima de los intereses y corrupciones de los que le rodeaban como aves de rapiña. Fue fiel a sus reyes y sus ideales de pastor, cruzado, misionero, gobernante, mecenas y benefactor. Vivió como de paso y por encima de este mundo, en su mezcla explosiva de fraile y político para admiración de propios y extraños, y murió olvidado y minusvalorado del poder al que había servido en un pueblo anónimo de Castilla, rechazado por el rey al que había servido con una clara idea de una España fuerte y unida, tal como la había recibido en herencia de los Reyes Católicos.

Cuando años después, en el ejercicio del cargo de primer visitador de la universidad que el rey me asignó, atravesaba la vieja judería de Alcalá hacia el Colegio de San Ildefonso, cada piedra, cada iglesia me lo traían a la memoria con aquel paso firme de niño que las recorría, entusiasmado con las reuniones de los eruditos y el fatigar de las prensas que imprimían su obra cumbre, la monumental Políglota Complutense. Había conseguido convertir su odio al derecho, aprendido de mala gana en Salamanca, en homenaje a la Biblia y la teología, haciendo confluír en esta obra única la fe y las distintas culturas. Le gustaba, sí, el olor de la pólvora, pero también el de la tinta y el rumor de los

cincales esculpiendo fachadas y capiteles y sobre todo la algarabía de sus universitarios al salir de las aulas para repartir la sabiduría por el mundo.

Atravesé la plaza del Mercado. En ella bullían como de costumbre los tratantes de ganado, los comerciantes en lanas y paños, las moriscas con sus ajorcas y zarcillos, las campesinas junto a sus canastos de frescas frutas y verduras, y los juglares que aún bailan y cantan amores burlados y viejos romances de moros y cristianos. La vida es como una fuente, no cesa de manar y reavivarse continuamente en rostros de niños y jóvenes, como si la muerte no existiera. Pero mi señor seguía enterrado en el magnífico sepulcro con la estatua yacente en mármol de Domingo Fancelli y Bartolomé Ordóñez, cercado por las figuras de San Jerónimo, San Gregorio, San Ambrosio y San Agustín. Uno de los amigos más íntimos del cardenal, el humanista Juan de Vergara, redactó un epitafio en latín, que traduzco, y resume eficazmente su vida:

Yazco ahora en este exiguo sarcófago.

Uní la púrpura al sayal, el casco al capelo. Fraile, caudillo, ministro, cardenal, junté sin merecerlo la corona a la cogulla, cuando España me obedeció como a rey.[\[1\]](#)

Pero yo prefiero la versión rústica y popular con que dio forma amable, franciscana y sencilla a esa magnífica síntesis el licenciado Baltasar Porreño, apologista del cardenal:

*Para las musas fundé,
yo Francisco, un gran teatro,
y en menos de pasos cuatro,
donde estoy me sepulté.
Quiso Dios, en quien espero,
que un pobre fraile tan flaco
vistiese púrpura y saco,
armas, bonete y sombrero.*

*Y por gracia celestial
tan levantado me vi
que fraile y soldado fui,
y arzobispo y cardenal.*

*Y aunque humilde en profesión,
a España asombro causé,
cuando dos veces reiné
con mi cogulla y cordón.*

Besé con devoción el pie marmóreo de fray Francisco, convencido de que a pesar de la gloria inmemorial de aquel sepulcro y artística estatua yacente, él había sido y seguía siendo lo que ocultaban sus ornamentos pontificales y su muceta cardenalicia: un pobre fraile enamorado del silencio, al que no despertarían ya nunca más intrigas ni ambiciones cortesanas, sino la brisa fresca y los pajarillos de un sereno y eterno amanecer.

[1] «*Condideram Musis Franciscus grande lyceum, / Condor in exiguo nunc, ego, sarcophago. / Praetextam junxi, sacco, galeamque galero / Frater, Dux, Praesul, Cardineus, que Pater. / Quin virtute mea junctum est diadema cucullo / Dum mihi regnanti pariat Hesperia*». *Obit Roae VI id novem M.D. XVII.*

Apéndice. Historicidad y fuentes

A los quinientos años de su muerte, cuando nuestro mundo vive una crisis globalizada, la figura del cardenal Cisneros despierta no solo el interés de eruditos e historiadores, sino de cualquier lector que quiera adentrarse en su apasionante personalidad de reformador, estadista y gobernante. Del entusiasmo que suscitó en nuestra posguerra, al ser utilizado como símbolo de la unidad de la España nacionalcatólica, a las críticas de sus detractores posconciliares por su ascetismo intolerante, los últimos estudios históricos parecen resituarle en lo que realmente fue por encima de tópicos y estereotipos, un hombre con un alto ideal de la cosa pública, un luchador contra la corrupción de los nobles, un impulsor de la cultura, un reformador religioso y un gobernante que concebía la administración del Estado, la economía, la milicia y la diplomacia como vertientes de un servicio desinteresado al pueblo.

Todo ello me ha movido a escribir esta novela histórica. Es bien sabido que dentro de este popular género literario hay dos corrientes bien diferenciadas: la que pone el acento en la novela como ficción, y la que, sin minusvalorar los aspectos narrativos, acentúa el rigor histórico con fuerte base documental. Hablando en plata, los escritores que se inventan e incluso deforman la Historia en aras de captar el interés de sus lectores, y los que, por el contrario, se sirven de la novela como un instrumento para hacer legible, visible y amena la realidad histórica respetando los datos esenciales de la misma. En esta corriente, presente también en el mejor cine histórico y algunas escasas series de televisión, he intentado situar mi narrativa.

Cisneros no es en su psicología y trayectoria un personaje cautivador. Ha provocado al mismo tiempo la fascinación y el rechazo. Que un hombre de extracción humilde, aunque se le quiera buscar alcurnia en los orígenes, consiguiera pasar de clérigo anónimo e incluso encarcelado a confesor de la reina, arzobispo de Toledo, gran inquisidor, cardenal regente y por lo tanto a gobernar España e influir en la Europa de su tiempo, provoca cuando menos asombro e intriga. De aquí se deduce que en mi opinión Francisco Jiménez de Cisneros, simpático o no, sea en sí mismo un personaje de novela. Sobre todo por el entorno en crisis y transformación en que vivió, desde el caos del frívolo Enrique IV a la España innovadora de los Reyes Católicos, con la unificación de los reinos de Castilla y Aragón, el descubrimiento y primera evangelización de América, la conquista de Granada y Orán, la Inquisición, la expulsión de los

judíos y el mecenazgo de la cultura, y sobre todo con la fundación de la Universidad de Alcalá y la monumental edición de la Biblia Políglota Complutense.

Todo ello es vivido desde una personalidad compleja. De un clérigo en su juventud arribista, obsesionado con hacer carrera para sacar a su familia de la pobreza a través de estudios y beneficios, hasta llegar a ser de hecho «tercer rey de España», pasando por una profunda conversión a la pobreza y ascética franciscana más radical, que nunca abandonó incluso en medio de los oropeles del poder y la corte, es algo que solo puede alcanzarse gracias a una fuerte, tenaz y rica personalidad. Ahí radica sin duda el mayor interés histórico y narrativo de nuestro personaje.

Todas esas aparentes contradicciones y su resultado político han provocado sesudos estudios de biógrafos e investigadores. Pero, en su mayoría, pese a algunos esfuerzos divulgadores, exigen una adecuada preparación en el lector, dada la profusión de engorrosos datos históricos en los que se enmarcan. Quizás por esta razón no existe hasta ahora, que yo sepa, una novela histórica sobre Cisneros. Por otra parte, muchos de los ingredientes más habituales del género narrativo, como amoríos, crímenes y traiciones, brillan por su ausencia, al menos en la vida personal del protagonista. De aquí que pueda decirse que una novela sobre Cisneros está necesariamente abocada a ser una novela política.

¿Dónde encontrar un hilo conductor para ello? En muchas ocasiones suele el novelista crear un personaje de ficción, un testigo que ponga en escena y ambiente el relato. Sin embargo, esta vez la propia historia, y sin dejar de ser fiel a ella, me lo ha proporcionado. Como habrá comprobado el lector, se trata del toledano Francisco Ruiz (Toledo, 1476 - Ávila, 1528), que, desde su adolescencia como compañero y secretario del protagonista, vivió a su lado a partir de las correrías de ambos como frailes mendicantes a las grandes decisiones de Estado del cardenal hasta su muerte. Sobre la presencia, influjo y amistad del que fuera nombrado obispo de Ciudad Rodrigo (1509-1514) y después de Ávila (1514-1528), sin apartarse nunca de su mentor y padre, incluso durante el breve tiempo que fue misionero en América, hay también numerosos datos históricos.

Por tanto, la función del novelista en este caso se concreta en recrear la España en que ambos vivieron y convertir en relato lo que en sí mismo por la variedad de acontecimientos históricos constituye una gran novela. En ella he intentado esbozar un retrato vivo del cardenal Cisneros para acercarlo al lector de hoy, respondiendo en lo posible al gran desafío de ofrecer una explicación coherente al impulso interior de su complicada psicología.

Para ello me he sumergido en la abundante bibliografía existente. Después de

la muerte de Cisneros, la Universidad Complutense encargó a Juan de Vergara, que había sido secretario del cardenal, la primera biografía, que quedó inconclusa a su muerte. Le sustituyó en la tarea el profesor Alvar Gómez de Castro (1515-1580), que, sirviéndose de los materiales recopilados por Vergara y recabando nuevos testimonios, escribió la considerada mejor biografía del cardenal: *De rebus gestis a Francisco Ximeno Cisnerio*, redactada en latín y revisada por Pérez de Castro, impresa en Alcalá en 1569 y Fráncfort en 1581 y 1603. Sin demasiado éxito en su tiempo, hoy es valorada como una de las mejores biografías de todo el Renacimiento español. Fue traducida al español en 1984 con el título de *De las hazañas de Francisco Jiménez de Cisneros*, por José Oroz Reta (Fundación Universitaria Española, Madrid, 1984).

Las que siguieron son de menor valor científico por tratarse de hagiografías escritas con objeto de promover la beatificación del cardenal, una iniciativa que nace en medios franciscanos observantes. Entre ellas, la más importante se debe a la pluma de Pedro de Aranda Quintanilla y Mendoza, que fue nombrado postulador de la causa. El proceso, iniciado en el arzobispado de Toledo en 1626, después de los pertinentes interrogatorios, pasó a Roma, donde en 1635 obtuvo el decreto necesario para seguir adelante, aunque se encontraría con el escollo de las escasas simpatías del papa Urbano VIII hacia España y tuvo que esperar a la muerte de este para ser retomado en Alcalá. Quintanilla viajó a Roma y durante nueve años (1650-1659), con ayuda de un grupo de colaboradores, escribió un libro sobre las virtudes del cardenal, publicado en Palermo en 1653 (*Archetipo de virtudes, espexo de prelados el venerable padre y sieruo de Dios F. Francisco Ximénez de Cisneros*), que atribuye a Cisneros algunos milagros y profecías, como el acaecido el día que se paró el sol en Orán, o una mujer, que según asegura se curó de un flujo de sangre por la intervención del cardenal.

La biografía de Quintanilla (1653) no alcanza la calidad de la de Alvar de Castro, en la que se basa, incluyendo aportaciones de otras anteriores como las de Vallejo, Zurita, Alcocer, Garibay y Ambrosio Morales. A pesar de todo, Cisneros no llegó a subir a los altares. Reunida en Roma una comisión de dieciséis expertos en 1690, contó con siete votos favorables y nueve en contra. En 1744 se intentó de nuevo reavivar el proceso inútilmente. Elegido Clemente XIV, el que suprimió la Compañía de Jesús, se pensó que por ser franciscano reabriría la causa, pero contrario a Cisneros, por ser claustral y no de la rama observante de Cisneros, no dio ningún paso a su favor. El último intento en tiempos de Pío VI se topó con la pared maestra del ilustrado Nicolás Azara, quien, como embajador de España en Roma, cerró la puerta a la reapertura con estas palabras: «La causa ya no es causa».

Sin embargo, es curiosa la reivindicación de Cisneros que surge en la Francia

del siglo xvii, situándolo incluso por encima de la figura del cardenal Richelieu, primer ministro de Luis XIII. Autores como Baudier, Fléchier y Richard e incluso Fenelón estudiaron con sumo interés la figura de nuestro cardenal deshaciéndose en elogios, por su defensa de la autoridad frente a los nobles, por mantener el orden sin matar a nadie frente a los derramamientos de sangre de Richelieu, y por el saneamiento de la hacienda pública sin enriquecerse. La biografía de Esprit Fléchier, obispo de Nimes, *Histoire du cardinal Ximénès*, que se fija más en el prelado santo y pastor que en el político, fue la que más contribuyó a darle a conocer en toda Europa. Por su parte, Fenelón retrata a Richelieu como egoísta y vanidoso mientras que el español trabajaba por el bien común y el apoyo al monarca.

Este interés francés por Cisneros, que lo presenta principalmente como un estadista y un defensor de la cosa pública, contrasta con las acusaciones de fanatismo, inquisidor y martillo de herejes que aún se mantiene en España. Tal fama francesa puede encontrarse más recientemente en el célebre dramaturgo francés Henry Montherlant (1895-1972), que escribe *Le cardinal d'Espagne*, una documentada obra teatral que recoge los últimos días de Cisneros, junto a Juana la Loca y a la espera de Carlos I, donde el cardenal experimenta la soledad del poder en relación con su fe, el ascetismo y el sentido de la vida. Estrenada en París en 1960 ante De Gaulle y su ministro de cultura Malraux, era también un guiño político al general y presidente de la República.

Este desconocido aspecto del interés de Francia por Cisneros es subrayado por el hispanista Joseph Pérez, que afirma que «la leyenda negra antiespañola procede de los anglosajones y del odio que sienten hacia las naciones latinas y católicas. Francia participó tardíamente de aquella mentalidad, y, si lo hizo, fue a consecuencia de la anglomanía ambiente desde finales del siglo xviii». En este sentido, Pérez elogia también la biografía alemana de Carlos José Hefele, profesor de la Universidad de Tubinga, que, basándose en Alvar Gómez, Quintanilla y Fléchier, completada con la correspondencia de Pedro Mártir de Anglería y otras crónicas, es considerada la mejor biografía del siglo xix. Ch. J. Hefele, *El cardenal Jiménez de Cisneros y la Iglesia española a fines del siglo xv y principios del xvi. Para ilustrar la historia crítica de la Inquisición* (Imprenta del Diario de Barcelona, Barcelona, 1869).

La investigación seria en la España contemporánea parte de la publicación de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (Imprenta de la viuda de Calero, Madrid, 1842), y la correspondencia de Cisneros con sus secretarios debida a Pascual de Gayangos y Vicente de la Fuente, que abrieron la edición de documentos cisnerianos (*Cartas del cardenal don Fray Francisco Jiménez Cisneros, dirigidas a don Diego López de Ayala*. Imprenta del Colegio

de Sordomudos y de Ciegos, Madrid, 1867), continuada por A. de la Torre y del Cerro, Juan Urriza, V. Beltrán de Heredia, G. M. Colombás, M. Giménez Fernández, A. Prieto Cantero, A. Uribe y J. Meseguer Fernández. A partir del siglo xx la aparición de estas nuevas fuentes biográficas se refleja en libros como los de José López de Ayala y Álvarez de Toledo (*El Cardenal Cisneros, gobernador del reino*, 3 vols., Real Academia de la Historia, Madrid, 1921-1928) y Luis Fernández de Retana (*Cisneros y su siglo. Estudio histórico de la vida y actuación pública del cardenal D. Fr. Francisco Ximénez de Cisneros*, El Perpetuo Socorro, Madrid, 1929).

Pero sin duda el gran erudito e investigador contemporáneo sobre Cisneros es el franciscano José García Oro, *El cardenal Cisneros, vida y empresas* (2 vol., BAC, Madrid, 1992-1993), resumido en *Cisneros, un cardenal reformista en el trono de España, 1436-1517* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2005). García Oro subraya «la audacia y el tesón en la prosecución de objetivos y metas superiores. Se trata de un talante heredado de la propia familia, que se manifiesta en repetidos intentos de prevalecer en la vida local, en aventuras un tanto extremosas que aparecen en la juventud de los dos hermanos, fray Francisco y fray Bernardino, y que a lo largo de la vida se hacen conquistas sorprendentes en el cardenal y temeridad y desconcierto en su hermano». También el radicalismo en sus decisiones, tanto políticas como económicas, como en la extremosidad de su ascesis, magnificencias y utopías militares. «El cardenal lucía un ingenio sorprendente —añade García Oro— y desconcertante. Tenía una notable intuición en el trato con la inquieta y apasionada nobleza castellana de sus días, a la que consiguió serenar e incluso atraer en momentos muy difíciles a acuerdos, pactos y decisiones que favorecían a la monarquía. Suscitaba con gran facilidad la adhesión generosa de los oficiales y letrados, que siempre le demostraron afecto y gran lealtad. Con criterios más pragmáticos, sabía hacer eficaz su autoridad en las instituciones y poblaciones del señorío arzobispal, en las que realizó reformas y cambios de gran importancia, en particular en el campo de la administración y de la hacienda municipal».

A esta importante contribución hay que añadir *Cisneros, el cardenal de España* (Taurus, Madrid, 2014), de Joseph Pérez, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, que estudia la personalidad del cardenal por facetas, más que por orden cronológico, y subraya su ideal de concepto de Estado como servicio público por encima de facciones y partidos siempre en función del bien común.

Entre las obras de divulgación fue famosa en su tiempo *Fray Francisco*, del padre Luis Coloma. Otro académico e historiador jesuita, Zacarías García Villada, recopiló las anécdotas del cardenal en el breve pero bien escrito *Cisneros, según sus íntimos* (Razón y Fe, Madrid, 1920), y la sustanciosa,

aunque sucinta pero amena, biografía *El cardenal Cisneros*, de Antonio Igual Úbeda (Seix Barral, Barcelona, 1957). El escritor, músico, viajero, e hispanista irlandés Walter Starkie escribió *La España de Cisneros*, útil para la ambientación histórica (Editorial Juventud, Barcelona, 1943). En la escasa recreación literaria de la vida de Cisneros hay que señalar, junto a la citada obra teatral de Montherlant, el poema dramático en tres actos de José María Pemán, *Cisneros*, estrenado en el teatro Victoria de Madrid en 1934 por el actor Ricardo Calvo, última parte de la trilogía *El divino impaciente* y *Las Cortes de Cádiz*. Pemán, en pleno ambiente prerrevolucionario, recibió críticas enfrentadas según los partidismos propios de la época, pero su verso supo bucear en momentos en lo profundo del alma cisneriana. Cuando la reina Isabel le argumenta que regresar a su choza de La Salceda sería sepultarse en vida, responde Cisneros:

*El que no sabe morir
mientras vive es vano y loco;
morir cada hora su poco
es el modo de vivir
(...).*
*Igual que el sol hay que ser
que con su llama encendida,
va, acabando y renaciendo,
de tantas muertes tejiendo
la corona de su vida.*
*Por eso busco el sufrir,
para, como el sol, decir
que de la muerte recibo
nueva vida, y que si vivo,
vivo de tanto morir.*

Buena síntesis estos versos de las últimas motivaciones del cardenal Cisneros. Después de cinco siglos nuestro mundo parece haber aprendido poco sobre la auténtica función de la política. Los intereses particulares, la ambición personal, el partidismo, el beneficio económico, la ruptura nacionalista, la corrupción y la violencia prevalecen sobre el espíritu de servicio al bien común. Como aquellos nobles egoístas de la España de Cisneros, la estrechez de miras de los dueños actuales del mundo, las multinacionales, la banca y los oligopolios parecen destruir el mejor ideal del concepto de Estado y de la auténtica democracia. Sin duda, el mal más profundo proviene de una miopía provocada por absolutizar la inmediatez, en última instancia un déficit de ética y espiritualidad, que se traduce en idolatría a la propiedad y explotación de los

bienes materiales por unos pocos, como si su posesión fuera definitiva o el bien supremo del desarrollo humano. Una vez más mirar hacia atrás en la Historia, *magistra vitae*, quizás pueda arrojar algo de luz sobre nuestra situación presente.